

**EL CONEJO**

**ENCERRADO EN**

**LA LUNA**

**Daniel Fermani**

## EL CONEJO ENCERRADO EN LA LUNA

### El origen de la tragedia

#### *Una familia ejemplar*

-¿Ves la luna arriba de los árboles? Mirala bien, ¿qué tiene adentro?- El niño agrandó los ojos, después los entrecerraba para ver mejor y casi le salieron lágrimas por el esfuerzo. -¿No ves nada? Vamos, mirá bien. Mirá, hay un conejo encerrado en la Luna. Allá arriba a la izquierda están las orejas, y el cuerpo está más hacia la derecha. Hasta colita tiene-. Y el padre apretaba su gran mano de adulto sobre el hombro sutil del pequeño, demasiado pequeño para distinguir el conejo más que con su imaginación y con su deseo de dar la razón al padre.

El niño se llamaba Osvaldo, y seguiría siendo demasiado pequeño cuando el comienzo de la guerra en unas islas del lejano sur desatara una guerra íntima en su hogar, una guerra que estaba destinada a durar mucho más que la guerra de las islas, una guerra de resentimiento y venganza.

Menor de tres hijos, Osvaldo era casi el hijo de su hermana segunda, Elena, que a causa de la diferencia de edad y de su natural espíritu protector lo había tomado bajo su cuidado y pasaba más tiempo con él que su propia madre o con su otra hermana, la mayor, Irene, una joven taciturna y callada que siempre daba la sensación de que acababa de despertarse de una larga siesta veraniega.

Los padres de Osvaldo, Agostino y Carla, formaban una pareja de ésas que desde fuera provocaban las más dispares impresiones. Si se los veía por separado no se lograba comprender cómo alguno de ellos dos pudiera estar junto al otro, y en cambio cuando se los veía juntos se percibía la fuerza de una corriente tensa y sensual que los envolvía, como si emanara de ellos mismos y a la vez chocase con uno y el otro en un juego cerrado del cual el mundo quedaba excluido. No se podría asegurar que Agostino o Carla gozaran de esa relación, podía ser

una suerte de críptico sufrimiento, pero sin duda su unión era demasiado indescifrable para los demás, y quizás ni ellos mismos comprendiesen a fondo qué fuerza los hacía girar uno en la órbita del otro, tan extrañamente cerca. Era una atmósfera que fue cambiando con el tiempo, se fue enrareciendo como el aire de una habitación cerrada, y si bien desde afuera tal vez sólo se percibía la claustrofóbica densidad de ese aire, desde dentro se agotaba paulatinamente toda posibilidad de supervivencia para criaturas que se considerasen humanas.

Los hijos percibían esta rara materia de que estaba conformada la relación de sus padres, un mundo cerrado impenetrable que había llevado a las dos hermanas y al pequeño Osvaldo a vivir casi separadamente, como espectadores de un universo paralelo visto a través de un ojo de buey, espectáculo demasiado intenso como para intentar alcanzarlo con la mano.

Los rumores de la guerra se atropellaban como perros desesperados en su carrera frenética por las calles de la Argentina, escapando de la guerra misma, que los perseguía mordiéndoles los talones. Tan velozmente se sucedían los hechos en esos tiempos en que la dictadura militar se había agrietado a tal punto que su estructura oscura, alta y oprimiente se tambaleaba sobre el país como una sombra siniestra, más amenazadora aún porque en su caída podía provocar todavía más daño de los que seis años de falta de libertad habían infligido en esa sociedad arrasada.

Agostino tenía más de cuarenta años, y de algún modo que ni él mismo comprendía, quiso ir a la guerra. Tal vez le pareció que pelear en algo tan abstracto como una guerra en el helado océano austral contra una potencia marinera como Inglaterra, él, ciudadano de un país que jamás se había separado de sus propias seguras costas, que poseía algunos pocos barcos viejos como único arsenal marítimo, tal vez le parecía que se tratase de un alejamiento necesario, de un viaje iniciático hacia atrás, no hacia la luz, sino hacia la oscuridad.

En ese tiempo el matrimonio de Agostino era un libro de frases cortas y precisas. Pero ni aún así estas frases alcanzaban a ser lo suficientemente netas como para disipar todas las penumbras que suelen dejar palabras y silencios en el vano de las puertas invisibles que comunican a dos personas.

Agostino provenía de una familia de Italia central, una zona anodina que antes de la segunda gran guerra y antes también de la primera, padecía el hambre, y que la riqueza posterior a los conflictos no había logrado sacar del anonimato más que por algún producto de buena cocina. Cuando su padre Eugenio había llegado al país sudamericano tras la huella de sus hermanos, había encontrado terrenos fértiles para el cultivo de la vid, y se había establecido en una comunidad de inmigrantes procedentes de sus mismos parajes italianos, en las afueras de una pequeña ciudad de provincia, en el extremo oeste de la Argentina, llamada Mendoza. Estar allí y estar en el fin del mundo era lo mismo, si bien para los tiempos de escasez que se vivían en Italia en las épocas de las grandes emigraciones, el fin del mundo siempre podía ser mejor que el ex centro del mundo.

La vida en ese pueblito era lo suficientemente tranquila y dura como para que no penetraran las oleadas melancólicas emanadas por el mar nostálgico de una patria lejana, y el padre de Agostino era demasiado joven como para comprender la iniquidad del exilio. Poco después de haber cumplido los veinte años, sus hermanos y el mismo grupo de italianos católicos que conformaban esa sociedad trasplantada, lo indujeron a casarse, paso que el joven no tenía específicamente planeado pero que sin duda consideraría como inevitable y hasta natural en el desarrollo de su existencia. De ese modo se evitaba que tuviera que salir del pueblo en bicicleta y recorrer kilómetros paralelo a las vías del tren, por callejones arbolados de altos álamos criollos y acompañados por acequias y canales de riego, hasta la ciudadela más cercana, en busca de prostitutas. Esta ocupación de fines de semana, cuyos únicos testigos eran las jaurías de pájaros que contemplaban el afanoso ir y venir de la bicicleta por los callejones y las vías, y las bandadas de perros polvorientos que lo despedían a la salida del pueblo con sus ladridos secos, era demasiado divertida y demasiado onerosa para un simple contratista de viña cuyas únicas posesiones, además de la utilísima bicicleta, eran un aspecto agradable y una energía que lo dejaba incólume tras esas proezas amoratorias acompañadas por las pedaleadas, libertades que suscitaban la sorda envidia de los hermanos.

Ciertamente casarse era más caro, en un cierto sentido, porque habría que construir una casa propia, pero los hermanos del joven, todos ellos mayores y con sus respectivas familias, no

tenían ninguna intención de seguir hospedando a ese muchacho incansable que parecía disfrutar de la vida como si eso fuera lo más lógico que se podía hacer en una existencia en la cual lo único que podía elegir era una de las tres putas que trabajaban los fines de semana en la ciudad cercana, mientras los hermanos en cambio veían cómo sus mujeres se cargaban de hijos, de arrugas y de grasa.

Eugenio Ferrante, por lo tanto, fue presentado, y se podría decir asignado, a la hija menor de una matrona italiana que mantenía su matriarcado con mano tan feroz como aquélla que debía haber usado Mussolini para ordenar que plantaran bosques en todas las montañas abruzesas con el fin de que los jóvenes viriles italianos respirasen aire puro y fortificante. El matrimonio no podía hacer otra cosa que funcionar, lo que en esos tiempos y esas condiciones, quería decir que el hombre estaba todo el día afuera cultivando la viña, y la mujer en la casa llevando adelante embarazos y guisos.

Eugenio, sin embargo, demostró después de su matrimonio que conservaba el mismo carácter independiente y reservado de su adolescencia, cuando lo pusieron en la panza de la tercera clase de un barco y lo enviaron a la Argentina sin más bienes que la dirección de sus hermanos, a mil quinientos kilómetros del puerto de Buenos Aires. Tal vez por eso cuando se resfrió y el resfrió se transformó en una gripe, siguió sin hacerle caso a su mujer, que ya criaba tres hijos, con un año de diferencia entre uno y el otro, y prosiguió su trabajo en la viña y sus paseos en bicicleta por las calles del pueblo, donde era conocido por algunos como el “mataperros”. Este sobrenombre que mucho no se condecía con su juventud, respondía a la costumbre de Eugenio de llevar consigo un revólver cargado, con el cual se liberaba de los insidiosos perros que acudían como mariposas a la llama, atraídos irresistiblemente por el ruedo de sus pantalones, cuando pasaba en bicicleta, haciéndolo caer con sus mordiscos insoltables y provocándole unos ataques de malhumor antológicos. Con el sistema del revólver y el disparo nunca tan certero en medio de las fauces abiertas, la cuestión había quedado resuelta, y bastaron unos cuantos cadáveres de perros por la calle principal del pueblo para que los demás cuadrúpedos se dieran cuenta de que era mejor terminar el juego de los ruedos del pantalón.

Sin embargo, ésa no era la única anécdota del inmigrante italiano. Una vez, y para hacer honor al dicho popular, había

invitado a uno de sus hermanos a comer liebre. El hermano en cuestión hubiera debido sospechar que alguna ofensa que él mismo había provocado al benjamín en el pasado no iba a quedar restañada con un almuerzo, y lo comprendió solamente cuando después del copioso invite, Eugenio le reveló que la liebre que acababa de devorar con tanto apetito había sido, en vida, no un ejemplar de la especie de los conejos, sino un canino propiamente dicho, llamado familiarmente perro; y que para colmo se había tratado de la mascota preferida de la mujer y los hijos de su mismo hermano, sospechosamente desaparecida dos noches atrás. Pero lo que más impresionó a la joven Celestina, la esposa de Eugenio, no fueron los insultos de su cuñado, sino su maldición para toda la familia, que interpretada por su índole de jovencita semianalfabeta, quería decir desgracia segura e irremediable para ella y toda su prole.

Eugenio hubiera debido ganarse muy mala fama en el pueblo, tal vez, a causa de estas muestras de su índole irritable y vengativa, y sin embargo el entorno observaba esos desmanes de su carácter como una manifestación más de esos tiempos duros y a la vez ingenuos que se deslizaban en sitios extraplanetarios como los pueblos de inmigrantes, donde el idioma español, aún luchando con los regionalismos y los resabios de voces indígenas, debía enfrentar día a día a un italiano rezagado, dialéctico y camaleónico como el que imponían los miles de inmigrantes que ya no hablaban la lengua de su patria, pero tampoco hablaban la del país de adopción, y seguían expresándose en un idioma único, un híbrido que no iba a sobrevivir después de ellos, pero cuya contaminación quedaría impresa en la lengua argentina para siempre.

El resfrío de Eugenio, por lo tanto, perseveró como sus rencores, profundizándose en su pecho con insistencia, y más se enraizaba y más el italiano porfiaba en no darle importancia, a pesar de las advertencias de Celestina, que en realidad no tenía la menor idea de qué hacer, ni con un resfrío, ni con su marido ni con sus tres hijos, porque lo único que le habían enseñado en el caserón de la madre-patrona era a cocinar y hacer las esenciales tareas de la casa, lo indispensable para casarse y quitar el bulto, restando una boca a la ya muy nutrida concurrencia de la mesa cotidiana.

En pocas semanas el resfrío se hizo crónico, la tos reemplazó al sueño nocturno, y cuando un día de lluvia y frío Celestina le rogó a su marido que no saliera a la intemperie de los campos, y por supuesto no obtuvo más que una frase ítalo-española intraducible como respuesta de parte de Eugenio, la enfermedad tuvo la ocasión de convertirse en una infección que rápidamente derivó en neumonía y en pocos días se llevó al joven testarudo al más allá, dejando a la viuda más perpleja que triste, preguntándose cómo harían para sobrevivir ella y sus tres hijos, y recordando con amargura la maldición del cuñado.

## Más allá del umbral

### *Primera carta de Elena*

“Querido Osvaldo:

Soy tu hermana Elena. Te extrañará recibir esta carta. En especial ahora que ya no se usan. La única información que tengo de vos es la dirección de la tía Loreto, en via Magenta. Y allí dirijo esta carta de papel. De todos modos, adonde yo vivo lo único que puedo tener en mis manos es esta hoja de papel que ahora lleno de garabatos. ¿Serán estos garabatos letras que se dirigen a vos? ¿A vos, Osvaldito, el niño de cuatro años que se fue con la tía a Italia? Imágenes del pasado transcurren ante mis ojos como los paisajes de una ventanilla en un tren que corre por el mundo, aquel perdido mundo de nuestra infancia, a alta velocidad. ¿En qué viaje? Todos estos años he viajado, he viajado incansablemente, siempre adentro de mí misma, para explicarme cosas, para hallar la causa de mi propia existencia. Y lo único que he logrado descubrir es que la existencia no tiene una causa. Tiene una consecuencia, pero no una causa. Por eso no conozco nada de vos como no conozco nada de mí. Me muevo por sentimientos, no por pensamientos. Esos sentimientos a veces son terribles, y me destrazan. Pero sigo en pie. Pienso en vos, mucho, y mucho más desde hace algunos años, los últimos. También pienso en Irene, nuestra hermana mayor. Quizás ni la recuerdes, murió cuando papá se fue a la guerra, y ella no tenía ni catorce años. Era muy bella. Tenía una belleza que no se toca, que se percibe, como se percibe el movimiento de los peces debajo de las aguas poco profundas. Pero en cambio mi alma es un abismo de aguas demasiado insondables, y quiero hacerte recordar. Hace tantos años que nuestro padre Agostino murió. No sé cómo te lo habrán contado, vos que seguías siendo un niño demasiado pequeño, ni qué sabrás de esa muerte. A lo mejor tía Loreto te relató la historia de la caída en el baño. Que se resbaló en la bañera. Y es cierto. Pero no lo es. La muerte de papá cambió el mundo para siempre, y ese cambio no fue bueno. Aún es necesario un gesto de reparación, un acto que reordene la injusticia. Pero no quiero poner en esta primera carta tantas cosas antes de saber de vos. Por eso te pido que me contestes de esta misma manera en que yo te estoy escribiendo, en papel, por correo. No puedo comunicarme de otro modo, no puedo sostener



en mis manos ni leer otra cosa que una hoja de papel. Te quiero  
y te extraño:

Elena.

## **El origen de la tragedia**

### *El accidente de bicicleta*

De ese modo Agostino, el mayor de los tres hijos de la viuda Celestina, tras una brevísima infancia de juego en los campos cultivados en torno a la casa de la abuela materna, no acabó de entrar en la adolescencia cuando tuvo que empezar a trabajar para ayudar a su madre y a sus hermanos, pero en especial a su madre, que súbitamente dejó de ser joven para adosarse a perpetuidad el título de viuda, y ya no tuvo otro fin y ocupación que ver pasar la existencia como un don ajeno reservado a otros, a otros no latigados por la desgracia. Tal vez Celestina temiera que la maldición del cuñado siguiera surtiendo efecto aún después de haber fulminado con su rayo vengador a su joven consorte, la cuestión fue que su vida se transformó en una sombra, y paulatinamente su dependencia, que durante un período había pasado de su madre-patrona a su marido, retornó a su madre hasta que pasó a sus hijos, primero al mayor y luego a los tres, en cierto modo los testigos más responsables de su soledad. Autodeclarada vieja desde su temprana juventud de madre viuda, Celestina renunció a cualquier alegría con la misma callada sumisión con que había aceptado el matrimonio, y se sentó a esperar, vestida de negro, el próximo golpe del destino.

Cuando la madre-patrona que comandaba la familia de Celestina murió, los hijos que hasta entonces habían acatado mudos sus órdenes y se habían inclinado a cultivar las viñas y levantar el patrimonio familiar, se negaron a proseguir con esa vida de trabajo silencioso, y cada uno reclamó su parte. La cuidada finca, que en pocos meses se deterioró hasta parecer abandonada, se vendió, casi por el valor del terreno, junto a la casona y la bodega tan trabajosamente erigida y próspera gracias al empeño de esa primera pareja de italianos, y cada uno de los herederos se marchó a la ciudad a emplearse en tareas administrativas o a trabajar en los ferrocarriles. Celestina recibió una parte menor de las malvendidas propiedades, porque era mujer, y con el consejo de algún hermano que se distrajo una tarde de sus propios intereses para acompañarla, compró una casa grande y mal hecha en un suburbio de calles de tierra en

una zona económica cerca de la ciudad de Mendoza, en un barrio llamado San José.

Allí vivía con sus hijos cuando Agostino conoció a Carla Lombardi.

Esa tarde Agostino no hubiera podido ver mucho más allá de su propia nariz mientras corría en la bicicleta a contarle a su madre que le habían aumentado el sueldo. Su habilidad en la técnica de aparatos de comunicación, aprendida de oficio en el tallercito de un viejo electricista del pueblo, lo habían ayudado a conseguir trabajo en la ciudad y en cierto modo a insertarse en el sector de las comunicaciones, que en esos tiempos no iban mucho más allá de las radios y los telégrafos. No fue tan extraño entonces que atropellase a esos tres jóvenes que cruzaban la calle tan callados como si fueran a misa, los tres caminando juntos como una pared, separados solamente por los confines de cada cuerpo, los tres altos y flacos y extrañamente luminosos en la tarde opaca de polvo.

Una bicicleta a toda velocidad puede ser un arma mortal. Y cuando Agostino se dio cuenta de que estaba en ruta de colisión con ese trío de silenciosos, la frenada que intentó sólo consiguió lanzarlo por sobre el manubrio y hacerlo sobrevolar a los tres transeúntes, mientras que su vehículo se encabritaba y daba de lleno en la cabeza del joven que caminaba en medio del trío, quien fue catapultado a la acequia de cemento y quedó descuajeringado como un muñeco al revés. Las dos mujeres que lo acompañaban quedaron tendidas en el suelo sin más daños que la caída y un sustazo de aquéllos, mientras que Agostino había carreteado muchos metros por delante y yacía pelado como una papa pero derecho mirando hacia donde hubiera debido proseguir en su bicicleta si no se le hubiera interpuesto ese grupo tan extraño, tan extraño que ni aún en ese choque fenomenal había proferido un solo sonido, ni una queja ni un grito.

La ayuda de los vecinos que vieron el accidente y la rapidez de las dos jóvenes para levantarse del suelo y rescatar al tercero que estaba de cabeza adentro de la acequia no lograron, sin embargo, salvarle la vida. Se había partido el cráneo y en pocas horas murió tan silenciosamente como había caído. Su

nombre era Tadeo, y era el prometido de una de las dos jóvenes, Carla, a quien acompañaba su hermana mayor, Loreto.

Agostino se acercó a Carla en el pasillo del hospital, raspado como un queso de rallar y un poco rengo, sin saber qué decir pero sabiendo que no habría disculpa que alcanzase. Sin embargo la joven, que lo miraba fijamente con dos grandes ojos redondos y el cabello abundante y castaño suavemente ondulado sobre la cabeza menuda y armónica, no parecía enojada. Lo miraba casi con curiosidad, como si se preguntase qué artificio del destino había puesto en manos de una persona tan singular la vida de su prometido. Agostino trataba de enhebrar palabras que no sonaran demasiado a lugar común, y mientras las pronunciaba con una manera titubeante más propia de un funámbulo que de un ciclista, sentía sobre su rostro la mirada fría de Carla, fría en un cierto sentido, porque se hubiera podido decir casi interesada, aunque con una cierta clase de curiosidad antropológica, más científica que humana. Loreto, que presenciaba la escena, parecía estar detrás de un vidrio blindado, blindado su silencio y blindada su expresión de “más allá del bien y del mal”. Agostino deseó hallarse en el set de filmación de una de esas películas francesas tan de moda en esos días, donde los personajes pasaban sin hablar por situaciones que hubieran debido ser trágicas pero que a fuerza de glamour y niebla parisina terminaban siendo aterciopelados momentos de tácito desentendimiento. Y no encontrarse frente a Carla, con sus pupilas que estaban pidiendo un resarcimiento que iba más allá de la vida del pobre Tadeo, del cual Agostino no sabía nada más que su muerte casi ridícula.

Quizás fue por esta desazón que Agostino se presentó pocos días después en casa de Carla, y Carla lo recibió como a un conocido que fuera a tomar el té. En el fondo, las dos familias vivían a menos de dos cuadras, las dos en el barrio de San José, los Ferrante sobre la calle principal, los Lombardi en una lateral, tan polvorienta pero menos transitada que aquella en donde se encontraba el caserón de Celestina.

Cuando salió de la casa de los Lombardi, Agostino tuvo la sensación de que por primera vez en su vida, a los veinticuatro años, frecuentaba seriamente a una chica con la cual podría, incluso, llegar a casarse. Para su educación, que debía más al azar y al ejemplo deshilvanado de la familia materna que al empeño y dedicación de su propia madre, visitar la casa de

una joven soltera significaba un interés que en breve hubiera debido adquirir las formalidades de un noviazgo. A él mismo hubiera debido parecerle absurda esta evolución de los hechos, por momentos los hubiera considerado producto de su propia imaginación, si no fuera por la presencia silenciosa y discreta de Loreto, que parecía estar siempre detrás de las puertas de doble hoja de la casa de Carla, como el espión en el cuadro de Velásquez, dando sentido a la escena, mirándola desde atrás, concretizándola y confiriéndole un sitio en el tiempo y en el espacio. Loreto siempre cerca en las visitas que empezaron a repetirse sin que él mismo comprendiera demasiado la razón. Hasta que supo que estaba de novio con Carla.

## Más allá del umbral

### *Segunda carta de Elena*

Querido Osvaldo:

Tu carta ha tardado tanto que aquí el verano se ha derretido. El calor deshizo poco a poco los árboles que veo desde la ventana, y ya quemados se están poniendo amarillos. Todas las tardes yo miraba desde aquí, desde esta habitación cuadrada, y veía un vaho levantarse desde la tierra reseca como el alma de la tierra misma, el fantasma de su cadáver ardido que se elevaba al cielo. Pero al anochecer la misma tierra se estremecía, ondulaba y con manos como garras recuperaba su alma, la arrancaba del aire oscuro y se la tragaba, para cada día y cada noche repetir este rito extraño que no comprendo. Porque yo no creo que la reanudación de la vida, sino en la perpetuidad de la muerte. Mucho más tiempo deberé pasar con los que están abajo que con éstos de aquí arriba. Por eso sé que debo restañar las ofensas que a ellos se les han hecho.

Pero me preguntabas de mí, de mi vida. Qué vida puedo yo relatarte, que mi vida no ha sido vida sino espera, sueño de años y silencio. Me pedís que te hable de nuestros padres y de la casona de San José. Ah mi querido hermano, me pedís que saque sangre de mi herida, pero dispuesta estoy y con gusto, porque herida sigue siendo desde aquellos lejanos días en que todavía éramos tres hermanos, Irene, vos y yo. ¿Te acordás cuando el papá nos llevaba al patio de ladrillos para mirar la Luna? No sé si te podés acordar, eras tan chiquito entonces. Irene a veces se ponía a llorar, porque el papá contaba que en la Luna había un conejo encerrado, y que desde allá nos observaba con sus ojos rojos, y nuestra hermana que era tan sensible y lloraba por todo se ponía triste por el conejo. Pero el papá decía que el conejo no está triste, porque la Luna era muy grande, mucho más de lo que la veíamos nosotros, y que cuando acá era de día, el conejo se iba del otro lado de la Luna, y ahí comía tantas zanahorias, pastito y muchas cosas que a él le gustaban. Pero que cuando acá era de noche, se ponía a mirarnos. ¿Te acordás? Podíamos pasar mucho rato en el patio en las noches de verano. Eran los momentos más lindos que yo recuerdo de nuestra infancia, los esperaba todo el día, todo el día mientras el papá trabajaba y nosotros estábamos en la casona esperándolo. Todo eso fue antes de la guerra. Para mí fue la época más feliz

de mi vida. Yo me acuerdo que con Irene te cuidábamos a vos desde que eras muy chiquito, te cambiábamos los pañales y te dábamos el biberón, y habíamos llevado tu cuna al lado de nuestras camas para atenderte si te despertabas de noche. Pero vos eras muy bueno, tanto que a veces me acuerdo que la tía Loreto se quedaba mirándote y le decía a la mamá que a lo mejor había que hacerte ver por un especialista, porque podías ser mudo, o autista, o qué sé yo. Mirá vos de qué familia venía la prédica. Creo que vos no llorabas porque tenías miedo de que nadie viniera a consolarte.

Nuestra familia era muy especial, querido Osvaldo, muy especial. Y ahora, si después de tantos años me he puesto a hablar de nosotros, y aquí adonde estoy siempre me han pedido que hable de nosotros y nunca lo quise hacer, porque es nuestra historia y nada más que nuestra; me puse a hablar de nosotros, te digo, porque es necesario que vos también recuerdes, porque sólo a través del recuerdo vas a poder comprender.

Pero ahora tengo que dejarte. No tardes tanto en contestarme. Preguntame lo que quieras. Ya apagan las luces y me queda sólo el resplandor de la ventana. Es demasiado poco para seguir escribiendo, y las manos oscuras de la tierra arrancan al aire lo que quedaba del día. Te quiero mucho y espero tu carta:

Tu hermana Elena

## **El origen de la tragedia**

### *Manual de virginidad*

De Tadeo lo único que conoció, aparte la imagen de la cabeza rubia llena de sangre y los ojos cerrados, fue que había sido hijo de una familia de inmigrantes polacos. Carla y Loreto Lombardi, en cambio, eran de familia italiana mucho más reciente que la suya; incluso Loreto, que llevaba varios años de ventaja a Carla, había nacido en Italia. Pero ambas hermanas eran muy diferentes: mientras la más pequeña parecía corresponder a esa época de cambios sociales y renovación de las costumbres y la moda, la mayor daba la impresión de aferrarse a un siglo terminado. A pesar de que no se podría afirmar que fuese lo que comúnmente se define como una mujer fea, Loreto no poseía el encanto de Carla, su misteriosa sugestión. Su rostro era regular y armónico también, pero su cabello era muy oscuro, como sus cejas, que daban a sus ojos una protección desmesurada, haciéndolos parecer más pequeños, aunque los dotaban de luz propia. Su boca era escueta y bien dibujada, como la de su hermana, pero a diferencia de la boca de Carla, la boca de Loreto parecía haber sido hecha para permanecer firmemente cerrada al mundo exterior. Enfrascada en los libros que parecían acompañarla adonde iba, a veces demostraba una rigidez que la hacía semejar a un maniquí de sí misma, derecha e incontestable, en un cierto sentido enjuta a pesar de ser aún joven. Era callada y reconcentrada, o sería mejor decir reconcentrada en la consideración del mundo que la rodeaba, al que contemplaba agudamente con sus pequeños ojos marrones, honda y críticamente, como si ella supiera que había algo que no andaba, algo profundamente equivocado que seguía adelante por la inercia de los tiempos, pero que antes o después tendría que rendir cuentas al sentido común que regía el movimiento del universo.

El noviazgo duró menos de un año, y después de este interludio en el que el luto pasó a segundo plano, pero siguió siendo el tema tácito de cada encuentro, Agostino se encontró casado con Carla. Celestina, naturalmente, se vistió de negro, tratando —o fingiendo que trataba— de disimular el rechazo que le provocaba la novia, sentimiento que además de ser natural en una persona que hubiera detestado a cualquier mujer con la



felicidad por delante, era la obvia actitud de quien no siendo capaz de sobrevivir por sus propios medios, veía seriamente amenazada su fuente de ingresos proveniente de ese hijo que se casaba y ahora daría todo el dinero que ganase a otra mujer.

En la corta luna de miel, Agostino se enteró de que su nueva esposa no era virgen, y si bien lo tomó de manera bastante natural, para no parecer un anticuado en momentos en que en París los jóvenes se sublevaban contra el orden instituido y proclamaban el amor libre, le hubiera gustado saber si la virginidad de Carla se había ido con el difunto Tadeo. En el fondo, era casi una compensación machista, inconfesable por cierto, que el único hombre que había estado sexualmente con su mujer yaciera bajo tierra más muerto que una momia. Y para mejor muerto por su causa. Parecía una película, y ésta no de nouvelle vague, sino de dark ladies, con Barbara Stanwick si era posible. Pero su curiosidad y su fantasía machista quedaron sin satisfacción ante el silencio de Carla a los enmascarados argumentos dirigidos por el recién casado para obtener alguna explicación de su joven esposa. Carla se limitó a mirarlo con sus grandes ojos redondos, aparentemente placenteros, y a dar vuelta la cabeza hacia otro lado. En ese momento Agostino se dio cuenta brutalmente de que la intimidad sexual no significaba en absoluto la posesión en cuerpo y alma de la otra persona, como se lo había hecho creer su educación familiar y social, y que ni siquiera podía penetrar la mente de la otra persona penetrando su cuerpo, acto que podía llegar a ser una barrera y no una puerta. Este descubrimiento dejó más que perplejo a Agostino, quien nunca confesó que él sí, en cambio, había perdido la virginidad con Carla, ya que sus únicas experiencias sexuales antes del matrimonio habían sido, además de la solitaria masturbación, el juego más o menos audaz con algunos amigos en el campo, cuando aún vivían en las afueras de Mendoza. Durante esas adolescentes aproximaciones al placer, Agostino no había logrado desarrollar un sentido muy claro del objeto de su deseo. Si bien el sexo con jóvenes de su edad parecía algo muy normal en espera del matrimonio, la transposición de la figura de hombre a la de mujer como interlocutor sexual había quedado a mitad de camino, era un proceso sin madurar apurado por la urgencia de trabajar y producir, y luego por el matrimonio, en el cual hubiera debido completarse, y sin embargo seguía quedando inacabado.

Por decisión de Carla, la joven pareja se trasladó a vivir a un pueblo mucho más lejano de Mendoza de lo que había estado el pueblo natal de Agostino. La razón fue la necesidad de alentar la carrera de su marido, carrera que en realidad podría haberse alentado desde Buenos Aires o desde Pekín, porque Agostino no poseía una vocación apasionada para nada de lo que comúnmente se llamara trabajo, al menos eso que se concibe como trabajo productivo en la sociedad. Agostino tenía, eso sí, una innegable imaginación. Pero eso no le servía para ganar dinero, ya que se trataba de una imaginación dispersa, laberíntica, multifacética, y la falta de estudios hacía que fuera imposible canalizarla hacia cualquier tipo de actividad rentable. Carla se dio cuenta de esta característica muy pronto, y si bien no parecía afectarle particularmente lo económico, desde entonces se empeñó denodadamente para que su marido dedicara toda su energía en la construcción de un futuro bienestar. Y además, el exilio en ese pueblo perdido que ni aparecía en los mapas tenía como finalidad escondida estar lejos de su suegra, de la que no soportaba ni siquiera la vista.

Pero hasta para Carla el pueblo fue demasiado. Era una calle polvorienta y un grupo de casas sin otro norte que la estación del ferrocarril, un almacén que oficiaba también de farmacia y ferretería, y algún que otro bolichón desparejo en donde se vendían tanto verduras como medias. La casa en donde vivían Agostino y Carla estaba al final de esa calle que era todo el pueblo, y se podría decir que al final del mundo conocido. Al llegar a ese límite, casi se podía esperar que de un momento a otro una nube de polvo anunciara la llegada de un terrible malón de indígenas dispuestos a masacrar a los usurpadores y a llevarse a sus pálidas mujeres a quién sabe qué toldería en medio del desierto. Al menos éstas eran las fantasías de Carla cuando por las tardes, que no terminaban nunca, se quedaba apoyada en el alféizar de la ventana que daba sobre el dilatado paisaje de una pampa seca, barrida por vientos como guantes de tierra, y poblada por millones de alimañas que en la noche producían los más variados y terroríficos sonidos.

Pero en la noche, sobre ese desierto traicionero y aparentemente muerto, aparecían tantas estrellas que el campo mismo se iluminaba como si hubiera salido no un sol, sino millones de soles fríos que guiñaban los ojos al miserable

pueblo en que vivían Carla y Agostino. Carla, que nunca se había detenido a mirar las estrellas allá en su barrio de San José, ahora se entretenía en buscar nombres y mapas en la maraña titilante de astros que de vez en cuando se rasgaba con el paso de una estrella fugaz.

Sin embargo, la soledad y el asilamiento de se pueblo fueron más fuertes, y cuando se quedó embarazada, Carla cayó en una depresión que se agravaba ante la callada impotencia de Agostino. Él no podía oponer a la enfermedad de su mujer más que su carácter siempre algo ausente, al que a fuerza de voluntad agregaba una constancia intachable, al menos en sus deberes cotidianos.

Si Carla había esperado otra cosa de la vida u otra cosa de Agostino, no podía saberse. Sin duda esa joven de mirada inteligente y un poco cínica estaría más a gusto en el salón de una casa de la alta burguesía, sentada en un sillón de terciopelo con los pies sobre una alfombra y vestida de gasa y seda. Tal vez, tal vez sería así. Era imposible escrutar los deseos de Carla, aunque Agostino a veces se la imaginaba de ese modo y sufría en silencio por no ser capaz de ofrecerle el confort que ni para él quería, él que estaba bien en ese pueblo como en cualquier otro lugar, que le bastaba un plato de comida caliente con tal de poder contemplar el cielo a través de la copa de un árbol y de contar con el tiempo y la tranquilidad suficientes como para detenerse en medio de la calle a observar la evolución de los pájaros contra la escenografía de las nubes. Pero había que pensar en el hijo que venía, y la contemplación no era algo que influyera positivamente en la consideración que sus jefes tenían de Agostino, al que juzgaban un buen muchacho, aunque algo distraído.

A fines de su embarazo, Carla se levantó de la cama y empezó a ordenar el caserón de adobe donde vivían. Era una casa larga y completamente absurda si se tiene en cuenta que era totalmente abierta, que todas las habitaciones daban a una galería sin paredes, y que los inviernos eran tan crudos que en las madrugadas se congelaban hasta los platos con el agua para las gallinas. Mucho no se podía hacer, pero con ayuda de la

comadre Clarita, una vecina más pobre que un mendigo, cargada de hijos, pero con un corazón generoso, Carla pintó las puertas, blanqueó la habitación principal, que no era una sala ni un salón, sino el dormitorio, y colocó macetas con malvones y geranios a lo largo de toda la galería, cuyas baldosas rojas brillaban de cera. El patio de tierra apisonada fue regado y barrido minuciosamente, y para el día del parto la casa estaba preparada para recibir al recién nacido, que fue una niña y tan pequeñita que parecía sietemesina.

Loreto había llegado dos días antes en el ómnibus de las tres y cuarto de la tarde, cargada con bolsos llenos de puntillas y enteritos amarillos, porque no se sabía si sería nena o varón. Fue ella quien sugirió a Carla el nombre de la recién nacida: “significa paz y armonía”, le dijo a su hermana pálida y un poco exangüe en el lecho de parturienta. Y además le contó la historia de esa tía pintora que había vivido en Italia, llamada Irene, quien al ser abandonada por su novio se había encerrado en su estudio durante cuarenta años, en los cuales había pintado solamente cuadros de flores. Sin duda a Loreto le gustaban estas fábulas entre trágicas y moralizantes, cuya veracidad era muy discutible, pero que en boca de la hermana de Carla parecían tal vez no ciertas, pero sí muy convincentes, o al menos sugestivas, como todo lo que contaba Loreto, que no mantenía conversaciones superfluas, o cotidianas. En la vida diaria era muy callada, expectante, pero en ciertas ocasiones hablaba pausadamente de cosas intemporales, historias de personas que ya nadie podría conocer, anécdotas sorprendentes o reflexiones cuya misma precariedad les daba un aire de sentencias.

Loreto se parecía a su hermana no en lo físico, pero sí en un cierto ensimismamiento que daba a ambas el aire de estar pensando en otra cosa, o más bien escudriñando a las personas con las cuales se encontraban. Cuando se les preguntaba algo o se les dirigía la palabra, había que armarse de paciencia, porque las hermanas Lombardi se tomaban su tiempo para responder, y mientras lo hacían miraban a veces fijamente a su interlocutor o interlocutora como si estuvieran elaborando una respuesta muy puntual, o como si estuvieran descendiendo peldaño por peldaño la larguísima escalera que las transportaba desde quién sabe qué planeta lejano donde se hallaban hasta el momento en que la inoportuna pregunta había llegado a sacarlas de su dorado

aislamiento. Algo íntimo y silencioso las unía; no era simpatía o confianza, como sucede entre ciertas hermanas que parecen siempre abroqueladas incluso frente a sus maridos. Carla y Loreto, en cambio, estaban unidas por una especie de índole, de íntimo desprecio de la vida de los demás, un alma fría que sin embargo se había adaptado a la vida en el mundo, pero desde el propio mundo contemplaba al mundo de los otros con un poco de desdén y casi con cinismo.

El nacimiento de Irene tuvo más la característica de un evento científico que de una fiesta familiar. Carla y Loreto contemplaban a la pequeña en su cuna casi como si observaran un curioso y no menos simpático cachorrito, hijo inesperado de alguna mascota muy querida, y Agostino miraba a su hija un poco desde afuera, como si la extraña coraza que esas dos mujeres formaban estando juntas lo excluyese del hecho mismo, y con mano suave y férrea lo empujase fuera del nacimiento de su propia primogénita.

Esos días en el viejo caserón de adobe, ambas hermanas compartieron silencios y tardes de sillones de mimbre. Carla aparecía nimbada por una luz pálida, como si su belleza hubiera sido iluminada desde un vitral atravesado por los afectuosos rayos de un sol de fines del invierno. Al calor de esa luz, Loreto se mantenía guardiana y fiel a su lado, guardiana del ensimismamiento de su hermana, y sin embargo encerrada ella también en el secreto de esa unión sin entendimiento que las mantenía juntas, y que parecía sellada no por el amor fraternal, sino por un destino cuya clave sólo ellas mismas conocían.

Agostino había pensado en algún momento que tal vez su cuñada pondría los ojos en algún hombre del pueblo, ya que en la ciudad parecía cortada fuera del tiempo y del espacio, aislada, si bien por su propia voluntad. Sin embargo, Loreto no salió nunca a la calle durante su estadía en la casa del matrimonio Ferrante. Ayudó en los quehaceres y en el cuidado de Irene con la misma callada solicitud con que se movía en su vida cotidiana en la casa de Mendoza. Cuando se marchó de regreso a la ciudad, Agostino no pudo dejar de pensar que en el accidente de bicicleta en el cual había conocido a las hermanas, bien podría haber matado a Loreto, y en ese caso no se hubiera casado con Carla, o bien podría haber matado a la misma Carla, y en ambos casos ahora no estaría al pie de un ómnibus polvoriento despidiendo a esa cuñada por la cual no lograba sentir ningún

afecto, y a la cual lo unía sin embargo el mismo hilo sutil y enrarecido que lo unía a su esposa, un hilo salido de la rueca de la muerte, y que había logrado filtrarse en el ovillo de la vida, dando luz a un nuevo ser que rodeado de amor quizás no estaría, pero sí de todos los cuidados indispensables a un ser humano para sobrevivir y para crecer. Si eso sería suficiente, Agostino no lo sabía, ni siquiera se lo planteaba, él que de amor en su vida no había conocido demasiado, o quizás nada.

Por lo tanto se dispuso a proseguir su existencia con la misma rutinaria metodicidad que hasta ahora le había permitido seguir adelante sin preguntarse el por qué de nada, al menos no demasiado, ya que los porqués según él no tenían razón de ser, en una vida que era lo que era, y donde no había elección.

Carla se dedicó al cuidado de Irene, es un modo de decir, porque encontró en la existencia de su hija la excusa para no dedicarse a nada en especial, para seguir observando el devenir de la vida desde su atalaya impenetrable y silenciosa, con la serenidad de una estatua de Juno que enmascara su ira detrás del peplo sagrado, tallado en mármol también él.

## Más allá del umbral

### *Tercera carta de Elena*

Querido Osvaldo:

Has respondido mucho más rápido esta vez. Estoy tan feliz por lo que me contás. Yo sabía que de algo te ibas a acordar, y por supuesto tenía que ser del conejo encerrado en la Luna. ¿Sabés una cosa? Desde que murió el papá yo no lo volví a ver. Y siempre, siempre he mirado con atención la Luna llena. Incluso en la época en que me tenía que pasar acostada en una cama, había una claraboya encima de mí y miraba la Luna, toda la noche miraba la Luna. Pero el conejo no volvió a aparecer. Se quedó del otro lado, o se murió con el papá. La infancia tiene ojos que la edad adulta nunca más puede volver a abrir.

Me pedís que te cuente del papá y de la mamá. No sé cómo empezar a hacerlo, porque yo sí tengo muchos recuerdos, pero he pasado todos estos años peleando con ellos, peleando a tal punto que un día me trajeron acá adonde estoy y me dijeron basta de recordar esas cosas. Me quisieron convencer de que mucho de lo que yo decía eran puras imaginaciones. Yo que viví todo. Por eso no quise hablar más y me lo guardé para mí solita. Total, al único que tenía que contarle era a vos, y para eso tenía que esperar. Así que esperé. Más de nueve mil días con sus noches esperé. Cuando se sabe por qué se espera, no es insoportable la espera. Cada noche contaba las noches que habían pasado y las que quedaban. Marcaba en la pared de mi mente una raya que tachaba el día que había superado y dibujaba el que venía, y así hacia adelante, empujada por el carro del recuerdo, ese recuerdo que construía la realidad, que se proyectaba como la sombra del conejo sobre la Luna, ocupándolo todo. Incluso cuando me fui de la casona de San José, cuando estuve en otra casa, otra casa que odiaba y que no era mía, seguía tachando y dibujando días y noches, y me trajeron acá; hasta que supe que vos habías crecido, que podía empezar a contarte nuestra historia.

Porque no sabés la historia de nuestra familia, y ahora que sos grande la tenés que saber, porque cada uno en la vida tiene que asumir sus propias responsabilidades, y las

responsabilidades, mi querido hermano, son las culpas que nos han dejado nuestros padres. Las culpas y las injusticias que debemos restañar para que vuelva el orden, para que todo regrese a ser como era.

Pero basta. No voy a adelantarme a lo que el mismo tiempo ha esperado. Empezaré por contarte cómo era nuestra casa, el caserón adonde vos naciste, en San José. Esa casa era de la nona Celestina, la mamá del papá. La nona no venía nunca y es difícil que vos la puedas recordar. Pero yo sí me acuerdo de ella. Era una mujer corpulenta, huesuda y amargada. Tenía el pelo gris y se vestía siempre de negro, nunca la vi vestida de otro modo ni me la puedo imaginar joven. Las pocas veces que vino a la casa se encerraba a hablar con el papá en el salón de adelante, un lugar a donde no entrábamos jamás, porque no teníamos nada que hacer allí. Como visitas no recibíamos, el salón era una suerte de museo erigido a la idea de una vida que no era la nuestra. En fin, la nona se encerraba en ese lugar con el papá y nuestra madre se encerraba en su pieza, en el extremo opuesto de la casa, y no salía hasta que era de noche, y a veces ni siquiera así; recién volvíamos a verla al día siguiente. Los niños permanecíamos afuera de todo esto, a veces en el patio de ladrillos si hacía calor, o en nuestra pieza si hacía frío. Pero no nos aburríamos. Irene y yo armábamos coronas de papel para ponerte a vos, y capitas de cartulina. Podíamos pasar el día en estas tareas, y a veces, si no fuera porque estaba la tía Loreto, nadie hubiera comido en esa casa. Ella se encargaba de devolver al reloj del día y de la noche su función ordenadora, y nos preparaba la comida, y nos mandaba a acostar cuando era la hora. Creo que nunca se le pasaba. Vos lo sabrás mejor que yo, lo mío son recuerdos de hace tantos años, vos has vivido con ella como si fuera tu propia madre la mayor parte de tu vida. Por supuesto no podíamos saber qué pensaba la tía Loreto de estos conciliábulos eternos que sumían la casa en un silencio murmurado; ella nunca opinaba.

Debe haber sido en una de esas conversaciones que la nona Celestina lo convenció al papá de irse a la guerra. La nona y nuestra madre se detestaban abiertamente, y a pesar de su aire sumiso y resignado, la nona era tanto o más inamovible que nuestra madre. Y no tengo dudas de que hubiera hecho cualquier cosa para separarla del papá, incluso convencerlo de alistarse.

Por supuesto nuestro padre ya no soportaba su matrimonio, eso era evidente hasta para nosotras, Irene y yo, que



éramos chicas, pero no lo bastante para no darnos cuenta. Cómo se miraban, cómo se hablaban, todo revelaba un desamor que iba más allá, como si entre ellos hubiese rencor, una culpa de quién sabe qué crimen que alguno de ellos hubiese cometido y ambos, de común acuerdo, hubieran mantenido en secreto. Y ese secreto poco a poco había ido aflorando, como un veneno, hasta la superficie, para contaminarlos y alejarlos, pero más que eso, para volver odio todo lo que tocaban, todo lo relacionado con su vida de pareja.

Pareja no sé si eran desde hacía quién sabe cuánto tiempo. Habías nacido vos, es cierto, pero ese hecho de cuatro años antes no significaba amor.

Perdoname que sea tan cruda con vos, hermano, pero es necesario que sepas toda la verdad, sin vueltas, porque de ello depende tu propio destino. Cuando vos naciste nuestra madre ni siquiera te miró, y eso lo comprobé yo misma. Fue primero la tía Loreto quien se ocupó de vos, y después Irene y yo, tus hermanas mayores que tan mayores no éramos, nos improvisamos en madres para atenderte. No sé si recordarás, pero si podés hacerlo, si tenés alguna memoria de aquellos tiempos, sabrás que te digo la verdad, porque en tus recuerdos nunca, nunca encontrarás abrazos ni besos de tu madre, ni cuidados, ni siquiera palabras.

Nuestra madre se había alejado de todos nosotros mucho tiempo antes, si es que alguna vez había estado cerca. No sé cómo habrá sido tu vida en Italia con la tía Loreto, sólo sé que si bien ella no era cariñosa con nadie, al menos se ocupaba de nosotros, y no lo hacía de mal humor, sino con la dedicación que cualquier persona humana pondría en atender a niños de su sangre que, en cierto modo, estaban abandonados.

Y ahora tengo que dejarte. Está demasiado oscuro para seguir escribiendo, y estoy terriblemente cansada. Te mando un beso muy grande, tu hermana

Elena.

## **El origen de la tragedia**

### *El caserón de San José*

La relación entre Agostino y Carla prosiguió sostenida quizás por una suerte de sensualidad que se percibía desde afuera, o por lo que desde afuera hubiera podido calificarse de sensualidad, cuando tal vez era otra cosa mucho más trágica, algo informe e inasible que ni sus mismos protagonistas podrían haber definido. Cada vez que hacían el amor, y eso no sucedía todos los días, Carla y Agostino no dejaban de lado sus ropajes más íntimos, los que se llevan debajo de la ropa de tela y sobre la piel más superficial. Por el contrario, eran mucho más ellos mismos, y si se los hubiera visto desde afuera tal vez se hubiera creído que cada uno de ellos hacía el amor consigo mismo. Pero no era así, Agostino gozaba de ese cuerpo blanco y sinuoso en el cual se zambullía con avidez, ajustando sus manos a cada línea, bebiendo cada soplo de sus pliegues en penumbra. Penetraba a Carla con la sagrada necesidad que empuja a un hombre a dirigir toda su energía y su inconsciencia al extremo de su órgano sexual, como si fuera el pararrayos que en lugar de recibir debiese descargar la fuerza que, de permanecer en el cuerpo, podría fulminarlo. Le costaba contener ese ímpetu arrollador, porque era tal la excitación de estar dentro de ese cuerpo callado y hermoso, que por momentos, en lugar de dejarse ir, tenía que poner mucho de su voluntad en el intento que él creía lícito, de procurar el placer a su mujer. Cuando el estertor inevitable llegaba, lo sacudía en oleadas nacidas de su más profunda entraña, y trataba de refrenarlas para no estremecer excesivamente a su compañera, de la cual nunca sabía a ciencia cierta si había logrado el orgasmo o no. Carla se dejaba hacer. Poco o nada ponía de ella misma, arrastrada por la fuerza monumental del cuerpo de Agostino, que en la relación sexual demostraba una energía tan impetuosa que ni ella misma podía contener. Una energía que quizás le hubiera gustado verle también en la vida, en el devenir de la cotidianidad en que su alma se desintegraba de hastío.

Su piel y su sexo podían abandonarse entre los brazos de su amante, y tal vez eran ésos sus mayores momentos de gozo, ni siquiera era necesario un orgasmo, era la sensación de que alguien era más fuerte que ella, de que no necesitaba ser ella, de que podía cerrar los ojos y olvidarlo todo. En esos

instantes Carla disfrutaba de Agostino, de sus brazos jóvenes y sus piernas envolventes, y se dejaba enredar y penetrar con auténtico abandono. Si llegaba al orgasmo o no, tal vez ni ella misma lo sabía.

Fue de ese modo que Carla se quedó embarazada por segunda vez, y el nacimiento de su segunda hija, Elena, dos años después de Irene, coincidió con el regreso de la pequeña familia a la ciudad.

A pesar de su rechazo, Carla debió someterse a la humillación de tener que vivir en el caserón de la suegra, aquél que Celestina había comprado con la venta de las tierras de cultivo y la bodega de la familia italiana. Pero para suerte de Carla, al menos, Celestina, que no soportaba estar sola y no contaba con medios para mantenerse, se había trasladado a casa de su segunda hija, la hermana de Agostino, que se había casado con un militar. De ese modo Agostino y Carla se hallaron solos con sus dos hijas en el absurdo caserón que en los días de lluvia empezaba a sonar como una orquesta de metales, a causa de las numerosas cacerolas que había que poner debajo de todas las goteras que se repartían por pasillos y habitaciones. Por esa razón el cielorraso de lienzo blanqueado a la cal se parecía más a los frescos del Tiepolo que a un verdadero cielorraso, y hubieran faltado las molduras para hacer de esos techos una obra de arte renacentista o barroca digna de una basílica veneciana.

Tal vez fue en ese período, y tal vez a causa de los repetidos ataques de histeria que empezó a sufrir Carla, que Irene se apegó a Agostino, de una manera tan silenciosa y obsesiva que bastaba que el padre se ausentara por más de medio día para que la niña empezara a llorar sumisamente en un rincón escondido de la enorme casa, o en la sala de la pared redonda, que daba a la calle y adonde nadie iba jamás.

Irene era tan diferente de Elena que no se las hubiera dicho hermanas. Mientras la mayor era callada, de ojos pardos y sombreados y cabello muy claro, Elena era vivaz, de abundante cabellera oscura y ojos grandes e inquisidores. Irene transitaba por los rincones de aquella casa como si debiera caminar por la línea que traza la sombra para escapar de la luz, el límite en que el silencio se atrinchera del mundo para no ser ametrallado por los ruidos y las voces. Elena en cambio hablaba, y su voz segura, grave y llena de matices, traspasaba puertas y celosías

para invadir con cálida resonancia esas habitaciones cerradas y penumbrosas.

Cuando Irene tenía trece años y Elena once, nació Osvaldo, el último de los hijos de Agostino y Carla, llegado en un período en el cual el matrimonio parecía más unido por el silencio que por las palabras, y cuando Carla se deslizaba a puñetazos por una pendiente de deterioro psíquico que nadie en esa casa era capaz de percibir en toda su magnitud. Agotada por frecuentes crisis de nervios, pasaba la mayor parte del tiempo encerrada en su habitación, la última de la larga galería de ese caserón mal hecho, una pieza con una ventana que daba a un patio de ladrillos colorados, sombreado por un parral y perfumado por macetones con jazmines, y cuyo piso de madera crujía más de noche, cuando lo pisaban las sombras del sueño, que de día, cuando los pasos recurrentes de Carla lo transitaban sin sosiego de un lado a otro. El pequeño Osvaldo fue acudido por sus hermanas mayores ante la incapacidad de su madre, que no demostró ningún interés en ese hijo tan diminuto, nacido con muy poco peso y tan pálido que se hubiera dicho de papel. Osvaldo tenía en la cara dos ojos tan grandes y tan marrones como si un campo sin cultivar se hubiera expandido por sus pupilas.

Irene asumió el cuidado amoroso del pequeño, pero en lo práctico, mamaderas, pañales, temperatura y baños, fue Elena quien demostró una sorprendente capacidad de crianza, a tal punto que era ella quien sabía los horarios de las comidas y la interpretación de cada tipo de llanto del hermano menor. Osvaldo, sin embargo, no lloraba casi, se hubiera dicho que había comprendido que su madre no estaba dispuesta a hacerse cargo de su crianza, y que cada una de sus manifestaciones para llamar la atención eran recibidas con verdadero disgusto por Carla, quien más a menudo se encerraba en su habitación para no escucharlo antes que tratar de consolarlo. Pero afortunadamente para Osvaldo, estaban sus dos hermanas cerca. Irene y Elena crecieron de repente y abandonaron casi aún en la infancia todos los juegos y la frecuentación de otros niños de su edad para ocuparse del hermano, y a pesar de ser aún niñas, la responsabilidad y la seriedad con que cumplían el cuidado del

pequeño las ponía tan lejos de la niñez como lejos de la vida matrimonial y doméstica se hallaban ya Carla y Agostino.

## Más allá del umbral

### *Cuarta carta de Elena*

Querido Osvaldo:

Pienso en la carta que te envié y creo que tal vez la concluí precipitadamente. Pero hay cosas que me conmueven aún hoy, aunque hayan pasado hace tantos años, y en esos momentos ya no puedo pensar, o mejor sería decir, no puedo detener la marea feroz de pensamientos que me inmovilizan y hasta me impiden respirar. A veces me he asfixiado por causa de estos recuerdos, y he estado al borde de la muerte. Los recuerdos pueden ser como manos que te estrangulan y no dejan pasar el aire; así suelen ser mis recuerdos.

Pero hoy estoy mejor, más serena, casi demasiado tal vez. Veo pasar la luz frente a mí como una caravana de pinceladas blancas que se mueven lentamente, pero no se detienen. Si estiro las manos no puedo tocarlas, y sin embargo siguen pasando, pasando inexplicablemente como horas en un cuadrante que es todo el cielo, toda la ventana. En los días de lluvia, cuando estábamos los tres, Irene, vos y yo, en la casona de San José, nos quedábamos sobre la cama arrodillados mirando por la ventana el patio de ladrillos. El antiguo parral lo cubría y protegía también los macetones de tres patas con jazmines. Mirábamos la lluvia y jugábamos a que el primero que veía un sapito ganaba. ¿Te acordás a qué llamábamos sapitos? Eras tan chico que no creo que lo recuerdes. Decíamos así cuando la lluvia había acumulado tanta agua en el patio que se formaban charcos, y al caer las gotas hacían plaf y salpicaban, a eso le llamábamos sapito. Era un juego muy simple, y ahora me pregunto cómo podíamos pasarnos tanto tiempo entretenidos en cosas tan sencillas. Pero pienso además cómo no pasar el tiempo entretenidos en cosas sencillas, hay acaso otro modo mejor de dejar transcurrir este sucederse sin sentido de días y noches que se alejan como un tren que se pierde en el horizonte y mirando hacia atrás no podemos creer que viajábamos en alguno de esos vagones, esos vagones ya difíciles de distinguir entre las nubes lejanas de la distancia. Sí, era un juego sencillo, como sencillas deben ser todas las infancias, y como debería ser la vida misma si la mancha del error no oscureciera la frente de los seres humanos.

Tal vez por eso hemos sido castigados con la soledad.

Nadie sino nosotros mismos podemos curarnos, pero para hacerlo deberíamos levantar la mano contra lo que está equivocado, aunque esa mano sea la misma que después nos abra las puertas del infierno.

Elena

## **El origen de la tragedia**

### *La llegada de la guerra*

Por esos tiempos Agostino se ausentaba mucho de su casa, para dolor de Irene, y si bien no faltaba nunca a dormir, su presencia en ese caserón desolado era solamente la confirmación de su ausencia. Cuando se encontraba en la casa miraba todo con tal desentusiasmo que se hubiera dicho un visitante al que han llevado a un lugar adonde voluntariamente no quería ir, y hasta su actitud corporal tendía más hacia el exterior que hacia el centro de esa familia que estaba perdiendo muy velozmente la fragilísima fuerza de cohesión que un día la había unido. Agostino asumió paulatinamente un cierto desorden en sus cosas y en su persona que, sin llevarlo al abandono, le daban el aspecto de un bohemio o de esas personas extremadamente distraídas que no se dan cuenta de que se han puesto la camisa al revés o una media de cada color. Hablaba poco, como siempre lo había hecho, pero ahora sus palabras sonaban tan huecas que se deslizaban por esas paredes viejas y caían como hojas de manuscritos indescifrables hasta el piso de gastadas baldosas amarillas. Miraba desde afuera a sus hijos sin asumir ningún tipo de responsabilidad, excepto cuando la necesidad hacía que llamara a un médico o llevase al pequeño Osvaldo a ponerle las vacunas o a un control en el dentista o el pediatra. No preguntaba cómo se desenvolvían sus hijas en la escuela ni hablaba con ellas más de lo indispensable. Cada uno a su modo, él y su esposa se habían ido de la casa y habían abandonado a esos tres niños a la deriva de la vida.

En esos días, el país naufragaba en el mar de los sargazos de una dictadura militar que lo había devastado humana y económicamente. Los desaparecidos se contaban por millares y la sociedad había sido hecha trizas en sus más básicas estructuras. En una comunidad despersonalizada y pisoteada hasta la médula, la noticia de la guerra llegó como la luz de un faro, capaz de reunificar un pueblo disperso por el horror y darle un rumbo, sin que ese mismo pueblo comprendiera que esa luz no era sino una estela de veneno que lo arrastraría por la noche de su historia hacia horrores mucho peores que aquéllos a los cuales los habían arrastrado las manos manchadas de los represores. La Argentina había declarado la guerra a Gran



Bretaña por unas islas que desde el siglo XIX estaban ocupadas por los ingleses. A ningún argentino consciente le escapaba que se trataba de una estratagema desesperada de la dictadura por mantener el poder, aunque fuera una estratagema que iba a costar casi tan cara como los años de dictadura militar.

Cuando llegó la noticia de la guerra a la ciudad, Agostino la llevó inmediatamente al caserón. Carla lo miró con sus grandes ojos marrones ausentes, y la primera en darse cuenta del extraño entusiasmo de su padre fue Irene, que se ensombreció y no dijo una palabra, agregando silencio a su ya habitual silencio.

Agostino no demostraba interés en la guerra en sí, ni en la “reivindicación de la soberanía”, como cantaba la propaganda oficial. Su entusiasmo era más íntimo, como el de un suicida que finalmente ha hallado el coraje y el medio para acabar con su vida, y esa decisión lo hace casi feliz, radiante. No sería posible saber si la posibilidad de morir en una guerra a todas luces absurda y perdida de antemano, provocaba esa condición en Agostino como la percibía Irene; pero lo cierto era que su padre aparecía lleno de una fuerza que no le veía desde que era muy pequeña, cuando tal vez aún no se habían mudado a ese caserón mal dibujado de la periferia mendocina. Carla, por su parte, no reparó en la nueva energía que movía a Agostino, sino en la penumbra que avanzaba por los ojos de Irene, cuya extremada sensibilidad era como una suerte de indicador de la temperatura emocional de esa familia a la deriva en un océano cuya profundidad nadie se atrevía a sondear.

En ese último período Carla había salido de su aislamiento para ponerse en el papel de observadora de sus hijos. Había sumido las tareas esenciales de cuidar la salud de los tres niños, sus ropas, la limpieza de la casa, las provisiones en la alacena y en la heladera, cada día, antes de encerrarse de nuevo en la habitación al final del caserón, o de sentarse sola en la galería en un calidoscopio de silencio o de frases flotantes en las cuales los tres niños percibían algo de lo infinitamente indescifrable que caracteriza el lenguaje de los adultos. Pero esta conducta insana también pasaba a ser parte de la rutina, y pronto se sumaba a la atmósfera aplastada de esa casa en la que no resonaba la música ni los rumores que denuncian la vida. La apariencia de la vida puede ser más fúnebre que la ausencia

misma. Carla en realidad no salía de su mutismo emotivo sino que, en cierto modo, lo reforzaba, al plantarse ante sus hijos como dos ojos sin párpados, mirando cada uno de sus movimientos, estudiándolos no como si fuesen los propios hijos, sino como si se tratase de los últimos representantes de una raza en extinción, moviéndose ante ella con la timidez y la fatalidad que impregnan los últimos gestos, las palabras que no van a volver a repetirse. Esta actitud reforzaba la voluntad de Elena de ocuparse personalmente del pequeño Osvaldo con toda la premura indispensable para hacer crecer a un niño, mientras que Irene también pasaba sus horas junto al hermano, pero sin hablarle, mirándolo, jugando con él sin palabras, sumida en su natural y creciente melancolía.

Cuando pocos días después Agostino anunció que se alistaría como voluntario para ir a las islas, Carla se limitó a mirarlo con su habitual penetrante mirada marrón y enorme. Tenía puesto un vestido celeste largo hasta las rodillas, de falda amplia cuyos pliegues resaltaban la blancura de sus piernas bien torneadas, y un saquito de lana liviano, color té con leche, abierto sobre el pecho y con un bordado de hojas verdes muy claras sobre el cuello. Los niños permanecieron callados durante unos instantes, pero fue el gesto de Irene el que verdaderamente provocó el mayor estupor en ese grupo de náufragos. La mayor de las hijas de Carla y Agostino, tras un momento de inmovilidad durante el cual todas las mareas del mundo parecieron estrellarse contra las frágiles paredes de su cuerpo grácil y pálido, se abalanzó contra las piernas de su padre y las abrazó con tal fuerza que estuvo a punto de derribarlo. Elena, que tenía a Osvaldo de la mano, la miró entreabriendo la boca, sin lograr moverse de su lugar, y apretando los dedos de su hermano hasta que el pequeño empezó a tironear para liberarse de ese doloroso gesto que no comprendía. Carla también dirigió su mirada a su hija mayor, cambió de expresión, y su rostro redondo demostró sorpresa, casi incredulidad, y acto seguido sus ojos se clavaron en Agostino con una suerte de dureza metálica que nunca antes se le había visto.

Lo que siguió fue tan precipitado y mudo que los mismos integrantes de esa familia no tuvieron tiempo de darse cuenta de

que estaban subiendo velozmente los ciclópeos escalones desde cuya altura podrían convertirse en espectadores de su propio destino.

No hubo un solo reproche de parte de Carla, aunque su mutismo adquirió los ribetes de un desprecio silencioso contra ese marido cada vez más ausente y que ahora se iba, también con su cuerpo, a un lugar lejano que ni siquiera se habían imaginado jamás, a una guerra que no significaba nada para ellos. A los cuarenta y cuatro años, Agostino seguía siendo tan huidizo e inconsistente como cuando tenía quince, y su búsqueda de algo que lo obligara a poner pie definitivamente en la vida se parecía más al arranque irreflexivo de un adolescente que a la decisión de un hombre. Al menos visto desde afuera, porque desde dentro quizás él sabía que todo había sido un error, o tal vez no un error pero sí una posibilidad de entre las muchas posibilidades que hubieran debido ofrecerse a su existencia. Y entre esas posibilidades no elegidas en su momento, alguna debía haber que fuera totalmente diferente, que le diera la sensación de seguridad que había buscado en una mujer cuyo corazón le seguía siendo tan ajeno como el suyo propio, su corazón que no hallaba paz, y que durante demasiado tiempo se había callado, en un mutismo interior, íntimo y triste, sin dejar traslucir las dudas que lo atenazaban sin descanso.

La guerra, entonces, era un deber inapelable.

Cuando Celestina se enteró de la decisión de Agostino, su actitud se debatió entre la duda de si apoyar a su hijo y así manifestar abiertamente el obvio rechazo que sentía hacia su nuera, o ponerse por una vez de parte de esa mujer que le había quitado hijo y dinero sin darle un instante de simpatía a cambio, pero que después de todo era la madre de sus nietos. La duda no duró mucho debido a su incapacidad natural hacia la reflexión, por eso Celestina trató de hablar con Agostino, tarea prácticamente imposible a esa altura de sus vidas, ya que no tenía precedentes y ninguno de los dos había sentido nunca la necesidad de emprenderla. Por lo tanto encontrar un momento para charlar con Agostino a solas se le figuró a Celestina más difícil que la primera vez con su difunto marido, al que en realidad había visto muy poco antes del matrimonio, y una noche se lo había encontrado en la cama arriba de ella,

empujando con una fuerza tan brutal adentro de su cuerpo de adolescente campesina que le habían dado muchas ganas de gritar y de sacárselo de encima, incluso de pegarle un tiro. Pero esto no se lo había confesado a nadie, ni al cura del pueblo. Porque sabía que sobre todo y ante todo una mujer debe obedecer al marido y someterse a su voluntad, y tal parecía que esa lucha cuerpo a cuerpo y esa penetración tan dolorosa cuanto innecesaria eran parte de los sagrados deberes del matrimonio. Por lo tanto, Celestina se vistió con las únicas ropas de salir que tenía, que por supuesto eran negras, y se dirigió al caserón de los suburbios, que era suyo de propiedad, pero en el cual rara vez había vuelto a poner pie, en primer lugar porque era totalmente incapaz de asumir la mínima responsabilidad material por nada, mucho menos por una casa, y en segundo y no menos importante, porque detestaba de tal modo a su nuera que sabía que iba a pasar un mal momento. Después de todo, contaba con los hijos de su segunda hija como nietos, que eran mucho más vivaces y simpáticos que esos rarísimos hijos de Carla, tan extraños y callados y poco demostrativos, que cada vez que se habían encontrado en las raras ocasiones de fiestas familiares que meritasen la reunión, y a las que Agostino y su familia fuesen invitados, se mostraban hoscos, retraídos y hasta antisociales.

Tocó el timbre como si fuera al dentista, casi con repulsión, y cuando Elena le abrió la puerta ella pequeña desde abajo y la miraba a su nona toda vestida de negro, a la niña le pareció que finalmente el ángel de la muerte los había ido a buscar a todos para poner orden en ese caos de silencios en que se había convertido su familia.

Celestina habló con su hijo en el salón de la pared redonda, el único que daba a la calle, a esa triste y desahuciada calle de la periferia, y que nunca era usado ni siquiera para las rarísimas ocasiones en que había habido visitas, y que permanecía siempre en penumbras con los muebles como en exposición, siempre sin gastarse, envejeciendo y pasando de moda inútilmente.

Con la franqueza desesperada de quienes no saben entablar ninguna conversación, Celestina fue directo al grano y le preguntó a su hijo de qué se trataba eso de irse a la guerra, qué guerra era ésa y qué premura había para dejar a su familia si no lo habían llamado y vaya a saber si lo llamarían en caso de necesidad. ¿Acaso no era mejor quedarse en su casa y esperar a

ver qué pasaba y no estar poniendo el pellejo y tentando a la suerte cuando había tres hijos y una esposa para preocuparse?

-Es algo que siento, mamá. Tengo que ir. Aparte va a ser bueno para todos.

-¿Bueno para todos? ¿Es bueno que te vayas y que te maten allá lejos cuando acá tenés tus hijos?

-Sí, así parece.

-¿Y si te pasa algo? ¿Cuánto tiempo pensás estar lejos?

-No sé mamá. Depende de la guerra.

-Vos estás loco. Tu mujer debería hacer algo para que entrases en razón.

Y al decir estas palabras Celestina cayó en la convicción de que la absurda decisión de su hijo era única y claramente culpa de Carla, que sin duda era mala mujer, ya que no sabía retener a su marido a su lado, y que ni siquiera debía ser buena madre, porque no pensaba que con la partida de Agostino los chicos corrían el riesgo de quedarse huérfanos. Con estos pensamientos su alma se serenó y llegó a una suerte de éxtasis, porque su misión estaba cumplida y ni siquiera le había demandado tanto esfuerzo, más que el de llegar a esa conversación, y al poner la culpa en su nuera, el problema quedaba fuera de su alcance, porque era absolutamente impensable que ella hablara con Carla, por más grande y mundial que se volviera la guerra.

## Más allá del umbral

### *Quinta carta de Elena*

Mi querido hermano:

Voy a dejar de fingir que me respondés las cartas. No me has respondido ninguna. Y yo sigo en mí misma, sin poder salir. Pero nada de esto tiene importancia, sé que estas cartas van a llegar a vos, antes o después, porque hay leyes que nunca han sido enunciadas, y que son inmutables. Esas leyes rigen el universo. Algunos las llaman destino, otros, justicia. No sé cómo las llamaría yo. Nombres no quiero darles para no influir en tu mente con mis palabras, más de lo que deben influir en tu alma las verdades que te revelo.

Hoy he despertado con la convicción de que he de verte. Pero no sé cuándo. El tiempo escapa de mis posesiones, no es ni ha sido jamás una materia con la cual yo haya podido entablar un diálogo, ni siquiera razonar. El tiempo me ha sido tan extraño como el amor, a ninguno he conocido de cerca, si bien el primero existe, bien lo sé, porque mueve y juzga al mundo y a sus habitantes con mano de hierro. Es implacable y al fin trae el orden. Al segundo lo considero una quimera invento de afiebrados y dementes, una justificación a los desmanes que destrozan toda armonía. Es por eso que yo, tu hermana Elena, no sé a ciencia cierta si me has respondido las cartas o no, porque el tiempo me niega su lógica y tal vez tus cartas estén viajando hacia mí, o hayan pasado de largo de mi puerta y estén escapando en otra dirección a la que no tengo acceso. En otra dimensión, el tiempo hace esas cosas conmigo. Muchas veces creo que he comido, que me he levantado de la cama y he hecho los comunes gestos de cada ser humano, y en cambio no, sigo acostada mirando el techo. Mirando el techo con los ojos cerrados, mirando a través de los párpados cómo el techo se desplaza lentamente, lenta e inefablemente como consecuencia del movimiento de rotación de la Tierra. Entonces me gana la náusea y debo vomitar. Vomito días y noches, meses, años. Hasta que puedo levantar la cabeza y abrir los ojos. Es posible que todo esté en el mismo sitio. O es posible que alguna mano maléfica lo haya cambiado para hacerme creer que me he movido también yo. Alguien, a veces, trata de engañarme. Pero es muy difícil engañar a quien ve a través de los párpados. Y yo veo, mi querido Osvaldo. Hace muchos años que veo. Y lo que

veo no le gustará a nadie, como tampoco te gustará a vos, pero debés asumirlo. Porque es la verdad.

Tengo que dejarte. Escucho golpes infernales detrás de la pared. Creo que alguien intenta derrumbarla. O alguien se está deshaciendo los puños para manchar de sangre mi habitación. Te escribiré.

Elena.

## **El origen de la tragedia**

### *El sacrificio de Irene*

Los días que precedieron a su partida, que no fueron muchos, Agostino se dedicó a estar un poco con sus hijos, tratando de restañar tardíamente un abandono que sabía que no era solamente suyo, pero que veía como algo tan inevitable e inexplicable como la guerra misma. Carla, por su parte, también salió de su encierro pero por otra razón: Irene, su primera hija y quizás la única a la que había logrado amar, demostraba un dolor tan grande por la partida de su padre que su natural fragilidad se veía acentuada en esos días, y su carácter retraído y silencioso se había vuelto preocupante. Muchas veces, buscándola por el caserón, Carla encontraba a su hija de pie en la sombra de una de las habitaciones, de las altas y cuadradas habitaciones sin ventanas que daban a la galería, de pie en un rincón adonde no llegara la luz, de pie como la estatua de sí misma, con los grandes ojos pardos abiertos que parecían no pestañear y el sutil cuerpo enhiesto; una estatua de Irene con los brazos a los costados, las manos abiertas, los pies juntos como en una ceremonia. Carla se quedaba contemplándola, esperando que sus pupilas se acostumbraran a la penumbra para ver mejor a esa hija doliente, y después, sin tocarla, le decía que se moviera, que saliera de allí, le preguntaba si quería un chocolate, demostración de amor verdaderamente arrojada de su parte.

Elena mientras tanto se ocupaba del pequeño Osvaldo, que apenas tenía cuatro años, aunque ella apenas tenía once, pero había saltado niñez, pubertad y adolescencia en su tarea de criar a ese minúsculo niño abandonado que miraba sin estupor y sin palabras todo ese laberinto inextricable de emociones y secretos tejiéndose y mutando constantemente a su alrededor como una telaraña silenciosa y opaca, siempre presente, inmovilizando todo y cubriendo todo con su capa sutil, pegajosa.

No fue la partida de Agostino suficiente motivo para aumentar su comunicación con Carla. Años de silencio progresivo habían sido más que suficiente diálogo para comprender, desde ambas partes, que sus vidas se habían apartado, si alguna vez estuvieron cercanas. Probablemente Carla se preguntó si había amado a Agostino, y es posible



también que Agostino sintiese que ya no amaba a Carla, al menos que ya no estaba sometido a su envolvente influencia como había sido años atrás, cuando la sola aproximación a su cuerpo le hacía perder los límites y liberaba sentidos que él mismo desconocía. Algo tácito entre los dos hacía que esa convivencia prosiguiera, y tácito fue el acuerdo para que Agostino pudiera tomar la decisión de marcharse a la guerra. Aunque Carla sintió, quizás más que un pensamiento fue una sensación, que no hubiera sido necesaria la excusa de la guerra para abandonar la casa y los hijos que habían tenido juntos. Pero su resentimiento de saberse huésped en una casa que pertenecía siempre a su suegra, lo cual la volvía doblemente ajena, por momentos era mayor a toda otra consideración, en especial cuando sopesaba la posibilidad de que Agostino no regresara jamás.

Un hecho inesperado, sin embargo, cambió completamente la disposición de los acontecimientos en este ajedrez familiar, y por lo tanto los sentimientos se metamorfosearon y se arrojaron sobre las piezas del juego con la voracidad de las Parcas sobre las incólumes almas humanas.

Sucedió poco antes de que Agostino partiera, y no podía demorarse ya que habían aceptado inmediatamente su alistamiento debido a sus conocimientos en comunicaciones, y porque el conflicto se había precipitado en una carrera que nadie sabía qué velocidad podía alcanzar. En la Argentina se difundían sólo noticias optimistas y se pedía la mayor colaboración del pueblo con donaciones de joyas para recolectar dinero, y chocolate y ropa para los soldados. La ropa era totalmente inútil, ya que los soldados hubiesen necesitado equipos especiales adecuados al rigor casi polar de las islas, y la mayor parte de los chocolates eran revendidos en los kioscos de ese extenso país, agregando a la mentira de la guerra la iniquidad de un sistema que no lograba ser honesto ni siquiera consigo mismo.

Cuando se aproximaba el momento de despedir a su padre, Irene cayó devorada por una fiebre insólita que en pocas horas puso en alerta a toda la familia y el mismo Agostino permaneció esos últimos días a la cabecera de la niña, que estaba prácticamente inconsciente. El médico no supo qué diagnosticar y habló de mononucleosis y de los desórdenes de la adolescencia, pero Carla lo despidió sin escuchar demasiado su

consejo de que Irene debería ser internada inmediatamente si la fiebre no cedía en las próximas horas. Con una firmeza que le era natural pero de la que no hacía uso desde tiempo atrás, y con la misma frialdad con que se había dirigido a Agostino en los últimos años, Carla enfrentó a su marido a solas y le habló.

-No podés irte –le dijo.

-¿Por qué?

-Porque Irene se va a morir si vos te vas. Nada más que por eso.

-Por favor, Carla. No se va a morir porque yo me vaya. ¿Desde cuándo tanta preocupación? Irene se va a mejorar. Son cosas normales en los chicos.

Carla lo miró con sus grandes ojos marrones en los cuales Agostino divisó una llamarada que nunca antes había visto ¿Era posible? ¿Acaso esa mujer que se había demostrado tan extrañamente fría con sus hijos ahora supiera cuál era la clave de la vida y la muerte para ellos? Parecía una diosa cuya furia no pudiera rebasar los límites de su propio cuerpo, estatua de una divinidad iracunda, una mujer ahora sola, o definitivamente descubierta en la soledad que había cultivado minuciosamente durante todo su matrimonio. Mirándola, Agostino vio pasar ante su mente, como imágenes de una película, las escenas de los días en que la conoció, junto a su hermana Loreto, e incluso aquella tarde nefasta en que los atropelló a los tres, a las hermanas Lombardi y al joven Tadeo, tan joven o más que ellas, rubio como un ángel de estampita, con el cabello largo y ensortijado ya petrificado por la mano ensangrentada de la muerte que lo atrapaba adentro de la acequia, los ojos azules, los de Tadeo, definitivamente cerrados a su espejo allá arriba, allá entre las nubes.

-Sabés que tengo que ir –dijo Agostino sin bajar la mirada, tan decidido como la bicicleta que manejaba esa tarde de veinte años atrás, la bicicleta de la muerte.

-Si le pasa algo a Irene las vas a pagar –respondió igualmente hierática Carla, que nunca en su vida había proferido una amenaza, tan segura de ella misma era y había sido siempre que no había precisado de ese recurso dramático para afirmar su voluntad más allá del tiempo presente y del espacio que pisaba su cuerpo hermoso y bien plantado.

Agostino partió al día siguiente. Dejó ese caserón lúgubre con el vago sentimiento de culpa de abandonar a su familia, aunque poco suya la sentía, en ese hogar desolado, donde el frío penetraba en invierno por todas las innumerables hendiduras, tantas eran que parecían más numerosas y efectivas que los paredones chuecos y las puertas cuarteadas por las heladas y el sol implacable del verano. Clima de montaña desértica.

Su partida fue saludada por el silencio indiscutible de Carla, parada en la galería de baldosas amarillas como una Furia en espera de la apertura de las puertas del Hades, mientras el pequeño Osvaldo lo miraba con sus ojos grandes heredados de su madre, pero llenos éstos de la mansa incompreensión de la niñez.

Sólo con ese niño había tenido Agostino algunos momentos de paz en esos últimos días de tensión antes de su partida. Lo tenía en brazos como nunca había hecho, o se sentaba a su lado sobre la cama de la habitación cercana a la suya propia, que también como ésta asomaba al patio de ladrillos, y miraban juntos la Luna de abril, pálida y hermosa como un cadáver amado pero ya frío. Incluso Agostino solía quedarse a dormir junto a Osvaldo, cerca de su hijo como no lo estuvo nunca de ninguno de sus hijos, por amor de despedida o porque la dureza de la compañía de Carla le hacía desertar del lecho matrimonial que desde hacía mucho tiempo se había convertido en algo más parecido a una playa de estacionamiento que a una cama.

Agostino abrazaba al pequeño Osvaldo y pareciera que el diminuto cuerpo de su hijo se acomodase a su gran cuerpo de hombre como una pieza en un rompecabezas humano que el viento de la existencia hubiera dispersado y del cual quedaban solamente esos dos elementos que no llegaban a conformar ningún dibujo, pero que encajaban trágicamente, denunciando la ausencia irrecuperable de las demás partes.

En esas noches claras buscaban juntos el conejo en la Luna que se enmarcaba en la ventana de la habitación, entre las ramas ya medio deshojadas del parral familiar, sobre los macetones con jazmines. Agostino le decía a su hijo que algún día alguien iría a la Luna y cazaría el conejo, para traérselo a él; y que tal vez ellos mismo pudieran emprender la travesía cuando Osvaldo fuera más grande y pudiera soportar la larga noche de las estrellas.

Agostino se fue e Irene empeoró como si hubiera sentido la puerta que se cerraba tras los pasos de su padre. Bastaron pocos días en los cuales Elena se turnaba con su madre a la cabecera de la hija mayor para velar esa fiebre que no cedía, y con la misma sutileza con que había transitado por el mundo, Irene lo abandonó, silenciosa, discretamente, en la cama de la pieza del medio, llamada así porque en las ampliaciones que agregaron absurdo al ya absurdo esquema de ese caserón, esa pieza había quedado en el medio de todo, sin ventanas y con tres puertas. Dejó su cuerpo la pequeña Irene en la cama gemela junto a la que dormía Elena, y la almohada que había recalentado su fiebre se fue enfriando velozmente, como para quitar la molestia y dejar lugar a los rigores de un otoño que se anunciaba largo y melancólico. Carla miró a su hija muerta en la cama y su mirada se aferró a la flecha unidireccional del tiempo que perfora el futuro sin revelarlo, perfora esa materia insabida que está siempre adelante y que permanentemente se va convirtiendo en los trastos viejos que deja atrás el mismo tiempo, la bohardilla del pasado donde se acumulan sin método las cosas que ya no podremos usar. Carla se aferró a esa flecha imparabile y con los grandes ojos marrones bien abiertos escrutó la tiniebla que se perfilaba adelante, allá adonde su cuerpo aún no había llegado pero adonde su alma ya preparaba el camino.

## **Más allá del umbral**

### *Última carta de Elena*

Querido hermano:

El tiempo se termina. Los seres humanos somos tan necios que creemos en la infinitud del tiempo. No sabemos que para cada cosa del universo, para cada movimiento hasta de la partícula más ínfima, está asignado un segmento del tiempo. Así cada gesto humano, cada decisión y cada olvido, tienen su fragmento temporal. No, nada hay eterno, si eternidad llamamos a lo inmutable. Y es por eso que debo apresurarme a decirte lo que debés hacer, antes de que mi tiempo se termine. Es indispensable que vengas a la Argentina lo antes posible. Es necesario que te hable y lo debo hacer frente a frente. Lo que te voy a revelar y que va a cambiar tu vida, es la clave de nuestra propia historia, la historia de nuestros padres y de nosotros mismos. Te voy a esperar en Córdoba, en un pueblo llamado Miramar, junto al Mar de Ansenusa. Estaré en el hotel Viena, habitación 61. No tardes.

Elena

## **El origen de la tragedia**

### ***En busca del conejo encerrado y una guerra perdida***

Que era una guerra nunca declarada pero guerra, como todas las guerras, lo supo Agostino apenas llegó a las islas. El frío austral transportado por un viento de hielo detenía la luz oblicua del cielo, y las palabras surgían tan cortajeadas como los rostros y las bocas de los soldados que desde los primeros días del mes luchaban por mantener sus posiciones en Puerto Argentino, nombre con el cual las fuerzas que obedecían a Buenos Aires se obstinaban en llamar a la capital bautizada por los ocupantes británicos como Puerto Stanley.

La situación en las otras dos partes del territorio reconquistado, las Georgias del Sur y las Sándwich del Sur, parecía aún más dramática, y en un primer reconocimiento de la situación Agostino se preguntó si a los ocupantes británicos les haría falta contraatacar para volver a tomar los territorios abruptamente recuperados por los argentinos, o simplemente esperar a que el invierno de las islas hiciera el trabajo por ellos en los escuadrones de jóvenes voluntariosos e impreparados que había llevado su país a esas latitudes, la mayoría conscriptos que esperaban ir a la universidad, o casarse, o emprender el incierto pero invitante camino de la adultez. Sin embargo, la feroz tenacidad que comprobó en la mayor parte de los soldados con los que empezó a trabajar lo tranquilizó. Sin duda la estrategia de recuperar esas islas ocupadas por los británicos hacía un siglo y medio atrás había sido pensada acertadamente para demorar lo más posible el derrumbe de la dictadura, y los sentimientos patrióticos tan convenientemente despertados habían sacado al pueblo de su creciente desprecio por un gobierno que ya había matado, sin necesidad de guerra, a miles de ciudadanos.

Agostino fue destinado a una oficina de la capital malvinense como técnico de comunicaciones, a las órdenes de un jefe militar que coordinaba los enlaces con el comando de la aviación naval y de la fuerza aérea. Chile había otorgado su apoyo diplomático a Gran Bretaña, y Estados Unidos, declarado a favor de Londres, brindaba su asistencia satelital a las fuerzas ocupantes. Solamente Perú se declaraba abiertamente a favor de la movida bélica argentina, y había enviado a las islas sus aviones Mirage, que habían tenido que eludir los radares

chilenos y bolivianos, también puestos al servicio de los británicos. El clima que se vivía en las oficinas de esa pequeña ciudad isleña era de tensión máxima y se acercaba a un estado que tambaleaba peligrosa pero inevitablemente rumbo a la desazón. Muchos de los soldados que peleaban en los distintos frentes eran reclutas casi adolescentes incorporados durante el servicio militar obligatorio. La mayoría de ellos eran de las provincias, y los que provenían del norte eran los que más sufrían los rigores del clima austral, cada vez más frío a medida que maduraba el otoño. Agostino comprendió enseguida que las campañas de recolección de chocolates y abrigos que tanto se promocionaban en Buenos Aires y en el interior del país, para enviar a los combatientes argentinos en las islas, eran irracionales, y sólo podían responder a la gran propaganda de sensibilización del pueblo a favor de las decisiones del gobierno de facto. Chocolates y abrigos de lana poco podían hacer contra las heladas que se abatían ya sobre las islas, y era muy ridículo pensar que los soldados saldrían a combatir con los pulóveres y bufandas tejidos amorosamente por las amas de casa argentinas, contra los bien equipados británicos, que sobre todo contaban con la racionalidad de un gobierno no menos dictatorial que el argentino, pero sin duda más inteligente, menos desesperado y con mucha más experiencia en la historia de la guerra. En cuanto a las donaciones masivas de joyas que Agostino había visto en las maratones televisivas transmitidas las veinticuatro horas por las cadenas nacionales, se preguntó adónde efectivamente irían a parar esas montañas de oro.

Pero no había tiempo para reflexionar. El alba los sorprendía cada día con las malas nuevas internacionales, que llegaban recortadas y distorsionadas a las bases argentinas, pero a las cuales Agostino y sus colegas tenían mayor acceso que el resto de la soldadesca gracias a su trabajo en las comunicaciones, y con la necesidad cada vez más acuciante de parar las avanzadas británicas, mejor equipadas y mucho mejor dirigidas que la resistencia argentina.

Para mayo, la situación era cada vez más opresiva, y el frío se había sumado incondicionalmente a las fuerzas aliadas de los británicos. Agostino empezó a dar una ayuda también en la enfermería, adonde se acumulaban cada vez en mayor número los jóvenes que habían sido heridos no sólo por las armas de los

enemigos, sino muy a menudo por el hielo que en muchos casos les había congelado irremediablemente los pies o las manos.

Fue allí donde conoció a Pedro.

Era un tucumano conscripto del servicio militar. Había sido herido en la cabeza, y estaba la mayor parte del tiempo inconsciente o dormido por las drogas que le suministraban en un intento de calmar el dolor que lo hacía respirar como debe respirar un animal herido y abandonado en un bosque. En ese ambiente de jóvenes mutilados y gimientes, Pedro a veces hacía un silencio tan solemne que muchas veces Agostino se quedaba mirándolo y acercaba su cara a la cara quemada por el frío para comprobar si el aliento de la vida aún aleteaba en ese cuerpo, o su respiración irregular era un simulacro con el cual la muerte había enmascarado su tarea minuciosa.

Cada día acudía a la mayor parte de heridos que podía, ayudando a médicos y convirtiéndose él también en enfermero, reprimiendo el horror que le causaba ver las horribles mutilaciones que no las armas del enemigo, sino el hielo habían provocado en los miembros de los jóvenes, la mayoría de ellos casi adolescentes. Y cada día se quedaba un rato junto a la cama de Pedro, esperando que se despertara, porque había algo en ese rostro que le provocaba una cierta fascinación.

No podía aceptar que ese joven se fuera a morir, porque su cabeza apoyada en la almohada de la cama de campaña le recordaba otra cabeza, la de Tadeo hacía casi veinte años atrás. Tadeo de cabeza en la acequia de cemento, respirando apenas y tragándose los rizos rubios junto a la tierra y la suciedad, como si la brutalidad de su golpe le hubiera querido demostrar que no bastaban la juventud y la belleza para sobrevivir en este mundo, un mundo que en cualquier instante podía hacer morder el polvo del que estaban todos hechos, y podía devolver de un golpe la existencia a la nada común de donde todos y todo procedían.

Tal vez Pedro no se parecía en nada a Tadeo. Era muy poco lo que podía recordar del novio de Carla, sólo las imágenes contusas de su cuerpo desbaratado dentro de la acequia de cemento, de su cuerpo en la camilla y de su rostro nuevamente angelical en el cajón, abierto el cajón para que todos pudieran apreciar que los ángeles también mueren trágicamente.



Pedro tenía el cabello muy corto, y tal vez también ese cabello era rubio, aunque la intemperie de las islas y la luz de neón de ese hospital mal equipado lo hicieran ver más semejante a la ceniza que al oro. Los ojos cerrados tenían como festón tupidas pestañas, pero Agostino nunca había podido ver las pupilas que se escondían debajo; podía ver la boca sencilla sombreada por la barba que algunas mañanas las enfermeras se dedicaban a rasurar con imprecisión y mucho cuidado. De todos modos no era una barba poderosa, más bien se parecía al halo luminoso que exhalan los brotes de los sauces contra el cielo cuando se empieza a insinuar la primavera. ¿Algo de todo eso era posible? Agostino podía intuir qué hacía junto a ese joven todos los días, cada vez más conscientemente; sabía que esperaba el momento de correr a la enfermería para verlo, para comprobar si había despertado y si estaba bien, y sin embargo era incapaz preguntarse a sí mismo qué impulso lo llevaba hasta allí, y qué significaría eso en su vida. Porque también se daba cuenta de que ese simple gesto de estar junto a la cama de Pedro ya estaba modificando toda su existencia, y que de cierta manera la guerra estaba cobrando un sentido para él, un sentido tal vez no menos destructivo que el de esa guerra allá afuera, en la tierra en el mar y en el aire, guerra desastrosa y mortal que ya cantaba victoria para quien desde siempre se supo que iba a cantar victoria.

Pero su vida era otra cosa. Los interrogantes de por qué había ido hasta allí, de por qué había dejado todo para embarcarse en esa empresa perdida de antemano, nunca habían logrado atravesar los estratos últimos del caparazón de su alma. Y ahora, frente a la cama de ese muchacho malherido, ese caparazón lo sentía disolverse como corroído por un ácido silencioso y no menos doloroso que la verdad.

## Más allá del umbral

### *El hermoso Pietro y el horroroso mundo de los ikebanas*

Esa mañana, Osvaldo descendía en el ascensor de rejas romboidales que tenía su camino en el hueco de la antigua escalera de caracol, en el edificio en donde habitaba con su tía Loreto en Roma, en Via Magenta al número 24, cuando sintió un golpe agudo en la cabeza y un ramalazo de náuseas que le hizo plegar el cuello hasta que el mentón tocó el pecho. Fue tan intenso el dolor que tuvo la sensación de que el mismo ascensor se detenía, y que ese movimiento inesperado y brusco se producía más dentro de su cerebro y de su tórax que en el exterior. Un instante y todo se volvió negro, luego rojo, y luego azul. No hubo ruido ni aroma, sólo algo muy semejante al sufrimiento, punzante, estallante, instantáneo.

Esperó a que pasara apretando los dientes, derrumbándose lentamente sobre sí mismo, incapaz de mantener su cuerpo erguido, como si el edificio de toda su persona hubiera sido dinamitado desde las bases, y cayera mudo, deshaciéndose en escombros desarticulados.

Al abrir los ojos, minutos, horas o siglos después, todo seguía igual, pero no era igual.

Le pareció que las puertas enrejadas del viejo ascensor se hubieran ondulado casi imperceptiblemente. Sin duda estaba algo mareado todavía, y cuando al fin llegó a la planta baja tras un viaje que esta vez, la primera vez, se había hecho casi infinito, y salió a la calle, el aire fresco de la mañana le dio una amable bofetada en la cara, reacomodando los fragmentos de una realidad que era, seguía siendo, y ya nunca volvió a ser la misma.

La calle era extraordinariamente luminosa esa mañana, y al llegar a la esquina del edificio, se detuvo delante de un hombre que estaba tirado en el suelo, bajo la intensidad del sol que aclaraba la vieja pared sin sombra. Miró hacia todas partes y no había nadie, al menos nadie lo suficientemente cerca como para compartir este hallazgo que debería acomunar a los desconocidos en una pregunta compartida. ¿Quién era ese hombre? ¿Qué le sucedía?

Oswaldo se agachó a su lado y lo tocó con la mano. No era un hombre, era un joven, y muy joven, pues el cabello dorado era fuerte y tapaba dulcemente con sus lazos ondulados un rostro casi imberbe. Su ropa no estaba sucia ni rota, aunque parecía muy usada, y eso ya lo distinguía de los habituales hombres jóvenes o maduros que solían caer en esas esquinas en las noches de peleas y borracheras que sucedían a lo largo del año en los alrededores de la estación Terminal de trenes. Lo tocó con la mano, y a su toque el caído abrió los ojos, como si hubiera estado esperando ese roce instantáneo y solidario para regresar al mundo.

El hombre joven, que Oswaldo no sabía, pero se llamaba Pietro, lo miró con sus ojos azules tan netos que durante un lapso indefinible el tiempo fue atravesado por un rayo misterioso, el rayo de la creación, o del fin del mundo; el rayo que coagula la materia volátil y la convierte en algo capaz de generar la vida.

Pietro miró a Oswaldo y Oswaldo no pudo apartar su mirada castaña de aquel cobalto brillante, tal vez porque comprendió, sin saberlo, que allí se encontraba un destino que llegaba a su encuentro y que era a la vez una revelación y un enigma. Desde ese momento y para siempre, si existe esa palabra en el lenguaje humano, Oswaldo quedaría atrapado en el agua eléctrica de esos ojos.

-Hola –dijo Pietro con tal sencillez que Oswaldo ni siquiera pensó que era tan extraño que el joven se despertara allí en esa esquina, incólume como una flor que se abre fresca y lozana sobre el tallo que se ha doblegado a una noche de tormenta.

-Hola –contestó Oswaldo, y le daba una mano para ayudarlo a ponerse de pie, como si fuera el gesto más natural del mundo.

-Me llamo Pietro.

-Yo soy Oswaldo.

-Me parece que ya lo sabía.

-¿Cómo lo sabías?

-Ni yo mismo entiendo cómo. Tengo la impresión de que me iba a despertar alguien que se llamara Oswaldo. O vos, que es lo mismo. Pero no tiene mucha importancia, ¿o sí?

Oswaldo lo miró: era muy delgado, tan blanco que parecía más blanco de lo que era. Su cara era pequeña y regular,

su nariz fina y su boca que sonreía aún libre del resto de su gesto, era muy joven.

–No. No creo que importe –respondió.

–¿Ya me estudiaste bastante? –sonrió Pietro con expresión divertida. ¿Me invitás un café con leche? Me parece que hace un siglo que no como.

En ese momento Osvaldo, que sentía en su pecho, y se podría decir que en todo su cuerpo, pero también es justo mencionar a su pecho como el centro de esta sensación, sentía un fragor que comprendía que era la felicidad, se dio cuenta de que no sabía por qué estaba en la calle, no sabía lo que hubiera hecho esa mañana de no suceder ese encuentro, y no tenía ninguna intención del regresar al departamento de la tía Loreto.

–Claro –y poniéndose junto a Pietro, que ya emprendía la marcha, caminó decididamente feliz hacia el primer café que encontrasen en la vereda. Todo era maravillosamente extraño. Tan extraño que el mismo Osvaldo no se daba cuenta de que era distinto, de que el mundo había dado una vuelta inesperada hacia una dirección desconocida, y los seres y las cosas se habían transformado, o quizás eran otros. Nada de todo esto fue una preocupación para Osvaldo, hipnotizado como estaba por la presencia y la mirada de Pietro.

Después de tomar lo que Pietro había llamado *capuccino*, y que Osvaldo conocía como café con leche, habituado al lenguaje y costumbres argentinos de su convivencia con la tía Loreto, ambos siguieron caminando por una avenida que se alejaba de la Terminal de trenes por su parte posterior y se acercaba al viejo barrio de San Lorenzo.

Roma parecía húmeda de un agua dorada que había llovido desde todas partes.

Osvaldo y Pietro caminaron por las calles que los alejaban del centro de la ciudad, y una atmósfera propia los rodeaba, como si ambos estuvieran inmersos en un mar que los abarcaba a ellos, pero a través del cual los árboles, el antiguo muro incrustado de fragmentos de mármoles de ruinas desaparecidas, las casas detrás, silenciosas; como si todo eso se tiñera de ellos mismos, de su encuentro que podría llamarse imposible, pero que estaba inscripto en otra dimensión, una dimensión en la cual la palabra imposible no tenía cabida.

Roma era luz brillante. Respiraba una vida secreta, misteriosa y sin embargo no acechante o amenazadora, sino prometedora en su descuidada antigüedad.

San Lorenzo era aún un viejo barrio proletario, vetusto y descascarado, con sus edificios mucho menos pretenciosos que los del centro de la ciudad, o los que caracterizaban a otros barrios decimonónicos o de mediados del siglo XX en esa Roma suntuosa, silenciosa y elegante. San Lorenzo no ostentaba pretensiones, y culminaba su modesta y alargada geografía en un antiguo cementerio, como para recordar con esa presencia al final de la avenida, que de nada valían las ambiciones terrenales ante la fugacidad de la existencia.

Oswaldo y Pietro caminaban por esas calles bastante sucias, junto a las fachadas despintadas, respirando el aire amigable de los edificios en donde se alojaban viejos y estudiantes, y en cuyas ventanas la luz estallaba en un río de vida que se derramaba mudamente por las estrechas veredas de piedra.

Caminaban y a veces hablaban. El tiempo era otro, sin duda; un tiempo único que prescindía del pulso de los relojes y no se contaba por las vueltas del Sol en el cielo. Se hubiera dicho que el cielo mismo era una suerte de espejo blando que refractase la luz de esa ciudad tocada por la vara mágica de un mago oriental. Porque todo era diferente, aunque Oswaldo, que muy poco había transitado esas calles, no comprendiera que se trataba de un mundo reservado sólo a él, a su sueño sin palabras.

Se detuvieron en un bar y decidieron tomar una cerveza. Sentados uno frente a otro en viejas sillas de madera, Pietro dijo:  
-¿No tenés nada que preguntarme?

Oswaldo no podía dejar de sonreír. Tenía esa expresión de felicidad que provoca el amor incondicional, un amor llegado como una revelación, el fenómeno que sólo puede suceder a un joven lleno de la sincera inexperiencia que caracterizaba a Oswaldo, incapaz aún de comprender con la razón, pero lleno de una comprensión emocional que le bastaba para aceptar lo increíble.

-Sí, ¿de qué signo sos? –preguntó entonces, no por superficialidad, sino por la natural frivolidad que provoca el enamoramiento, mezclada con una costumbre que había tomado

de su tía Loreto, a veces aficionada a la astrología y el esoterismo.

Pietro sonrió con mofa, llevándose las manos a la cara, y Osvaldo se puso rojo.

-No, Osvaldo. No me hagas creer que sos un tonto, porque sé que no lo sos.

Osvaldo trató de sobreponerse, y respondió:

-Bueno, disculpame. No me parece una cosa tan tonta en el fondo. Los signos son algo interesante.

Mirándolo a los ojos con sus ojos que en nada se parecían a los suyos, y si lo observaba muy bien, Osvaldo se habría dado cuenta de que esos ojos no se parecían a ningunos otros ojos, porque en su vida recordaba nada más que los ojos oscuros de la tía Loreto, Pietro reformuló su pregunta:

-¿No te parece extraño? ¿Nos conocíamos de antes?

Osvaldo miró hacia el final de la calle, en donde se levantaba la entrada monumental del cementerio El Verano.

-No, no me parece. O a lo mejor sí, pero no lo recuerdo. ¿Tiene importancia?

Pietro comprendió que Osvaldo se estremecía, sacudido por fuerzas indefinibles, y renunció a su pregunta. La cambió:

-¿Qué te gustaría hacer?

Como una fórmula mágica, esa pregunta devolvió la sonrisa a Osvaldo.

-¿Querés conocer el Jardín Botánico?

-Dale –y bebían la cerveza como dos jóvenes más en un mundo extraño, en el que no parecía haber más jóvenes, o gente, o automóviles. Aunque sí los había, pero algo, un invisible telón, la luz dorada que llovía desde el espejo del cielo, los separaba de Pietro y Osvaldo.

Después de beber, se marcharon del bar y emprendieron la larga caminata hacia el Jardín Botánico, que estaba en otro extremo de la ciudad, pero Osvaldo no sentía cansancio ni la luminosidad de ese día inmóvil parecía indicarle que el tiempo transcurría o que hubiese algo más urgente que estar con Pietro. Su compañero lo miraba a veces con curiosidad, como si conociera esa ciudad de recuerdos que es Roma, erguida desde hacía milenios en el mismo sitio, y en el mismo sitio misteriosa y humana.

Caminando por el Jardín Botánico, llegaron hasta un gran pabellón que surgía entre el follaje y las balaustradas de piedra, y entraron en el momento en que se inauguraba una muestra de ikebanas. Pietro se detuvo extasiado ante la exposición de toda clase de composiciones florales mixtas de troncos, tallos, flores y quién sabe qué otros elementos insólitos, en un orden tan demoníaco cuanto cursi.

Era una muestra organizada por un grupo de mujeres aficionadas, y Pietro no pudo reprimir una sonrisa que inmovilizó sus pasos, tan poderosa era su diversión. Osvaldo se adelantó sólo unos pocos metros hacia el fondo del salón, en donde una composición gigantesca señoreaba en toda la pared, aunando tubos de vidrio con agua, piedras, flores de tallos increíblemente largos y toda suerte de artilugios vegetales y artificiales, o no tan artificiales sino con esa artificialidad que adquiere la naturaleza cuando es arrancada de su contexto y manipulada con una estética que nada tiene que ver más que con la psiquis humana.

Osvaldo murmuró detenido frente al ikebana gigante:

-Qué horror.

Y permaneció allí, mientras Pietro se mantenía varios pasos más atrás, abstraído por la contundencia de estas muestras de lo que se podía hacer con las flores y otras materias, cuando una mujer de mediada edad se acercó a Osvaldo y le dijo:

-Joven, he notado que usted se ha quedado muy impresionado por nuestro trabajo.

Saliendo de su embeleso, Osvaldo comprendió inmediatamente que se trataba de una de las artífices de esa muestra de ikebanas, e improvisando una amabilidad que no era falsa pero sí era un esfuerzo de su ingenio, ya que temía que la mujer hubiera escuchado su expresión anterior, y se sintiera herida, respondió:

-Nunca había visto nada parecido-. Lo cual en el fondo no era totalmente una mentira, ya que esa frase podía haberse pronunciado ante un crimen de lesa humanidad o ante la Piedad de Miguel Ángel.

Entonces la mujer, que sin duda la había interpretado como si hubiera sido dicha en este segundo caso, se apresuró a explicar el sentido trascendente del ikebana gigante, y Osvaldo la seguía como hipnotizado.

-Las piedras y la tierra, con sus metales, representan lo bajo, lo que está a nuestros pies, y esos tubos de vidrio con

líquidos significan la energía que fluye desde la tierra hacia lo alto, nutriendo la vida de las flores y dirigiéndose hacia el cielo –explicaba la mujer, y Osvaldo asentía con expresión inocua mientras se preguntaba adónde diablos se había escondido Pietro, que tan hábilmente se había salvado de esa escena de la cual no tenía idea de cómo iba a escapar.

-La mezcla de materiales representa la multiplicidad de elementos que componen la vida, y que se comunican armoniosamente para crear el equilibrio en que se apoya la existencia- proseguía la mujer mientras señalaba las distintas partes de la composición gigante, y Osvaldo la seguía con la mirada mientras reflexionaba que esas palabras hubieran podido decirse de cualquier obra de arte contemporánea, o hasta de un buen plato de *nuovelle cuisine* francesa que si bien no fuera necesariamente gustoso, sin duda gozaría de una presentación estética muy similar a la del ikebana gigante.

-Veo que le ha gustado nuestra creación –agregó la mujer esta vez mirándolo a los ojos, y Osvaldo supo que debía concentrarse en ese rostro que no demostraba más que buenas intenciones. –Nos ha llevado un gran esfuerzo, no se imagina lo difícil que fue encontrar el modo de comunicar de manera armoniosa todos los elementos que componen este ikebana. Pero creo que lo hemos logrado, es el símbolo de la filosofía del ikebana.

-Claro, no lo dudo. Se ve muy bien –pronunció Osvaldo como un autómatas, mientras lanzaba miradas de soslayo para localizar a Pietro, que se había esfumado de la sala.

-Bueno, le agradezco su visita y lo invito a que termine de recorrer la muestra, podrá comprobar qué enorme trabajo y qué creaciones tan elaboradas hemos logrado en nuestro curso de ikebana-. Concluyó la mujer con una blanda sonrisa enmarcada por su cabello rubio apagado, tan mansa que Osvaldo se sintió increíblemente culpable de su ironía y de no poder apreciar esos productos del aburrimiento de las señoras burguesas.

No pudo salir corriendo de la sala antes de que los ikebanas lo persiguieran con sus tallos largos y sus simbolismos, y debía fingir interés en las demás composiciones, afortunadamente de tamaño mucho menor que la gran obra universal del fondo del salón, mientras seguía preguntándose adónde se habría escondido Pietro.



Cuando perdió de vista a la mujer de mirada mansa, se precipitó hacia la puerta y bajó corriendo las escaleras de piedra. En un banco de los jardines estaba sentado Pietro, hermoso bajo el resplandor espejado del cielo romano, que lo miraba con una expresión tan divertida como si acabara de ver una película cómica.

-¿Entendiste la filosofía de los ikebanas? –le preguntó apenas Osvaldo se derrumbó a su lado.

-¿Por qué me dejaste solo? Sos un desgraciado.

-A mí el arte manual orientalizante no me apasiona. Además, vi que habías entablado muy buena relación con una de las autoras de las obras. Pietro hablaba y se reía sin ruido, tan abiertamente como un niño, como debía reírse el árbol en el bosque, o la flor en su tallo en una pradera natural, antes de ser cortada para simbolizar la armonía del universo en un ikebana. Pietro se reía de Osvaldo, pero mejor sería decir que se reía porque estaba con Osvaldo, y esa risa era la comunicación, y el estar bien juntos, dos jóvenes en uno de los lugares más bellos del mundo construido por los hombres, juntos y libres, jóvenes y extrañamente hermosos en su sentimiento compartido.

Cuando Pietro pudo controlar su hilaridad, siguieron caminando por el Jardín Botánico hasta que se aprendieron de memoria los senderos de piedra entre los cuidados arbustos, los setos de flores y las balaustradas y macetones de mármol.

-¿Sabés qué me gustaría hacer? –preguntó Pietro, ya de nuevo sobre las veredas que enmarcaban las antiguas calles romanas.

-Lo que quieras, dale –respondió Osvaldo, dispuesto, por primera vez en su vida, a acomodarse a los deseos de otra persona de manera incondicional, y encontrar placer en ello.

-Me gustaría ver una película vieja, de ésas que dan en los cineclubes.

-¿Un cineclub? Osvaldo vio de pronto frente a sí el oscuro bolsillo de la falta de recuerdos, pero antes de que esta sensación pudiera echar la menor sombra sobre la imagen hermosa de Pietro y su voz cálida adornada por el movimiento de su cabello dorado, le vinieron las palabras. Y con ellas el recuerdo de algo que no era un recuerdo, sino un súbito conocimiento, un invento tal vez, o una intuición.

-Conozco un cineclub. Es minúsculo, y muy viejo, pero pasan muy buenas pelis- dijo, feliz de su misma respuesta.

-¿Vamos entonces?

-Claro.

Caminaron casi sin hablar, y hablando de vez en cuando. Pietro sacaba a colación la anécdota de la muestra de Ikebanas y se reía con toda la cara blanca en la cual los ojos azules destellaban bajo las ondas de cabello dorado, mientras relataba cómo miraba la expresión de Osvaldo cuando se le había acercado la artesana, y cómo él había debido huir del salón para no soltar la carcajada frente a todos. Y entonces empezaba a reírse de nuevo, tanto y tan francamente que contagiaba a Osvaldo, y se reían ambos, sin notar que detrás de ellos las veredas se ondulaban y desaparecían, que los edificios solemnes de la vieja Roma se diluían tras de sus pasos como las nubes de un sueño, mientras que otros nuevos iban surgiendo como salidos de la nada a medida que avanzaban.

La ciudad de Roma, mágica, misteriosa, callada, desplegaba su dorado milenario con suavidad en torno a estos dos hombres felices.

## **El origen de la tragedia**

### *La rendición y el destino de Osvaldo*

Cuando las noticias del hundimiento del mayor buque argentino y la consiguiente muerte de más de trescientos marinos llegaron a la base, Pedro abrió los ojos y con él se abrieron definitivamente los ojos de la realidad para ese grupo de hombres que porfiaban en combatir contra lo imposible. Desde ese momento sólo podían esperar, aunque la espera significase seguir luchando hasta la muerte. Y la muerte no se hacía rogar, llegaba indefectiblemente llevándose con preferencia a los jóvenes conscriptos, que hubieran debido servir en el ejército sólo un año de sus vidas y que en cambio la vida la dejaban entera por esa absurda coincidencia cronológica barajada siniestramente por la dictadura.

Pedro abrió los ojos y Agostino pudo ver que eran azules. Como hubieran debido ser los ojos de Tadeo, pensó, aunque Tadeo no había vuelto a abrir los ojos desde que la bicicleta lo lanzara adentro de la acequia, y por lo tanto nunca supo Agostino qué color de ojos había tenido el novio de Carla.

-Sacáme de aquí, por favor –fueron las primeras y durante muchos días únicas palabras que pronunció Pedro. Mirando fijamente a Agostino con esos ojos extranjeros en las islas, ojos azules de herido de guerra que miraban tan intensamente que Agostino creyó que eran ellos y no la voz de Pedro los que habían pronunciado ese pedido que era una orden, y que en sus sílabas susurradas más que dichas estaban atándolo como cadenas a ese joven desconocido postrado en esa cama en un archipiélago del fin del mundo donde había guerra y desolación y tristeza, una tristeza profunda que barría el suelo de las almas de todos esos muchachos desahuciados, como el viento congelado que quemaba la piel y la predisponía a la gangrena.

Lo que siguió fue tan veloz como la descomposición de las fuerzas argentinas, agotadas y devoradas por el frío, ayudado, como si fuera un aliado de los enemigos, por los equipos insuficientes, la falta de medios para calefaccionarse y la comida escasa. Una definitiva batalla librada en Puerto Darwin, y donde murieron más de cincuenta argentinos, selló la

suerte del enfrentamiento, que en pocos días más se precipitó a una definitiva derrota. A poco más de dos meses de lanzada esa guerra, ya había terminado. Casi con piedad las fuerzas ocupantes recuperaron los puestos de comando en la capital isleña y casi con vergüenza los argentinos bajaron la cabeza y tuvieron que retirarse en una rendición que sin embargo no hubieran querido, aunque las manos cortadas, las piernas cercenadas por el hielo pidieran a gritos que terminara esa tortura inútil.

La repatriación de los sobrevivientes argentinos fue lenta y penosa. Los que habían acudido a las islas llenos de ímpetu y valor y habían sobrevivido a ese infierno de hielo y fuego, debían retornar no menos llenos de rabia, sintiendo que aún hubieran podido luchar si las condiciones hubieran sido pares para ambos bandos y si los armamentos y la conducción hubieran sido semejantes. Mutilados física y mentalmente, los jóvenes volvían a pensar en sus pueblos del norte del país, acariciados por el sol y la pobreza, adonde las familias los esperarían con los inevitables y cálidos gestos del consuelo. Algunos de ellos no soportaron la pesadilla y sucumbieron a la demencia, o a un tipo de demencia mucho peor que la demencia que se gesta en el silencio de la soledad; a una demencia que floreció como una planta venenosa en el enrarecido ámbito de las familias. Se trataba de una demencia acuñada a estallidos y forjada en fraguas de hielo. En las pupilas de estos ex combatientes, la guerra proseguía y proseguiría siempre, incendiada por la llama inacabable de la desesperación.

Pedro transitaba el filo peligroso de esta locura.

Pocas semanas después, lo que quedaba de esas fuerzas vencidas fue repatriada, y fue entonces cuando Agostino supo que no volvía a su casa, porque iba a acompañar a Pedro a la suya. Y subió al avión que los llevó a Buenos Aires y de allí a uno pequeño que los llevó a Tucumán, la ciudad de Pedro, que había sido colocado en una silla de ruedas, más por su incapacidad psíquica que porque alguna herida en las piernas le impidiese caminar. Agostino manejaba esta silla de ruedas como si fuese el único capaz de cuidar de ese joven que permanecía callado, aunque ahora se sabía que podía hablar, pero nadie lograría saber de qué zona recóndita nacerían sus palabras, si de una zona no alcanzada por la guerra, de una zona franca, o de un

campo devastado por las bombas y por la furia asesina de los mercenarios contratados por los ocupantes de las islas para masacrar a los insurgentes argentinos.

-Acompañame a mi casa –habían sido casi las únicas palabras pronunciadas por Pedro y dirigidas a Agostino, que esta vez también las había tomado como una verdadera orden, no como las órdenes inútiles que había recibido en la base de Puerto Stanley de los comandantes militares, sino como una orden que era tal de manera unívoca, dirigida sólo a él. Y Agostino sentía que ese muchacho lo necesitaba de algún modo en que nadie lo había necesitado, o al menos ese pensamiento le permitía soportar la convicción irrefrenable de que debía seguirlo, estarle cerca, no dejar de verlo ni siquiera un día, porque algo que no sabía cómo llamar lo unía a Pedro como jamás nada lo había unido a nadie, con esa fuerza que supera la voluntad para convertirse en impulso vital, en emoción, en algo innombrable para su sencilla mente de hombre.

Cuando Carla supo que había terminado la guerra, el otoño había agonizado en el parral del patio de ladrillos colorados, exhalando su último soplo crepitante en las tardes desechas de silencio, y la humedad que habitualmente acompañaba la atmósfera de ese vetusto caserón se hacía más densa y se respiraba, emanando un olor a pared vieja, a roperos marchitos adonde envejece ropa que ya nadie nunca se va a poner.

Después de la muerte de Irene, Loreto había vuelto de su exilio voluntario para acompañar a su hermana, pero ya le había comunicado su decisión de regresar apenas pudiese a Roma, la ciudad que había elegido para olvidarse del barrio de San José, o para poder recordarlo. Decía a menudo que la cansaba la Argentina, que era un país inestable en el cual la vida le parecía la danza ebria de un náufrago que tiene que moverse continuamente sobre su precaria balsa para que ésta no se ladee y se hunda definitivamente en un mar siempre lleno de amenazas. Pero sus palabras sonaban tan inventadas como lo son siempre los argumentos de quienes elijen alejarse de un sitio en el cual una herida les sigue doliendo demasiado como para soportar allí el transcurso de la propia existencia, y entonces

deciden exiliarse, elegir un país lejano, una ciudad que no les diga nada de aquella herida, aunque de ese modo lo único que recuerden sea la herida misma.

En ese momento de sus vidas, Carla y Loreto no se parecían. Mientras Carla se había endurecido y sus rasgos parecían esculpidos en un mármol que dejaba entrever los ríos subterráneos de las venas y los recónditos capilares que laten al ritmo del corazón oculto y lejano, Loreto se sumía en una blandura dulce e inesperada, que suavizaba su delgadez y marcaba serenamente sus rasgos netos. Sus manos era muy largas y se habían puesto cada vez más blancas a fuerza de pasar páginas de libros, y su cuerpo longilíneo se había acostumbrado a estar quieto, sentado para permitir la lectura, siempre cubierto por los vestidos que si bien parecían nunca haber estado de moda, tenían un aire tan personal y apacible, con sus colores fuertes, definidos, que le daban el aire de una extravagante extranjera llegada de quién sabe qué país brumoso del Lejano Oriente. Una extranjera que visitaba el mundo sólo fugazmente, para regresar lo antes posible a su refugio allá en quién sabe qué valle de nombre impronunciado, adonde los amaneceres duran lo que dura un entero capítulo de una novela.

Loreto se había vuelto más callada que antes, si esto era posible, y su voz parecía estar leyendo un libro a alguien que le estuviera al lado, muy cerca, y la escuchara en silencio. Nunca hablaba si había ruidos o se escuchaba la voz de otra persona. Pero en esa casa de San José lo que menos se escuchaba eran voces.

La mayor de las hermanas Lombardi se encargó del pequeño Osvaldo, que a pesar de los cuidados de Elena, crecía sin la atención adulta que requiere un niño, y hasta ese momento el único mundo emotivo que había conocido el menor de los Lombardi había sido el mutismo de Irene y luego la desesperada devoción de su hermana sobreviviente, quien lo atendía con obsesivo temor, como si a cada paso el niño pudiera caer en un precipicio.

Fue Elena, segunda hija de ese malogrado matrimonio quien, a los dos meses de terminada la guerra y ante la perspectiva de que el regreso de Agostino se postergase por tiempo indeterminado, pidió a su tía con un ruego que tenía casi el tono del delirio, que se hiciera cargo de su hermanito menor y

se lo llevara con ella. Loreto miró a su sobrina con más curiosidad que asombro cuando escuchó su pedido. Era curioso, en efecto, que una adolescente obligada a madurar a la fuerza en esa familia sin familia se preocupase más por su hermano que por sí misma, vista la situación de la casa, con un padre ausente en cuerpo y alma y una madre que no dejaba ver ni siquiera su cuerpo fuera de su habitación.

No había estado en los planes de Loreto hacerse cargo de un niño, ella que daba la impresión de no pensar nunca en otra persona, de que sencillamente le bastaba consigo misma y no sentía la necesidad de compartir el mundo, que tan estrecho le parecía, con alguien más. Cuando habló con Carla acerca de la propuesta de Elena, su hermana se indignó, pero no por el hecho en sí o porque Loreto se tomara la atribución de querer ocuparse de su propio hijo, sino porque la idea hubiese surgido de Elena y no de ella misma, ella que no sabía muy bien qué hacer con esos dos hijos, con la hija que le resultaba indiferente y hasta antipática, y con ese pequeño monstruo que la miraba con ojos desorbitadamente grandes, como si ella le debiera la vida a él y no fuera a la inversa. Osvaldo nunca había formado parte de Carla, ni siquiera de su cuerpo, porque ese embarazo había llegado ya en una época en que la unión con Agostino se había deshilachado de tal modo que el sexo esporádico y distante había dado como fruto un hijo inesperado y recibido así, por la natural desidia que hace creer a los seres humanos que tienen obligaciones con la vida, la sociedad o quién sabe qué.

Loreto se había ido a vivir Italia poco tiempo después de su regreso de Tucumán. Sus padres no habían encontrado argumentos para oponerse a esa decisión de una hija que les demostraba una frialdad insoportable. En Roma, su ciudad natal, Loreto podría contemplar en la distancia el deterioro y desaparición de esos dos seres que si alguna vez habían creído que actuaban por su bien, habían hecho todo lo posible por arruinar su vida. Su padre el anarquista murió pocos años después de su partida de un ataque al corazón, sin nunca haber puesto en práctica sus ideas en un país que le había prometido tanto y le había dado lo más monstruoso que puede enfrentar un hombre débil: la libertad. Ante ella, este italiano esquemático y corto de miras había ido sucumbiendo de a poco, vagamente consciente de que en ese país fértil y terrible que lindaba con el Polo Sur y que era grande como un continente, el mundo que

alguna vez había soñado en su lejana Italia había que construirlo desde los cimientos, y que no bastaban los panfletos y las diatribas iracundas contra un sistema para emprender esta construcción que se había revelado mayor a todas sus fuerzas, y tal vez mayor a cualquier fuerza humana.

La señora Lombardi, en cambio, apuntalada por prejuicios mucho más sólidos que las humosas ideas anarquistas de su marido, se había ido desmoronando paulatinamente en la demencia hasta que terminó sus días en un hospicio público, haciéndose todas sus necesidades encima y sin volver a hablar, al cuidado de enfermeros que nada sabían de ella ni de sus artimañas para dirigir las vidas de sus hijas y de todo el que se le hubiera puesto al alcance.

Loreto no volvió a ver a ninguno de los dos, y de este modo, paradójicamente, su deseo de verlos muertos no se cumplió, porque si los recordaba, y alguna vez sucedía, los recordaba vivos.



## Más allá del umbral

### *Miranda y el “caffé dell’oblio”*

Llegaron a la entrada del pequeño cineclub llamado “Azzurro Scipioni”.

-Qué nombre extraño. Pietro hizo una pausa mientras miraba el cartel del local, y agregó. –Me gusta.

-Mirá Pietro, mirá lo que dan.

Oswaldo le indicó con un gesto de la mano la cartelera hacia la cual dirigía su atención.

-“*Les enfants du paradis*”, de Marcel Carné, ¿la viste?

-No, no la vi.

-Buenísimo, entonces entremos, empieza ahora.

Oswaldo pagó la mínima entrada a un hombre maduro y con el cabello teñido de negro que estaba en la puerta improvisada de boletería, y trasponiendo una cortina tan oscura como la cabellera de ese hombre, ambos se encontraron dentro de la exigua sala, casi totalmente oscura, dispuesta en semicírculo en torno a una pantalla. Había solo un espectador, una mujer sentada más adelante, de la que sólo podían ver los hombros sobre los que caía una cabellera ordenada y lisa.

Sumidos en esa suerte de silencio sagrado que imponen las salas de cine de autor, Pietro y Oswaldo no tuvieron que esperar mucho a que comenzara la película. Inmediatamente la poderosa seducción de esa historia en blanco y negro los atrapó y los condujo a la París de fines del siglo XIX, en donde ambos siguieron minuciosamente los pasos del desdichado amor de Baptiste por la bella Garance.

En el intervalo entre las dos partes de la película, ambos permanecieron inmóviles en sus butacas sin pronunciar una palabra, seguían mirando la pantalla como si las imágenes las ocuparan aún. Fue necesario a que proyectasen la segunda parte, y a que la película total terminara, para que los dos jóvenes pudieran recuperar sus gestos y movimientos, y se levantaran de sus lugares para salir de esa sala.

Estaban de pie en la puerta del cineclub, sin hablar casi y sin decidirse a abandonar ese lugar en donde habían sido testigos de la experiencia hipnótica de la película, cuando la

mujer que había estado en la sala junto a ellos, y de la que no habían visto el rostro, salió a la vereda y les dirigió la palabra.

-Chicos, disculpen el atrevimiento. No me siento bien, ¿me podrían acompañar unos minutos?

Oswaldo no reaccionó inmediatamente, sino que se detuvo a contemplar ese rostro joven, quizás no tan joven como el suyo propio y el de Pietro, pero sí lleno de la lozanía que da la juventud prolongada más allá de los treinta años.

-Claro, ¿quiere que la acompañemos a su casa o a un bar? -le dijo Pietro, que parecía haber salido del trance de la película mucho antes que su amigo.

La mujer entonces lo miró a la cara, y luego miró a Oswaldo, y acto seguido retornó su mirada a Pietro.

-Si no les molesta, los invito a tomar algo. No me animo a quedarme sola en este momento.

-Por supuesto. No hace falta que nos invite, la acompañamos con gusto- dijo Pietro, y le daba el brazo porque veía que la mujer se mantenía en pie con una cierta fragilidad que le hacía temer que se cayera.

A una cuadra del cineclub encontraron un viejo bar con vidrieras a la calle, y achaparrados ventiladores de techo con aspas de madera. Entraron y se sentaron a una mesita junto a una de las vidrieras, sobre la cual estaban pintadas las palabras "*Caffé dell'Oblío*".

-Me llamo Miranda. Ustedes creerán que estoy algo tocada, pero les pido que tengan sólo un poco de paciencia. No es mi costumbre pedirle al primero que encuentro que me acompañe a tomar algo. Es que esta película me ha causado una gran impresión, en cierto modo, la relacioné con la historia de mi familia.

Miranda hablaba y tenía el cabello oscurísimo, lustroso y lacio atado sobre la nuca con un broche de nácar. Su rostro, si tal vez no se hubiera podido definir como perfecto, era muy agradable, ligeramente redondo, y hecho de una piel tersa como la de un durazno aterciopelado por el verano. Los ojos, maquillados con una línea negra y contundente, eran oscuros y rasgados, y su pequeña nariz se dibujaba sobre una boca también pequeña, bien dibujada y coloreada de rojo. Al hablar apoyaba las manos sobre la mesa de madera y mármol, y eran éstas dos manos de increíble blancura, muy cuidadas, de uñas cortas y

brillantes, de dedos delgados y adornados con dos anillos de plata labrada.

-Por favor, pidan lo que quieran, yo los invito –dijo cuando se acercó el mozo a la mesa.

Oswaldo y Pietro decidieron tomar vino Chianti, y Miranda los acompañó en la elección. Cuando el camarero sirvió las copas, apuró la suya de un trago, como si tuviera sed de ese néctar rojo profundo. Al terminarla, cerró los ojos con una expresión de placer y la apoyó en la mesa. Cuando abrió los ojos, Pietro y Oswaldo la miraban divertidos.

-No soy alcohólica, no se preocupen, si es que querían preocuparse. Es que necesitaba tomar algo de manera urgente.

-No tenés por qué justificarte –le dijo Oswaldo.

-No es eso, es... –empezó Miranda, y parecía que iba a dudar de lo que diría, cuando su actitud cambió radicalmente y dijo: -Tengo que contarles por qué esta película me ha causado tanta impresión. Es la primera vez que la veo, ¿ustedes ya la habían visto?

-Yo sí- contestó Oswaldo, aunque él mismo no sabía de dónde podía haber sacado ese recuerdo.

-Para mí ha sido la primera vez, y me he quedado enamorado- dijo Pietro.

Miranda levantó los ojos delineados de negro hacia el vidrio a través del cual se veía la calle solemne y solitaria, iluminada por el ocre de las altas fachadas.

-A mí también me ha parecido terriblemente hermosa. Mi abuela era actriz, ¿saben? Era una mujer muy bella, tanto, que fue famosa en su época, no sé si por su talento o por su gran belleza. Pero cuando mi abuelo se enamoró de ella comprendió muy rápidamente que su verdadero contrincante no sería otro hombre, sino el teatro.

-Mi abuela, que se llamaba Eleonora, aceptó el amor de mi abuelo, a pesar de que él no era rico, y ella podía elegir entre tantos pretendientes que le ofrecían lo que quisiera. Pero había algo que ninguno de ellos, ni siquiera mi abuelo, era capaz de darle. Era la libertad. La libertad de seguir actuando, de dar toda su existencia al escenario. No hay nada peor para un hombre enamorado que sentir que no es el centro de la vida de la persona amada. Si se hubiera tratado de otro hombre, hasta hubiera podido intentar matarlo en un duelo. Pero el teatro es intangible, y las personas consumidas por esa pasión no comprenden ni conciben otra vida que ésta, la de los personajes,

las representaciones cada noche bajo las luces falsas del escenario.

Miranda hizo silencio y volvió a beber de la copa que Pietro le había llenado. El vino denso y brillante desprendía reflejos de rubí al choque con la luz refractada por la vidriera, desde la cual el cartel pintado proyectaba la silueta de sus letras cursivas sobre las venas caprichosas del mármol de la mesita.

-¿Entonces, qué pasó? Porque si vos sos la nieta, tu abuela la actriz se casó con tu abuelo, o al menos tuvieron un hijo, ¿no? -terció Osvaldo, en quien la curiosidad se hacía evidente.

Miranda sonrió y dejó ver la belleza de su boca al ampliarse en un gesto que mostraba sus dientes regulares y blancos. Pietro pensó que Miranda era muy hermosa, y que a medida que la iba descubriendo, percibía más detalles de su rostro y de sus manos que le confirmaban esa opinión.

-Tuvieron una hija, mi madre -dijo Miranda sin dejar de sonreír. Pero Eleonora no podía hacerse cargo de una hija, ni de un compañero tampoco. No estaban casados, y muy pronto mi abuelo se encontró solo con la pequeña, porque mi abuela se fue de gira con una compañía teatral.

-Tiempo después mi abuelo se casó con su antigua novia, y criaron a mi madre entre los dos. Cuando mi madre era adolescente, Eleonora volvió para reclamarla. Mi abuelo no quiso darle a su hija. Había pasado mucho tiempo, y si bien Eleonora había conservado su gran belleza, estaba cada vez más trastornada. Amenazó a mi abuelo y ante su negativa, lo maldijo a él y a su esposa. Poco después fue internada en un neuropsiquiátrico, en donde vivió los últimos años de su vida, hasta que un día la encontraron muerta en su cama. Mi abuelo con su esposa nunca pudieron olvidar la maldición de Eleonora, y por temor a que algo le sucediera a mi madre, la enviaron a estudiar a un internado en Suiza. Antes de que mi madre terminara sus estudios, mis abuelos se mataron en un accidente de auto en el norte del país, en un viaje en el que pretendían ir a visitarla al internado. Poco después, mi madre regresó a Italia y se unió a una compañía teatral. Tal vez ése fue el cumplimiento de la maldición, y no el accidente de mis abuelos.

-Qué historia -dijo Osvaldo con los ojos bien abiertos. Miranda sostuvo un momento su mirada y la dejó sobre la mesita en la cual los tres vasos de vino tinto centelleaban al toque de la luz filtrada por la vidriera del bar.

Hubo unos minutos de silencio, hasta que Pietro dijo:

-Sí, qué historia. Por supuesto, es totalmente inventada.

Miranda esbozó una sonrisa melancólica y volvió a bajar la mirada. Osvaldo miró a Pietro y después a ella, pero mantuvo silencio.

-Si estamos aquí tal vez sea porque lo quisimos, o porque lo necesitábamos. Yo no lo sé. No sé tampoco por qué te hemos encontrado en una ciudad que parece casi deshabitada. Pero sin duda hay alguna razón. Me niego a creer que estamos naufragando en la corriente caótica del azar.

Miranda suspiró y su bello rostro pálido se levantó sobre el cuello delicado, sus manos blancas se unieron sobre la mesa y miró alternativamente a Pietro y a Osvaldo. Ambos sostenían su mirada sin rencor ni inquisición, con un interés que tenía más de humano que de pregunta, de más humanidad referida a ellos mismos que a la propia Miranda, mujer apenas conocida, misterio de esa ciudad permanentemente iluminada por el chorro dorado de un cielo inmóvil.

La joven dirigió sus ojos bien maquillados hacia la vidriera en donde las palabras "*Caffé dell'oblio*" se aferraban a la transparencia rígida que los separaba de la calle, y dijo:

-Sería hora de que empezara a anochecer. Me gustaría ver un crepúsculo barroco. Es lo más adecuado para esta ciudad.

Pietro y Osvaldo dirigieron también sus ojos hacia la calle que se transparentaba tras la vidriera, y los tres pudieron contemplar cómo paulatinamente la luz dorada se deshacía sobre los altos frentes de los edificios, metamorfoseándose con suavidad en una baba iridiscente que apoyaba en las molduras y en las veredas su color sin sombras, mientras el cielo empalidecía y se teñía de los matices de una paleta barroca.

-Yo tampoco sé por qué estoy aquí. Siempre me gustó inventar historias, tal vez porque yo no tengo historia. Sencillamente soy una persona que no cree. No es nada fácil transitar por el mundo sin creer en nada, en lo invisible ni en lo visible. Para mí la materia siempre ha sido falsa, pero también lo han sido las ilusiones de una vida espiritual o de un mundo más allá del mundo. ¿Qué hay en una persona más que en un perro? La razón, si se puede llamar razón a ese constante discurrir de la mente que en su mayor parte es totalmente vano y no logra la capacidad de comprender verdaderamente su propia condición, sino que justifica todo, explica de manera superficial lo que ve y argumenta de manera más irracional aún lo que no ve. No, me es

imposible creer en algo, en cualquier cosa que no sea una absurda casualidad sin un verdadero sentido. El perro es perro, y no necesita plantearse el por qué. El ser humano no es humano porque se lo planteo, sino porque no tiene respuesta a sus propios planteos. Creo que ésa es su verdadera condición, el no saber. Pero no saber no significa que haya algo de misterioso o trascendente en su pobre vida de animal distinto sobre la tierra. ¿Por qué deberíamos tener un destino distinto al del perro? ¿Qué tiene de mejor esta realidad que inventamos con nuestras palabras a la que se inventa el perro con su ladrido?

-Somos capaces de hacer películas como la que acabamos de ver- dijo Pietro.

-Sin duda existe la imaginación. Pero es sólo eso, imágenes. Nada puede transformar la intrascendencia del hombre en otro estado. Baptiste buscando inútilmente a Garance entre la multitud del boulevard, siempre en fiesta, siempre enajenada y sorda, me parece la paradoja del hombre y su enajenación, su carrera tras lo imposible. Lo imposible es el ámbito en donde él cree que reside la felicidad.

Oswaldo tomó el vaso entre los dedos de su mano derecha, lo giró levemente, pero no lo alzó para beber.

-El hecho de que en una obra de arte se pueda metaforizar con tanta belleza la condición humana, quizás es una muestra convincente de la conciencia que nos diferencia del perro- dijo.

-No lo creo. Al menos no es suficiente. El hombre no encuentra explicación, no sabe la respuesta. Sólo tiene otras herramientas para seguir planteando los mismos enigmas. Sí, es cierto que preguntándose determina su misma capacidad de reconocerse, pero no puede ir más allá. Y creo que no puede ir más allá porque no existen respuestas, porque el planteo es vano. Nada tiene un sentido que esconda una revelación.

Pietro la miró a los ojos con sus ojos azules, ojos sin la sombra de los años. -Tal vez tenés razón, y el sinsentido sea el sentido de la existencia humana. Pero entonces qué significa nuestro encuentro, esta existencia aquí, lo que estamos viviendo.

Oswaldo miró a Pietro, fugazmente miró a Miranda y volvió de nuevo los ojos a Pietro.

-¿Es necesario plantearse todo? -preguntó. -¿No podríamos aceptar lo que nos llega como un misterio, o tal vez, si no existen los misterios, como una variante en la infinidad de variantes que mueven la casualidad de las cosas? Algo hay aquí

que hemos elegido, soy consciente de eso. Por esa razón no quiero perderlo.

Pietro lo miró con gran dulzura y le tomó la mano, la apretó bajo la suya un instante, y volvió los ojos a Miranda.

-Miranda –dijo- No sé la razón, pero sé que soy quien soy. ¿No es bastante?

-No. Lo es para el perro, tal vez. Pero ¿acaso nosotros no deberíamos plantearnos más, ya que nos creemos otra cosa?

-Quizás hemos superado la muerte. Superado, quiero decir, en el sentido de que estamos viviendo otra existencia después de la muerte –reflexionó Pietro.

-No creo que estemos muertos. Sin la materia el pensamiento no existe. Creo que somos una ilusión de nuestra propia ilusión. Un efecto placebo de nuestra propia mente para evitarnos el terror.

Se produjo un silencio entre los tres, y el crepúsculo cada vez más espléndido de la calle penetraba dulcemente por la vidriera, dorando las letras del “*Caffé dell’Oblio*”, y lamiendo con silencio la mesa, las sillas y el mostrador tras del cual las hileras de botellas de todas las formas y colores se alineaban mágicamente alcanzadas por esa luz que hubiera debido fundar en la fugacidad la clave de su belleza.

-¿Hasta cuándo durará? –preguntó Osvaldo, súbitamente penumbroso en medio de la luminosidad tenue del crepúsculo. Pietro volvió a tomarle la mano con un gesto de amorosa protección, y lo miró con sincera firmeza.

-No lo sé. No tengo respuesta para ninguna de las preguntas que me hagas. Sé tanto como vos, y sé lo mismo que debe saber Miranda. Creo que es un estado de la mente. Lo que no entiendo es por qué nos encontramos, aquí. Y mucho menos entiendo el tiempo.

-El tiempo no es algo que se pueda entender. Pero sí creo que tiene que haber un solo tiempo a la vez. Y ése debe ser el de uno de nosotros, afirmó Osvaldo.

Miranda lo miró y tras un instante de reflexión agregó:

-Si fuera así, muy probablemente sólo uno de nosotros sería real, y los dos restantes una proyección de su mente.

-¿No acabás de decir que no creés en lo real?

-Dije que a mi parecer no existe nada más real que otra realidad. Es decir, que no existe una realidad que sea más real que otra.

Pietro la miró a los ojos y le preguntó:

-Entonces, si todas las realidades son reales, todas pueden coexistir. Por lo tanto cada uno de nosotros puede existir en la suya, que es tan real como la de los demás.

Entonces Osvaldo, sin mirar a ninguno de los dos, sino al vacío, agregó:

-Tal vez lo que Miranda quiere decir es que ésta es una realidad, y en ella uno de nosotros vive lo que no ha vivido, o lo que ha deseado vivir en otra realidad; la realidad que llamábamos vida quizás.

-Y entonces por qué estaríamos juntos –planteó Pietro.

-No lo sé. Yo podría haberte inventado. O te traje aquí desde otro mundo.

-¿Y también inventaste a Miranda? ¿La realidad es sólo tu invento? No Osvaldo, yo estoy seguro de que existo, porque tengo una historia fuera de vos.

Entre los tres se licuó un silencio denso que hubiera podido tocarse. La mesa volvió a ser cuadrada, la vidriera rígida y los vasos ya vacíos.

Miranda abrió sus ojos oscuros y con la gran belleza de sus pupilas líquidas apuntó a ambos jóvenes.

-¿Adónde van a pasar la noche? ¿Quieren venir a mi casa? Vivo sola, y mi casa es grande.

La respuesta fue un nuevo silencio en el cual solamente el gesto de Pietro y Osvaldo de mirarse mutuamente, con una suerte de comprensión, o complicidad tácita, hizo caer las sombras que desde las cornisas del cielo esperaba pacientes para derramar sus baldes oscuros sobre las fachadas y las calles de la ciudad. Las palabras inscriptas en la vidriera del café brillaron, único destello dorado entre la calle y ese interior silencioso, iluminadas por las recientes luces fantásticas de los faroles.



## **El origen de la tragedia**

### *La bohardilla de Pedro*

Desde su exilio voluntario, que era el exilio interior de la casa paterna y de sus recuerdos, le llegó a Loreto la noticia de la muerte de Irene, y a pesar de que nada aconsejaba viajar a la Argentina en tiempos de guerra, regresó a visitar a Carla.

Cuando estuvo en el caserón de San José, se dio cuenta de que su hermana hacía un luto muy especial, muy adentro de sí misma, como una rabia subterránea que no expresaba exteriormente nada más que con frialdad y encierro en su habitación. Loreto creyó que la muerte de Irene había desatado en Carla un rencor sórdido hacia Agostino, que tal vez en su mente enferma de rabia era el causante de todas las muertes, el representante de todas las pérdidas de su vida.

Este descubrimiento causó un curioso temor, o mejor dicho una curiosidad temerosa en Loreto, que pareció descubrir un aspecto escondido del carácter de su hermana, un aspecto que podía ser tan amenazador como antes su encanto podía resultar seductor y hasta hipnótico, y en el fondo de su corazón sintió que quizás debía salvar al pequeño Osvaldo de esos sentimientos, porque era lo único que estaba en sus manos. Así fue como se apoderó, ella también a su manera, de la idea de Elena de hacerse cargo del menor de los Ferrante, y de ese modo Elena se desdibujó de la decisión, como si nunca hubiera participado de ella.

Cuando Loreto contemplaba a Osvaldo quizás miraba a otro niño en sus ojos grandes y mudos, y al verlo tan diminuto, tan blanco y desprovisto de cualquiera de las armas con que todo se humano se pertrecha lo antes posible para afrontar la batalla de la existencia, una ternura desconocida para ella le ganaba el ánimo, y se sentía inclinada a protegerlo. Cómo podía cambiar su vida en Roma con ese pequeño a su lado, Loreto no se lo preguntaba. Más bien se decía cuánto podía cambiar la vida de Osvaldo viviendo con ella, con ella que pasaba horas leyendo en silencio y nunca había concebido la existencia de otra manera. Quizás si el pequeño heredero de los Ferrante lograra apasionarse por los libros como ella era apasionada. Quizás si alguna pasión movería jamás a ese niño que hablaba con los

ojos, y eran un espejo demasiado terrible para que siguieran reflejando el despojo de ese hogar de San José.

Sin embargo, la partida de Loreto y Osvaldo empezó a demorarse por alguna razón que nadie comprendía demasiado bien. Desde afuera hubiera podido decirse que Carla esperaba el regreso de su marido para dar semejante paso, pero desde adentro no había más causas materiales que una inercia trágica, la espera de alguna hecatombe destinada a dioses invisibles y furiosos, la dramática pereza de una playa que espera los vientos propicios para partir hacia una guerra definitiva e inapelable. Una guerra más poderosa que las que se libran con las armas, porque era alimentada por el resentimiento, el más definitivo y mortífero sentimiento humano.

Mientras tanto, en Tucumán el invierno había profundizado el moho que ennegrecía las paredes y los alféizares de las viejas casas custodiadas por árboles de naranjas amargas. Lluvias tibias regaban las calles y el parque se movía con desidia de la mano de un viento que casi no llegaba a ser tal, pero que despeinaba copas adormecidas y arrimaba hojas en las veredas. En el pequeño departamento de bohardilla que compartían Agostino y Pedro, había un enorme ventanal de vidrio e hierro para mirar el cielo de plomo fundido que se colaba por los intersticios y muchas veces bañaba el suelo, chorreando por las esquinas con su humedad de fila de hormigas calladas. Pedro había vuelto a caminar, y se podría decir que de las heridas de la guerra le habían quedado sólo algunas cicatrices, aunque en su mente esas cicatrices fueran algo más que marcas epidérmicas, y continuaran hendiendo una carne invisible que a veces sangraba por los ojos, por la voz o en la respiración de su sueño afanoso.

-No tengo nada. Estoy bien –solía decirle a Agostino acercando a su cara su cara de rasgos regulares tapizada por la piel siempre cálida como a punto de encenderse, y lo miraba con sus ojos azules, grandes y almendrados, en los que no estaba ausente un gota de ironía. Era quizás la ironía que puede usar para con otra persona quien se sabe dominante, fuera cual fuese su herramienta de dominio.

Agostino no se preguntaba qué hacía allí porque no podía hacer otra cosa que estar allí. No se preguntaba por qué amaba

de ese modo a ese muchacho con un sentimiento que era para él totalmente nuevo, sin precedentes, y que sentía más único aún porque le parecía solamente destinado para él, como si hubiera sido inventado con la etiqueta de su nombre.

Había acompañado a Pedro en su recuperación y sufría ante el solo pensamiento de apartarse de él un momento. Pedro se dejaba amar como un cachorro, permanecía al lado de un hombre que pendía de sus labios como pendía de cada uno de sus gestos y de cada una de las partes de su cuerpo. Algunas veces, en el engañoso hastío con que los días que se terminarán envuelven a los hombres, haciéndoles creer en la inmovilidad del mundo y de las cosas, Agostino se quedaba tirado sobre la cama mirando la lluvia que bajaba desde el cielo gris, con la fija observación de quien quiere dilucidar de dónde procede cada hilo de agua en la masa amorfa de las nubes bajas, ésas que se confunden con el aire mismo y que durante horas mantienen la luz del sol atrapada en su telaraña sombría. No podría decir Agostino en qué pensaba, si es que pensaba en algo. Se dejaba llevar por la sensación totalmente nueva de ser otra persona, de ser una persona que se había puesto su vieja persona como un traje usado. De ese modo convivían en él dos Agostinos, uno con su historia en Mendoza, hijo de inmigrantes, casado y con hijos a su vez. Otro ese hombre tirado sobre una cama en una bohardilla bajo el cielo de Tucumán, en donde vivía con un joven casi adolescente. Cuál de los dos movía ese pecho que seguía respirando, no tenía dudas. Agostino sabía que aquel viejo yo de Mendoza había desaparecido, que toda su vida anterior era otra vida, y que si había sido él mismo quien la había vivido, ya no importaba, porque ahora ya no era ese hombre, ni ese padre, ni ese hijo, ni ese marido. Era él más él y sin embargo otro. No podría decir que era quien quiso ser alguna vez, porque nunca se había imaginado esa historia. Simplemente era lo que no sabía que sería. El cielo chorreaba sobre su rostro, allá detrás de los viejos vidrios de la bohardilla, y los dos Agostinos no eran dos sino uno, y el traje del anterior yo se ajustaba y metamorfoseaba sobre el alma del nuevo yo, que pujaba obstinada desde adentro, y no encontraba resistencia.

Eran esos momentos en que Agostino estaba sumido en sus cavilaciones, envuelto en el silencio que bajaba desde las mamparas de la bohardilla, cuando Pedro más se inquietaba, empezaba a dar vueltas sobre sí mismo y al ver que no podía ser el motivo del ensimismamiento de Agostino ni lograba

sustraerlo de quién sabe qué pensamientos que no lo tenían a él por protagonista, se le lanzaba encima y lo golpeaba, como un niño golpea a su padre para llamar su atención, o como la lluvia golpeaba los viejos vidrios que sujetaban el cielo plomizo de Tucumán. Agostino se reía y esquivaba los golpes, que a veces iban cediendo hasta convertirse en llanto, en un llanto inmotivado y sumiso entre sus brazos. Entonces ese hombre enamorado sentía que tenía algo metido adentro de su corazón, y que no podía arrancarlo, y mantenía su abrazo durante mucho tiempo, protegiendo ese algo para que no se diluyera en la corriente inaferrable de todas las cosas, y se escapara de él, de él que por primera vez se sentía traspasado por el amor.

Otras veces Pedro despertaba a Agostino en mitad de la noche, saltaba de la cama medio desnudo y empezaba a empujar cosas contra la puerta, acumulaba ropa en un montón y la revisaba, buscaba objetos indescifrables debajo de los muebles. Agostino no lograba dilucidar hasta qué punto Pedro estaba actuando como un sonámbulo y hasta qué punto estaba totalmente despierto. A veces lo dejaba hacer, y lo miraba delgado y hermoso como un insecto dorado recorriendo a saltos la pequeña cárcel de la noche. Entonces se le acercaba y lo empezaba a acariciar, muy lentamente, susurrando o produciendo un murmullo ininteligible cerca de su oído, y así conseguía conducirlo nuevamente a la cama, lo abrazaba y seguía murmurándole hasta que Pedro cerraba los ojos y Agostino sentía que su respiración se hacía regular, rítmica bajo el pecho liso de ese muchacho que lo había atado con invisibles cadenas, y que se debatía entre otras cadenas, cadenas propias, sin sentido, o que tenían un sentido en un mundo onírico del que nadie, ni siquiera el mismo Pedro, conocía la clave.

Algunas veces Agostino regresaba a la bohardilla y Pedro se había puesto a cocinar. A pesar de su voluntad, había mezclado las cosas en modo tal que resultaban incomibles, los elementos se negaban a estar juntos y se separaban en el mismo plato de manera más parecida a un cuadro abstracto que a un alimento destinado a seres humanos. Agostino se sentía tentado a creer que Pedro lo hacía a propósito, no podía creer que echara mermelada en una sopa, pero el mismo Pedro se mostraba estupefacto al contemplar lo que había hecho, y más de una vez se ponía a llorar sobre el plato servido, agregando un nuevo elemento extraño a la ya enrarecida preparación. Otras veces

Agostino se enfurecía ante estos despropósitos, se iba ostentadamente a la calle, y comía un sándwich en algún bar de los alrededores, pero a la mitad de su comida se arrepentía de su reacción, compraba otro sándwich y se lo llevaba a Pedro a la bohardilla.

Eran muchos los días, sin embargo, en que Pedro permanecía tirado sobre la cama, a veces con los ojos cerrados y la expresión atenta y a la vez perdida, como si fuera transportado por una música que sólo él era capaz de escuchar, y no sentía ni siquiera cuando Agostino regresaba.

Una tarde en que el sol se enfermaba detrás de nubarrones grises y las calles parecían haber sido construidas por una civilización ya desaparecida en los eones del tiempo, salieron a caminar en la misma dirección hacia la que el viento pretendía destinar todas las cosas. Agostino estaba contento de haber logrado que Pedro saliera de la bohardilla, y Pedro mantenía su aire ensimismado que preanunciaba otro silencio de días.

Sin embargo, llegando al parque que se encontraba a pocas cuadras de la bohardilla, el joven se detuvo en seco, miró a Agostino y le dijo, como si estuviera respondiendo a una pregunta que le hubiera sido formulada con mucha anticipación, y sobre la cual había reflexionado largamente:

-No vuelvas a tu casa. Pase lo que pase, no vuelvas a entrar en tu casa.

Agostino se quedó mirándolo. La casa de Mendoza era una espina clavada en su corazón, no tanto por que extrañase a su pequeña familia, sino porque a pesar de todo, a pesar de que no podía ni concebía estar en otro sitio que junto a Pedro, sentía que se había comportado como un ingrato.

-¿Por qué? – respondió a Pedro.

-No tenés que volver, prometémelo.

Agostino sonrió un poco conmovido, el viento denso y cargado de vapores que venía del parque chocaba contra su abrigo y se arremolinaba entre sus piernas. Sonrió.

-No te voy a dejar solo, no tengás miedo.

Pedro lo miró de nuevo como quien contempla desde la Tierra una lejana catástrofe cósmica.

-No lo digo por mí. Ya sé que no me dejarías solo. Es tu casa allá en Mendoza. No vuelvas nunca.

Ese adverbio de tiempo resonó en la mente de Agostino con la inmensidad de lo imposible. Cómo haría para no volver nunca a ver a sus hijos, a Carla. Sentía que no podía separarse de Pedro, pero no lograba dilucidar dentro de sí qué sucedería con su familia, o la que había creído su familia en algún momento. Si hubiera habido una lógica en lo que le había sucedido desde que fue a la guerra, esa lógica indicaría que Carla debía hacerse cargo de sus hijos, de los dos hijos que le quedaban, y que él debía estar con Pedro, porque Pedro no sobreviviría solo. Le parecía que la guerra, Pedro y Tucumán habían sido las únicas elecciones libres que había realizado en su vida, y sin embargo se debatía en tratar de comprender si cada uno de los pasos que había realizado en su existencia, hubieran sido por elección o por imposición no sabría decir de qué o de quién, comportaban una responsabilidad, y si era lícito que asumiera todas esas responsabilidades que en su mayor parte no sentía como propias.

-¿Me prometés que no vas a volver nunca? –repitió Pedro y lo obligó a enfocar de nuevo su mirada sobre ese momento preciso, allí en la vereda del parque. Pedro se había plantado frente a él, largo y muy flaco, con el pelo que ya estaba muy crecido y se alborotaba en grandes ondas rubias sobre la cara blanquísima y casi imberbe. Tenía los ojos azules llenos de preguntas como un mar interior; las manos en los bolsillos del montgomery y sin embargo parecía no sentir las ráfagas de viento frío, el único transeúnte de esa tarde en el parque.

-No voy a volver –respondió Agostino sabiendo que no sabía lo que estaba diciendo, porque fuerzas más poderosas que su propia voluntad lo dirigían internamente como las manos de un titiritero que en lugar de sobrepasarlo, lo hicieran hablar desde adentro, moviendo sus labios y sus ojos como los ojos de un muñeco. Y porque no había otra respuesta que dar a Pedro, ya que su voluntad, si la tenía, era estar siempre al lado de ese muchachito que había regresado del infierno sólo para recordarle la fragilidad de la vida, esa poderosa fragilidad que no conocía la muerte en su determinada obstinación por hender el aire con la mirada azul indiscutible. Y porque Agostino sabía que en algún momento, en alguna otra vida o cabalgando sobre la frontera donde desaparecen el tiempo y las leyes físicas, debería retornar a Mendoza, debería entrar por la puerta junto a la pared redonda del viejo caserón de su madre donde vivía Carla, y enfrentar a su mujer y a sus hijos, a los que quedaban de sus hijos, y quizás, quizás, tendría que hablar.

## Más allá del umbral

### *La casa del espejo sin salida*

Caminaron nuevamente, esta vez los tres, Miranda, Osvaldo y Pietro, por las calles casi desiertas de Roma. La noche ponía su oscuridad que venía del cielo, y la ciudad sus luces que se esculpían entre las innumerables molduras y frontispicios decorados, mientras el Tíber proseguía su marcha silenciosa por debajo de los puentes y sus estatuas.

Después de atravesar el río llegaron a un boulevard en el cual había una fuente gigante. Era una máscara de rasgos clásicos, enteramente de mármol, desde cuya cima se deslizaba un agua murmurante y limosa, agua que recorría el bello rostro impassible de la escultura como un llanto. Los tres amigos se detuvieron frente a la fuente, hasta que Miranda dijo:

-¿No es hermosa? El llanto no siempre es triste.

-Por eso a veces no duele. Porque no siempre es llanto –agregó Osvaldo.

Prosiguieron los tres, amigos insólitos en esa insólita ciudad de una belleza extremada y antigua, a lo largo del descuidado boulevard con sus bancos de piedra y sus canteros, ensombrecidos por árboles de hojas perennes, hasta llegar a una esquina. Miranda señaló un edificio que se encontraba del otro lado de la calle. Era una mole de fines del siglo XIX, alta y solemne. En el tercer piso se abría una terraza en forma de enorme balcón esquinero, que miraba al boulevard, y desde allá abajo, en donde se hallaban los tres jóvenes, se podían distinguir los follajes que sobresalían de arriates y macetones.

-Ése es mi jardín privado, y ésta es mi casa –dijo Miranda y se encaminó a cruzar la calle rumbo al edificio. Osvaldo y Pietro la siguieron sin decir una palabra; detrás de ellos el levísimo murmullo de la fuente de las lágrimas de limo.

La entrada del edificio, tan grandilocuente como toda la construcción, se hallaba sobre la calle lateral.

-Aquí es Via Pasubio número 6. Recuérdelo-. Dijo Miranda y sacó un manajo de llaves de la cartera que llevaba al hombro.

Pietro pensó que no había notado antes la presencia de esa cartera, y quizás Osvaldo pensara lo mismo, ya que la miraba con curiosidad casi sorprendida. Era una bella cartera de cuero amarillo, arrugada y adornada por algunas argollas

labradas que disimulaban los varios compartimientos, uno de los cuales guardaba la llave de esa casa.

Entraron en un hall de mármol y alfombra roja sobre la severa escalera recta de pocos pasos hasta la puerta cancel de vidrios biselados, y pasaron a otro hall, en donde se abría la escalera en caracol que trepaba como un intestino rígido por el interior del edificio, y este intestino envolvía el ascensor de rejas de hierro.

Nadie dijo una palabra, y al llegar al tercer piso, el ascensor se detuvo con un soplo asmático y los tres salieron de su caja cuadrada. Miranda volvió a empuñar el manajo de llaves, que parecía pesado, y se dio a la tarea de abrir las varias cerraduras de una maciza puerta doble de roble.

El departamento de Miranda era muy grande, largo como casi todos los diseños arquitectónicos de fines del siglo XIX, con una médula central hacia la cual se abrían salas y habitaciones de uno y otro lados. Al final del adusto pasillo una puerta de batientes, con ventanas acristaladas en sus hojas, daba al jardín que vieran desde el boulevard.

Miranda asignó a Pietro y Osvaldo una habitación tan grande como el resto de las habitaciones de ese departamento. Había una cama de dos plazas estilo futon japonés, una gran cómoda de madera clara de formas redondeadas, un pequeño escritorio estilo imperio con una elevación con cajoncitos y puertitas de cristal, y un enorme óleo que representaba las pedregosas y nevadas laderas de la montaña, posiblemente las Dolomitas. La alta ventana con persianas de madera daba sobre la calle solitaria y muda de la noche, enmarcada por densas cortinas de seda color ladrillo.

Pietro y Osvaldo se desvistieron y se metieron en la cama, y al apagar la luz ambos fueron impulsados uno hacia otro por una fuerza invisible e instintiva. Osvaldo abrazó sin pensarlo el cuerpo liso de Pietro, y en ese momento se dio cuenta de la extrema juventud de su amigo, una juventud cuyo tacto casi había olvidado, joven también él pero ya poseedor de todo lo que casi diez años de ventaja en la vida pueden marcar en el alma y en el cuerpo.

Pietro se dejó abrazar y respondió con un beso largo a la búsqueda de Osvaldo, que acercaba su rostro en la oscuridad, seguro de encontrar la boca de Pietro, como nunca más podría



encontrar ninguna otra cosa en la oscuridad de la existencia. Ciegos ambos en la habitación ciega, podían ver a través de sus manos y sus cuerpos aquello que deseaban, y ambos se abrazaron sin palabras casi, en una noche que era la primera pero podía ser la última, y que se prolongaba indefinidamente tras los visillos de las altas persianas de madera.

Por única vez en su existencia, Osvaldo supo lo que nunca había sabido, y aprendió lo que jamás podría olvidarse, aunque su vida terminase, aunque no hubiera otra vida después de esa vida. Porque sintió que no podría quedarse sin la memoria de esa noche, singular y definitiva noche en que había conocido un cuerpo que no era su cuerpo, pero que en cierto modo era suyo también, por momentos más suyo que el suyo propio. Desprendió de sí la respiración que como una niebla dejan escapar los jardines en el alba, y llenó su pecho del aire nuevo que hería los pulmones de su alma como ningún aire lo había hecho nunca, y como él sabía que no volvería a suceder. Si había un nacimiento, éste era ese momento. Ni siquiera los innumerables libros de la tía Loreto le habían dado este abandono y este éxtasis de ser un cuerpo, y sentir que el espíritu se acomodaba en él como en su propia casa, aliados al fin y enamorados, como deberían estar cuerpo y espíritu en cada ser viviente. Osvaldo fue feliz, si feliz es la palabra que designa la plenitud de la entrega y de la generosidad del amor.

Aún después de exhalar el aliento que deshace la tensión del sexo, Osvaldo siguió abrazando estrechamente a Pietro. Mantenía su cuerpo delgado entre los brazos con una necesidad de pegarlo al suyo, con un calor tan intenso en su enamoramiento, que parecía el encuentro definitivo de lo que había buscado siempre, siempre en sus veintinueve años de vida errante, errante en un silencio que había sido la obstinación de su mente y el rechazo del mundo. Porque más allá de las historias que le había leído Loreto, el mundo para él había sido una hostil nebulosa a través de la cual no quería distinguir nada concreto, para no tener que aferrarse a lo que antes o después desaparecería.

Sin embargo había soñado. Desde los relatos de su padre y el conejo encerrado en la Luna, el amigo de la guerra viajando en una nave increíble a las planas llanuras lunares, y el aislamiento, ese compañero eterno que no hablaba desde la sombra. Haber esperado toda la vida ahora le parecía justo. Y

esa noche con Pietro sentía que había encontrado una clave, lo que había estado esperando.

Más allá del cuerpo, más allá del placer de poseer y ser poseído por ese joven cuerpo hermoso, de estar en la boca de Pietro y en su interior tan cálido como su pecho, Osvaldo sentía que superaba un límite, que traspasaba un común denominador al que todos los seres humanos estaban sujetos, y que tal vez pudiera denominarse con la palabra soledad.

Pasaron así tanto tiempo que el tiempo no existía, pues nunca se terminaba la noche. Decían pocas palabras o ninguna, tan intensa era la unión de ambos. En algún lugar de la casa dormiría, si es que dormía, la misteriosa Miranda, también ella a la espera de que la noche terminara, para sellar con su muerte el pacto final de una unión que era tan humana como sólo lo sobrenatural puede ser humano.

Osvaldo cerraba los ojos y se abrazaba a la espalda de Pietro, hundiendo su cara en el cabello de su amigo como en un sueño que no tenía necesidad de llegar, porque la vigilia se había vuelto mucho más hermosa que el sueño.

Sintió, o más bien pensó, que la noche había llegado a su fin, y entonces la claridad del alba, introduciendo sus dedos pálidos por entre los visillos de la alta persiana de madera, se aproximó hasta la cama. Osvaldo abrió los ojos y sintió aún contra su pecho la espalda de Pietro, que movía la rítmica respiración del sueño. Apretó suavemente su abrazo y permaneció inmóvil para no despertarlo. Con sus ojos abiertos y traspasados por una transparencia que habían conquistado, siguió el recorrido de la luz, cada vez más fuerte y neta, mojando la habitación donde había transcurrido la noche más feliz de su vida.

Pietro se liberó dulcemente de la prisión a que lo tenía confinado Osvaldo con su propio cuerpo, se dio vuelta, e inauguró con una sonrisa dirigida al rostro de su amigo, el nuevo día que comenzaba.

Ambos se levantaron y decidieron ducharse. El baño era largo y extraño, tenía bañera y también una ducha cerrada por paredes de vidrio. Evidentemente había sido rehecho en épocas posteriores a las del resto de la arquitectura que caracterizaba al

departamento, y a Osvaldo le pareció que pasaba del siglo XIX de la habitación, al siglo XXI en ese baño.

Después de que hubieron completado el rito de la higiene, y de que Osvaldo hubiera tenido oportunidad de contemplar a Pietro desnudo bajo la luz, pleno en su hermosura casi adolescente, ambos empezaron a buscar a Miranda. La joven no se veía por ninguna parte en ese departamento que el día revelaba más grande de lo que habían percibido durante la noche. Pensaron que habría salido a hacer compras u otra cosa, y sin preocuparse demasiado se pusieron a prepararse café en la cocina, también ésta anacrónicamente reformada, con una ventana que daba a los patios internos del edificio, desde donde llegaban las poderosas ramas de una magnolia gigante cuyos brotes brillantes rascaban los vidrios, y anunciaban las grandes flores blancas que muy pronto estallarían contra la luz como ojos de leche vegetal.

Tomaron un desayuno copioso y lento, lleno de una ternura recién estrenada. Habían encontrado en los armarios de la cocina todo lo necesario para alimentarse, aunque ambos tenían la certeza de que aunque no hubiesen hallado nada, serían igualmente felices.

Cuando hubieron acabado, se dedicaron a esperar a Miranda, y había pasado un buen rato en que ambos charlaban sentados en uno de los tantos sillones que había en una de las salas, cuando Pietro propuso que salieran a dar un paseo, que al regresar tocarían el timbre y seguramente Miranda ya estaría en casa. Osvaldo sintió que a todo diría que sí, y aunque la comodidad de esa casa que parecía cada vez más amplia lo invitaba a seguir dentro, se puso de pie y aceptó la propuesta de Pietro.

Ambos caminaron por el largo pasillo que hacía las veces de espina dorsal del departamento, y se dirigieron al hall de entrada. Pero al buscar la puerta por donde recordaban haber entrado la noche anterior, hallaron en su lugar un espejo que ocupaba las mismas dimensiones, y que parecía haber estado siempre allí. Osvaldo se quedó azorado, y Pietro tocaba con las yemas de los dedos la bruñida superficie, sin comprender de dónde podría haber surgido tal artilugio. En un primer momento creyeron que se habían equivocado de rumbo, aunque inmediatamente comprendieron que era imposible, ya que el departamento se articulaba a ambos lados de ese pasillo, que en

un extremo tenía la puerta de salida a la terraza de esquina, y en el otro el hall al cual se abría la puerta de entrada.

Pietro y Osvaldo se miraron incrédulos. Volvieron a revisar el espejo, a tocarlo, tocando en ello sus propias imágenes que sólo se ocupaban de devolverles sus expresiones maravilladas.

Hasta que desde adentro del espejo, como si éste no sólo reprodujera el ambiente exterior, sino que lo recreara agregándole sus propias profundidades y puertas secretas, apareció Miranda. Vestía un sencillo y elegante vestido negro adornado con lentejuelas del mismo color en el escote. El pelo lustroso estaba sujeto por un grueso lazo de terciopelo también negro, y sus ojos, grandes y acuosos, estaban tanto o más maquillados que la noche anterior, resaltando la oscuridad de sus bellas pupilas y la blancura tersa de su cara.

Pietro y Osvaldo se apartaron instintivamente de la superficie del espejo, como si esa visión tuviera algo de fantasmagórico, a pesar de su extremo realismo. Miranda llegó hasta la línea invisible que hubiera debido separar ambos mundos, el de detrás del espejo y el de los dos amigos, supuestamente el mundo real, y mirando a uno y a otro sonrió sin sorna, dulcemente.

-Mis queridos amigos, no tengan miedo. Soy la misma de anoche.

Entonces dirigió a Osvaldo su mirada cargada de misterio y sin embargo no exenta de una gran ternura, y le dijo:

-Éste es tu mundo, Osvaldo. No podés salir. Al menos hasta que hayas completado el recorrido que te lleve al conocimiento de las últimas cosas. La verdad no está afuera, sino adentro, porque es una singularidad. No hay verdades generales, porque ninguna verdad procede de la naturaleza ni de una razón, ni refleja a su propio objeto. La verdad depende de los azares de su propio devenir. De ese modo, vos podés construir tu verdad, o tus verdades, pero para ello necesitás más elementos. Aquí los vas a encontrar.

-¿Por qué tengo que hacer esto? –preguntó Osvaldo sin quitar los ojos de la mujer que le hablaba desde el espejo.

-Salir de aquí no es tu meta. Vos estás adentro de tu laberinto, y necesitás saber lo que querés saber, y conocer lo que querés conocer, con tus ojos y tus palabras. Tu voluntad es más poderosa que la puerta de salida.

Oswaldo bajó la cabeza y se llevó una mano al rostro, apretó con los dedos la base de su nariz, como si quisiera concentrarse o un dolor inesperado lo hubiese distraído, y cuando volvió a levantar la cabeza, Miranda había desaparecido del espejo, que le devolvía su propia imagen, y detrás de él la imagen de Pietro, el amado Pietro que lo miraba a los ojos a través del azogue, con sus ojos azules y brillantes.

Cuando dio la vuelta y dirigió su mirada al pasillo que dividía el departamento en dos alas paralelas, vio que este pasillo, ante su propia mirada, se volvía más largo y brumoso, como si ondulara allí mismo, y la puerta final que daba sobre la terraza se hacía tan lejana como un horizonte que se volviera cada vez más difícil de alcanzar. Miró a su lado y Pietro no estaba. Esta ausencia lo hizo aspirar el aire profundamente, pero esta vez el aire hería sus pulmones, como hojas de acero bruñido. Un ramalazo de angustia azotó su pecho, adentro, en un adentro que había descubierto esa noche, y la cabeza pareció hervir en una concentración en la cual las ideas y las imágenes no coincidían, sino que se chocaban en un caos fantástico del que surgían destellos de colores.

Cerró los ojos y volvió a respirar. Entendió que debía hacer algo antes de lo demás. Qué era lo demás, aún no lo sabía. Pero sabía que era otra cosa, algo diferente de lo que tenía que hacer ahora, en lo inmediato, si es que alguna categoría temporal podía ser considerada válida en esa dimensión en que si bien todo era posible, había leyes que desconocía, y que no siempre estaban dictadas por su necesidad de ser feliz.

Sintió que la angustia era ese “demás” y no el algo que debía hacer. Porque lo que debía hacer lo quería hacer. Pero después de eso, no sabía lo que había, como no sabía qué había en el interior del espejo.

Caminó hacia el pasillo, atravesó la puerta doble de vidrio que lo separaba del hall de la entrada, ese hall donde había aparecido el espejo en el sitio en que debía estar la salida hacia el ascensor y la escalera. Entró al pasillo y las puertas que lo flanqueaban le parecieron muchas. Pero hubo una que lo atrajo en especial. Era una puerta doble, pintada de blanco como las demás, y como las demás, cerrada con un antiguo picaporte de bronce. Empuñó el picaporte y la abrió.

## *El origen de la tragedia*

### **El sueño de Pedro y la bañera de Agostino**

Siguieron días en los que Pedro experimentó un inesperado cambio. Empezó a hablar, y casi se hubiera dicho que por momentos parecía contento. Esperaba a Agostino despierto y si bien no había aprendido a cocinar, era capaz de haber preparado la mesa y hasta haber puesto en fila sobre la mesada todos los alimentos que había encontrado en la alacena y en la pequeña heladera, papas, paquetes de fideos, manteca, una zanahoria, de manera tal que, consciente de su incapacidad de ordenar y mezclar de manera comestible esos elementos, Agostino tuviera facilitada esta tarea para la cual él se reconocía inepto.

En esos días, Pedro insistió para que repitieran los paseos al parque que estaba cerca de la bohardilla, a pesar de que seguía el invierno, que en esa ciudad casi tropical no era rígido, pero sí ventoso y húmedo, y solía penetrar en la carne con su aire agudo y su cielo de plomo derretido, siempre dispuesto a deshacerse en agua. Agostino le pedía que le contara de su vida, pero Pedro le respondía que su existencia era demasiado breve como para tener algo interesante que relatar, y que era mucho mejor que fuera él, el mismo Agostino, quien le contara la suya. Lo único que Agostino lograba de él eran descripciones sumarias de los valles en donde había nacido y se había criado, y alguna leyenda indígena de las que aún se relataban en esas zonas en donde habían habitado por milenios los diaguitas, antes de que los conquistadores españoles los llevaran como ganado a la pampa, para desnaturalizarlos y quedarse con sus tierras. Pero cuando Agostino trataba de responder a la insistencia de Pedro, y comenzaba a hablar de su propia vida, se daba cuenta de que ésta se colaba de entre sus manos como una materia inconsistente; de que había realizado todo lo que había realizado en forma automática, o como el resultado de la elección de otra persona. Su infancia se le desdibujaba en el pueblo natal, y el traslado a la ciudad, y su noviazgo, su matrimonio y el nacimiento de sus hijos, pasaban ante los ojos de su mente como las escenas de una película que podría haber visto en otra existencia, o que le hubieran contado. Sólo la guerra y la sordidez helada de las oficinas de Puerto Stanley en aquellos días agonizantes de abril y mayo le parecían suyos. El

descubrimiento de Pedro en el hospital, las noches a su cabecera, la triste y esperada rendición, el viaje a Tucumán, éstos eran hechos de su vida, no los anteriores; quién sabe quién los había decidido o vivido por él. Entonces le contaba a Pedro alguna historia inventada, o también él recurría a alguna leyenda escuchada en su pueblo en aquella otra vida, la del otro. Y así ambos, Pedro y Agostino, hablaban de leyendas, cuando hubieran debido hablar de sí mismos. Y como Agostino no tenía demasiada imaginación, y muy pronto su inventiva se agotaba, carente de adjetivos y metáforas, y ambos seguían caminando en un silencio que sin embargo parecía no molestar a Pedro, que miraba sus pies como si debiera darles con los ojos las órdenes de moverse.

Pasaron los meses, terminó el invierno. Tucumán fue recuperando su atmósfera densa y tibia, y revivieron los musgos en los zócalos, los claveles del aire en las ramas ennegrecidas de los árboles, y los naranjos bajos de la calle se llenaron de flores de cera. Pedro empezó a sacarse ropa y Agostino pudo comprobar que había recuperado fuerza y vitalidad, que sus miembros se habían redondeado y que su cuerpo casi expresaba alegría. Tenía menos pesadillas y lloraba menos, y su mejoría hizo aletear algunas veces en el ánimo de Agostino el temor de que Pedro un día ya no lo necesitase. Pero su espíritu poco propenso a proyectarse hacia el futuro no llegaba a materializar en angustia esta idea, y se dedicó a vivir con algo que entonces no sabía identificar, pero que era la materia prima de la felicidad.

Fue en enero, cuando el calor los obligaba a ambos a dormir sin ninguna ropa bajo las hojas abiertas de la enorme mampara de vidrio y metal. Esa noche Agostino no percibió un temblor particular en el cuerpo dormido de Pedro, desnudo y hermoso bajo la luz empalidecida de los vidrios, cubierto del tenue rocío de un sudor de medianoche que desaparecería al clarear, cuando un soplo benéfico refrescara el aire ardiente y la luz emprendiera sus pasos silenciosos desde detrás de las nubes que ocultaban el Oriente.

Agostino se despertó muy temprano, como todas las mañanas, y como todas las mañanas hizo silencio para no despertar a Pedro. Pero al celebrar otro de los ritos que infaltablemente cumplía cada día, y que consistía en quedarse

minutos contemplando de cerca el rostro de Pedro dormido, descubrió con terror que el joven tenía los párpados apenas entrecerrados; los párpados de Pedro que temblaban y dejaban ver una línea blanca de pupila inconsciente, y un hilo de baba transparente descendía de su boca apenas perlada de sudor, más grande en la semipenumbra del alba, más grande y más trágica.

Pedro no se despertó y ya no se despertaría. Los médicos de la sala de urgencias del hospital dijeron a Agostino, después de una espera que se le hizo infernal, que Pedro había sufrido un ataque cerebral, y que estaba en coma. Otra vez junto a la cama de ese joven que parecía siempre predispuesto a sucumbir a la fascinación de la muerte, o de ese mundo enigmático que se extiende entre la vida y la muerte, y que tal vez sea una línea de penumbra como la que traza el sol aterido del crepúsculo antes de dar paso a la noche, Agostino observaba leves temblores bajo los párpados de Pedro, mínimos estertores de la mano apoyada en la sábana. Y ya había preguntado a los doctores de ese hospital de provincia y ya le habían explicado con toda la amabilidad y el apuro posibles que se trataba de reflejos naturales de un organismo en coma, y ya le habían repetido que la situación era irreversible.

En esta tarea de observación atónita, concentrada, estaba Agostino, mirando otra vez la cabeza de Pedro, ahora con el cabello largo y luminoso, con la boca entrecerrada y mucho más dulce que cuando el dolor de las heridas los encadenaba a la mínima cama de campaña allá en las islas. Parecía que hubiera pasado una vida, y tal vez sí, había transcurrido una vida entera desde que regresaron juntos a Tucumán, la única vida que había sido concedida a Agostino como propia, la única que había elegido y que ya se le arrebatava de una manera brutal, como si se hubiera tratado de una fugaz visión de un reino que fue posible pero que seguiría siendo inaccesible desde su exilio, el exilio que siempre, y ahora lo comprendía y lo sentía, había sido su existencia. En esta observación de la cara del enfermo, de las tupidas cejas y de sus mejillas que se habían vuelto rosadas después de la guerra, permanecía Agostino cuando llegó la madre de Pedro.

Era una mujercita diminuta, que agregaba a su pequeñez una suerte de voluntad innata de pasar inadvertida, con una cara blanca y suave como una sábana sin planchar, el pelo oscuro y muy canoso un poco largo, descuidado y sujetado con algunas



trabas invisibles, y en la mano una carterita sin tiempo, de manija corta, que desafiaba a todas las modas y los gustos con su presencia anodina como si dijera, “sí, aún existo aunque nunca fui bella ni nueva”. Se llamaba Eloísa, y Agostino rara vez la había visto, porque Pedro no había querido vivir con ella nuevamente al regresar de la guerra, y tampoco se preocupaba en visitarla, porque Eloísa vivía en el Valle, en un lejano pueblo llamado El Mollar, del cual nunca se movía. Había sido hija única y se había obstinado en permanecer en la vieja casa de sus padres, la misma en la cual había criado a Pedro, cuyo padre nunca se supo quién había sido.

Eloísa no hablaba de esas cosas ni su presencia callada y firme admitía preguntas. Para ella la vida era lo que era, y no existía ninguna razón para poner en discusión los hechos que eran producto de una voluntad superior e indiscutible a la cual no sólo no era lícito cuestionar, sino que ni siquiera se podía pretender entenderla. Sin embargo, no se hubiera podido decir que había criado a su hijo en el desamor. Ella misma le había confeccionado la ropa hasta que el adolescente se había empezado a avergonzar de vestir siempre con prendas de manufactura casera. Y lo había alimentado con comidas naturales preparadas con sus manos, e hierbas curativas recogidas en los montes alrededor de su pequeña propiedad en Tafi del Valle. En esa casa, Eloísa conservaba algunos libros que cuidaba con verdadero amor, y a veces le pedía a Pedro que le leyera pasajes de viejas novelas, o relatos de hojas amarillentas por el tiempo.

Cuando Pedro fue llamado al servicio militar obligatorio, y después convocado para ir a la guerra en las islas, Eloísa lo había llevado ante la imagen de la Virgen de Covadonga que se hallaba en su pueblo, y le había colgado un escapulario. Había hecho una suerte de signo de la cruz en su frente, y con pocas palabras lo había despedido, mirándolo alejarse con su expresión de eterna aceptación de todo lo que sucedía, una aceptación que tal vez era una fuerza capaz de sobrevivir a todas las guerras.

Pedro no se demostraba especialmente afectuoso con su madre, y la visitaba muy esporádicamente. Pero esta especie de desamor no parecía afectar demasiado a Eloísa, quien daba la impresión de ser de esas personas que aceptan todas las catástrofes que se les abaten encima con paciencia y estoicismo; había heredado de su madre india la resignación y una inagotable capacidad de soportación, y la conciencia cristiana de

que soberbio sería oponer la fuerza de la rebelión a la voluntad divina.

Eloísa nunca había reprochado a Pedro sus elecciones ni sus decisiones, ni le había discutido que después de haber sido herido en la guerra se fuera a vivir con un amigo que podría ser su padre, ni que apenas la fuese a visitar. Las decisiones de Pedro habían sido para su madre, quizás, las naturales decisiones de una persona que no le pertenecía, y en eso se hubiera podido decir que había una gran generosidad en esa madre.

Para Agostino, Eloísa era una mujer enferma de depresión, de un tipo de depresión sin estridencias, que la llevaba a mirar la existencia con una tal sumisión y melancolía como si la existencia misma fuera un don ajeno al cual ella había accedido casi por alguna gracia sobrenatural, pero al cual no tenía ningún derecho de cuestionar ni de exigir. Agostino veía en la madre de Pedro a la provinciana férrea en sus tradiciones y aferrada a un mundo de creencias y leyendas que no se sabía de dónde provenían. Eloísa era excesivamente callada, excesivamente sumisa, y ese silencio y esa sumisión le daban una fortaleza que en un cierto modo intimidaba. No discutía a Pedro ni criticaba a Agostino. Se limitaba a mirarlos a ambos. A su hijo como al enviado del cielo cuyas decisiones son absolutamente indiscutibles, aunque no se comprendan, y al mendocino que lo había cuidado en la guerra y ahora vivía con él, como al hombre destinado a llevarse a su hijo de su lado, una suerte de Judas no totalmente culpable, pues todo lo que sucedía ya había sido decidido en algún lugar inalcanzable para la comprensión humana, pero sí extraño, ajeno a Pedro mismo y a la misma Eloísa. Madre e hijo parecían dos seres totalmente diferentes, en su mente y en su aspecto, pero sin embargo íntimamente unidos por lazos invisibles de cuya fortaleza Eloísa no dudaba, y que sin duda serían capaces de perdurar más allá de la intrusión de cualquiera persona extraña a sus vidas.

Por eso cuando se presentó en el hospital y habló con él, Agostino no se sorprendió de la entereza de aquella mujer, y a pesar de que la inapelable aparición de Eloísa lo devolviera al mundo agreste de donde provenía Pedro, tuvo que comprender que se hallaba ante lo que antes o después iba a tener que enfrentar.

-Usted ya se puede ir Agostino. Yo me voy a quedar con mi hijo –le dijo Eloísa sin soltar nunca la carterita atemporal,

como si en ella atesorara el remedio que iba a poner fin a los males del hijo y tal vez a los suyos propios.

-¿Me puedo ir?

-Sí, se puede ir a su casa en Mendoza. Pedro ya no se va a despertar. Me lo dijo el doctor.

Agostino la miró incrédulo. Era la primera vez que la escuchaba hablar con tal determinación, aunque nunca hubiera dudado de esa misma determinación.

-Yo me voy a quedar cuidándolo hasta que se vaya o lo que dios disponga, usted quédese tranquilo –agregó la mujercita.

-Pero Eloísa, ¿cómo lo voy a dejar?

-Yo sé que con usted Pedro ha estado bien y no le ha faltado nada. Pero ahora ya las cosas son diferentes. Mi hijo no se va a despertar, y dios verá si tiene piedad de él y de todos nosotros.

Agostino escuchó estas palabras con el incrédulo terror de quien se ve excluido de su propia condena, pero algo de innegable, una fuerza de determinación que se apoyaba en la más desnuda verdad las apoyaba, y no logró responder nada. Miró a Eloísa sentarse junto a la cama del hijo en coma y tomarle la mano, y a pesar de su razón y de las explicaciones de los doctores, se preguntó una vez más si Pedro se daría cuenta de algo, si sentiría el abandono, si esos movimientos bajo los párpados serían un reproche. Eloísa sacó un rosario de su cartera y se puso a desgranar, con su mano libre, las cuentas de piedra azul, con un temblor en los labios casi tan ínfimo como el que solía estremecer los dedos blancos de Pedro sobre la sábana desmayada. Se quedó aún un rato mirando esa escena que se repetía en los hospitales y que le recordaba a la escena que había protagonizado él mismo allá en el hospital de campaña en las islas, cuando cuidaba a Pedro herido de guerra. Pero ahora él estaba excluido de esta escena, era sólo un espectador.

Entrar a la pequeña bohardilla donde había vivido con Pedro tantos meses le resultó insoportable, más aún que dejar el hospital. La habitación alumbrada por la gran mampara de hierro y vidrio se había vuelto totalmente hostil. Un calor innatural, húmedo y mordaz bajaba con la luz sobre la cama deshecha. Recogió sus poquísimas cosas, como un condenado a quien le han dado un último plazo para limpiar la celda antes de la silla eléctrica, y realiza todos sus movimientos de manera

mecánica, porque están desprovistos de futuro y por lo tanto no tienen sentido. Había terminado algo que no podía definir, y lo sentía como lo único que había vivido.

El viaje a Mendoza no era un regreso. Era el verdadero exilio. En todo caso era el regreso al exilio.

En ningún momento de ese viaje caluroso, incómodo e infeliz, se le ocurrió pensar en aquella promesa hecha a Pedro acerca de su regreso a Mendoza. Ni siquiera la recordó, porque eran más fuertes las sensaciones que el dolor desgarraba una a una como los gajos de su propio corazón en el interior de su cuerpo.

Bajó en la estación Terminal de su ciudad, la encontró tan fea y desesperada como siempre, y decidió ir caminando hacia el caserón. Llevaba sólo un bolso y prefería soportar el peso a volver a subir a un ómnibus con ese calor oprimente. Cuando tocó el timbre en la que fuera su casa clavó la mirada en una mayólica de la Virgen pegada en la pared redonda. Nunca la había mirado bien. La puerta tardó tanto en abrirse que hubiera podido cerrar los ojos y describir de memoria cada detalle de esa imagen solemne de la Virgen sobre un trono con el niño en brazos y los reyes magos en adoración. Carla se dibujó en el hueco dejado por la puerta abierta, y antes de que Agostino pudiera percibir una mueca irónica en sus labios endurecidos, como endurecido estaba su rostro que antes había sido bello, y su cuerpo que seguía siendo esbelto y ahora parecía una estatua de piedra, desde atrás surgió una jovencita alta y muy delgada, de cabello oscuro, largo y lacio, pálida y con una fuerza sobrenatural en los ojos marrones, que sorteando a la madre enhiesta se precipitó hacia Agostino y lo abrazó con tal ímpetu que por un instante el visitante no supo qué hacer, hasta que aflojó los puños y él mismo abrazó el cuerpo de esa niña. Niña o adolescente. Porque Elena había crecido tanto que casi lo alcanzaba, y a los doce años se hubiera dicho que ya tenía los rasgos y las formas de su diseño definitivo. Allá atrás, en el fondo de esa galería larga y mal iluminada, se recortaba de pie la figurita de Osvaldo, diminuto e interrogante, sin saber qué hacer ante la llegada de ese hombre al que su hermana demostraba un inmenso cariño y su madre una inconmensurable indiferencia.

Esa noche Agostino durmió en la habitación con Osvaldo, y cuando por la madrugada oyó los tacos indiferentes de Carla, supo definitivamente que si alguna vez ésa había sido su casa y ésa su familia, ya no era ninguna de las dos cosas, y que el amor que le demostraba Elena y la admiración del pequeño Osvaldo no serían suficientes para reconstruir una convivencia.

Se preguntó entonces si de verdad quería reconstruir algo, si deseaba regresar a la vida de antes de la guerra; se preguntó incluso qué sentía por Carla, por Elena, por su hijo Osvaldo, por Irene, la hija que se había muerto sin haber alcanzado a vivir, y hasta por ese caserón que ahora le parecía, más que antes, totalmente extraño, de una manera rara; no extraño porque ya no lo sintiera su casa, sino extraño como si fuera un paisaje extraterrestre, o más aún, una escenografía expresionista llena de aristas pintadas, tan falsa cuanto horrorosa. Se preguntó también por qué había regresado, y después de descorrer telón tras telón de esa otra escenografía, la que había montado en su mente algún teatrista loco, se dio cuenta de que en realidad no había regresado a su casa, sino que se había alejado de Pedro, de ese Pedro en coma con los ojos entreabiertos y las manos con tubos, en una cama de hospital adonde ya no podía sentir su presencia ni su ausencia. Cuando llegó a este descubrimiento sintió alivio, cerró los ojos y a pesar de que ya la primera luz del alba, nueva e inconsciente, entraba por la ventana, se quedó dormido.

Pasaron algunos días en la indiferencia que demuestra el tiempo cuando no hay nada que apriete el nudo de la vida. Carla no estaba casi nunca en la casa, y cuando estaba, no salía de su habitación. Elena se ocupaba de todas las tareas, y Agostino pasaba muchas horas con su hijo. Le contaba cuentos de la guerra, haciéndolos felices o fantasiosos, agregando a la realidad la cuota de imaginación que la hace interesante y la desprende de la grisura de la materia para convertirla en otra materia, en algo mucho más semejante a lo que se sueña o se desea.

Le contó que en la guerra se había hecho de un amigo que se llamaba Pedro, y que ahora vivía en Tucumán.

-Pedro es tan hermoso que ilumina más que el sol, y cuando se ríe todo el mundo se para a mirarlo. Sabe muchas historias bonitas, y vive en una casa toda de vidrio. Tiene el pelo rubio y lleno de rulos, y los ojos azules, grandes como el cielo.

Ante los ojos un poco atónitos de Osvaldo, Agostino proseguía: -Ahora no puede, pero a lo mejor un día va a venir a visitarnos. Va a tocar el timbre y cuando abramos la puerta va a estar allí. Por ahora no, porque se ha ido a la Luna para atrapar al conejo y traerlo a la Tierra. Cuando vuelva, te lo va a dejar acariciar, y en una de éstas hasta vas a poder montarlo y dar una vuelta a la manzana, ¿te gustaría?.

Como si Osvaldo se lo hubiera preguntado a través del lago marrón de sus ojos redondos, Pedro respondió:

-Pedro va a tardar en venir, porque la Luna está muy muy lejos, y aparte el conejo no se va a dejar cazar así no más.

Osvaldo miró a su padre con la expresión que corresponde a la curiosidad, y Agostino sintió que una mano tibia le apretaba el corazón.

-Yo no me fui a la Luna con él porque tenía que venir a verte a vos para contarte todo. Y además no había lugar en la nave espacial. Es un viaje que hay que hacerlo solo.

Muchas veces Agostino habló de Pedro al pequeño Osvaldo. Inventaba historias sobre el viaje de Pedro a la Luna dándose cuenta de que ese modo infantil de entretener a su hijo era un modo adulto de hablar de Pedro sin tener que explicar por qué aún amaba a ese jovencito que había desaparecido del mundo consciente y que tal vez sí había emprendido un viaje, un viaje a lo desconocido, en el que nadie podía acompañarlo.

El pequeño Osvaldo lo escuchaba con mucha atención y en su mirada absorta, Agostino leía preguntas sobre Pedro, la nave espacial que lo conducía a la Luna, y sobre la Luna misma, un misterioso paisaje en donde habitaba el gigantesco conejo de sus fábulas. En su mente en donde la imaginación se había enseñoreado, porque la razón tardaba en tomar la delantera, amedrentada por una realidad que nunca podía ser tan seductora como las aventuras de Pedro en la superficie de la Luna, tal vez Osvaldo veía a Pedro como el héroe perfecto, hermoso y bueno, valiente y capaz de brindar todo lo que en el caserón de San José nadie era capaz de brindarle.

Su padre se había convertido, en esos días, en el compañero más íntimo de Osvaldo, y el niño demostraba hacia él un afecto que no había demostrado a su madre ni a sus mismas hermanas, que tanto se habían ocupado de acudirlo cuando Carla se había desentendido del pequeño y sus necesidades. El mutismo del niño se vio capturado por la

fantasía que le iba contando Agostino, y en la cual ambos habían logrado satisfacer su necesidad de inventar un mundo para enfrentar el mundo. El padre para soportar la hostilidad de esa casa y ese ambiente en el que no quedaba nada que pudiera amar verdaderamente, y el hijo para aprender a vivir en un mundo del cual no era ni se sentía parte, sino un extraño arrojado allí por equivocación.

En ese compartir historias, Pedro se convirtió en el gallardo y amoroso protagonista de las aventuras más sorprendentes, que lo llevaban al viaje sideral y a la búsqueda del conejo en la superficie de la Luna, la Luna cárcel y madriguera de ese ser de orejas largas y ojos de rubí, fabuloso y enigmático, que como una esfinge familiar planteaba los enigmas de los cuales la familia del caserón de San José no podía liberarse. El conejo encerrado en la Luna quizás era para Osvaldo todo lo que debía ser el mundo, y el hermoso Pedro era en ese mundo llano y blanco, su conquistador y su transeúnte, un hombre que tal vez estaba hecho de su misma materia, una materia diferente a la del resto de los seres humanos, y por eso más humana, más dulce, más posible. Pedro no necesitaría hablar, como él mismo.

Una mañana, Agostino se encontró solo en el caserón. Se había despertado tarde y ya el calor del verano descendía a chorros por la banderola que iluminaba tétricamente el pequeño pasillo de ingreso al baño, al que daban también las puertas de la habitación que había sido de Carla y suya, y que ahora era sólo de Carla, o de Carla y algún otro, y la pieza del medio, ésa adonde dormía Elena.

Entró al baño y la penumbra de esa habitación cuadrada y mal ventilada le dio un bofetón de humedad. Descorrió la ridícula cortina de plástico verde con peces espada y moluscos indescifrables, y contempló la máquina aeroespacial de la ducha. Se trataba de un aparato de forma cilíndrica y de metal esmaltado, redondeado en los extremos, bajo el cual un platillo de metal se llenaba de alcohol de quemar y se encendía, y calentaba el agua a medida que ésta bajaba, de manera que cuando estaba en funcionamiento daba la impresión de que el agua se desprendía directamente del fuego, como debió haber sido en la ceremonia inicial del nacimiento del universo, cuando

las fuerzas primigenias se metamorfosearon en los elementos y se separaron para dar un orden al caos de la materia.

Miró el aparato de la ducha y se dio cuenta de que poner a funcionar todo ese mecanismo excedía sus fuerzas esa mañana, y que hacía el suficiente calor como para usar el agua fría. Nunca sería tan fría como el frío que lo había atenazado durante los meses de la guerra en las islas. Se sacó el calzoncillo celeste, la camiseta blanca y al pasar frente al escueto espejo que colgaba sobre el lavabo se dio cuenta de que era un adulto. Quitó inmediatamente la mirada de su reflejo porque no lo amó, y con un paso elástico se introdujo en la gastadísima bañera bajo la ducha incólume que latigaba la loza consumida con un sonido sordo, como aceitado. Se puso bajo la escuálida lluvia helada y cerró los ojos. Sintió como si fuera la primera vez que cerraba los ojos en años, y ese acto tan sencillo y sin espectadores le proporcionó una sensación de serenidad nueva, una calma inusitada que agradeció a la vida, o a lo que podría haber llamado vida si alguna vez la hubiera poseído por completo. Sin abrir los ojos tanteó la pared vidriada en busca de la jabonera, y asió con firmeza la pastilla de jabón, sin saber su color. Empezó a enjabonarse el pecho, luego los brazos, y después las piernas. Como era su costumbre, se quedó parado en un solo pie para pasar el jabón en el otro, y este gesto un poco de equilibrista, mecánico de tan repetido, lo dejó un instante en la posición de un dios maduro a punto de realizar alguna acción inscripta en los mitos antiguos de la humanidad, pero fue sólo un instante, porque la gastada loza de la bañera donde su único pie se apoyaba, y el agua corriendo y alguna sustancia viscosa y blanca que se aglomeraba bajo su planta se conjugaron finalmente y rompieron el apolíneo equilibrio que lo sostenía, y Agostino y su cuerpo cayeron pesadamente, sin coordinación, manoteando el aire y la pared vidriada con manos que en lugar de asir la materia la enjabonaban y al caer su nuca se clavó en la noble canilla de bronce, arma mitológica de mitológico metal que abrió un surtidor de sangre y enriqueció de manera bíblica el caudal de la ducha aeroespacial que desde la altura contemplaba la escena con metálica indiferencia.

Cuando Carla regresó al caserón, caminó por la amplia galería cerrada, escuchó el sonido de la ducha abierta al dirigirse a su habitación, e hizo una mueca que podría haber sido juzgada como de disgusto pero que desde otra angulación podría haber



sido vista como de un cinismo helado. No estaba sola, un hombre la acompañaba. Dejó la cartera sobre su cama matrimonial y se volvió al baño. La puerta con vidrios estaba entreabierta, entró despacio y frente a ella la cortina de los peces espada la recibió como el telón de una tragicomedia cuyo final se sabía de memoria. Avanzó sin mirar su imagen en el rectángulo del espejo y con una mano suave descorrió la cortina. Agostino yacía exangüe y lavado como una estatua lamida por numerosas mareas. La sangre se había escurrido de tal manera que quizás ya no manaba de la herida en la nuca, invisible como la trizadura de una escultura expuesta al público en su postura más adecuada. Carla observó que tenía los ojos no totalmente cerrados, sino entrecerrados, dejando los párpados que una línea del globo ocular se asomase en vano al mundo que dejaba esa mirada para abandonarse a la mirada de los otros.

Con la misma hierática indiferencia con que lo había recibido cuando había regresado de la guerra, o de Tucumán, que también, a su manera, había sido parte de la guerra, al menos para ella, Carla, sin dejar de contemplar el cuerpo de Agostino despatarrado en el fondo de la bañera, dijo:

-Me había olvidado que se me cayó toda la crema de manos en la bañera. Se habrá resbalado.

El hombre que la acompañaba miraba desde detrás de ella y parecía contagiado por su misma indiferencia, más concentrado en descifrar o comprender la distracción de Carla que en la tragedia de la que ella misma podría haber sido la causante.

Cuando regresó Elena con el pequeño Osvaldo, que ese día habían sido enviados por su madre al club, incluso con la resistencia de la jovencita, que no entendía que en verano debía ir a la pileta aunque quisiera estar con su padre al que veía por primera vez después de casi un año de ausencia, la hija de Agostino fue la única que lloró en el baño, en el pasillo, en la galería, en la cocina y después en su habitación, sola.

El comisario distrital a quien le tocó comprobar el accidente era un hombre rubio y desgastado a fuerza de ver catástrofes. Pariente de la misma familia polaca que años atrás había perdido a Tadeo en un estúpido accidente de bicicleta, el comisario contempló el cuerpo exangüe de Agostino, la rígida impasibilidad de Carla, y pensó que ya bastantes golpes había sufrido esa mujer que perdiera a su novio de juventud atropellado por una bicicleta, y ahora a su marido resbalado en

la bañera, como para seguir hurgando en ese caso tan evidente de desgracia doméstica. Dio por cerrado el caso con un breve expediente y abrió el camino para que Carla pudiese disponer del cuerpo de su marido, sin saber que a Carla poco y nada le importaba el cuerpo de su marido, ni mucho menos su alma que tal vez había volado con los ojos entrecerrados al lado del alma de aquel muchacho tucumano que seguía en coma irreversible en un hospital del tórrido centro norte del país y que estaba más muerto que vivo.

Quizás lo que más le llamó la atención al comisario no fue el cuerpo de Agostino en una posición inusitada, que ya de posiciones inusitadas en los “occisos” estaba más que harto, sino la furia con que lloraba la hija del muerto, una jovencita tan flaca que parecía una escobita vestida, con el pelo castaño como la madre, pero largo y apenas ondulado, y los grandes ojos marrones rojos rojos de llanto y rabia. Elena no se agarraba a la madre como era lo habitual según tenía comprobado en estos casos el comisario de origen polaco, sino que lloraba sola, enhiesta como un mástil, con las manos cerradas contra la cara angulosa y casi sin hacer ruido, en ese caserón penumbroso que de ruidos parecía no haber sabido nunca.

Una vez terminados los trámites de rigor, el cuerpo de Agostino fue llevado lo más velozmente posible al cementerio de la Capital, que en realidad no se hallaba en la capital y para nada cerca del caserón de los Ferrante, en el barrio de San José, y fue puesto en un nicho anodino en el tercer piso de un pabellón más visitado y decorado por las palomas que por los deudos. Ante la lápida escueta lloraron Elena, que tenía de la mano al incrédulo Osvaldo, y Celestina, que tuvo la última ocasión de ponerse el mismo traje negro que había usado para cuestionarle a su hijo su decisión de partir hacia la guerra, y de paso confirmó y reafirmó la absurda idea de que Carla era la causa y origen de todos los males de su vida, hasta de la muerte de su mismo esposo Eugenio allá lejos y hacía tiempo, aunque su nuera por entonces no hubiera nacido. Olvidándose quizás de la vieja maldición lanzada por su cuñado decenios atrás, se preparó, de ese modo sufriente y gracias a este último golpe, a enfermarse y dejar este mundo recitando el mismo papel secundario que había sido el único libreto de su actuación en la vida.

A Loreto la noticia de la muerte de Agostino no la sorprendió ni le pareció demasiado extraña, tal vez porque para su mente práctica y un poco extravagante, su cuñado había sido el culpable de la muerte del anterior novio de Carla, aquel muchacho rubio llamado Tadeo. Loreto pensó aquella muerte injusta, si hay alguna muerte injusta, de un modo u otro, antes o después, iba a volver para cobrar la cuenta.

## Más allá del umbral

### *Primera puerta: Elena y el hotel abandonado*

Miramar, había dicho Elena. O más exactamente, había escrito; aunque en el otro mundo, Osvaldo nunca había leído sus cartas. Un pueblo llamado Miramar, en la provincia de Córdoba, al centro del país. Lo esperaba en ese pueblo. Ella estaría en el hotel Viena, habitación 61.

El pueblo le pareció agradable, como agradables nos pueden parecer todos los pueblos, si sabemos que nunca viviremos en ese lugar.

Antes de bajar del ómnibus que lo había llevado hasta allí desde la capital de la provincia, pensó en dónde estaría el mar hacia el cual miraba el pueblo, según anunciaba su propio nombre, o era verdaderamente la laguna tan grande que les había parecido un mar. Bajó del ómnibus con este pensamiento y caminó dos cuadras de veredas con jardines y casas como maquetas de la felicidad, hasta un hotel nuevo, de dos pisos, impersonal, pero que le pareció limpio.

Tomó una habitación y después de ducharse y permanecer un rato tirado en la cama, contemplando el vacío de su cuarto, igual al vacío de todos los cuartos de hotel de cualquier parte del mundo, decidió vestirse y averiguar la dirección del hotel Viena. El pueblo, por lo que había logrado ver en su entrada en el ómnibus, prometía ser minúsculo, por lo tanto el hotel de Elena no se hallaría más que pocas cuadras en alguna dirección a partir de donde él se encontrase. Quizás se estaba frente a ese sucedáneo de mar que los lugareños habían canonizado como un fragmento de la gran marea que ocupa la mayor parte del mundo.

Cuando interrogó al recepcionista sobre la dirección del hotel Viena, el hombre, una suerte de ropero rubicundo coronado por un frontispicio de ondas pelirrojas, le contestó con el mayor profesionalismo:

-Puede ir en taxi o a pie. Caminando será una media hora de aquí. Está afuera del pueblo.

Agradeció brevemente al hombre ropero y decidió en ese momento dar un paseo. La cita con Elena podía esperar hasta el día siguiente por la noche, o hasta cualquier noche. Elena estaría allí, esperándolo. Después vería si iba a pie o en taxi a su hotel.

El pueblo le dio la impresión de ser nuevo, y no se habría preguntado demasiado al respecto si no hubiese pasado por la puerta de un museo, y hubiese entrado espontáneamente.

Se trataba de un museo fotográfico, pero apenas traspuso el umbral, una joven lo tomó del brazo y con una sonrisa inapelable lo condujo hacia una puerta doble celada por un cortinado negro, al tiempo que le decía:

-Venga, la documental acaba de empezar.

Se trataba de una película hecha de fragmentos de fotos y filmaciones, en la que se contaba, con ayuda de otra joven que ilustraba con sus comentarios, de pie junto a la pantalla, en imágenes, la historia de Miramar. Gracias a esa película, Osvaldo se enteró de que el pueblo había sido arrasado varias veces por las crecidas de la laguna, y que el último pueblo antes de la construcción del actual, había quedado bajo el agua. Al menos casi bajo el agua, porque cansados de ver los techos y los esqueletos de los árboles asomarse sobre las engañosas ondas de la superficie, los lugareños habían decidido dinamitar esas ruinas ahora acuáticas, y empezar de nuevo. Era sorprendente que una laguna que ocupaba la superficie de un pequeño país europeo, pero cuya profundidad no hubiera servido para ocultar un submarino, pudiera devorar tan inopinada y certeramente un pueblo entero. Recordó que la tía Loreto solía decir “l’acqua cheta rompe i ponti”. Ahora esta laguna le parecía un agua quieta.

Mientras cavilaba, indudablemente fascinado por las imágenes de las sucesivas catástrofes, y se preguntaba por qué los hombres insistían en reconstruir siempre lo que siempre la naturaleza insistía en destruir, Osvaldo se encontró ante la filmación de una construcción enorme, poderosa, medio hundida en las aguas que al atacarla sin reposo, afirmaban su arquitectura de barco racionalista: era el hotel Viena. “Dice la leyenda que Hitler mismo visitó el hotel. Este dato no es seguro, si bien se afirma que los jefes nazis se encontraron en sus salones en secreto con Juan Domingo Perón”, dijo la joven, y agregó con aire que pretendía ser disimuladamente misterioso: “lo cierto es que está embrujado”.

Cuando salió de la sala de proyecciones, buscó inmediatamente en el pequeño museo las fotos del hotel Viena. En las paredes había varios cuadros en los que se veían las distintas etapas del hotel, pero la mayor parte de ellos lo mostraban como era en la actualidad: una majestuosa ruina que

seguía mirando descaradamente a la laguna por la cual quizás hubiera llegado Hitler a sus salones, y quizás también quien sería tres veces presidente argentino, y quién sabe cuántas otras personas destinadas a pasar o no a la historia de aquel período tan cercano y sin embargo tan lejano.

Pero eso habría sido en los años cuarenta. Habían pasado más de sesenta años de abandono, de olvido. Y en esas habitaciones llenas de sombra lo había citado su hermana Elena.

No le iba a resultar fácil dormir después de haber hecho semejante descubrimiento. Buscó un bar adonde sentarse a beber una cerveza y a pensar. Pero una vez que estuvo allí, y que la cerveza le sirvió de prisma dorado a través del cual contemplar las calles de ese pueblito lacustre, no supo qué pensar.

Tomó toda la botella con la mente inanimada, mirando morir la diminuta vida de ese pueblito en que no se escuchaba el rumor de ningún oleaje, y a los pies del cual sin embargo se extendía la mancha oscura e incontable de la laguna.

Durmió un sueño denso y sin interrupciones, y en algún momento de esa noche soñaba con la inmensa superficie de la laguna, un espejo de metal negro bajo el cual rayos fugaces trazaban instantáneos laberintos que desaparecían acentuando aún más la oscuridad con su ausencia. Osvaldo estaba encerrado en el ascensor del departamento de Via Magenta, y cada vez que uno de esos rayos acuáticos iluminaba el vientre de la laguna, sentía como si esa caja de metal enrejado se precipitara libre de sus cadenas de hierro, vertiginosa y horrible, hacia algún abismo invisible. Por momentos estaba junto a él la tía Loreto, por momentos una mujer que no conocía pero él sabía que era su madre, por momentos Elena, o quien él sabía que era Elena, y a veces Pietro, con su aire distraído y sus ojos azules y brillantes.

Cuando despertó era mediodía.

Sentía un cansancio tan grande que le pareció una hazaña ducharse y bajar a la recepción. Caminó directamente al centro del pueblo y se derrumbó en la silla de un pequeño bar. Pidió un café doble y cuando contemplaba con mirada hipnotizada la superficie negra de la taza, un niño se le acercó y le ofreció el periódico. Maquinalmente se lo compró mientras miraba la cara del pequeño vendedor, de ojos negros y pelo castaño, y se dio

cuenta de que tal vez no era tan niño, pero tampoco hubiera podido decir cuántos años tenía. Era blanco y melancólico, aunque al saludarlo lo miró directamente a los ojos y le sonrió como si lo conociera, antes de girarse y desaparecer por la veredita iluminada por un sol a plomo.

El diario era de la capital cordobesa. Lo hojeó desinteresadamente mientras sentía que cada sorbo de café le restituía algo de la solidez que esa noche de pesadillas le había arrebatado. No le interesaban las noticias de un país en el cual no vivía desde hacía más de veinte años, y del cual en el fondo sabía más anécdotas que historia. Sin embargo, le llamó la atención un artículo que se titulaba “Los voluntarios olvidados de la guerra de las Malvinas”. El artículo empezaba diciendo: “Cuando se han acallado hace tiempo las salvas que honraron a los combatientes caídos en la Guerra de las Malvinas, el silencio que da vuelta las páginas de la historia se expande como un reproche por el injusto olvido en el que cayeron aquellos argentinos que acudieron a ayudar a las fuerzas patriotas sin haber sido convocados, y que en muchos casos también dejaron la vida por la recuperación de la soberanía sobre las islas”. Sintió un mareo que lo obligó a cerrar los ojos un instante, una sensación de vacío, como si durante una caminata hubiera abierto una puerta cerrada ante él y detrás de esa puerta hubiese encontrado una luz enceguecedora que lo obligase a llevarse las manos a los ojos para protegerlos de su resplandor. Al abrir los ojos miró hacia delante y vio que el muchachito de los periódicos estaba en la vereda de enfrente, con los diarios bajo el brazo. Estaba allí parado y lo miraba. Lo miraba y sonreía.

Apuró el resto del café y salió del pequeño bar también él con el diario bajo el brazo. Volvió a recorrer algunas callecitas del pueblo, pasó nuevamente por el museo en donde había visto la filmación, y se dirigió a la costa. Se sentó en un carcomido zócalo de cemento, resto quizás de una construcción perteneciente al viejo pueblo y ahora parte de la arqueología lacustre, y se dedicó a mirar el agua. La laguna se extendía hasta el horizonte casi sin ondulaciones, lisa y sin embargo imperfecta, como si algo en ella no estuviera terminado, como si hubiera sido puesta en la realidad antes de haber completado su diseño, y ahora ondulase suavemente en un limbo casi onírico, inacabado, como una puerta de comunicación entre este mundo y algún otro, un mundo igual pero totalmente diferente.

Cuando regresó a su pequeño hotel, una calma muda había descendido sobre todo el pueblo, la cigarras enloquecían el silencio con un chirrido oxidado y sin sentido, y su habitación en penumbras lo invitó a dormir. Esta vez, aunque también cayó en un letargo hondo como honda no era la laguna que custodiaba el pueblo, no tuvo sueños.



## **El origen de la tragedia**

### *El hospital romano y la enfermera de los recuerdos*

Loreto permanecía sentada a la cabecera de la cama de Osvaldo, cuando una enfermera gorda, apretada en un delantal más blanco que un catecismo y con una cofia que parecía haber sido almidonada para siempre, entró en la habitación y la miró sin soltar el picaporte de la puerta.

-Señora, déjelo un poco y vaya a descansar. Igualmente no va a pasar nada si usted no está todo el tiempo aquí.

Loreto se quedó un instante enmudecida ante la grosería de la mujer, cuyo cabello negro como ala de cuervo asomaba en ondas severas desde debajo de la cofia, y los ojitos sombreados de celeste no admitían réplica.

-No estoy cansada. Además voy a esperar al doctor.

La enfermera soltó el picaporte con rabia y dio un paso en dirección a Loreto.

-El doctor no le va a decir nada que no le pueda decir yo. Así que si quiere pregúnteme nomás- dijo.

-La diferencia entre el doctor y usted es que él me va a decir las cosas sin necesidad de que yo le pregunte nada –Loreto no se amilanó ante la prepotencia de la enfermera y mantuvo su postura junto a la cama.

Con una lucha sin cuartel Loreto había logrado que pusieran a su sobrino en esa habitación individual, en un hospital que era público y al cual acudía la mayor parte de los enfermos de Roma. Había dos camas, pero la de al lado estaba vacía. Una ventana cuadrada daba sobre un patio, más allá del cual había un jardín verde con juegos infantiles, y más allá aún las calles y los anodinos edificios de la periferia de la ciudad.

-Como usted quiera –replicó la enfermera de los ojos sombreados de azul, y aceptando la derrota, sin bajar la cabeza coronada por la cofia impasible, dio media vuelta y salió de la habitación. Cerró la puerta con firmeza.

Entonces Loreto pudo proseguir en su tarea de reconstrucción de los hechos que la habían llevado allí, junto a con la reconstrucción de otra historia que requería mucha más atención y memoria, y que se refería a su vida entera.

Osvaldo estaba internado desde hacía una semana, después e que un ataque cerebral lo sorprendiera una mañana

cualquiera, mientras bajaba en el ascensor del departamento de Via Magenta, escapado del departamento para ir a buscar al cadete del almacén de abajo. Lo había encontrado la señora Romana, su vecina de enfrente y durante años su única amistad en ese edificio, si amistad puede llamarse a la vecindad acompañada de eventuales conversaciones sobre el estado del tiempo, la política y la vida cotidiana en general. Lo había encontrado tirado en el suelo del ascensor cuando había abierto la puerta en la planta baja, de regreso del mismo almacén al que se dirigía Osvaldo. Estaba caído como una madeja de lana que se desbarata sobre sí misma, con los ojos cerrados y la respiración irregular, sin otro síntoma externo que la apariencia de un sueño profundo.

Los médicos dijeron que era un ataque cerebral muy severo, y que según los electroencefalogramas, Osvaldo no se iba a despertar más. No sabían decir cuánto podía permanecer en estado de coma.

Loreto suspiró para sí misma, como para sí misma estaba acostumbrada a realizar cada gesto de su vida.

Había criado a ese chico hijo de su hermana como si fuera propio, se había acostumbrado a su presencia como había debido acostumbrarse a cada cosa en la vida, a todas las cosas que eran de ese mundo que le fue ajeno desde que nació, pero en el cual había aprendido a manejarse con destreza y silencio.

El hijo de Carla era tan callado que daba gusto, y le daba más gusto a ella que en la vida no gastaba más palabras que las precisas e indispensables para no volverse inexistente. Así Osvaldo respiraba ayudado por los aparatos en la cama del hospital y Loreto pensaba que era huérfano y que no lo era; en realidad no sabía bien lo que ese sobrino que nunca llamó sobrino podía ser, más de lo que era, un joven que había sido un pequeñito blanco pálido y tan callado, que podía pasarse horas escudriñando entre las rejas de la terraza del departamento de Via Magenta quién sabe qué cosa. Ese niño se había criado mirando las ventanas del edificio de enfrente, que era un hotel de tercera o cuarta categoría o algo así en esa calle de flancos de la estación Terminal de trenes, barrio poblado por colombianos, peruanos, indios y africanos, además de romanos viejos que bastante bien se mimetizaban en un ambiente que tenía más de ciudad fronteriza del Cercano Oriente que de capital del último imperio de la Antigüedad.

Con Osvaldo, Loreto había tenido una razón para construir una vida cotidiana que la aferrase a la existencia, más allá de su propio mundo de lecturas, música, películas y soledad. Pero la soledad para Loreto no había sido un castigo ni tampoco una elección, sino el resultado natural de su índole, de su carácter introvertido y de su alejamiento del mundo, no como opción, sino por naturaleza. Jamás se había planteado qué era la felicidad, y si la poseía o la deseaba. Sabía, eso sí, que muchos años atrás había sido feliz educando a Tadeo en la literatura, haciendo madurar a ese vecinito rubio y angelical entre los cuentos y las novelas que elegía de su propia biblioteca para él, para que creciera con el mismo amor por la literatura que ella tenía y que en su casa era una rareza no compartida ni siquiera por su hermana menor, Carla.

Durante toda su vida, Loreto había invertido su pequeño patrimonio en libros y también en discos. Pero era la literatura su verdadera pasión. Su vínculo con el universo de la ficción era más fuerte que cualquier cosa que proviniese de la vida cotidiana, del mundo que la circundaba, y que ante las páginas de los libros se le aparecía soso y sin sentido.

Por eso cuando el pequeño Tadeo, hijo único de la familia extranjera que vivía junto a su casa, se había acercado a ella una tarde de abril, ella sentada en el umbral de su puerta con un libro en las manos, y le había preguntado qué estaba leyendo, se había dado cuenta de que probablemente tenía ante sí un compañero de lecturas. Alguien a quien hacerle comprender que el mundo de la literatura era infinitamente más interesante y bello que ese barrio de veredas polvorientas e irregulares y banquetas barrosas junto a las cuales corrían las acequias para alimentar a los grandes árboles custodios de las calles. No, ese mundo de afuera no tenía belleza, y no prometía tenerla jamás. Pero en cambio ese otro, el que se desplegaba en las páginas en donde todo es posible, ése sí, porque allí existían las promesas, y una mañana cualquiera todo podía cambiar y ser otra cosa.

Eran sobradas razones para que Loreto amase la ciencia ficción, y especialmente la generación de escritores norteamericanos coetáneos de Ray Bradbury. El planeta Marte cuna de una refinada civilización que había dejado ciudades de cristal, le parecía mucho más apasionante y seductor que esa calle desteñida y polvorienta, a pocas cuadras de la plaza de su barrio, con la iglesia neogótica, o pretendidamente neogótica

enfrente, y sus feligreses chismosos y provincianos. Otra sería su suerte si hubiera podido viajar a Marte. Pero en un cierto sentido lo podía hacer cada día, porque cada día desde las páginas de los libros emprendía viajes a los que nadie podía acompañarla, y en los que conocía lo más parecido a la felicidad que nunca hubiera probado en su vida.

Loreto viajaba por el espacio sideral, y su hermana Carla la miraba extrañada, pero sin criticarla, mientras embellecía perezosamente al acercarse a la adolescencia.

Carla era inestable, de carácter cambiante, y tal vez fuera esa penumbrosidad de su ánimo lo que le daba aún más encanto a su juventud, volviendo lozana su piel clara, rosada, y llenando de extraña y misteriosa vida sus grandes ojos castaños.

Mientras tanto, el pequeño Tadeo, de la misma edad de Carla, se volvía un ángel del paraíso, tan callado como los ángeles, y tan hermoso y ambiguo. La madre de Carla y Loreto, la señora Ilde Lombardi, no veía con muy buenos ojos esta afición a la lectura de su hija mayor, que aparte de no ser hermosa, corría el riesgo de volverse demasiado erudita como para encontrar marido dentro de su clase social, una clase de trabajadores sin más estudio que el indispensable para sobrevivir en la periferia de una ciudad de provincia. Mientras que para el padre anarquista la lectura siempre era beneficiosa, aunque él personalmente nunca había pasado de alguna mala traducción de Sébastien Faure, de algunos fragmentos de escritos de Bakunin y Malatesta y de los panfletos incendiarios de Severino Di Giovanni, para la madre católica la lectura de novelas y cuentos era una distracción y una inexplicable pérdida de dinero. Cada vez que Loreto le pedía dinero al padre, éste le repetía la pregunta inevitable cuya respuesta se sabía de memoria: ¿es para un libro? Su madre, que debía ejercer su catolicismo a escondidas del marido, quien había prohibido todo símbolo religioso en la casa, sufría en silencio que su punto de vista no fuera compartido, y que el padre fomentara en Loreto esa afición tan lejana al ideal de chica que ella tenía en mente. A menudo la señora Lombardi solía acercarse a Loreto, que estaba enfrascada en algún libro, y acariciándole el largo cabello negro le decía: *“pero si es el mismo pelo de María Félix”*. Loreto levantaba un instante los ojos de la lectura solamente para que su madre se cerciorase de que además del cabello negro no había en sus rasgos nada que recordase a la actriz mexicana, tan de moda por esos tiempos.

Pero a Loreto no le interesaban las preocupaciones cinematográficas o casamenteras de su madre. Mientras tuviera a su alcance los libros, el mundo afuera podría ser lo que quisiera.

## Más allá del umbral

### *Primera puerta: El restaurante de los Cuatro Pejerreyes*

Esa noche decidió que tenía hambre, y se dirigió a un restaurante que había visto frente a la plaza. Se llamaba “Los cuatro pejerreyes”. Se sentó a una mesita frente a una de las ventanas que daban a la calle, y pidió el plato típico, que no era otro que pejerreyes a la parrilla.

Comió con un apetito que no sabía que tenía, hasta que había visto en su plato los cuatro peces, dorados por el fuego sagrado de la parrilla. Bebió él solo casi una botella entera de Chardonnay, y tal vez la influencia de ese vino brillante y sabroso lo ayudó a convertir los cuatro pejerreyes en cuatro espinzos limpios y devorados en el plato blanco.

Con un estado de ánimo que no podía definir, pero que sin duda era placentero, caminando por las calles de ese pueblo como quien cumple una orden muda que no sabe de dónde proviene, se encaminó al hotel Viena.

Elena le había dicho que lo esperaba en la habitación 61. Qué sentido tiene el número de habitación en un hotel abandonado, pensó. Pero si lo pensaba demasiado todo aquello era tan absurdo como imposible, y sin embargo, en esa dimensión, era inevitable.

Desde el camino de tierra rodeado de charcos y fragmentos de laguna, divisó la mole imponente del hotel, inusitada en el estatismo de la noche que una Luna muda mojaba con una leche fría y antinatural, como si fuese un astro llegado del espacio más remoto y se hubiera estacionado sobre la Tierra, iluminándola por primera vez con una fantasmagoría desconocida hasta ahora, misteriosa y amenazante.

No había un alma por los alrededores. Osvaldo caminaba escuchando el rumor de sus propios pasos sobre las piedras del camino, y de vez en cuando los sapos coreaban su presencia, escondidos en las matas o invisibles por la luz sobrenatural que llovía del cielo.

Una gran curva lo dirigió directamente hacia el hotel, ahora semiescondido por algunos árboles negros recortados contra la otra negrura, la del vacío habitado por la Luna.

Tras una segunda curva, apareció en toda su magnitud ese edificio gigantesco, estilo barco, más desnudo que la noche, abandonado como un alma sin salvación y sin embargo encallado a la orilla de la laguna como si una tempestad mágica lo hubiese arrojado allí después de una travesía por los océanos del mundo. Las aguas negras lamían lo que había sido su fachada y penetraban en el gran salón medio derrumbado y hundido, que abría al horizonte de agua sus portales. Centenares de ventanas idénticas mostraban sus pupilas negras y sin párpados a la noche.

Oswaldo entró por una puerta lateral que se abría sobre la calle en que se había transformado el camino que lo llevara hasta allí, y se encontró en un salón de piso de granito y altos techos lisos en los que cada tanto se alineaban lámparas de bronce y opalina de forma simétrica, rígida y elegante. Con la luz inerte de la Luna que penetraba por todos los resquicios posibles, atravesó el salón despojado y sin embargo extrañamente limpio, y salió a un gran patio exterior. Los ciclópeos pabellones del edificio en herradura circundaban por tres lados lo que había sido un jardín y en el que aún algunas palmeras desafiaban al cielo con sus penachos de locura, y la laguna negra como la noche misma restallaba con sus pequeñas ondas sobre la cuarta pared, la pared invisible de un teatro preparado para espectadores venidos del más allá.

Caminó por entre las malezas, observado por filas de ojos de buey alineadas con preciso racionalismo en las paredes lisas del hotel, y por incontables ventanas rectangulares, idénticas, deshabitadas. Excepto una, en la cual un resplandor titilante movía sombras extraordinarias y daba un aire más espectral aún a una de las fachadas inmensas. Sin saberlo, supo que allí estaría Elena.

Buscó la entrada a ese pabellón y descubrió no sin desazón que debía atravesar un entero edificio lateral para llegar al pasillo al cual daría el cuarto en cuya ventana se veía la luz. Toda su seguridad empezó a desmoronarse cuando se encontró dentro del edificio. El engañoso nimbo de la Luna no parecía tener poder en esos pasillos abandonados, llenos de polvo y detritus de años de silencio y alimañas. Subió por la escalera de granito cuya baranda no se animó a tocar, guiado por el resplandor que llegaba desde una alta ventana de ladrillos de vidrio. El primer piso aún conservaba algo de limpieza, o mejor sería decir, aún era transitable y se llegaba a distinguir el

pavimento de granito y las banderolas de las numerosas habitaciones, alineadas como enigmas a lo largo de los corredores sin otro adorno que las lámparas de bronce que colgaban del cielorraso a espacios regulares.

Pero el segundo piso demostraba la degradación y la miseria del abandono total. Las palomas habían hecho sus nidos en las banderolas sobre las puertas, y los pisos estaban totalmente cubiertos de excrementos, plumas, pajas, vidrios rotos y escombros de toda clase. La luz de la Luna no lograba penetrar más que de manera escuálida las rotas ventanas, acentuando la oscuridad en vez de disiparla. Osvaldo sintió el ramalazo del miedo apoyándose sobre sus hombros como la mano de un fantasma, y sus pasos se volvieron más inseguros y rápidos, pero cada metro era más difícil de superar debido a los escombros y la basura diseminados por todas partes.

Se dirigía al pabellón lateral, en donde había visto la ventana iluminada. O al menos eso creía, ya que empezaba a perder la orientación quizás por la falta de luz, o por el temor de que en cualquier instante una mano gélida le tocara la espalda, tras de la cual se acumulaban las sombras y el silencio como una presencia múltiple, atiborrada de amenazas y peligros.

No sabía cuánto tiempo hacía que recorría esos pasillos, y le pareció que había doblado varias veces, pero la penumbra idéntica y la arquitectura engañosa en su malvada simetría habían logrado confundirlo, desorientándolo y sumiéndolo en un estado de excitación nerviosa muy parecido al pánico. Sus pasos fueron lentificándose, empastados por la basura que pisaban, y porque cada vez más tomaba conciencia de que estaba perdido, de que no sabía qué rumbo había tomado, ni siquiera de qué dirección venía, cuando un ruido grotesco interrumpió la soledad abandonada del corredor en el cual caminaba, lo paralizó de terror, e interpuso una sombra monstruosa entre él y el resto de la sombra, ésa que proseguía delante, la sombra de un laberinto siniestro en el que la mayor amenaza era la locura.

La paloma huyó por la línea nocturna del corredor y dejó tras de sí un revuelo de polvo y rumores indefinidos. Osvaldo cerró los ojos un instante para soportar el miedo que lo había paralizado y para respirar. Cuando los abrió, vio a su izquierda un titilante resplandor que salía de una de las puertas. Era el



mismo resplandor que había divisado desde el patio interior del hotel. Era la habitación en donde lo esperaba Elena.

Se acercó sin evitar el ruido seco que sus pisadas producían sobre los escombros del pasillo, y se detuvo en el vano de la puerta. La luz de la Luna penetraba por la ventana rectangular de hoja a guillotina, luchando con la movediza llama de una vela que estaba apoyada en la mesa de luz, y con la cual entablaba un duelo desigual, el duelo eterno entre el hielo y el fuego. La habitación estaba tan abandonada como el resto del hotel, y como el resto del hotel conservaba algunos muebles despojados por el tiempo de toda traza humana. Había un placard de madera empotrado en una de las paredes, y junto a él una puerta que debía dar a un baño, ya que de ella surgía un rumor moribundo de agua vertiéndose o bullendo, como un llanto sumiso, o como el quejido sumergido de un animal enjaulado. En una de las puertas del placard, una superficie plateada que debía haber sido un espejo deformaba la luz temblorosa y la fragmentaba monstruosamente, prolongando el espacio en una proyección infernal, surrealista y dantesca. Había una mesa de luz también de madera, sobre la cual estaba apoyada, desnuda, la vela; y una cama de hierro con un colchón que a la luz combatida del pabilo y la Luna se distinguía sucio, desvestido y mancillado como una mendiga largo tiempo abandonada en una mazmorra subterránea. Sobre la cama, sentada en el colchón y de espaldas a la puerta, con el rostro invisible mirando hacia la ventana, había una mujer.

Era Elena. Osvaldo lo supo inmediatamente. Quién más podía superar el terror de ese lugar infectado por la suciedad del olvido, más que su hermana, la enajenada que le había dado cita allí, allí en un hotel abandonado en un pueblo de una provincia de la lejana Argentina. Elena, la hija rebelde y la hermana dejada atrás por el exilio y sumida en la vaguedad de lo ya desconocido, como desconocida se vuelve toda persona a la que no se ve desde hace años y años.

Su espalda se desdibujaba recta y delgada, atravesada por el cabello largo, de un color que se mimetizaba con el opaco resplandor de toda esa habitación, ya gris, ya ocre, apagado y sin vida.

Sin darse vuelta, sin dejar de mirar la ventana abierta y sin embargo empañada por el tiempo, Elena dijo:

-Cuánto tardaste en venir.

Oswaldo permaneció en silencio. Sentía que no podía hablar, o que no tenía voz. Permanecía parado detrás de ella, la hermana a la que no había visto desde hacía veinticinco años, y que, en un cierto modo, seguía sin ver.

-Este es un lugar sin tiempo. O mejor dicho, es un lugar en donde el tiempo es otra cosa. Y nosotros, vos y yo, estamos en un tiempo que es otra cosa. No otra cosa que el tiempo, sino *otra cosa*. Dijo Elena sin darse vuelta hacia Oswaldo, y Oswaldo seguía de pie a sus espaldas, superado el temor que minutos antes lo había casi paralizado al transitar por esos pasillos abandonados y sucios, en donde cada sombra –y todo era sombras- se movía amenazadora y expectante.

-Podría permanecer aquí siempre, si hubiera un siempre. De hecho estoy aquí, y este ahora es el siempre que necesito para hablar con vos. No podías irte sin hablar conmigo, Oswaldo. Vení, sentate a mi lado.

Oswaldo rodeó la cama de hierro ya oxidado, del estilo de las camas de hospital de la Segunda Guerra Mundial, y se sentó junto a su hermana. Trató de no dirigir la mirada hacia el espejo, incapaz de soportar cualquier otra deformación de ese espacio ya de por sí tan desapacible.

Elena entonces giró la cabeza hacia él y sonrió. Su rostro debió haber sido bello alguna vez, pero ahora semejaba a una foto que las intemperies y los años hubiesen teñido de un color muy semejante al polvo, ese polvo casi invisible que se deposita incluso dentro de los baúles que permanecen abandonados durante décadas. Su pelo largo y levemente ondulado no era negro, como el suyo, sino castaño claro, como debió haber sido el cabello de Carla, como Oswaldo recordaba haberlo visto en las fotografías de su madre que conservaba la tía Loreto. Pero el cabello de Elena carecía ya de juventud, se expandía en la penumbra nocturna con la dejadez de un cuerpo que ha perdido el deseo de vivir.

## **El origen de la tragedia**

### *La historia de la tía Loreto*

Cuando Tadeo se mostró interesado en sus lecturas, y balanceaba el cuerpecito flacucho de un pie a otro en la vereda de su casa, mientras le preguntaba con las manos atrás de la espalda qué estaba leyendo, Loreto decidió hacer una prueba. Ella tenía quince años, y Tadeo apenas diez, pero no le pareció poca esa edad como para que el niño empezara a leer. Y le prestó las Crónicas Marcianas, acompañando el préstamo con una interesantísima síntesis de las aventuras que vivían los últimos representantes de la raza de Marte, y los primeros colonizadores terrestres. La atención de Tadeo fue tal, sus ojos azules se abrían tanto escuchándola y se iluminaban de tal manera ante la descripción de los otros mundos encerrados en el libro, que Loreto supo que no se equivocaba. Acostumbrado al escueto callejón del catecismo en polaco, Tadeo vio en los libros de Loreto la posibilidad de vivir todo lo que la severa religiosidad de los padres le impedía, y aún más.

Así comenzó una relación en la cual la literatura y la amistad fueron entrelazándose de manera natural, rápida y muy estrecha. Loreto comprobaba con verdadero placer con qué velocidad y pasión ese niño hermoso como un ángel leía los libros que ella le prestaba, e intuyó desde entonces que no estaba sola. Porque la soledad para Loreto era diferente de lo que para su madre o su padre, o para su misma hermana, podía entenderse por soledad. A Loreto no le incomodaba, e incluso le gustaba permanecer sola las mañanas y las tardes enteras, con tal de que la dejasen en paz con sus libros. Cuando su madre y Carla salían a comprar telas para confeccionar los vestidos de las jóvenes, puntillas e hilos con los cuales la señora Lombardi se las ingeniaba para dar la apariencia de bienestar a esas dos chicas que cuanto antes se casaran y quitaran el bulto mejor sería, Loreto se quedaba en casa, disfrutando el silencio de la calle polvorienta y las palabras de los libros, los libros que iban acumulándose en su cuarto como las estrellas en el cielo cuando empieza a desaparecer la luz del día y el párpado oscuro de la noche cierra su pestaña sobre el mundo. Su madre y Carla estaban acostumbradas a verla sumida en las páginas cuando

ellas regresaban cansadas de recorrer las tiendas de los turcos que vendían telas a buen precio en el paseo de La Alameda, y le mostraban cretonas, organzas y piqué acompañadas por las puntillas y los hilos al tono con que serían confeccionados tanto las cortinas y los cubre sillones de la casa, cuanto los vestidos para la próxima temporada en la familia Lombardi. Loreto miraba estas adquisiciones con una suerte de curiosidad introvertida, pensando que cuando ella fuera independiente de los gustos de su madre, ni loca se haría vestidos con esos floripondios más adecuados para un almohadón que para una blusa. No comprendía el entusiasmo de su madre y su hermana, que encontraban motivo de entretención y de conversación en asuntos tan intrascendentes como las telas, cuando había mucha más intriga en tratar de entender si había vida inteligente en Marte y si alguna vez los terrícolas podríamos alcanzar a comunicarnos con seres de otros planetas.

Pero como todos los grandes lectores, Loreto había aprendido a mantener para sí el tesoro de sus lecturas, y el inmenso jardín secreto que éstas habían sembrado en su imaginación. Sin esa imaginación, la vida cotidiana en la callecita de San José le habría resultado insoportable.

Por eso cuando Tadeo se mostró interesado en sus libros y aceptó maravillado el préstamo de las Crónicas Marcianas, Loreto pensó que a lo mejor, pero sólo a lo mejor, Tadeo podía ser como ella.

Este sentimiento, desconocido para quien no haya experimentado el aislamiento de sentirse diferente, y por lo tanto excluido del mundo, podría parecer natural para cualquier otra persona. Pero no para Loreto. Sólo para ella y para quienes fueran como ella, el mundo representaba un maravilloso lugar hecho para otros. Veía con una cierta envidia acompañada de un sentimiento de superioridad al resto de las personas, las casas, las calles, la ciudad entera, su propia familia. Todo parecía estar construido a la medida de los demás, los “normales”, los que encontraban gusto en las cosas materiales y cotidianas, los que empleaban el tiempo simplemente en vivir, sin buscar nada más allá de las estrellas ni más allá de las paredes de la propia casa.

Para Loreto era diferente.

Para ella el mundo era un exilio al cual nunca sabría por qué había sido condenada. Porque era nada menos que una condena no sentir igual que los otros.

Sus padres la miraban como a la hija rara, lo cual para sus mentalidades más que convencionales era un problema. Las ideas políticas de su padre no lograban vencer el prejuicio de una familia y una tradición afincada en sus orígenes de campesinos italianos y en su convivencia con una sociedad cerrada y pueblerina, como era la Mendoza de esos años en que Europa acababa de salir de las miserias de la guerra y la Argentina empezaba a entrar en la cadena de crisis de la cual ya no iba a salir.

La perspectiva de que esta hija mayor se fuera a quedar soltera, lo cual era muy previsible visto que no era bella ni hacía nada por compensar ese error de la naturaleza, no miraba a ningún muchacho y sólo hablaba con ese niño, raro también él, de la casa de al lado, era una no pequeña preocupación para su madre. Una hija soltera era una persona que estaría toda la vida en la casa, sin producir y ocupando un lugar que el cuidado de los padres cuando fueran ancianos no bastaba a justificar.

Sin embargo a la joven Loreto, de cabello negro como el ala de un cuervo, largo y levemente ondulado, ojos oscuros y pequeños, sombreados por gruesas cejas, y nariz más recta que un cuchillo, eso no la preocupaba. Más bien podía preocuparla, relativamente, la preocupación de sus padres. Pero ella consideraba que era más inteligente que ellos, por la simple razón de que había leído cientos de libros. Mientras para su padre la ciencia ficción era un entretenimiento tan inocuo cuanto inútil, y para su madre, además de un gasto superfluo, era una distracción de la verdadera formación de una joven destinada al matrimonio, para Loreto la lectura de esos libros era un aprendizaje indispensable en el arte de desarrollar la imaginación. La imaginación, para ella, era el único instrumento para sobrevivir en el mundo. Sin su imaginación habría estado definitivamente perdida.

Cuando Tadeo volvió con sus manos blancas como las de una flor de algodón, y le tendió las Crónicas Marcianas forradas en celofán, tarea que había realizado solo en su casa, como homenaje al valor de ese libro y como regalo a quien se lo había prestado, Loreto se sintió, por primera vez frente a un ser humano, feliz. Hasta ese día su felicidad había sido únicamente la literatura y los mundos fantásticos que en ella se desplegaban como las visiones mágicas de una mente sin fronteras. Pero

Tadeo, con su sonrisa llena de luz, le había demostrado que podía tener contacto con otra persona, que había seres humanos que compartían sus gustos y con los cuales, tal vez, podría llegar a hablar y hasta quién sabe, confiar en ellos.

Fue así que de las manos de Loreto, grandes pero delicadas, empezaron a pasar a las pequeñas manos de Tadeo toda la obra de Ray Bradbury, los libros que la joven silenciosa compraba con sus propias economías en las librerías de libros usados de la ciudad, y que ya llenaban estantes enteros en las paredes de su habitación, que a diferencia del dormitorio de su hermana Carla, más parecía el refugio de un escritor que el cuarto de una joven casamentera.

Carla en cambio se limitaba a contemplar con notable indiferencia la afición de su hermana por los libros, mientras que personalmente no demostraba el mínimo interés por leerlos. Su cuarto estaba despojado en comparación con el de Loreto, y aún se adornaba únicamente con los anodinos cuadros de reproducciones que había colocado su madre en las paredes varios decenios antes. Eran cuadros de paisajes tan vagos cuanto improbables, y nadie en esos años de juventud hubiera pensado que más allá en el tiempo, en algún futuro al que no todos los protagonistas de esos días de San José tendrían acceso, esos mismos cuadros podrían ser el recuerdo inspirador de nuevos cuadros, quizás pintados por la mano de Carla, otra Carla o la misma, como otro y el mismo es cada ser humano en el transcurso irremediable del tiempo que escande y esculpe su existencia.

La hermana de Loreto vivía en otro mundo muy distinto, un mundo en el cual el horizonte era cercano y tangible, y no se divisaba muy diferente de todos los otros horizontes alcanzados, el de su madre por ejemplo, o el de los vecinos o la gente de más allá. Tal vez si se ponía a pensarlo, querría ser diferente. No pasarse la vida fregando ollas y tratando de aparentar más de lo que se tenía, como le sucedía a su madre. Tal vez ella querría una vida más cómoda, con una sirvienta si fuera posible, para no tener que dejar las uñas en los estropajos, la espalda en los pisos encerados y la vista en la aguja de la máquina de coser a pedales, fabricando cortinas y vestidos que tenían que parecer comprados.

Para Carla, Loreto era simplemente extraña. Pero un afecto de hermana menor las unía, y la pequeña y mucho más hermosa hija de los Lombardi no criticaba a su hermana ni

trataba de interesarla en temas que sabía muy bien que a Loreto no le importaban en lo más mínimo. Tampoco la criticaba cuando la lectora gastaba las pocas monedas que les daba su padre no en tomar un refresco con amigas, que por otra parte no tenía ninguna, en un café a la moda en el centro de la ciudad, o un helado con las otras chicas del barrio frente a la plaza de San José, sino en libros ajados y tristes que sólo podían interesar a alguien como Loreto. Por eso si había alguna ocasión social en la cual la mayor de las Lombardi se veía obligada a asistir, y no podía sustraerse a la orden materna de mostrarse en público, con la íntima ilusión que tenía su madre de que por allí saltara un candidato que la llevara al altar, Loreto se veía en la situación de tener que pedir a su hermana menor un par de medias de seda, lustre para los zapatos o tal vez un poco de lápiz de labios. Ciertamente para su madre hubiera sido preferible que su hija mayor fuera una coqueta y no una lectora empedernida, porque además de no ser hermosa como su hermana menor, ya se sabía que una chica demasiado leída no tenía nada que conversarles a los jóvenes posibles candidatos, que se sentían intimidados por cualquier mujer que supiera más que ellos, fuera linda o fea.

A pesar de este contexto, Loreto estaba descubriendo muy rápidamente que la felicidad era posible, incluso para una persona como ella, y que no consistía en lo mismo que hubiera significado la felicidad para una cualquiera joven de su edad: ponerse de novia, casarse, tener hijos. Para ella el compartir sus libros de ciencia ficción, y el explicar al jovencísimo Tadeo las innumerables interpretaciones de las novelas y los cuentos, era más de lo que se hubiera imaginado como felicidad. Porque hasta ese momento no había sabido en qué consistía la felicidad, al menos la felicidad en relación con otro ser humano. Hasta entonces su felicidad había sido la relación entre ella y los libros.

Cuando se agotaron las novelas y cuentos de Ray Bradbury, Loreto echó mano de los otros autores de ciencia ficción coetáneos de su preferido, y así Tadeo leyó a Clifford Simak; Ursula Le Guin; Boris Vian; James Ballard; Theodore Sturgeon; William Burroghs; Anthony Burgess.

El universo que construían juntos Loreto y Tadeo empezó a crecer alimentado por los infinitos laberintos de la

ciencia ficción, y entre ambos se formó un lenguaje de entendimientos y comunicación que quizás ni siquiera ellos mismos se daban cuenta de que era único, y que el resto del mundo había quedado afuera, como afuera del mundo se había sentido Loreto toda su vida.

La amistad de Loreto con Tadeo se prolongó, creció, se fortaleció y se volvió confidente a lo largo de muchos años.

Al llegar Tadeo a los diecisiete años, empezó a trabajar como mandadero del almacén de don Toribio, dos cuadras más allá de la casa de ambos, en la calle que llevaba a la plaza. Con el descarnado sueldo que el viejo almacenero pagaba al jovencito, éste empezó a comprar sus propios libros, y desde entonces la ciencia ficción se amplió a los cuentos y novelas de terror y misterio, que empezaron por la obra de Edgar Allan Poe, de quien tanto Tadeo cuanto Loreto se volvieron devotos, y culminó con Howard Phillips Lovecraft. De ese modo los billetes sobados que don Toribio alisaba amorosamente en la mesada de su mostrador, y con los que pagaba temblorosamente a su dependiente –temblorosamente no porque estuviera enfermo, sino porque para don Toribio desprenderse de dinero era tan estremecedor como un terremoto interno- se convertían en libros usados, que la manualidad de Tadeo restauraba y limpiaba con celo para prestarle a su amiga Loreto.

Un día Tadeo llegó agitado al umbral donde Loreto lo esperaba todas las tardes, y traía en su mano un libro nuevo, de bellos colores. Se llamaba El color que cayó del cielo. Fue el primer libro que leyeron de Lovecraft, y el primero sobre el cual establecieron una inacabable retahíla de imaginerías sobre las criaturas del Necronomicón, el libro Biblia de los seres monstruosos según Lovecraft, y sus posibilidades de entrar en la Tierra. Tadeo se apasionaba por estas conversaciones, y encontraba en Loreto la interlocutora ideal, una persona que no tenía el apuro que siempre tenía su madre para barrer, limpiar la casa, preparar la comida y rezar sus inacabables rosarios, rutina que no admitía variaciones ni imaginerías. En cambio el mundo subterráneo de Lovecraft le proporcionaba material de sueños, y cuando comentaba con Loreto los largos relatos que en la noche había leído en su cama, su amiga le prestaba una atención tan grande como ni siquiera el cura de la parroquia hacía cuando confesaba sus consabidos y repetidos pecados de adolescente.



## *Más allá del umbral*

### **Primera puerta: La batalla entre la vela y la Luna**

Elena miró a Osvaldo a los ojos con sus ojos castaños, apenas visibles en la semioscuridad en que combatían la llama de la vela y la Luna fría.

-Te parecés a papá. Yo lo sabía. Desde muy chiquito te parecías a él. Tal vez por eso mamá no te quiso.

-¿Mamá no me quiso?

Elena apoyó el mentón sobre el pecho casi invisible y su rostro se sumió en la penumbra.

-¿Hubiera dejado que te llevaran tan lejos si te hubiera querido? ¿Recordás que alguna vez te tomara en brazos? ¿Te hiciera una caricia o te diera un beso?

-No lo sé, Elena, yo era muy chico cuando dejé de verla –decía estas palabras y sin embargo pensaba, paralelamente, que no guardaba ningún recuerdo amoroso de su madre. La recordaba, sí, como una figura enhiesta, siempre separada de su propio cuerpo, nada más. Tampoco recordaba su voz.

-Nuestra madre no te quería, como no me quería a mí tampoco, ni a nuestro padre. Sólo quería a Irene. Y a lo mejor ni siquiera a ella la quería. La usó como excusa para destruir todo lo que habíamos logrado juntos, para deshacerse de mí, de vos, de papá.

Elena hablaba casi sin mirarlo, a veces apoyando el mentón en el pecho, a veces levantando el rostro asepiado por el tiempo y la penumbra hacia la ventana a guillotina, fuera de la cual la Luna derramaba su leche venenosa sobre el inmenso jardín abandonado del hotel Viena.

Osvaldo la escuchaba extrañamente sereno, como si escuchara una confesión esperada y sin embargo no creída totalmente; como si comparase esa confesión con su propia versión de los hechos, una versión ya aceptada e inamovible, certificada por años de crianza y recuerdos.

-Nuestra madre estaba loca. Está loca. Siempre lo estuvo. Por eso papá se fue a la guerra, por eso ella lo mató cuando él volvió.

Estas últimas palabras dieron una bofetada a Osvaldo, quien sin embargo permaneció inmóvil junto a Elena, allí sentado sobre ese sucio colchón abandonado. Sólo sus manos

expresaron una crispación quizás involuntaria sobre los bordes del colchón, pero nadie las miraba, ni siquiera él.

-¿Qué estás diciendo? Papá murió en un accidente en el baño de casa. Mamá ni siquiera estaba. No estábamos ni vos ni yo cuando se cayó. Y que yo sepa, mamá nunca dio muestras de locura.

Por primera vez Elena sonrió, y esa sonrisa sí la vio Osvaldo, y se dio cuenta de que no era una sonrisa irónica, ni la sonrisa sin sentido de los enajenados. Era una sonrisa arrancada de la melancolía de la luz de la vela que estaba sobre la mesa de luz.

-Yo sí te quería mucho –dijo entonces Elena, sin dejar de sonreír. -Irene también. Las dos te queríamos, y te cuidábamos como si hubieras sido nuestro hijo, y no nuestro hermano. Nosotras te dábamos de comer, te cambiábamos los pañales, te contábamos cuentos para dormir. Nosotras dos te protegíamos de ella, y cuando Irene murió fui yo la que me encargué de que mamá no se la agarrara con vos.

Osvaldo soltó las manos del borde del colchón. –No es así como yo creía que habían sido las cosas –dijo.

-Mi querido hermanito, hermanito querido –contestó entonces Elena con una dulzura trabajada, pero que no sonaba falsa. -Hay muchas maneras de ver las cosas, y muchas maneras de contarlas. Entonces suspiró, lo miró nuevamente a la cara y recommenzó su explicación:

-Yo estaba allí, yo era más grande que vos, once años más grande. Lo suficiente para comprender, para ver. No se trataba solamente del hecho de que nuestros padres ya no se amaran y no fueran capaces de separarse, era más que eso, era otra cosa. Mamá estaba trastornada, y la muerte de Irene le dio pie para que diera rienda suelta a su locura. Ella nunca nos cuidó, no creo que haya cuidado demasiado ni siquiera a Irene.

-Eso no es síntoma de locura.

-En ella era un síntoma. De la locura que vendría. Creo que los partos acentuaron ese proceso, o lo desencadenaron definitivamente. Era una mujer de una frialdad inhumana, no sólo con nosotros, con todo, con todos, a pesar de que no veía a nadie. Nadie entraba en ese caserón porque no tenía amigas, ni parientes. Sólo la tía Loreto era capaz de soportarla. Papá se hartó, estaba tan agotado por su modo de ser que cuando se declaró la guerra se alistó como voluntario. Y cuando terminó la guerra tardó en volver. Tardó más que la misma guerra.

-¿Adónde estaba?

-En Tucumán. No quiso volver a Mendoza. Ya sabía lo que le esperaba. La alienación, el reproche. Porque mamá siempre le echó la culpa de la muerte de Irene.

-¿Él tuvo la culpa de la muerte de Irene?

-Nadie tiene la culpa de la muerte de una persona que decide morirse. Irene no estaba aferrada a la vida. Ella estaba en la vida como una visita, una breve visita. Era demasiado sensible, y se daba cuenta de que sin papá la existencia misma se transformaría en un infierno. Y tenía razón. Por eso decidió morirse.

Elena hablaba y afuera de la ventana la Luna parecía inmobilizada en el cielo, el cielo negro de la laguna, tan quieto y tan negro como sus aguas negras y quietas. La vela tampoco se consumía, y seguía soltando la luz movediza y escueta de su llama, lo único cálido en esa habitación en la cual la sola que podría haber vivido confortablemente hubiera sido la muerte. Otra luz, reproducida en el vidrio maculado del espejo, helaba la proyección de esa escena hacia el más allá.

-Hermanito, yo te salvé. Yo convencí a mamá de que era necesario enviarte con la tía Loreto a Italia, que ibas a ser nada más que un peso, un estorbo del cual ella no podría hacerse cargo.

-¿Y vos?

-Yo no podía irme. Eras vos o yo. Y tenía que salvarte. Yo era más fuerte y sabría cómo sortear su maldad. Pero no supe salvar a papá. Él era tan indefenso como vos, o como Irene. Papá era diferente. Era diferente a todos nosotros-. Elena hizo silencio. Entonces entró por la ventana el silencio de la noche, más denso, mojado por la superficie de la laguna, alimentado por el abandono y el terror de ese hotel en ruinas. Se mezcló con el rumor sumergido que procedía del baño, y juntos llenaron la habitación. Osvaldo bajó la mirada y pudo distinguir que Elena estaba descalza. Sus pies nerviosos se veían desmesurados sobre el piso cubierto de polvo. No podría decir que estaban sucios. Parecía como si los apoyara sobre una película transparente que los protegiera de la inmundicia de ese ambiente.

-Un día –prosiguió Elena-, hacía poco que papá había regresado de Tucumán, mamá nos mandó al club a vos y a mí. Hacía mucho calor y era la excusa ideal para que fuéramos a la pileta. Qué cínica. Como si le importara algo de nosotros. Nunca

hacía nada por brindarnos la posibilidad de ser felices. Pero ese día se apuró a llenarnos el bolso con los trajes de baño y las toallas, y me dio dinero para que te llevara todo el día al club. Hubiera debido pensar que era una trampa.

-¿Pero acaso papá no estaba solo cuando se cayó en la bañera? Mamá tampoco estaba.

-Por supuesto. Pero sí estaba. Estaban sus cosas. Y entre sus cosas un pote entero de crema que ella había derramado en la bañera. Una crema suave y lisa como una cáscara de banana. Yo misma limpié la bañera cuando se llevaron el cuerpo de papá. No había un centímetro que no estuviera lleno de crema, de crema blanca como la bañera misma, y por lo tanto invisible.

-Lo que decís me parece terrible –pronunció Osvaldo sin demasiada convicción, mirando él también a través de la ventana la noche negra. No sin convicción, porque no creyera en la historia de su hermana, sino porque en el fondo, y no comprendía por qué, le daba la impresión de que no era una historia desconocida, como si él ya la hubiera sabido, y a través de una moderna mayéutica, Elena hubiera traído a su consciente esa convicción, esa sensación ineluctable.

Volvieron a hacer silencio.

Y volvió el silencio a ocupar el espacio. La Luna permanecía en su sitio, la vela mantenía alta su llama que hubiera debido ser efímera.

Osvaldo miró nuevamente el suelo, y preguntó:

-Elena, ¿por qué estoy aquí?

Elena demoró en contestar. Tras haber hablado tanto y haber hecho esas revelaciones a su hermano, parecía muy cansada. No porque lo demostrara su cuerpo, que seguía enhiesto sentado sobre el borde del colchón, sino por un aire exhausto, cierta atmósfera que Osvaldo percibía.

-Te escribí muchas cartas pidiéndote que vinieses.

-No hubieran bastado para hacerme hacer esta travesía.

-Es cierto. Está en vos. Uno siempre sabe la verdad. Pero quiere saberla. Parece ilógico, pero en donde estamos no existe la lógica. Hay otra lógica, un orden que necesitamos, un orden de la mente.

-¿Entonces? –preguntó Osvaldo tras una pausa.

Elena respiró hondo y dijo: -Entonces tenés que matar a mamá.

Pasó otro período de silencio. Osvaldo, sin cambiar tampoco él de postura, preguntó:

-¿Por qué yo? ¿No podrías haberlo hecho vos, que viviste tantos años con ella y la odiabas tanto?

Elena sonrió de nuevo, con un esbozo apenas en sus labios, un esbozo casi dulce, si dulzura se podía concebir en esa mujer endurecida y atemporal, perdida en un hotel abandonado adonde siempre era de noche.

-No soy yo quien necesita matarla- dijo.

Y poco después agregó: -Estoy aquí, y vos no. Sólo has venido a hablar conmigo. Ahora vas a viajar adonde está ella, la vas a enfrentar, y la vas a matar.

Después de otro silencio inacabable, pero al fin finito, en el cual la vela y la Luna entrecruzaban estocadas inútiles, Osvaldo le propuso a Elena que bajaran al jardín. Le pareció que el aire de la noche y el espacio abierto atenuarían lo que consideraba los síntomas de una locura cuyos alcances no podía intuir.

Elena giró la cabeza de su lado y no sonrió.

Pasaron minutos de increíble lentitud, en los cuales la mujer cerró los ojos y respiró hondamente, como quien debe asumir una tarea para la cual se ha preparado con paciencia y sacrificio, pero que sigue siendo ardua. Osvaldo la miró, enjuta, en su vestido de color indefinido, hubiera dicho que era del color de esa Luna fija en el cielo del hotel abandonado; las manos nerviosas aferradas al borde del colchón y los pies descalzos y sin embargo blancos, casi luminosos sobre el piso sucio.

Finalmente Elena, dando un suspiro interior que pareció no escapar al aire enrarecido de ese cuarto en el que proseguían su duelo la llama de la vela y la luz lunar, se levantó. Osvaldo la siguió y la miró mientras su hermana tomaba la vela de la mesa de luz, y se dirigía hacia la puerta de salida de la habitación. Vio que Elena era muy delgada, pero no alta, sino más bien menuda, de poca estatura, y que el cabello esclarecido por el movimiento se veía castaño, casi pajizo sobre su espalda recta.

Atravesaron los negros pasillos sin decir una palabra. Elena caminaba sobre los pisos devastados como si no sintiera el tajo de los escombros y la suciedad, mientras que Osvaldo la seguía en un paciente intento de esquivar todo obstáculo, desatemorizado por la presencia segura de su hermana, que si bien no daba vida a ese lugar de muerte y descomposición, con

su presencia ahuyentaba las sombras fantasmagóricas, que se retiraban a las habitaciones y se derretían ante el calor imperceptible de la llama de la vela.

Salieron al jardín interior y Elena parecía conocer perfectamente ese lugar, caminaba por él como si fuera su hogar. Pero sin afecto ni melancolía, sólo con seguridad. La vela en su mano no se consumía ni se apagaba ante el aire libre de la noche, que de todos modos debía ajustarse a los paredones altísimos que formaban los tres pabellones del hotel, y la oscuridad de la laguna en la boca de la escena de ese teatro de sombras.

-¿Te acordás de papá? –dijo Elena mirando la Luna fija, mientras levantaba la vela como si con esa llama diminuta pudiese echar luz sobre la frialdad selenita colgada del cielo allá arriba.

-¿Te acordás que nos decía que había un conejo encerrado en la Luna? –Elena hablaba sin mirar a su hermano, de pie éste a su lado.

-Por supuesto. Es lo que más recuerdo de él. Toda mi infancia me la pasé buscando ese conejo.

Elena lo miró, improvisamente giró hacia él la cara blanca, y entonces Osvaldo pudo ver su rostro pálido, más pálido que la luz de la Luna, en el cual los mismos ojos de su padre, pequeños y vivaces, dibujaban el diseño perfecto para una nariz afilada y casi transparente, y una boca indefinible, ya delgada y pequeña, ya ancha y semiabierta. Elena, lo supo su hermano en ese momento, no tenía ninguna edad. Pero algo en ella huía de la vida, una atmósfera irreal la iluminaba tenue, como ilumina una luz a una pintura para permitir su contemplación, incapaz de darle la vida que no tiene.

-¿Ya no lo buscás? –y sin esperar respuesta, la mujer que era su hermana, prosiguió-. El conejo está en la Luna. Vive encerrado entre sus paredes redondas. Y tal vez papá también esté allí con él. Es muy estúpido pensar en la nada. Si embargo, en un cierto sentido, es la nada.

-Elena –Osvaldo temió casi dirigirle la palabra a su hermana, pero tenía urgencia por saber, que es la más grande urgencia que acosa a un ser humano, aunque sea la más inútil de las urgencias. –¿Nuestra madre vive? ¿Adónde está?

La mujer que era la hermana de Osvaldo volvió su menuda cabeza hacia él y respondió: -Vive en Mendoza, adonde nacimos. No en la misma casa, seguro. Pero vive. Para ella la

vida es algo de lo cual hay que aferrarse con pertinacia. Vive en una soledad que es mucho mayor que la nuestra.

Oswaldo se quedó pensando en estas palabras. Caminaron aún por entre las hierbas desordenadas de aquel jardín olvidado, custodiado por altas y antiguas palmeras sobre cuyos penachos inalcanzables parecía apoyarse esa noche clavada en el cielo, en la tierra, en el agua dormida de la laguna.

-Quisiera que me contaras más de nosotros, de nuestra infancia. He vivido reconstruyendo un rompecabezas del que me falta la mayor parte de las piezas-. Dijo Oswaldo sin mirarla, escudriñando el suelo desigual.

-No hay nada que contar. El rompecabezas debe completarse solo. Los hechos cotidianos forman un todo del cual es posible comprender textura e índole con sólo un fragmento. Ese fragmento lo llevás con vos desde siempre. Basta con eso. El resto es sordidez y repetición. La vida humana es muy previsible, y muy pobre.

-¿Por qué dijiste que tengo que matar a mamá?

-Vos tenés que saber lo que tenés que saber. De otro modo no me habrías buscado. En Roma están las cartas que te envié. No pudiste leerlas, porque las escondió la tía Loreto. Siempre creyeron que yo estaba loca. En nuestra familia el término locura ha sido muy especial. Hay un desplazamiento de la normalidad, y todo lo que queda afuera es locura. No importa que no hayas leído las cartas. Ahora estás aquí y hemos hablado. Ésa era la tarea que debías realizar.

-No creo que te esté entendiendo, Elena.

-No hace falta, mi querido hermano –por primera vez Elena tuvo una expresión afectuosa hacia Oswaldo, y dijo estas palabras desnudas, sin inflexiones, sin ninguna expresión que las volviera humanas. Oswaldo sintió una oleada de frío, y a su vez como si ese mismo frío le palmeara la espalda, le pusiera una mano protectora en el hombro. –De qué sirve entender todo. ¿Acaso es posible? Y aunque lo fuera, sería sólo una de millones de posibilidades. Entendemos, no entendemos, y así transcurre nuestro breve pasaje por la existencia. Y al final nos damos cuenta de que no hemos entendido, pero que es lo mismo.

Oswaldo se detuvo. Habían llegado al borde de la laguna, que había devorado el resto de los jardines y dentelleaba la costa ganada a fuerza de tiempo y tempestades. El agua negra lamió los pies blancos de Elena sin dulzura. Elena la miraba como quien mira a su destino, con aceptación y sin miedo.

-Elena, vos... -empezó a decir Osvaldo.

-Yo soy lo que soy. No me preguntes nada.

Osvaldo levantó la mirada y la dirigió a la superficie de esa laguna extendida sobre la tierra como un llanto nocturno, sin confines ni por qué. El agua casi no hacía rumor al chocar contra los bordes de la tierra, como si hubieran hecho un pacto en el cual el diálogo se limitaba a ese eterno movimiento, imperceptible en la tierra, constante en el agua. Una convivencia de dos elementos destinados a vivir para siempre, el siempre del universo, el siempre cambiante y proteico de la materia viva, ésa que guarda la esencia de todas las cosas y los seres.

Pasaron minutos o siglos. La Luna permaneció fija en su lugar, allá arriba en un cielo muy oscuro. Elena, sin moverse, dijo entonces:

-Tengo que volver arriba.

Y dejó el borde del agua que lamía sus pies con un dejo de melancolía, única expresión humana que su hermano pudo distinguir en ella. Giró sobre sí misma, con la vela que seguía intacta en su mano, y se dirigió a la entrada del pabellón por donde habían salido. Poco después se había perdido en la negrura de esa boca que se abría al jardín como la entrada al más allá, innumerable e indescifrable. Osvaldo se quedó mirando la muy tenue luminosidad de la vela que cada tanto aparecía casi imperceptible por las ventanas, hasta que regresó esa luz a la ventana original, aquélla en donde ambos habían hablado, y allí permaneció fija y titilante.

Se quedó en el jardín de pie, bajo la luz de la Luna. Pensó que esperaba el alba. Pero después se dio cuenta de que alba no llegaría nunca.



## **El origen de la tragedia**

### *Tadeo y el mundo de los libros*

Pasaba el tiempo, y Tadeo adquiría la belleza de un efebo, pero estaba muy lejos de ser consciente de ello, pues ni a él ni a su amiga le interesaban esas cosas, y mucho menos a sus padres, quienes evitaban cualquier comentario sobre las sorprendentes condiciones físicas de su hijo, ya que no sólo el cuerpo era ocasión de pecado, sino además porque para la moral católica de su familia, Tadeo estaba en una edad en la cual las tentaciones se volvían fuertes y peligrosas.

Sin embargo, este jovencito que crecía entre dos mundos como si en la calle de San José se intersectaran dos galaxias diferentes, contrapuestas y de distinto origen, pero obligadas a convivir en el espacio sideral, ya había llamado la atención de la madre de Loreto, y junto con ella de su hija menor, porque Carla era no sólo quien más seguía las órdenes y consejos de la señora Lombardi, sino también era la depositaria de sus ambiciones matrimoniales a mediano plazo.

Tadeo era una suerte de ángel sacado de un libro de imágenes para niños, y ese aire celestial y luminoso tampoco pasaba inadvertido para su madre, que temía más a la belleza que a la fealdad, porque era justamente en las cosas deseables en las que se escondía el maligno, como ella solía llamar a su versión personalizada del demonio. Este ser de las sombras, según la madre de Tadeo, era una suerte de hombre –claramente era un hombre- que tenía la constante e incansable misión de tentar a todo ser humano virtuoso para que realizara alguna acción que ofendiese a dios. Dios, naturalmente, era alguien de infinita misericordia para los grandes problemas de la humanidad, pero de una sensibilidad exacerbada para cualquier tipo de pecadito banal, como un mal pensamiento o una mentira. Los deseos sexuales, que ni siquiera de este modo podían calificarse por su naturaleza altamente radioactiva en el espectro del pecado, eran lo más nocivo y peligroso que pudiera acaecer a una persona, y era indispensable combatirlos de todas las maneras posibles. Tadeo, con su gran belleza, podía ser presa fácil de tales deseos, y por lo tanto sería necesario lo antes posible ponerlo en algún camino de redención que evitase su caída en el pecado.

Con esta altruista misión personal, la madre de Tadeo llevaba a su hijo a la primera misa de los domingos en la iglesia frente a la plaza, hacía bendecir la mesa antes de cada comida, y recomendaba nutridas oraciones al acostarse y levantarse. Tadeo había seguido siempre estas costumbres de manera natural y sin protestar, sin plantearse demasiado ni el origen ni el sentido de semejante ritual que parecía tener encadenados a sus padres y al mundo entero en un perenne acto de contrición más preventivo que efectivamente reparador, y que demostraba la presencia de alguna entidad onnisapiente, siempre a la espera del menor desliz para lanzar sus castigos solemnes e inapelables.

Cuando las lecturas con Loreto empezaron a hacer efecto en su alma de joven ávido de conocer y pensar, todos estos rituales se vaciaron de significado, y Tadeo siguió practicándolos como una coreografía inútil que repetía sólo para no disgustar a sus padres, atentos siempre al cumplimiento de las órdenes inaudibles de dios. El deseo, para Tadeo, era una sensación aún indefinida en cuanto a su objeto específico, si bien en su cuerpo se manifestaba como una suerte de comezón en el bajo vientre, una hinchazón de su órgano sexual sin aviso y sin motivo aparente, que a menudo lo hacía acudir instintivamente a su mano para aliviarlo. Masturbarse para él constituía la mayor parte de las veces una solución para deshacerse de esa molestia que no traía consigo imágenes ni acciones específicas a su mente, sino que constituía sobre todo una alteración física que lo inmovilizaba de vergüenza y le impedía realizar los comunes actos de su vida cotidiana.

La primera vez que había visto desprenderse de su miembro ese fluido espeso y caliente que se había lanzado hacia la pared de su habitación sin consideración por la pintura a la cal ni por las consecuencias que semejante manchón podían acarrear en el estudio minucioso del dormitorio que su madre realizaba cada día, Tadeo se había sentido sorprendido pero a la vez contento. Había sentido como si ese chorro que era parte de sí mismo se fuera de sí para aliviarlo tremendamente, y a pesar de la incomodidad de tener que prever de ahora en más esa nueva característica de su persona, que agregaba un nuevo elemento a su acto solitario, se decía que después de todo la naturaleza era más curiosa que extraña, y no podía explicarse enteramente qué relación tenía todo ese líquido pegajoso que muy pronto se secaba, con la reproducción.

La cuestión de la mancha en la pared requirió un elaborado plan de transformación del hecho. Para eso Tadeo tuvo que esperar que su madre estuviera en la cocina, servirse ostentosamente un vaso de leche y demorarse para que su madre lo viera claramente, y dirigirse a su habitación con el vaso en la mano. Desde allí simuló un tropezón que le salió tan realista como si hubiera sucedido en serio, y el contenido del vaso fue a estrellarse contra la pared, justo sobre la reciente mancha insoluble de su propio néctar, de manera que cuando la madre acudió a ver las consecuencias del desastre era demasiado tarde, y la pared lucía una suerte de galaxia estampada con un centro más oscuro y denso, como deben ser los centros de las galaxias en donde se gesta la vida del universo.

Las protestas de la madre se centraron en la necesidad de retocar esa pared que el último verano había sido totalmente blanqueada por el padre de Tadeo, que de profesión era albañil y pintor de obra, y no tenía muchas ganas de proseguir en su casa lo mismo que hacía permanentemente afuera para ganarse la vida, si no fuera por las retahílas de su consorte, tan preocupada en mantener la inmaculada virginidad de las paredes tanto como la inmaculada blancura de las almas de los miembros de su familia.

Hicieron falta cuatro manos de cal para tapar la mancha de leche, especialmente esa parte central que parecía haberse pegado a la pared con porosidad propia, con lo cual la madre de Tadeo dedujo que la leche que compraba en el almacén de Don Toribio en efecto estaba recién ordeñada y llena de vitaminas.

Loreto notaba esta irrefrenable evolución hacia la belleza de su amigo, y amaba aún más sus encuentros y sus conversaciones, en las cuales el jovencito la miraba con sus dos ojos azules como un paraíso, llenos de agua tempestuosa, mientras movía la cabeza y sus bucles dorados proyectaban sombras como caricias sobre el rostro blanco.

Ella también crecía en silencio, y si bien no se podría decir que su naturaleza diferente se dirigía hacia la belleza como su amigo, ni como su hermana Carla, una profunda intensidad en sus pequeños ojos oscuros le confería una especie de cuatridimensionalidad, como si poseyera algo que los demás no tenían, una dimensión propia y única, la de estar en este mundo y en otro, o en otros, mundos vedados a quienes no hubieran recorrido con sus propias plantas los cientos de parajes insólitos

que había encontrado en las páginas de los libros. Tadeo era el único que percibía esta característica, y acertadamente la atribuía a la lectura de tantos y tantos libros. Él también aspiraba a esta condición, y más se proponía seguir leyendo cuanto más aumentaba su sed de leer y se empeñaba en una suerte de carrera contra el tiempo para alcanzar a su amiga.

Una tarde en que el tiempo se había adormilado en las banquetas polvosas de la calle del barrio de San José en donde ambos jóvenes vivían, afrontaron la reflexión acerca del significado de la creación del doctor Frankenstein, novela que había aportado Tadeo en sus propias incursiones en las librerías de usados de la ciudad, y con la cual inauguraba, sin saberlo, su propia vertiente a la tradición lectora que compartía con Loreto.

Ambos habían leído el libro, y habían quedado muy impresionados por su belleza.

-Creo que la monstruosidad de la criatura va más allá de su apariencia. Hay algo que el autor no dice. ¿Por qué la gente escapa cuando la ve y provoca terror? En el fondo podría tener la apariencia de cualquier persona –reflexionó Loreto.

Tadeo miró la tapa del libro, en la cual habían reproducido la inevitable imagen perpetuada por la película hollywoodiana, y respondió:

-No, no es su apariencia. Hay algo en esa criatura que hace saber que se trata de un monstruo. Como si los demás sintieran que no es humana.

-Si no fuera humana –respondió Loreto- no tendría necesidades humanas, como revela su exigencia al doctor Frankenstein de un ser similar, para no sentirse sola.

-No sé si se siente sola. Me parece que no quiere ser única, porque al ver que todos le huyen, necesita estar con otra criatura igual a ella.

-¿Y eso no es sentirse sola? Me parece terriblemente humana.

Tadeo entornó los ojos y cubrió el azul con pestañas casi transparentes de hilos dorados. Tras una breve reflexión dijo:

-Sí, tenés razón. Pero eso no explica por qué es un monstruo. Debe haber algo en esa creación que la hace monstruosa, alguna cualidad que es más que física.

-Creo que hay que buscar en su génesis. No es un producto de la naturaleza, sino una creación de un hombre. Y

existe algo de imperfecto en esta creación, eso la hace monstruosa.

-Hay muchos monstruos que son creaciones de la naturaleza –dijo Tadeo, recordando una persona sin brazos y con una cabeza enorme que había visto cuando era niño y caminaba de la mano de su madre. Ante su curiosidad que lo hacía girar la cabeza, la madre le había dado un tirón tan fenomenal que casi le dislocaba el brazo, al tiempo que le decía con voz inapelable que era de muy mala educación detenerse a observar las desgracias ajenas.

Como si conociera su recuerdo, Loreto contesto: -Las deformidades físicas no hacen escapar a la gente aterrorizada. Provocan lástima, o piedad en todo caso. O una sensación de alivio por que no nos tocó a nosotros. Lo que hace monstruosa a la criatura de Frankenstein es una cualidad interior. Es un ser creado con pedazos de otras personas, por lo tanto no es una integridad, no tuvo vida antes de que el doctor lo fabricara. Al menos no tuvo vida como lo que iba a ser. Por eso debe existir sin recuerdos, sin alma.

A Tadeo se le iluminó el semblante, como ante un descubrimiento.

-¡Tenés razón! Lo que no tiene es alma –y aquí hizo una pausa para no dejar que la concepción de alma que había aprendido en el catecismo y en las filípicas de su madre interfiriese con lo que él mismo estaba elaborando en su mente como los elementos que componían el alma.

-El alma son los recuerdos –dijo al fin, como si acabara de descubrir lo que estaba diciendo.

-¿Te das cuenta? –prosiguió con entusiasmo- El alma de una persona está construida por lo que ha vivido, por sus experiencias, que conforman sus recuerdos. Por eso la criatura es monstruosa, no tiene recuerdos, no ha tenido una vida. Se encuentra adulta, arrojada al mundo, sin recuerdos.

Loreto reflexionó sobre las palabras de Tadeo.

-Si es así, todas las personas sin recuerdos serían monstruosas.

-¡Claro! ¿Acaso conocés a alguien que no tenga recuerdos? ¡No existe! ¡Todos tienen recuerdos! Y los recuerdos son el alma de las personas, porque son su propia historia.

-¿Y los bebés? Ellos no tienen recuerdos.

-En efecto a mí me parecen monstruosos.

Ambos rieron, recordando las veces en que habían repetido que a ninguno de los dos les gustaban los niños, ni mucho menos los bebés, que les parecían seres despojados de todo encanto e interés, y se preguntaban cuál sería el mecanismo absurdo que llevaba a las madres y a todos los adultos en general a hacer tantas muecas obscenas y ridículas ante un bebé, como si la sola presencia de estas criaturas otorgase el permiso a la estupidez más inexplicable.

-Bueno, digamos que los bebés deben crecer, y en ese camino construyen su alma con sus experiencias, que serán sus recuerdos –agregó Loreto, que fue la primera que pudo dejar de reírse-. Pero un adulto con la expresión de pera lavada que tiene un bebé debe ser algo verdaderamente monstruoso.

-¿Pera lavada? –alcanzó a repetir en tono de pregunta Tadeo antes de caer nuevamente en un paroxismo de risa que lo hizo doblarse en dos sobre sus propias rodillas.

Cuando poco tiempo después ambos se reunieron para hablar sobre su más reciente lectura compartida, Doctor Jekyll y Mr. Hyde, Tadeo volvió a la carga con el argumento de la monstruosidad.

-¿Te das cuenta Loreto? ¿Por qué es monstruoso Mr. Hyde? No es deforme físicamente, sino moralmente. Carece de todas las virtudes del Dr. Jekyll, o sea la base ética.

-En un cierto sentido tiene una libertad que el Dr. Jekyll no puede gozar. Pero no sé si esa libertad es monstruosa.

-Lo monstruoso no está en la apariencia, sino en la mente. Tal vez esa monstruosidad se refleje. No sé. En la criatura de Frankenstein también había una carencia de valores y de recuerdos. Mr. Hyde puede tener recuerdos, pero no los ordena según los valores en uso en la sociedad.

-¿Acaso los recuerdos se pueden ordenar?

-Sí, claro –dijo Tadeo como si realizara otro gran descubrimiento-. Los recuerdos se pueden ordenar y se construye un mundo propio. Probablemente todos nosotros vivamos en un mundo construido según nuestro propio ordenamiento de los recuerdos. Tal vez la misma realidad que vemos sea el producto de ese orden. La realidad es la construcción psíquica cuya materia son los recuerdos y las experiencias, ordenados según un criterio propio.

Loreto miró un momento a su amigo y después miró el piso de baldosas amarillas. –A lo mejor lo que falla en esa

definición es lo de criterio propio. ¿Cómo sabés si tenés la libertad o la capacidad de decidir cómo ordenar los recuerdos, y por lo tanto, cómo construir la realidad? Puede ser que haya criterios ya preestablecidos que ordenan tus recuerdos, algo externo a vos. De otro modo las realidades serían tan diferentes que no lograríamos comunicarnos, el mundo sería diferente para cada persona.

-¡Es diferente! ¿Acaso no te das cuenta? ¡Hay un mundo para cada persona! ¡Hay tantos mundos como personas hay en el mundo! Loreto miró a Tadeo con la admiración de su mente por otra mente, y sintió que eso era la diversidad, el pensamiento, la capacidad de pensar por sí mismo. Sintió que la belleza de Tadeo no era su piel suave y su cabello de oro y sus ojos azules, sino que emanaba de su mente, de su enorme inagotable capacidad de pensar.

El día en que Loreto cumplía veinticinco años, Tadeo le regaló *La isla de Arturo*, de Elsa Morante, en una edición vieja que el joven había hecho encuadernar en tela color granate, con el título grabado en letras doradas sobre el lomo. Loreto se quedó mirando su regalo con una sensación nueva que no había experimentado jamás y que ella no sabía que jamás volvería a experimentar en su existencia. Era parecida a la felicidad pero era algo más que eso. Porque hasta ese día habían leído ciencia ficción, y después terror, y después misterio, y esa novela representaba la puerta abierta a un nuevo mundo, una promesa del camino que nunca, si el mundo era una creación de sus mentes, debería interrumpirse. Que eso fuera la felicidad para Loreto, sin duda sólo ella podía saberlo. Ella que concebía la felicidad bajo la forma de una biblioteca, ese día sintió, más que supo, que esa biblioteca debía estar habitada también por Tadeo.

La isla de Arturo fue desde entonces el nuevo lugar de encuentro de ambos, que estrecharon su amistad en un grado que nadie hubiera podido comprender, pero que desde afuera sólo podía significar preocupación para ambas familias, sobre las que influía no poco el qué dirán de esa incomprensible intimidad entre un hombre y una mujer de distintas edades, hermoso uno e insignificante la otra, según la común opinión, más las ambiciones que cada familia proyectaba sobre esos hijos raros

que para nada cumplían con ningún modelo conocido ni esperado.

Pero tanto Loreto cuanto Tadeo habían superado las fronteras de las convenciones y no se planteaban más que seguir zambulléndose en el mundo de los libros y las conversaciones mutuas. La isla de Arturo fue para Loreto la puerta del paraíso, y para Tadeo la entrada en la edad adulta.

Los años que siguieron fueron dedicados al conocimiento de la literatura del novecientos italiana, con Elsa Morante como faro, y Anna María Ortese, Lalla Romano, María Messina; Margherita Guidacci, con quien Tadeo ingresó de lleno en la poesía, género hasta entonces apenas visitado por los amigos, y que habían amado solamente como complemento de los cuentos de Poe. Tadeo siguió su camino en la lectura de poetas, al mismo tiempo que compartía con Loreto la pasión por las novelas y los cuentos. Cada tanto, con alguna poesía marcada en uno de sus libros, leía a su amiga los versos que más le habían gustado. Fue por él que Loreto conoció los misteriosos versos de Eugenio Montale y las poesías de Rimbaud.

Una tarde Tadeo se acercó al umbral de Loreto y le dijo:

-Shakespeare escribía poesías.

Loreto lo miró largamente, sus pupilas oscuras restallando en la luz recortada de la vereda.

-Encontré este libro de sonetos, escuchá:

*“¿A un día de verano compararte?  
Más hermosura y suavidad posees,  
Tiembra el brote de mayo bajo el viento  
Y el estío no dura casi nada”.*

Esos versos cayeron como las hojas de un sauce en el remanso de su alma, y desde entonces, desde ese momento, Loreto dejó de ser feliz.

Comprendió que Tadeo había crecido, y que la amistad que a él lo unía y que estaba por cumplir quince años, ya no era la misma. Un sentimiento que traspasaba las páginas de los libros y ponía pie en la tierra, en ese barrio polvoriento de San José, en esa vereda desteñida y en ese umbral gastado de provincia, se había apoderado de su corazón. Y bajó la mirada para escrutar minuciosamente sus zapatos gastados a los que nunca había dado importancia, y se dio cuenta de que estaban viejos.



Los pasos de Carla, enfundados en lustrosos zapatos con taco que resaltaban la belleza de sus piernas delicadas y de un color fuertemente rosado, empezaron a resonar en el pasillo que llevaba al umbral que durante más de un decenio había pertenecido únicamente a Loreto y Tadeo. Y su rumor como los sones de un tambor de guerra ya no se acallaron. En el nuevo mundo de Loreto, ése que habían creado las hojas muertas de un sauce cayendo sobre el estanque amable de su alma, desprendidas al ritmo de los versos de Shakespeare, Tadeo era demasiado hermoso y ella era demasiado vieja. Un instante había bastado para que el universo se condensara en un único punto de fuga a través del cual la luz quemaba, y la salida era la calle, la vereda y las acequias del barrio de San José.

En poco tiempo Tadeo se había puesto de novio con Carla, y en poco tiempo más se habían comprometido. Loreto abandonó paulatinamente las lecturas en el umbral, pues se sentía fuera de lugar en un lugar que siempre había sido suyo. Se sumergió en la literatura francesa y se refugió en su habitación, tan atiborrada de libros como atiborrado estaba su corazón con un solo recuerdo: el recuerdo de Tadeo, convertido en recuerdo antes de ser olvidado, por la imposibilidad de seguir siendo lo que había sido, y por la crueldad con que había pasado a ser lo que era. Ahora comprendía el drama de la criatura del doctor Frankenstein, y hubiera querido tener la pócima del Doctor Jekyll.

Pero a cambio de eso poseía cientos de libros para leer. Descubrió a Madame Bovary, que la llevó a Las flores del mal y a los cuentos de Maupassant. Cuando leyó Anna Karenina sintió, por primera vez, que una novela le provocaba lo que nunca la literatura le había provocado: el desborde de sentimientos que nada tenían que ver con lo intelectual, sino con lo emotivo. Los mundos incógnitos seguían allí, en los estantes. Pero por primera vez hubiera querido estar en este mundo de más acá, el despreciado mundo de los otros, y ser otra. Sabía lo que siempre había sabido y no hubiera querido saber. Pero lo peor de todo era que sentía lo que nunca hubiera creído que sentiría, y lo que sabía muy bien que nunca volvería en su vida a sentir.

La madre de Carla y Loreto, secreto artífice de la unión de esos dos hijos hermosos y extraños, había estrechado insólita alianza con la madre de Tadeo, mujeres ambas acomodadas en pro de una meta que borraba las diferencias y acortaba las distancias. A espaldas de los padres, uno metido en sus ideologías, el otro en su religión, y ambos en un trabajo esclavizante y brutal, las dos mujeres habían decidido la suerte de sus hijos para complacencia de la sociedad y mayor gloria de dios.

Carla se mostraba, como siempre, un poco distante y en cierto modo algo orgullosa. No había pensado hasta entonces que ese muchachito rubio que siempre estaba charlando con su hermana terminaría siendo su novio. Los artilugios que le había indicado su madre para conquistarlo más le parecían el juego un poco incomprensible de un mundo adulto que la verdadera evolución de las cosas. Pero siempre había hecho caso a su madre, y en el fondo no le desagradaba comprobar que con su belleza podía conseguir lo que se proponía.

Tadeo, en cambio, no comprendía muy bien en qué momento había pasado del umbral de Loreto a los paseos con Carla, a sentir su aroma dulce y a mirarle las piernas, que al parecer podrían tener otros atractivos más que la simple función de caminar y sostener el cuerpo. Las ideas que había insuflado minuciosamente su madre en su mente de joven bibliófilo habían crecido con sospechosa velocidad en su corazón, alimentadas por años de lecturas y por la soledad que, en cierto modo, había propiciado Loreto con su mundo cerrado de ficciones. La mancha en la pared encalada de su habitación pugnaba por resurgir desde debajo de las numerosas capas de blanco aplicadas con hastío por su padre y controladas con religioso fervor por su madre. Era una mancha que ahora parecía adquirir forma. El contorno de los pechos de Carla tal vez.

Fue cuando anunciaron que se casarían antes de la próxima Navidad, que Loreto sintió que todos sus libros no la salvarían del desastre, aunque la iban a acompañar el resto de su vida. Ninguno de ellos había denunciado el tenue perfume de la muerte que ya impregnaba el aire quieto de esas tardes de barrio, tranquilas y desvaídas como las hojas de los inmensos plátanos que sostenían la calle con sus figuras centenarias.

## Más allá del umbral

### *Segunda puerta: De vuelta en el caserón de San José*

Osvaldo bajó del ómnibus en la Terminal de Mendoza. Miró a su alrededor y se dijo que Latinoamérica sin duda era el sitio más curioso del mundo. Todo era feo, y bastante sucio. No la naturaleza, sino las cosas, las construcciones, y por lo general todos los seres. Pero sin embargo, todo irradiaba una suerte de energía, un halo de vida que nunca había conocido en Europa. Y esa vida paulatinamente le hacía percibir otra belleza, algo fuerte y escondido detrás de cada cosa, o al ras, en cada rostro y en cada cuerpo. Si ésta era otra clase de belleza, la estaba descubriendo por primera vez en su vida.

Hizo la cola para esperar un taxi detrás de un hombre bajo y escuálido, vestido con un traje negro tan mal cortado que se hubiera dicho que se lo habían cosido puesto. Llevaba un maletín de falso cuero y el pelo pegado a la cabeza por virtud de quién sabe qué fijador brillante y aceitoso. Los zapatos, lustrados con esmero, estaban tan gastados como si hubieran recorrido todo el país y ahora estuvieran de regreso, sabiendo que tampoco esa noche sería la última, como el caballo que liberan de los arneses de la carretela para uncirlo de nuevo al alba, condena inhumana que no tiene fin más que con la llegada de la muerte.

Cuando llegó su turno, subió a un taxi de muy dudosa higiene, conducido por un hombre viejo y gordo, de cabello canoso, más bien se diría amarillento, de un color que nadie hubiera atribuido como posible entre los colores asignados por la naturaleza para una cabellera. Tenía una nuca rolliza y otros pelos largos e hirsutos le asomaban por debajo del cuello de la camisa, como si quisieran escapar de la apretada fatal entre la espalda y el asiento.

Aprovechando que un muchacho atravesaba la calle con el semáforo en rojo delante del taxi, el viejo sentenció:

-A los jóvenes de ahora no les importa un comino. No tienen que fatigar para nada, quieren todo servido. Yo tengo seis hijos, ¿sabe? Cuatro mujeres y dos varones. Las mujeres me salieron putas, y los varones unos linyeras. Con mi mujer ya bajamos los brazos, no hay nada que hacer. Ninguno quiso terminar la escuela, rebeldes salieron. Entonces yo les dije que el que no trabajaba ahí no comía más, y se fueron yendo, sí

señor. Pero no a buscar trabajo. Se fueron a putanear unas, y los otros, a vagar por ahí. Qué desgracia, dios mío, qué desgracia... Como si hubieran visto algún mal ejemplo. Usted tiene cara de otra cosa, seguro que trabaja, o estudia, ¿me equivoco? –y miraba a Osvaldo por el espejo retrovisor del que colgaba una imagen de la Difunta Correa hecha de algún material desconocido que resistía los continuos embates a que la sometía el trayecto del automóvil al sortear los innumerables pozos de la calle.

-Estudio.

-Ah claro, se ve. ¿Y viene de visita?

-Vengo a visitar a mi mamá.

-¿No decía yo? Si cara de buen hijo tiene, no como los míos. Ésos serían capaces de acuchillarla a la vieja para sacarle unos pesos. Unos delincuentes me han salido, yo no sé por qué. ¿Y hace mucho que no la ve a la viejita?

-Hace mucho. Hace años.

-Uy mi dios. No hay que dejar pasar tanto tiempo. Si la vieja se muere sin que uno la haya visto, después son dolores. Se lo digo yo, que justo estaba en el norte cuando mi vieja se murió. “No te vayás, quedate unos días más”, me decía. Y yo que no, que tenía un trabajo en La Rioja, y que no me iban a esperar. Y mi vieja que insistía. Pero claro, cuando uno es joven se cree que se lleva el mundo por delante, y que todos tienen la obligación de esperarlo. No es así, creamé, no es así. No alcanzo a llegar a La Rioja que me avisa mi hermano que la vieja había tenido un ataque. No me daban las piernas para volver. Pero ya era tarde. En el cajón la vi. Y ella que me decía, “no te vayás, quedate unos días más” me decía.

Osvaldo tuvo el deseo de contestar que en cambio él volvía para matar a su madre, según el mandato de su hermana Elena, pero se quedó callado. No le pareció que el viejo taxista fuera a entender el misterio de su familia.

Las calles de esa ciudad que era la suya pasaban lentamente fuera del automóvil, que parecía buscar todos los huecos del martirizado pavimento para meterse en ellos y dar saltos como martillazos.

Bajó en un hotel desprendiéndose como pudo de las argumentaciones del taxista acerca de la conveniencia de que no demorase la visita a su madre y que por qué no iba directamente a verla, quién sabe el alegrón de la pobre vieja, y muchas otras

frases más que quedaron atrás cuando al fin pudo cerrar la puerta del automóvil y entrar en el hall. Antes de quedar fuera del alcance estentóreo del taxista, escuchó que éste gritaba asomado a la ventanilla del vehículo:

-¡Mi abuelo siempre me decía: “*chi ha la mamma non piange*”!

Subió a su habitación y se tiró en la cama a mirar el techo. Estaba agotado. No sabía si por el viaje o por la idea misma de que llegaba a ese lugar, a esa ciudad en la que había nacido y que en el fondo no reconocía ni tenía interés en hacerlo, para matar a su madre. A su madre que no veía hacía veinticinco años.

En estos pensamientos vagaba su mente, y se fue quedando dormido, vestido sobre la cama, con los pies colgando, medio atravesado.

Sañaba que estaba en una suerte de isla, un lugar deshabitado pero lleno de extraños rumores y colores. Caminaba solo atravesando selvas de plantas desconocidas y lianas, sorteando cauces de aguas verdes y melmosas, y llegaba a un claro en el cual se erguía una especie de estatua, o un tótem de alguna divinidad desconocida. Se detenía frente a ella y la miraba hacia arriba, ya que era muy alta, y parecía hacerse más alta. Y entonces la divinidad representada por esa efigie indescifrable hablaba con una voz neutra y potente: “*tenés que matar a tu madre*”, y estas palabras resonaban en toda la isla con la potencia de un maremoto que hacía ondular bajo su fuerza ciclópea todos los elementos que conformaban la realidad, esa realidad maleable de selvas y cauces. Perdía pie en el movimiento de la tierra y caía sin llegar nunca abajo, y sobre él la divinidad se derrumbaba y lo seguía en un vertiginoso descenso hacia la nada.

Se despertó sudando, con la ropa hecha una esponja, con la sensación de haber subido a una montaña.

En la anodina noche del hotel, se preguntó qué necesidad tenía de estar allí, de realizar una búsqueda que sólo podía agregar inquietud a la gran inquietud de su vida. La opresión bajó desde su cabeza a su pecho y por un minuto dificultó su respiración. Se sentó en la cama y trató de respirar hondo. El aire oscuro y denso de la habitación se colaba con torpeza por sus pulmones, como un líquido lento. Cerró los ojos para

saborear otra oscuridad que no fuera la oscuridad de ese dormitorio impersonal, aspiró profundamente, y poco a poco sintió la tranquilidad regresar a sus miembros y a su pecho.

Salió de la cama doble y se dirigió al baño. Estuvo mucho rato bajo la ducha caliente, dejando correr esa agua que no debía ser extranjera pero sentía extranjera sobre su cuerpo también extranjero él en su propia tierra de origen. Se afeitó tratando de no mirarse demasiado en el espejo desconocido, se vistió y salió a la calle.

La noche aún no definía su relación con el alba, y se estacionaba sobre las copas de los enormes plátanos que entretejían desde los bordes de la calle una maraña de sombras aún más oscuras que el denso cielo sobre el mundo sin nadie.

En la esquina había una gran estación de servicio con un amplio drug store al estilo norteamericano, iluminado como una nave espacial en la inmensidad de la noche. Eran sólo algunos pasos, sin embargo llegar le costó un tiempo imprevisto, como si las vidrieras silenciosas se alejaran ex profeso de su camino a medida que él avanzaba. Se concentró en lo que hacía, deseó estar allí adentro, sentarse a una mesa y tomar café, y entonces fue como si sus pasos se aferraran al suelo nuevamente sólido de la vereda y emprendieran la verdadera marcha hacia su meta. Llegó al bar y la puerta automática lo saludó con un sibilante deslizamiento de sus goznes invisibles. Miró las máquinas de café, las vitrinas de comida, y eligió una taza de café doble. Con unas pinzas de metal sacó él mismo dos medialunas de un estante cubierto de vidrio, y puso todo en una bandeja, junto a los sobres de azúcar y la cucharita de plástico. En la caja, la empleada trasoñada lo miró sin verlo, entretenida en hipnotizarse a sí misma con la pequeña pantalla de un televisor que colgaba de la pared cercana. Pagó y se dirigió a una mesa junto a la vidriera que daba sobre la calle.

Se entretuvo mirando la calle vacía. Podría haber sido la calle de cualquier ciudad del mundo, pensó, y sin embargo era su ciudad. La ciudad en que había nacido. ¿Alguna vez, de niño, habría estado en esa calle? Cuatro años no son gran cosa en la vida de una persona, y tal vez ni siquiera alguien de su familia lo había llevado al centro de esa ciudad de provincia antes de decidir por él que el exilio era la mejor posibilidad para el niño que era entonces. Ahora no podía sentir nada por esa ciudad, por esas calles profusamente arboladas, por esas vidrieras tan

impersonales como lo podían ser las vidrieras de cualquier sitio. Pensó en Roma y un ramalazo de nostalgia pasó por su pecho. Nunca se había planteado si amaba a Roma más que a Mendoza. Ahora sentía que amaba el tiempo transcurrido en esa ciudad, allá del otro lado del océano, la ciudad erguida sobre las ruinas del último imperio de la Antigüedad. La ciudad de su última vida, cuyo cielo conocía tan de memoria que ni siquiera necesitaba recordarlo, como no conocía en cambio este otro cielo que tardaba en surgir de entre la maraña sombría de los plátanos. Comprendió entonces que el tiempo era la mayor distancia que se podía poner entre las cosas y los seres de la existencia, porque el tiempo era la verdadera materia de la existencia, y no existía otra materia que el tiempo. Veinticinco años sin estar en su ciudad natal habían establecido la distancia necesaria para que su corazón no sintiera nada ante esas calles, ante esos árboles ni ante esa noche cargada de presagios. Esa misma distancia lo separaba de su madre, de la mujer que alguna vez había sido su madre, y por la cual no experimentaba ningún sentimiento, más que la insana necesidad de cumplir un rito sin el cual no podría completar el ciclo que lo devolviera a su propia órbita, al centro que añoraba y que necesitaba.

Cerró los ojos y apretó los párpados con fuerza. Deseó que terminase esa noche y que el día se instalara en esa ciudad para que él pudiera hacer lo que había venido a hacer.

Cuando abrió los ojos, la luz recién estrenada de la mañana descendía licuada desde las copas de los árboles y pavimentaba de blanco las veredas de baldosas de colores y el cemento de la calle.

Dejó la bandeja sobre la mesa del drug store y salió a la vereda a buscar un taxi. Caminó los pocos pasos que lo separaban de la esquina y subió al primer y único auto que se acercaba por la avenida principal. Le dio al chofer la dirección del caserón del barrio San José y se dedicó a mirar por la ventanilla.

Pasaron las calles con sus arbolados mudos, delineadas por las acequias a veces invisibles; los negocios con sus carteles de colores y después un parque largo que bordeaba un gran canal de piedra. Osvaldo pensó que esa ciudad debía haber sido planificada como una ciudad acuática, llena de arterias y canales para la circulación del agua, como si hubiera emergido de un río ancho y trepidante, poniéndole piedras en su camino y haciendo

crecer árboles en sus muchas riberas para establecer el orden tan necesario a los seres humanos, el orden que les da la seguridad de la existencia y sin el cual se sienten perdidos, porque la vida es demasiado abierta y caótica, y solamente las paredes dan abrigo.

El automóvil se detuvo ante la numeración que le había indicado Osvaldo, y en el momento de pagar, se dio cuenta de que el chofer era una mujer, una mujer joven sin maquillaje, con el cabello hirsuto y colorado atado sobre la nuca y unos ojos muy grandes y acuosos. La mujer tampoco parecía haberlo visto a él, y Osvaldo pensó si no sería transparente, si la inconsistencia que tenía esa ciudad para él no se habría transmitido a su misma presencia en esa ciudad, y lo habría vuelto invisible. Pero entonces, ¿su madre lo vería cuando estuvieran frente a frente?

Bajó del coche y se quedó parado frente a la casa de su infancia. No la recordaba, pero en su mente recuerdos, relatos e imaginación componían una sensación de ya visto, como si en verdad la recordase.

La verja baja, de hierro blanco simétrico, el espacio de los canteros, con alguna planta raquítica que se preguntaría qué hacía allí, entre esas arcaicas baldosas desteñidas, en lugar de estar en un verdadero jardín; la pared redonda junto a la puerta de entrada, y la mayólica con la adoración de los reyes ante el pedestal de una Virgen coronada con el niño. La puerta misma, con una ventanita minúscula de vidrio inglés, y el timbre esquivo que no invitaba a ser tocado.

Osvaldo se quedó mirando esa imagen arqueológica de su pasado y se dio cuenta de lo intrascendente que es el pasado mismo frente a la indiferencia de los materiales. Que en esa casa se hubieran desmadejado los desencuentros que entretejieron la historia de su familia, le resultaba casi ajeno, porque él no recordaba esa casa. Y tenía la certeza de que el tiempo tampoco recordaba, sino que resbalaba sobre las cosas, desgastándolas de a poco, para perpetrar su verdadera tarea, que era destruir todo lo que el hombre con infinita paciencia erigía en la estúpida esperanza de que durase para siempre.

Nada tenía que ver con Roma, con su existencia hacia adentro contemplando las altas fachadas decimonónicas desde la terraza del departamento de Via Magenta; con las lecturas



interminables de la tía Loreto junto a la ventana desde la cual el cielo escuchaba con más atención que él mismo, sumido la mayoría de las veces en las neblinas de un pensamiento que no podría definirse pensamiento, porque líneas claras no lo conformaban, sino sensaciones, imágenes restallantes contra fondos inusitados, que tan pronto aparecían como se borraban en la recurrente neblina de su atención, ya dispersa, ya adormilada, ya atenta obsesivamente por una frase repetida que taladraba el cemento de toda lógica para terminar desapareciendo también ella, engullida en la sombra más allá de toda comprensión.

Y las macetas de geranios, y la pasionaria que enmarcaba la ventana, y la imagen de la tía Loreto sentada con un libro en la mano.

Esa casa del barrio de San José, en cambio, era única. No podría haber otra casa como esa casa, a pesar de que mirando las calles asoleadas y pisoteadas por la humildad y los pasos reiterados de vidas signadas por el esfuerzo, Osvaldo comprendía que en Mendoza, como en Argentina, como en toda Latinoamérica, existirían millones de casas como ésta, anodinas, vetustas, aplastadas por el tiempo como hojas de un árbol que caídas en un montón de tierra se niegan a desaparecer y persisten con su forma y sus nervaduras cuando ya es totalmente inútil, y el río del tiempo las arrastra como esqueletos de lo que fue y no volverá a ser, mezclándolas con otros miles, millones de resabios de existencias pasadas para siempre y acomunadas solamente por el olvido.

Porque era su historia lo que había sucedido tras esas paredes, pero no le pertenecía. Como sentía que nada allí le pertenecía verdaderamente, y que sólo tenía que cumplir un paso más para desligarse de esa misión absurda y de ese lazo inútil que lo mantenía atado a una existencia de la cual no recordaba nada, nada más que las noches entre los brazos de su padre, y su voz contándole sobre el viaje hacia la Luna en busca del conejo encerrado, y la nave espacial, y el cabello dorado y los ojos azules de su amigo Pedro.

Cuando estas palabras terminaron de formarse en su mente, como el diseño inesperado y frágil que dejan esos moluscos en la arena de la playa, cuando se retiran las olas y un rastro de arabescos dibuja minúsculas huellas que muy pronto también desaparecerán alisadas por una nueva ola, un rayo fulgurante encegueció su pensamiento y Osvaldo cayó sobre sí

mismo, primero por dentro, donde se derrumbó el edificio de su mente como un mazo de cartas, como una ciudad de cristal azotada por la furia improvisa y letal de un maremoto. Y después por fuera, su cuerpo desmantelado como si una mano invisible le hubiera arrebatado los huesos y lo dejara caer en la vereda matinal con el rumor de un agua que se deshiela y se rompe bajo el peso implacable de la atmósfera.

## **El origen de la tragedia**

### *El estertor de Tadeo y el viaje de Loreto*

Una tarde de ésas en que el recuerdo se filtraba por debajo de la puerta del alma como un vapor invisible y húmedo, Loreto invitó a Tadeo a su habitación. La casa estaba sola y Loreto quería compartir esa magnífica soledad con su amigo. Poco tiempo después, Carla se habría llevado a Tadeo para siempre, si el siempre podía existir en un mundo al cual Loreto había subestimado en su poder destructor.

Tadeo miraba los anaqueles repletos de libros sobre la cama sencilla, y la mesita en la cual pilas de otros libros acompañaban a un frasco con las primeras rosas de octubre. Loreto estaba sentada en la única silla de la habitación, y Tadeo se sentó en el borde de la cama.

-Bueno, espero que me sigas prestando libros. Vamos a seguir siendo vecinos, no nos vamos tan lejos- dijo Tadeo.

-Claro. No. Es decir, no se van tan lejos. Pero bueno, vas a trabajar todo el día y no creo que te queden ganas de ponerte a hablar de literatura cuando vuelvas a tu casa.

-Va a ser distinto, sí- Tadeo bajó la cabeza. Había algo en Loreto que lo hacía sentir culpable, pero no sabía qué era.

-Lo mismo. Los libros siguen aquí, y yo también. Ahora justamente iba a empezar a leer las obras de Shakespeare, ¿te acordás que una vez me leíste un soneto? Bueno, me dieron ganas de leer las obras de teatro. Para cambiar un poco.

-Para cambiar un poco- repitió como un autómatas Tadeo y no sabía lo que decía, porque un inesperado impulso lo empujó hacia Loreto, hacia esa mujer de treinta años y cabello negro que le había enseñado a leer y que de un modo indudablemente injusto se iba a convertir en parte de su familia.

Tadeo se inclinó a los pies de Loreto y arrodillado en el suelo le abrazó las rodillas. Parecía un antiguo héroe derrotado, de ésos mitad hombre y mitad dioses, un Aquiles hermoso y pensativo ante la estatua de una divinidad a la cual pedía un favor celeste. Loreto permaneció inmóvil pero sólo unos segundos, porque libre un instante de ella misma, liviana, llena de dulzura, su mano empezó a acariciar ese cabello dorado que tantas y tantas tardes había visto ondularse, deshacerse y volver a curvarse gentilmente sobre el rostro iluminado de Tadeo, al compás de las apasionadas lecturas en el umbral.

Fue este gesto, o la luz de la tarde en la casa vacía, y Tadeo se levantó lentamente y la abrazó, en un abrazo que muy pronto se convirtió en un beso. Tadeo no comprendía si era deseo o justicia. Cómo fue que esa tarde Loreto llevaba un vestido que se desabrochaba enteramente por delante, y que Tadeo llevaba una camisa blanca y un pantalón muy liviano, lo supieron solamente los incontables libros que desde las paredes de la habitación los vieron abrazados con una urgencia rara, que nunca habían tenido cuando en otros tiempos, tiempos ya perdidos para siempre, leían juntos.

El joven hijo de polacos no tenía la experiencia suficiente para saber la diferencia entre una mujer virgen y quien no lo era, aunque la teoría le decía que la dificultad para penetrar ese cuerpo delgado y en cierto modo severo de Loreto se debía a que era el primer hombre. Y para él, ella era la primera mujer. No había modo de que ese acto impensado y anacrónico tuviera la magia y la sensualidad que hubiera debido tener si las cosas del mundo fueran como debieran ser, al menos como Loreto creía que hubieran debido ser, basándose en las historias que había leído tantas y tantas veces en los libros. Pero la tenacidad de Tadeo para entrar en su cuerpo, y la generosidad que ella demostró para abrirle el camino, sin duda fueron posibles solamente por un acuerdo mutuo, un acuerdo cuya cifra había sido inscrita años antes en un intercambio intelectual que no había previsto futuro.

Tadeo descargó en el cuerpo de Loreto veinticinco años de juventud, lecturas y charlas. Con una fuerza desmedida, perforó el silencio de Loreto con su miembro poderosamente erecto e inapelable, y eyaculó amistad y pasión por ese orificio que sólo para él había permitido tal ímpetu de descontrol, mientras atesoraba todo ese líquido que venía a humectar definitivamente lo que de otro modo se hubiera convertido en un páramo.

Con un estertor descomunal, un gemido que quiso ahogar y no pudo, en el que huyeron infancia y adolescencia al jardín al cual nunca se regresa, Tadeo terminó su acto abrazado a la cintura de Loreto, vacío y liviano como un maniquí de sí mismo, y ella con los ojos abiertos miraba su cabeza rubia y su cara transformada por el espasmo, para no olvidar.

No le importó que Tadeo fuera el prometido de su hermana, porque consideró que a la vida le habían importado bien poco quince años de descubrimientos compartidos y de

viajes en la fantasía. Siguió abrazándolo largo rato, aun cuando Tadeo había salido físicamente de ella dejándole lo que ya no le daría a su hermana ni a nadie, y que ella llevaría en sí durante toda su vida, ahora que había comprendido que la vida podía ser tan terriblemente dura y tan hermosa.

Los días siguieron con la inocua monotonía que enmascara los grandes acontecimientos.

La vida del viejo barrio transcurrió apacible, y nada hubiera denunciado una irregularidad en el curso del Sol y de las estrellas para el firmamento de esos seres humanos que estaban al borde de una catástrofe de dimensiones cósmicas.

Loreto entendió inmediatamente que estaba embarazada. No tanto por la interrupción de su ciclo menstrual cuanto por la sensación de haber traspasado un umbral del cual no se volvía. Su cuerpo se estaba dulcificando con el pasar de los días, y las noches, desde la tarde en que Tadeo la había llenado de su impetuosa juventud, se habían aterciopelado extrañamente. Extrañas también le parecían las páginas de sus libros, como si durante todos esos años hubiesen celado secretos que ahora empezaban a liberar, en cada renglón, hasta en la textura del papel, secretos tácitos, más de los sentidos que de las palabras, como un secreto de los sentidos era lo que llevaba en el vientre.

Los preparativos para el casamiento de Tadeo y Carla avanzaban con la natural impaciencia con que avanzan todas las estafas de la vida, y ambas madres ya hacían poco para celar el acuerdo que las había hermanado en tan excelsa misión, cuyo éxito estaba más que certificado al ver la ingenua predisposición de esos dos jóvenes tan mansos para seguir los designios maternos.

Noviembre llegaba a su crepúsculo cuando Loreto pensó que debía hablar con su hermana. No para impedir el casamiento ni mucho menos, sino para asegurarla de que Tadeo sería su esposo sin obstáculos, y que ella se haría cargo de su estado sin interferir en la unión de la pareja, que ya tenía tantas bendiciones, además de las canónicas bendiciones de sus respectivas madres y padres.

Fue una tarde, que se hubiera dicho propicia para las lecturas en el umbral, y en cambio solapadamente preparaba la desgracia, cuando Loreto interpeló a Carla en su misma habitación, frente a los libros que ya habían visto bastante pero

parecían siempre dispuestos a guardar el secreto. Le dijo escuetamente que había tenido una suerte de encuentro y de despedida con Tadeo –y al hablar Loreto se daba cuenta de que para qué se había metido en ésas si no sabía cómo explicar lo que había pasado. En fin, que ella se había quedado embarazada no por repetición e insistencia, sino por mero capricho de la singularidad. Y que no tenía ninguna intención de esgrimir ese hecho para arruinar el inminente matrimonio, y que para eso había decidido comunicar la nueva a sus padres después de que Tadeo y Carla hubiesen partido a la proyectada y humilde Luna de miel.

Carla se quedó mirándola como se quedaba mirando a su hermana años antes, cuando todavía Loreto trataba de explicarle el argumento de una novela. Todo le parecía tan tremendamente extraño y difícil de digerir que ni siquiera era necesario repetirlo. Miraba a Loreto y a ésta se le agotaban las palabras, que nunca había tenido muchas, como siempre se le habían agotado frente a la inercia del carácter de su hermana.

-¿Me tengo que casar lo mismo?- preguntó Carla tras la revelación que hubiera debido cambiarle la vida y que en cambio ella consideró más una inesperada novedad que un verdadero drama.

-Por supuesto. Yo se los diré a los papás mucho después. Todavía tengo que pensar en lo que voy a hacer yo misma, no es momento de cambiar todo lo que estaba planeado- decía Loreto y mientras pronunciaba estas palabras pensaba que en realidad para su madre hubiera sido un disgusto mayor suspender el casamiento que la propia noticia de su embarazo.

Carla se quedó pensativa pero no profirió una sola palabra de reproche contra su hermana mayor, a la que nunca, y ahora menos que nunca, había podido comprender demasiado. Con todos esos libros y esa vida de encierro y lectura. En el fondo tal vez tenía razón su madre cuando decía que los libros le habían arruinado la vida. Y acto seguido pensó que los hijos que sin duda ella tendría con Tadeo serían una suerte de hermanos del hijo de Loreto.

En este pensamiento estaba ocupada, mientras Loreto vagaba con los suyos sentada en el borde de la cama en donde poco tiempo antes se había sentado Tadeo, cuando éste irrumpió en la casa y ambas fueron llamadas por su presencia nimbada por la belleza que otorga lo que está a punto de concretizar su

fugacidad y por lo tanto resplandece con aún más delicadeza en un mundo en el cual todo pretende durar y trascender.

Tadeo las miró a ambas con el amor que expresan las personas puras de corazón. En todo caso, se hallaban ante él las dos partes de su amor: el intelecto y el cuerpo, las dos en la misma habitación en la cual él había encontrado ambas cosas en una sola hermana poco tiempo antes. No sentía remordimiento por lo que había sucedido antes en esa misma habitación, y hasta quizás se lo hubiera contado a Carla, cuando Loreto empezó a hablar con su habitual poder de síntesis, y Tadeo no tuvo otra salida que el estupor. Se sentó también él en la orilla de la cama, ahora por fin al lado de Loreto, y después de una breve cavilación, le preguntó a rajatabla:

-¿Entonces me tengo que casar con vos en lugar de casarme con Carla?

Loreto casi se ríe de una tan estúpida conclusión, que quizás no hubiera sido tan estúpida si las cosas o las personas o los hechos, o quién sabe qué, hubiesen sido diferentes, alguna vez, para ella. Por eso respondió con voz tajante pero no exenta de ternura:

-No seas tan tonto, Tadeo. ¿Cómo se te ocurre? Yo no voy a decir nada por ahora, y cuando se sepa, ya las cosas estarán arregladas para ustedes dos. Después veremos cómo se soluciona mi situación –y diciendo esto se imaginaba la cara de su madre si le llegaba con la noticia de que la boda se celebraba, pero la novia había cambiado, aunque no debería preocuparse tanto, porque siempre una hija suya iba a ser.

Y para evitar que el tema se empezara a enredar en elucubraciones que a nada los llevarían, y aprovechando que el calor arreciaba y la luz de la tarde amenazaba con enceguecer cualquier razonamiento, Loreto propuso a su hermana y a su novio y en realidad también padre del hijo que ella misma iba a tener, que fueran hasta la plaza a tomar un helado.

Carla y Tadeo coincidieron en que se trataba de una excelente idea, y salieron junto con Loreto de esa casa que ya contenía demasiados secretos. Salieron a la vereda donde nunca más los dos jóvenes lectores se reunirían a comentar libros, y empezaron a caminar por la avenida rumbo a la plaza de San José, frente a la cual estaba la iglesia neogótica, y en otra esquina la tradicional heladería llamada Italia.

Caminaban los tres sin poder evitar que los pensamientos les impidieran hablar, tan concentrados estaban en dilucidar por

qué juego del azar se encontraban ahora en tan singular situación, y cuáles serían las próximas movidas que los reubicarían en el tablero de la existencia.

Tan concentrados caminaban los tres, las dos hermanas, una castaña y la otra de cabello negro como el azabache, y el ángel rubio en el medio, compartido en cierto modo por las dos, amado en cierto modo por las dos, y en cierto modo a punto de perder los frágiles soportes que lo aferraban a la vida, cuando no vieron que en la justa dirección de su camino avanzaba, disparada como un rayo divino, una bicicleta.

Lo cierto era que habiendo veredas los tres no hubieran tenido ninguna razón para caminar por la calle, hecho que habló a favor de Agostino cuando se labró el acta del accidente. Explicación no había, porque para los grandes desastres de la humanidad no existen explicaciones, y lo único que se pudo argumentar en la reconstrucción del hecho fue lo que dijo Loreto: que les gustaba caminar por la calle porque estaba más ventilada que la vereda. Sentada en la comisaría junto a Carla, mientras Tadeo era llevado al hospital, Loreto pensó que ese muchacho que los había atropellado era un verdadero tarambana.

A partir de ese momento, los hechos se encadenaron con precipitación, como si la muerte, ya cumplida su misión, tuviera prisa por cerrar el caso y que los que quedaban se las arreglaran como pudiesen hasta que ella volviera a buscarlos.

Mientras los preparativos de la fiesta se volvían funeral y el más sorprendido que apesadumbrado Agostino no sabía si dar el pésame o pedir perdón a esa bella muchacha a la que había dejado viuda antes de que se pudiera casar, Loreto decidió que era conveniente avisar de su estado a sus padres. Confió en que el viejo refrán de “a río revuelto ganancia de pescadores” le ayudaría a sobrellevar la rabieta que les iba a dar, y aprovechó una de esas noches que siguieron al reordenamiento de la situación familiar para contarles que estaba embarazada, y que el padre de su futuro hijo era el difunto Tadeo, que igualmente se hubiera casado con su hermana de no haber muerto tan estúpidamente atropellado por una bicicleta.

En un instante de vértigo cósmico, la señora Lombardi pensó que todas las desgracias del cielo se habían abatido sobre su humilde cabeza, y eso sería quizás el castigo por haberse



casado con un ateo anarquista, que ya se lo decía su madre. Aunque su propia madre no era la más indicada para conjurar castigos del cielo, alcanzó a pensar la señora Lombardi acordándose de su propia génesis y las de sus hermanos. Y para la mente y la convicción de la madre de Carla y Loreto, dios siempre castiga, y antes o después le tenía que llegar a ella, aunque hubiera llevado una vida de penitencia agachada sobre los pisos y sobre la máquina de coser, con el único pecado de soberbia de haber tratado de aparentar más de lo que eran para que esas dos inconscientes de sus hijas tuvieran un pasar en la vida. Miró a su hija mayor primero con la sorpresa de la noticia e inmediatamente con tanta ira, que Loreto no se dio cuenta del momento en que se le acercó y le dio tremenda bofetada, tan fuerte que parecía que hubiesen estrellado un plato contra los azulejos verdes que tapizaban la pared sobre la mesada de la cocina.

-¿Lo hiciste a propósito?- fue la pregunta airada de su madre, que sentía sobre su cabeza no sólo el fracaso de sus planes familiares, sino la sombra del oprobio que se cernía ineluctable sobre su familia para ennegrecer los años que le quedaban de vida.

Su padre no dijo nada. Se limitó a agarrarse la cabeza entre las manos, sentado a la mesa de la cocina, y no la levantó ni siquiera cuando la hija se marchó a su habitación, insultada por su madre que parecía atrapada entre una pared de acero y las garras de un monstruo horrible, el monstruo del qué dirán.

En los días que siguieron, la familia de Tadeo se sumió en un luto sin palabras que a duras penas podía justificarse con la creencia inapelable de que semejante desgracia había sido la voluntad de dios, mientras que la madre de Carla y Loreto había prohibido la salida a la calle de sus hijas, la casi viuda y la pecadora, y sobre todo, había amenazado a Loreto con algo muy semejante a la pena de muerte si llegaba a decir algo de su estado a la familia de sus vecinos polacos. A ninguno de ellos se les ocurrió que tal vez el embarazo de Loreto, si hubieran tenido menos prejuicios y menos temor de los comentarios de la gente, podía haber sido un verdadero consuelo para los padres de Tadeo.

Pasaron aún más días hasta que la madre de Loreto la llamó a la cocina, verdadero centro de congresos de esa casa, en

donde la esperaba su padre sentado a la mesa, como si no se hubiera movido de allí desde la noche de la bofetada.

-Te vas a ir a Tucumán con tu padre- anunció la señora Lombardi, con un tono de voz que hubiera sido más dulce o factible de apelación si hubiera pronunciado la condena a muerte de un pluriasesino. -Y te vas a quedar un tiempo hasta que se solucione este problema. A los vecinos les vamos a decir que estás enferma y que te vas a quedar una temporada en la casa de unos tíos.

Loreto miró a su padre, cuyo rostro no expresaba nada. ¿Para eso había venido de Italia tras los pasos de Severino Di Giovanni? ¿Acaso una vez no las había llevado a Carla y a ella al cementerio de La Chacarita para ver su tumba, y había repetido ante la lápida su frase preferida “cualquiera que niegue la autoridad y luche contra ella es un anarquista”? ¿Cuántas veces les había contado la historia de la taza de café que pidió Di Giovanni antes de que lo fusilaran, y que había rechazado porque tenía poca azúcar, agregando que la próxima vez sería mejor? Tanto anarquismo para doblegarse al qué dirán.

No tenía posibilidad de rebelarse contra las disposiciones de sus padres, que eran las de su madre, y ahora se veía claramente quién dirigía los destinos de esa casa. Pero Loreto se dijo que para ella estaban muertos, y desde ese momento ella también se comportó como una muerta.

## Más allá del umbral

### *Segunda puerta: Revelaciones de Juana Occhipinto y mermelada de nísperos*

Antes de abrir los ojos, un reguero de lágrimas involuntarias ya se había derramado de ellos, a tal punto, que la mujer que estaba a su lado junto a la cama no daba abasto para secarle la cara, y se lamentaba como debe haberse lamentado Electra sobre la sepultura de su padre, impotente y preocupada, mientras le pasaba y repasaba un trapito o algo con la textura de una tela, sobre la cara y la frente, y le sobaba las manos con fruición.

Cuando al fin Osvaldo despertó de ese trance, ojos y mente le ardían como si hubieran sido puestos sobre un brasero. Vio la cara de una mujer vieja inclinada sobre la suya. Los pequeños ojos oscuros agigantados por unos anteojitos de densos cristales redondos, se abrían paso entre las arrugas de los párpados, y las manos sarmentosas pero suaves le colocaban paños mojados en la frente con una amable solicitud.

-Ay joven , qué susto me ha dado.

Osvaldo la miró a través del fuego de sus ojos recién abiertos a la lava ardiente del aire, y le preguntó:

-¿Qué pasó? ¿Adónde estoy?

-En mi casa, mijito, no se preocupe. Se ha desmayado en la vereda. Cuando yo salía a barrer me lo veo que cae redondito al suelo justo enfrente de la puerta de mi casa. Imagínese el susto que me he llevado. Yo aquí solita y sin nadie en la calle que me diera una mano. Pero le he pedido a San Cayetano que nunca me falla y ya veo que esta vez tampoco, porque usted se despierta y habla. Falta de azúcar debe ser, a mi hermana la difunta le pasaba lo mismo, dios la tenga en la gloria. Estaba de lo más bien, hablando conmigo, cuando de repente se me desmayaba y no había nada que hacer. Yo le ponía una cucharadita de azúcar debajo de la lengua y ahí empezaba a reaccionar la santa. Pero no se asuste, no murió de eso la pobrecita, aunque ya bastante había sufrido con esa enfermedad. No, me la llevó un disgusto, que nunca faltan en este valle de lágrimas.

Osvaldo escuchaba hablar a la mujer y cerraba los ojos para calmar el ardor que le producía el contacto de sus pupilas con el aire de esa habitación. La charla de la mujer se difundía

por todo el ámbito alrededor de esa cama extraña en la que estaba acostado, y la mano de la extraña le sacaba y le cambiaba paños húmedos sobre la frente ardiente. En uno de esos momentos en que la lucidez encendió su luz indiscutible tras los párpados cerrados, comprendió que se hallaba dentro de la casa, de su propia casa de la infancia, en una de las habitaciones en que había nacido y vivido los cuatro primeros años de su vida. Esta revelación le hizo abrir los ojos con tal intensidad, que la mujer dijo:

-No se esfuerce, joven, que está muy débil todavía. Quédese acostado y descanse mientras cambio el agua con vinagre por otra más fresca, que con las calenturas que tiene en la cabeza casi me la hace hervir, mire cómo se ha puesto de caliente el trapo- y diciendo esto mostraba un paño blanquecino empapado, como si mirándolo Osvaldo pudiera comprobar la temperatura del agua.

La vieja, que era pequeña y achaparrada, salió de la habitación, y entonces Osvaldo se incorporó sobre los codos y miró a su alrededor. Era una estancia muy grande y alta, sin ventanas, con una puerta delante, por donde había salido la mujer, y dos puertas laterales. El cielorraso lejano era de lienzo pintado, atravesado por finos listones de madera. El único mobiliario era la cama en donde él mismo se hallaba, junto a la cual había una austera mesa de luz con un quinqué, y un ropero de dos puertas sobre la pared derecha. La palabra lujo sin duda era extranjera en esa casa.

Volvió a recostarse y cerró los ojos, dando gracias a esa amabilidad provinciana que hubiera sido muy difícil de encontrar en el país del cual provenía.

Quiso pensar en esas cosas, y en la casa silenciosa en la cual había entrado de manera tan inusual, para no regresar con su mente al pensamiento que lo había fulminado como un fuego súbito en la vereda. Cerró los ojos y apretaba los párpados como si ese intento de no ver le permitiera no ver tampoco hacia adentro, ese adentro en donde se superponían imágenes y palabras antiguas, ahora derramadas sobre su memoria como el torrente de cosas viejas que cae de un armario atiborrado cuando un descuido abre sus puertas. Ahora había que mirar lo que las puertas abiertas habían dejado a la luz, y todo estaba a su alrededor, a sus pies.

-Ya estoy mejor, señora.

-No me diga así. Yo me llamo Juana. Juana Occhipinto.

-Yo soy Osvaldo. Muchas gracias por todo lo que ha hecho.

-Imagínese joven, no es nada. Yo vivo aquí solita. No lo debería decir, por las cosas que pasan, pero yo estoy acostumbrada a lo de antes, cuando la gente no tenía miedo de abrirle las puertas de su casa a nadie. Es que no había tanto malviviente como ahora. Claro, los tiempos han cambiado mucho, pero qué le voy a hacer. Yo soy una vieja, ¿y qué me van a robar, si no tengo nada?

Osvaldo se incorporó nuevamente sobre sus codos y se sentó al borde de la cama. Reunió fuerzas y se sintió mejor. Escuchaba a esa pequeña mujer que resumía la existencia de manera tan sencilla, y casi sentía la envidia por una vida llana, sin sombras, donde no había nada por descubrir, pero tampoco nada que temer, más que la muerte. Y en una vida de tal índole hasta la muerte debía ser amable y doméstica.

-Doña Juana, ¿puedo mirar su casa?

-Dígame Juana no más. Yo soy señorita, y me hace sentir vieja si me dice doña- replicó la anciana con una sonrisa destartalada en su boca pequeña de dienteitos amarillentos.

Recorrieron el salón de la pared redonda, con sus muebles pretenciosamente elegantes, y que sólo eran viejos, y estaban allí siempre a la espera de un uso que nadie les había dado ni les daría en la vida de esa mujer solitaria y vieja.

La cocina rectangular y penumbrosa estaba amoblada únicamente con una mesa de madera basta cubierta por un mantel de hule aferrado con chinchas a los bordes desgastados, y dos sillas de totora. Desde la puerta de la cocina Osvaldo tuvo una perspectiva general de la casa, que le pareció inconmensurablemente más pequeña que su fragmentario y lejano recuerdo, recuerdo hecho más bien de los recuerdos comentados por su tía Loreto que de imágenes guardadas en propia mente.

Pensó que la disposición de esa casa vieja en cuyo cielorraso las manchas irregulares como nubes de crepúsculo, de un crepúsculo inmóvil, denunciaban las múltiples goteras no reparadas del techo, era a decir poco un delirio. Imaginó que originalmente esa galería central tan espaciosa inútilmente, ya que en el fondo seguía siendo un lugar de pasaje, debía haber estado abierta al exterior, por eso la habitación en la cual había

estado acostado no tenía ventanas. Incluso la habitación del fondo, la que daría al patio de ladrillos con su parral y desde la cual contemplaba la Luna con su padre, sin duda era un agregado posterior, y quizás la otra, el dormitorio matrimonial de sus padres, también. El conjunto había dado una combinación desarmonica de espacios y materiales que conformaban ambientes amplios y vacíos, llenos de sombra, con mala ventilación, y absolutamente antifuncionales. Sin embargo, la casona no dejaba de tener su fascinación, quizás porque Osvaldo sabía que en ella se había desarrollado la etapa más importante de la vida de su familia, la familia que ya no existía y por la cual, sin embargo, ahora estaba allí.

Evitó cuidadosamente asomarse siquiera a la puerta del pequeño corredor que daba al baño, y se apuró por entrar en su vieja habitación. Era una pieza más pequeña que las otras, las antiguas, con piso de madera (recordaba, eso sí, que en las noches crujía tanto que él temía que fueran los pasos sigilosos de los fantasmas que venían a buscarlo). Adonde antiguamente había dos camas gemelas, ahora había sólo una, que parecía no haber sido usada durante años, y en el lugar del roperito de tres puertas de su infancia, se emplazaba una cómoda anticuada con un mármol sobre el cual redondeles de macramé servían de base y altar a varios objetos de una cursilería indiscutible. Estatuitas de santos y cajitas de los materiales más variados adornaban la superficie del mueble, haciendo honor con sus desteñidas presencias a las carpetitas tejidas a mano. En la pared había un cuadro con una imagen de Jesús con el corazón sangrando.

Osvaldo se encaminó directamente a la ventana de la pared del fondo, y desde allí contempló el patio de ladrillos rojos y el viejo parral que lo tatuaba de sombras frescas y movibles.

Detrás de él, la vieja caminaba con su paso jorobado y hablaba:

-Ésta es la pieza de mi hermana Sara. La pobrecita cuánto agonizó en esta cama. Pero yo la he dejado tal cual, con todas sus cosas, y siempre la limpio. Estábamos la dos solitas desde que murió nuestra madre. Porque la cuidamos veinte años. Antes no era como ahora que se llevan a los viejos no se sabe adónde, porque claro, en la casa molestan. A mi mamá no le faltó el cariño de sus hijas hasta el último momento. Y la velamos allí, en la galería –y señalaba con la mano sarmentosa que salía desde debajo de quién sabe cuántos estratos de prendas

de tejidos indefinibles, todas cubiertas por una mañanita tejida al crochet que descendía desde la espalda encorvada.

-Yo pasé parte de mi infancia en esta casa, ¿sabe Juana?

-¡No me diga! –los ojitos de la mujer se abrieron al máximo de sus posibilidades detrás de los vidrios verdosos de los anteojos.

-Éste era mi dormitorio.

Al decir estas palabras, para afuera y para adentro, Osvaldo sintió el ramalazo de recuerdos que no habían aflorado hasta escuchar esa clave cifrada, como la puerta mágica de la cueva de Alí Babá.

Vio a su padre que lo abrazaba y ambos mirando por la ventana en la silenciosa noche iluminada por una Luna enorme allá arriba, a través de los claros del parral. Su padre que aún era joven y él no sabía, porque para sus ojos de niño su padre era indefinidamente grande, con sus manos suaves y su mirada tan extraña. Y recordó también los relatos del conejo, sus esfuerzos por verlo a través de las sombras nocturnas del parral, allá en la superficie manchada de la Luna. Y volvió el recuerdo de Pedro, ese amigo amado por su padre, que era hermoso y se reía como se debe reír el Sol en la oscuridad del cosmos, mientras ilumina con su cabellera de fuego las inmensidades solitarias del vacío. Pero esta vez ese recuerdo no le produjo dolor sino que fue un redescubrimiento, la vuelta de llave definitiva hacia el mundo perdido de la infancia.

Escuchó a su padre que hablaba de Pedro con una nostalgia sólo posible en quien ha conocido y extraviado la cifra que completaba su propio sentido. Pedro el bueno, Pedro el hermoso, el añorado. Pedro, el muchacho rubio que iluminaba con su sola mirada, y que un día había subido a la nave espacial para ir a capturar el conejo encerrado en la Luna.

Osvaldo comprendió que allí había nacido Pedro.

Había nacido en su imaginación y en su corazón, dos zonas intangibles que a veces podían superponerse y coincidir, como esos eclipses que suceden una vez cada miles de años, y traen catástrofes y saltos evolutivos inimaginables. Pedro se había conformado en su mente de niño con todo lo que era deseable: la belleza, la dulzura, la compañía, el amor mismo, que él aún no sabía lo que era pero ya lo necesitaba. Pedro hermoso y enigmático. Quién sabe si en otro mundo, ese mundo material de guerras y desencuentros, Pedro seguiría vivo, ya viejo quizás, ya solo y desencantado.

-Joven, le estoy preguntando cuál es su apellido-. La voz de la vieja a su espalda empezó a concretizarse de nuevo, y al escucharla la habitación se redimensionó y aceptó el tiempo, esa niebla que se deposita sobre todas las cosas, las cubre y opaca, y lentamente las disuelve para que fluyan y se incorporen a su corriente irreplicable.

-Ferrante. Yo me llamo Osvaldo Ferrante.

La vieja abrió nuevamente sus ojitos detrás de los cristales de botella que los agrandaron fantásticamente, dando a su rostro reblandecido el aspecto irreal de un cartón animado.

-No me diga que usted es algo de la señora Carla.

Osvaldo la miró aún y respondió con firmeza y sin temor:

-Soy su hijo.

La vieja se llevó la mano sarmentosa a la boca como si le hubieran revelado el por qué de toda su existencia, y en esa revelación descubriera al fin la causa de sus fatigas y sus contadas alegrías.

-¡Ay Virgen santa! ¡El hijo de la señora Carla! Usted debe ser el que vivía en Italia con la hermana de la señora. Mi dios, ¡qué alegría le va a dar! ¿Ya la fue a visitar?

-No, recién llego a la ciudad, y creí que ella vivía todavía en esta casa.

-Venga, venga joven que le hago un cafecito y le cuento- Y la vieja le tomaba la mano y lo llevaba de nuevo a través de la galería de baldosas amarillas hacia la cocina penumbrosa cuya única ventanita daba a un patio interno, también de baldosas, éstas desteñidas por el sol de numerosas generaciones, desde el cual un pasillo improbable desembocaba en el patio trasero de ladrillos rojos.

-Pero qué cosa el destino, venir a verlo yo antes que la misma señora su madre –prosiguió la vieja mientras traficaba en la cocina abriendo latas y encendiendo con un fósforo la llama del gas. Imagínese que yo estoy acá gracias a la señora Carla, que es tan buena, una santa. Porque nosotras con mi mamá postrada nos hubiéramos quedado en la calle si no hubiera sido por su buen corazón. Yo vivía en la casa de al lado, pero claro, éramos inquilinas, y cuando el dueño nos echó porque no podíamos pagar, la señora Carla nos hizo venir acá. Si no hubiera sido por ella, terminábamos quién sabe adónde con mi hermana Sara y mi mamá que todavía vivió otros cinco años,



dios la tenga en su gloria. La sorpresa que se va a llevar cuando sepa que usted me ha conocido a mí, ¡y todavía no la ve!

-¿Adónde está ella?

-Cuando pasó lo del desalojo, ella nos dejó venir a vivir acá, mire, hasta los muebles nos sacaron a la calle esos canallas. Parecíamos unas parias, y con mi mamá postrada. Entonces la señora Carla nos dijo que ella estaba cansada de vivir sola en este caserón, usted sabrá, aquí murió su papá de un accidente, dios lo tenga en la gloria. Y también se le había muerto una hijita. Eran demasiados recuerdos y muchas penas. Además, con esa otra loca de hija, que le hacía la vida amarga...

-¿Qué otra hija?

-Y quién va a ser, la otra hermana de usted, la segunda, la niña Elena.

-¿Elena seguía viviendo con mi madre?

-Vivió con ella muchos años, pero estaba trastornada la pobrecita. No sabe cómo gritaba. Yo la escuchaba por arriba de la medianera, cuando iba a darles de comer a los conejos. Usted no sabe lo que le gritaba a la madre, los insultos. No había manera de que se calmara. La señora Carla no daba más. Hasta que tuvo que hacerla internar. No es que quisiera la pobrecita, pero la niña Elena se había vuelto hasta peligrosa, mire lo que le digo.

Osvaldo observó el pocillo de café ya vacío. No supo precisar en qué momento lo había tomado. Estaba hecho de una loza que debía de haber sido blanca alguna vez, blanca y lisa, y ahora estaba amarillenta al punto de semejar al marfil, y como éste, nervaduras de vejez la atravesaban desde todas partes.

-Yo le decía, “señora Carla, internela a esa chica, que la va a volver loca a usted también”. No era vida para ella, una mujer tan distinguida. Solita la pobre, con tantas desgracias a la espalda. Hasta que al fin se decidió y la puso en una clínica. Lo que le costó a la pobre, y la hermana de usted que gritaba como si se fuera a caer el cielo. Qué de insultos hacia su madre, dios mío. Cómo será que los mismos médicos, al tiempo, decidieron hacerla trasladar a una clínica en Córdoba, porque acá no había quién le diera en el clavo con lo que tenía. Ya los estaba volviendo locos también a ellos. Y allá dicen que tienen más tratamientos, qué sé yo. La cuestión es que fue la única manera de que la dejara en paz a la señora su madre, que siempre fue una persona entera, eso sí, y tan buena vecina. Por ese entonces fue cuando pasó lo del desalojo, porque no pudimos pagar más

el alquiler, con la enfermedad de mi madre y mi hermana que ya no pudo trabajar por la diabetes. Y entonces nos vinimos para acá con mi hermana Sara y mi mamá, y la señora Carla en cambio se mudó a un departamento en el centro.

-¿Todavía vive allí?

-Claro, adónde va a ir la pobre. Diga que yo no tengo teléfono, si no la llamábamos y le avisábamos que usted estaba aquí. Quién sabe la sorpresa que se llevaba.

-¿Usted tiene la dirección?

-Por supuesto, cómo no la voy a tener. Ahora se la voy a buscar-. Y salió de la cocina con su paso afelpado, mientras Osvaldo siguió mirando la tacita marfileña, y de allí pasó a los estantes de madera adornados con festones de hule floreados, y al cielorraso, que las goteras también habían pintado al fresco con nubes barrocas, como aquellas nubes de los crepúsculos y los altares de Roma.

Juana Occhipinto volvió con un papelito tan color marfil como la taza de café, en donde había garrapateado una dirección.

-No tarde en ir a ver a su madre. Que me imagino la de años que no lo ve a usted. Y eso, para una madre, es peor que para un hijo.

Osvaldo tomó de su mano el papel con la dirección que le extendía Juana con su mano temblorosa. Era una vieja boleta o algo así, y la vieja había escrito del revés con letras grandes y desiguales. Le pareció un poco singular que una desconocida le dijera adónde encontrar a su propia madre.

-Ah, antes de que me olvide –agregó la vieja, con un gesto un poco desbaratado que no quería decir nada- llévele por favor un frasquito de dulce de níspero. Lo hago yo misma. Cuando éramos vecinas, ella siempre me pasaba los nísperos del árbol del patio para que yo hiciera la mermelada. A mí me sale muy bien, ¿sabe? , y a ella le gusta tanto. Hágame este favor, porque lo que es yo, al centro no voy nunca; con el reumatismo, tomar un micro me resulta muy difícil. La señora Carla se va a poner muy contenta, con lo que le gustan los nísperos. Y ese árbol cada vez da más, claro, debe tener casi cien años, la edad de la casa al menos.

Osvaldo no recordaba el níspero del patio, pero al escuchar hablar a la vieja le vino a la mente no supo si un recuerdo o un invento de propia memoria, a sus padres que nombraban el árbol de níspero, en especial su madre, que le

tenía afecto. Y una voz interior le trajo un refrán que había aprendido en Italia: “*il tempo matura le nespole*”.

## El origen de la tragedia

### *Doña Nicolasa y los valles tucumanos*

En Tucumán no existían ningunos tíos, pero eso en Mendoza no se sabía. La señora Lombardi difundió con presteza y un aire abatido la noticia de la enfermedad de su hija, *tan afectada por la desgracia que había tronchado la felicidad de su hermana menor*, y por primera vez tuvo que reconocer para sí misma la existencia de amigos de su marido, los antiguos compañeros de ideología que lo iban a ayudar para alojar en Tucumán a la pecadora y para entregar al recién nacido –fuera lo que fuese, ella no quería saberlo- a un orfanato.

Recordó que ella misma provenía de una historia si no trágica, al menos patética, y durante toda su existencia había hecho lo posible por ocultarla a sí misma más que a los demás, para que ese oprobio no arrojara una sombra sobre su imagen de mujer intachable y buena cristiana. Ahora, ante la marea de desgracias que se abatía sobre su cabeza ya cansada de años, la señora Lombardi pensaba que algún remanente de aquella genética maldita de su propio pasado se había filtrado para contaminar la construcción que ella tan arduamente había hecho, pieza por pieza, de su familia en Mendoza. La idea de un hacer un aborto a Loreto ni siquiera podía tener cabida en su mente, es decir, en su mundo moral. No porque no hubiera sido, para ella y según ella, para todos los damnificados de esta historia, lo más rápido y eficaz para solucionar el problema que enfrentaban. Era porque Ilde Lombardi consideraba al aborto un crimen, no contra una vida humana, sino contra la religión y sus preceptos, y ya bastantes crímenes había cometido su familia como para agregar ahora otro que recargara la ya densa lista de culpas que evidentemente habían recaído sobre su cabeza. Si ella misma y sus hermanos no habían sido suprimidos con el aborto, a pesar de ser frutos del incesto, no podía llevar a cabo ese acto que sin duda sellaría definitivamente su condena ante los ojos de dios, o de quien tuviera que juzgarla el día de su muerte y que evidentemente ya estaba cobrándose tan truculenta seguidilla de despropósitos.

Ilde Vannucci, que era su nombre de soltera, era el fruto de una unión imposible y en cierto sentido monstruosa, perpetrada cincuenta años atrás en los campos de Urbisaglia, un

pueblito perdido entre los verdores olvidados de Las Marcas. Su familia había sido un matriarcado campesino tan cerrado cuanto prejuicioso, y al mismo tiempo dispuesto a metabolizar calladamente las desviaciones causadas por las pasiones humanas surgidas del trabajo brutal y de la vida aislada.

El hecho era que su padre, llamado Pasquale, uno de los tantos hijos del matrimonio de María y Vincenzo Vannucci, era corto de ingenio. Según se decía, había sufrido de meningitis cuando era niño. Las malas lenguas sostenían que la afición al alcohol de su padre Vincenzo lo había dotado de esa herencia. Considerado poco menos que un retardado, pasaba el día en la viña, desmalezando y enderezando las cepas, y acudía a la casa puntualmente a las doce para almorzar, a las cinco de la tarde para merendar y a las nueve de la noche para cenar, guiándose solamente por la posición del sol. Nunca pronunciaba una sola palabra.

La historia del silencioso Pasquale no era tema de conversación ni lo fue jamás en la familia, porque de eso no se hablaba. Tampoco se decía que era retardado, sino solamente callado. De ese modo se lo hizo casar con una mujer del pueblo, llamada Annunziata, quien según dicen ya desde hacía tiempo dictaba ley en la casa por su especial relación con el abuelo Vincenzo.

Qué pensaría la abuela María de este arreglo, nunca se sabrá. Mujer de carácter y con los pies muy bien apoyados en el mundo, seguramente había comprendido que para salvar las apariencias y para equilibrar la armonía interna de la familia, lo mejor era fraguar el matrimonio de un hijo que no iba a negarse y que de otra manera nunca iba a casarse, y una mujer que ya estaba dentro de su casa y de su vida, y que muy pronto iba a empezar a tener hijos. Así fue como el improbable matrimonio se realizó, prosperó, y hasta dio sus frutos: cuatro vástagos, de los cuales Ilde era la menor. Y nadie de afuera pudo decir nada, ya que Annunziata estaba casada, y no se le podía reprochar que no trabajase: era la única que acompañaba a la abuela María a plantar la viña en esas tierras que el miserable régimen de contratistas les permitía alquilar y trabajar, nunca propias y sin embargo llenas de los propios dolores y alegrías.

De qué hablarían mujeres de semejante talla en esas tardes larguísimas del campo, agachadas sobre la tierra ajena que hubieran soñado hacer propia, con las manos hundidas en los surcos donde dejaban la rabia, los anhelos, los deseos y la

resignación de esa vida que tan cínicamente las había reunido allí, de rodillas una frente a la otra, compartiendo pobreza, casa y marido, nunca se supo.

Irónicamente, Annunziata murió antes que su marido oficial, después de dar a luz a sus cuatro hijos, de quienes nunca se supo de cuál cepa procedían, aunque la cepa en realidad seguía siendo una, la misma del padre alcoholizado y melancólico y del hijo retardado y silencioso.

Ilde había soportado muy mal esta estructura familiar deformada, como si se sostuviera en la Tierra por algún artilugio envenenado, que más tenía de maldición que de magia. Por eso apenas había conocido a Santiago Lombardi y había escuchado de sus propios labios su intención de irse a las Américas a seguir los pasos de Severino Di Giovanni y forjar un futuro mejor en aquellas tierras tan lejanas cuanto quiméricas, había dicho que sí.

Que en su casa no quisieran a Santiago por anarquista y ateo no le preocupaba, poca autoridad tenían como para imponerle algo, y ella bien había aprendido a defenderse de los embates de esa familia y sus prejuicios de fachada como para que le impidieran semejante pasaporte de huída.

Fue así como el matrimonio se arregló en poco tiempo, pero las ansias escapatorias de Ilde se vieron demoradas por la pésima situación económica de su consorte, y por el inesperado hecho de que apenas salida de su tálamo nupcial, se encontró embarazada de Loreto. La promesa a la Virgen se la había hecho más para que esa niña no naciera que por otro motivo, pero el embarazo se empecinó en seguir adelante, y de nada valió la peregrinación al santuario, que le costó el primer gran disgusto con su marido, aunque ante la inevitabilidad de los hechos Ilde aprovechara que se encontraba ante la misma casa de la Virgen para pedirle que ya que al menos se había apurado en bendecir su unión, le concediera un seguro exilio y un nunca retorno a ese infierno en el que había vivido infancia y juventud.

Tras el nacimiento de Loreto los ahorros de Ilde y Santiago les permitieron la compra de los pasajes en tercera clase en uno de los buques panzones que iban a las Américas. Cuál de todas las Américas, Ilde no lo tenía muy claro, ya que había llegado solamente hasta cuarto grado en la escuela y no habían alcanzado a estudiar geografía mundial. Pero bastaba que hubiera un océano entre su familia, esos odiados campos de Las Marcas, y ella y su plan de vida.

Muchas veces en su trabajosa existencia había maldecido ese camino que la llevara al sur de América y no al norte, adonde se decía que todo era confortable y las amas de casa tenían de todo, además de ser casi siempre rubias. Y en esa maldición mascullada entre rezo y rezo de agradecimiento a una Virgen y a un dios que le habían otorgado a manos llenas una existencia de trabajos forzados y esclavitud a los prejuicios, pensaba que su marido había tenido toda la culpa. Porque Santiago detestaba Estados Unidos y el régimen capitalista, para él fuente y responsable de todos los males de la humanidad, y además no hubiera emprendido ningún otro camino que se apartara del camino elegido por el numen de los anarquistas italianos, Severino Di Giovanni.

Sólo que Severino Di Giovanni había muerto, fusilados él y sus ideales después de probar un último café con poca azúcar, y Santiago había debido resignar ideales e ímpetus de violencia para emplearse en las oficinas del correo, adonde se le consumían los días y la vida para obtener el sueldo que alimentase hijas y mujer. El país elegido no se volvió anarquista, los sueños de juventud no se cumplieron, y Santiago se fue apagando como un farol al cual se le agota el combustible, y mantiene una llamita amarillenta y mustia apenas visible tras el vidrio ahumado de la tulipa.

Años de resignación y desencanto habían forjado en Ilde la convicción de que si no ella, al menos sus hijas debían escapar de tan aciaga suerte. Con minuciosidad de enferma había escondido a Loreto y Carla la historia de su familia y suya propia, y se había roto la espalda en economías y rezos para que esa casa de San José, que no era más que una reliquia de adobe mal hecho y peor emplazado, pareciera el hogar dichoso de una familia próspera. Innumerables días a papas y puchero, innumerables tardes sobre la máquina de coser, le habían secado los riñones y el entendimiento, a tal punto que había llegado a creer que sus hijas, en especial la menor, que había heredado la belleza clara de su padre cuando era joven, tenían todos los derechos a aspirar a quién sabe qué príncipe que las sacara de ese barrio polvoriento y quién dice, las llevara a la verdadera América, ésa donde siempre se sonreía y se miraban las películas de Clark Gable.

Sin embargo, la vida había vuelto a ponerle el pie encima a sus delirios, y al ver que su hija mayor no era ni bella ni

ingeniosa, y se la pasaba metida en los libros, ocupación a su entender tan inútil cuanto nociva para una joven casadera, y que el único posible candidato era el muchacho de la casa de al lado, Ilde se ocupó de entretejer la trama que lo llevara a su segunda hija. Carla era la candidata ideal, y quién dice que ese joven demasiado bello para ser hombre, a su entender, que además era hijo único, lo cual era un beneficio económico, no la llevase algún día al gran país del norte. Todo era perseverancia y planificación, según había entendido a lo largo de su existencia, a pesar de que la vida misma le había demostrado sobradamente que en su caso ninguna de esas dos virtudes le había permitido levantar cabeza. Pero en su mente limitada y amurallada de prejuicios, supersticiones y convicciones pétreas, su mala suerte era la consecuencia natural del pecado con que había sido concebida, y que era el secreto más quemante en su conciencia de buena cristiana.

En esa lógica, el embarazo de Loreto también era consecuencia de la culpa trágica de sus ancestros, pero Ilde estaba dispuesta a cortar con esa tradición, como una airada Pallas que descendiese al areópago del mundo para imponer de nuevo el orden y la justicia, y terminar así con esa mancha de la cual hasta ese día no había podido liberarse.

Y mientras se felicitaba a sí misma y se consideraba satisfecha de la prontitud con que había dado solución al “problema” de Loreto, una nueva idea vino a echar luz entre tanto desastre, y en su mente de mujer práctica y llena de prejuicios, fue más que un alivio, una inspiración divina.

Ilde Vannucci de Lombardi se dio cuenta inmediatamente de que ese papanatas de muchacho que había atropellado a los tres y había dejado viuda a su hija antes de que se casara, era un buen candidato para restañar el honor y la estabilidad de su familia. Con otro casamiento se sacaba a su hija menor de encima, recuperaba algo de los enormes gastos que la fiesta frustrada le había provocado, y atenuaba la sorprendente noticia de la enfermedad y partida de Loreto. No importaba que el nuevo candidato fuera el asesino del anterior candidato. Uno por uno lo mismo daba. Se notaba a la legua que éste era un muchacho trabajador, para mejor hijo de italianos, y en el fondo quién dice que hasta menos imaginativo y propenso



a las equivocaciones que el finado, al que sin duda tantos libros habían terminado por confundirle las ideas y los gustos.

Que con tan apresurada boda se pudiesen herir los sentimientos de los vecinos polacos era el detalle menos importante para Ilde. Las alianzas duran lo que dura la necesidad que las ha generado, y la madre de las hermanas Lombardi tenía mucho apuro por restablecer el orden en ese mundo que por un momento había visto derrumbarse con tanto estrépito. En su Italia natal había vivido de pequeña la Primera Guerra y el consecuente desmoronamiento de dos imperios, y había saboreado la demagogia dictatorial de Mussolini, que a pesar de tanta pompa y palabrerío, no había llevado bienestar a su mísero pueblo, ni había permitido que ella y sus hermanos pudieran escapar de la sombra de esa familia deforme en donde no habían encontrado buen nombre ni educación.

Un novio valía el otro, y ante todo había que acallar cualquier comentario.

De este modo, Loreto partió con su padre a Tucumán, a la finca de unos tíos muy queridos que no tenían hijos y vivían en una zona cuyos aires benéficos curarían la inesperada melancolía de la joven, según la versión oficial certificada por su madre para vecinos y allegados. Apenas su padre regresó solo a Mendoza, se organizó el matrimonio de Carla con Agostino. Se organizó es una manera de decir, porque la señora Lombardi ya tenía todo perfectamente arreglado, hasta los consejos con que su hija debía asegurarse a este segundo novio, y el aliento que le daba al muchacho para que consolara debidamente a Carla.

Naturalmente había que respetar un período de duelo, pero demasiado bien sabía la señora Lombardi que una muchacha que había perdido el novio, y para colmo tan cerca del matrimonio, no era vista con buenos ojos por la sociedad, y mucho menos por eventuales candidatos. Por lo tanto no era cuestión de dejar escapar a ese joven atolondrado responsable de tal desgracia, y en cuyas manos estaba ahora el restañarla. Para su mente convencional y acomodaticia, la cuestión entre Tadeo y Loreto no había existido, y si bien el finado había cometido un error, ya estaba muerto y de los muertos no se habla. En cuanto a su hija mayor, nunca había albergado demasiadas esperanzas de casarla bien, y con este hecho, esas pocas esperanzas se habían ido al traste. Por lo que a ella concernía, bastaba con que

al menos fuera una solterona de la cual no se pudiera decir nada. El tiempo acomodaría lo demás.

Tucumán para Loreto fue más que un exilio forzado. Fue el forzado exilio de sí misma; el abandono de un mundo que se iba deshaciendo a medida que su cuerpo y su alma se alejaban de Mendoza, de la casa paterna y del barrio de San José, como se deshacen los sueños tras los pasos resplandecientes del alba.

Llegaron a la capital de la provincia norteña en un ómnibus destartado y perezoso, y Loreto no pudo ver más que un cielo húmedo y los brotes de los naranjos amargos que se empecinaban en poner vida a la vieja estructura de esa estación manchada de moho. Allí mismo, sin salir de ese edificio bajo y a punto de ceder bajo el peso del tiempo y la atmósfera, emprendieron la segunda parte del viaje hacia un pueblo de los valles, encaramados en otro vehículo que parecía resollar con cada curva del camino. Si el embarazo no le había provocado muchas náuseas, el periplo hasta el pueblo de El Mollar estaba encargándose de hacerlo.

Loreto no pronunció una sola palabra en todo el viaje, aferrada a sí misma como lo había estado toda su vida, pero ahora más, convencida de que ni siquiera en la peor de las novelas de ciencia ficción las cosas podrían ser tan absurdas. No temía que le quitaran a su futuro hijo o hija, pues no sentía con ese probable ser la ligazón suficiente que por lo general une a las madres con sus vástagos. Sentía que llevaba consigo algo de Tadeo, pero lo que llevaba no era ese hijo, era otra cosa, una cosa indefinible que no tenía cuerpo, estaba hecha de innumerables tardes de charlas y de un abrazo y un estertor inolvidables.

Los escarpados caminos hacia el corazón de esos valles, con sus curvas y sus saltos, la predispusieron al delirio, y empezó a sentirse cada vez más enferma a medida que junto a su ventanilla pasaban paisajes tan diferentes a los de su Mendoza seca y polvorienta. El nuevo paisaje, en cambio, era verde, verde y duro, como el núcleo de la vida. Un cartel increíble terminó de introducirla en una suerte de éxtasis febril que la acompañaría en el tramo final hacia su exilio. El cartel decía “Fin del mundo”, y al leerlo, con sus últimas fuerzas, Loreto pensó que

muy probablemente ése era, ciertamente, el fin del mundo, y que sin duda era un lugar lo suficientemente hermoso como para recibir la terminación de todas las cosas. Que su familia y lo que ella había creído hasta entonces hubiera llegado a su fin, no le cabía la menor duda; en cuanto al fin del mundo en que los demás creían, que se las arreglaran ellos con eso, bastante se había esforzado ella en adaptarse a la falta de imaginación con que había tenido que luchar desde niña en su casa y en la calle.

Su padre tampoco habló. Cuando llegaron al pueblo llamado El Mollar se dirigieron a la casa de su camarada y compatriota, al cual en realidad el señor Lombardi no había vuelto a ver desde aquellos días de fervor en que apenas habían desembarcado en Argentina, y antes de que cada uno de ellos, jóvenes anarquistas italianos, se estableciera en una provincia distinta de ese inmenso país, demasiado inmenso y despoblado como para coordinar ninguna acción conjunta que favoreciera al anarquismo, y ni siquiera a la prosecución de una amistad fluida, después lo habían comprendido. Los campos sin fin y una naturaleza poderosa y poco amigable eran demasiado diferentes de la Italia que había albergado al último imperio de la Antigüedad y que se emborrachaba con el fascismo, creyendo en otro imperio y en quién sabe qué superioridad tan quimérica cuanto falsa, mientras los jóvenes como él y su amigo luchaban por mantener la mente despierta y soñaban algo que fuera lo más opuesto al autoritarismo de esos tiempos de fanfarrias y elocuencia. Un país que pudiera decidir por sí mismo, quizás. Pero la Argentina bostezaba en su inmensidad, no estaba repleta de casas y ciudades, sino de campos, campos interminables como esos caminos que no se sabía adónde llevaban, quizás sí al fin del mundo. En esos mismos campos y en los pueblos chatos y asolados de las provincias, los sueños que había sembrado en sus corazones el ejemplo de Severino Di Giovanni se volvieron tuberosas, raíces subterráneas que no volvieron a ver la luz, adormiladas de tanta inercia, y aplastadas por el trabajo duro y constante y la imposibilidad de nunca levantar la cabeza para ver qué había más allá de ese horizonte inacabable.

Los amigos de Santiago Lombardi eran un matrimonio formado por su compatriota y ex compañero de militancia anarquista, o mejor dicho, un inmigrante siciliano llamado

Salvatore Rizzo, que había llegado junto con él desde la pobre Europa y en la diáspora ideológica y laboral de aquellos prometedores tiempos en la nueva patria, se había afincado en aquella remota zona verde en el corazón de Tucumán, llamada Tafí del Valle. En esos parajes que los españoles habían arrebatado a los originarios dueños indígenas con métodos que después serían copiados por el mismo Stalin, Salvatore se había casado con Nicolasa, una verdadera descendiente de los diaguitas, cuya civilización alguna vez había florecido por esas regiones, tanto que los mismos incas habían considerado necesario anexarla a su imperio.

El matrimonio mixto había tenido una sola hija, una muchacha blanca como su padre y de ojos y cabello negros como su madre, a la que bautizaron Eloísa, y que no sabía hablar la lengua latinizante de su padre ni el misterioso idioma de los antepasados de su madre, sino un español gentil y delicado que era el verdadero legado de los conquistadores en esas tierras robadas y colonizadas a fuerza de castigos y cruces. Los verdes y ásperos paisajes de ese valle en el centro de la república habían logrado acriollar a Salvatore, endureciéndolo sanamente en la vida verdadera y alejándolo de los prejuicios que en cambio se habían abatido sobre la familia de su antiguo amigo, allá en la lejana Mendoza.

Tras una breve conversación en la cual ambos ex camaradas se dieron cuenta de que poco tenían para compartir después de no haber compartido nada durante decenios, Loreto fue conducida a una cama pequeña junto a la cama de Eloísa, en un cuarto encalado y amoblado con sobria humildad en la casa de adobe y piedra de la familia Rizzo.

Loreto durmió tantas horas que Eloísa fue a decirle a su madre que tal vez se estuviera muriendo, pero doña Nicolasa, que poseía antiguas sabidurías, heredadas en parte de su extirpe indígena, y adquiridas en parte por una vida dura y de trabajos forzados, le contestó con serenidad que “las penas matan más que la muerte”, y la mandó a calentar el horno de barro para poner el pan que ya estaba terminando de amasar.

Loreto tardó algunos días en recuperarse, pero pronto se dio cuenta de que la familia que debía ser la carcelera de su exilio y la custodia de su oprobio, en realidad era más afectuosa

que su propia familia, y la trataba como una hija un poco enferma que se debe cuidar y consolar con premura.

Su embarazo, por lo tanto, creció a la par que su tranquilidad, y Loreto pudo dedicarse a leer los libros con que había llenado su valija, hasta que empezó a ayudar a Nicolasa y a Eloísa en las tareas que ocupaban a las dos mujeres desde el alba a la noche. Como en la casa no había luz eléctrica, Loreto debía leer a la claridad titilante del candil a kerosén, y durante esas largas noches del campo empezó a descubrir que la vida es siempre la misma, o es muy parecida a sí misma, y que llevaba consigo su propia mente adonde fuera, como ahora estaba llevando consigo a ese hijo que en cambio no sabía si era parte de sí misma, al menos no seguramente como lo eran sus cavilaciones y sus recuerdos.

La joven Eloísa, que apenas había pasado los veinte años, le preguntaba de qué se trataban esos libros que la extraña huésped leía con tanta concentración, y no pudiendo vencer su natural inclinación a enseñar su misma pasión a quien se mostrara interesado, Loreto empezó a contarle las historias de sus novelas, hasta que Eloísa estuviera preparada para pedirle que le prestase una y conocer por sí misma esos mundos increíbles. Pero la mayor parte de esas noches en que el verano se abalanzaba sobre el valle como una mano callosa, rumorosa de miles de insectos y tan estrellada como las aventuras espaciales de las historias que había leído en las novelas de ciencia ficción, Loreto se acostumbró a leerle en voz alta a Eloísa, a quien su escasa preparación le impedía leer de corrido tan fantásticos libros, y tan largos.

Durante las tareas diurnas, que nunca tenían reposo, la jovencita contaba a su vez a su madre las historias que Loreto le leía de noche, hasta que la misma Nicolasa pidió a su huésped que les leyera a ambas, cuando después de cenar se sentaban en el patio barrido a mirar las estrellas y a esperar una brisa fresca que las aliviara del bochorno diario. Salvatore pasaba el día afuera de la casa y sus campos, y muy a menudo la noche también, entretenido en las tabernas en que gastaba no poca parte de su jornal y de su lucidez.

Doña Nicolasa era de pocas y precisas palabras, y cuando Loreto le había ofrecido, como a Eloísa poco antes, alguno de sus libros, le había contestado sin vergüenza y con precisión:

-Yo no sé leer, m'hijita. Léamelo usted. Eso sí, si le da una mano a mi Eloísa para que complete su instrucción, se lo voy a agradecer.

## Más allá del umbral

### *Segunda puerta: un paseo por la vieja ciudad natal*

Oswaldo decidió que iría a pie hasta el departamento de su madre, quería estar lo más solo que fuera posible hasta el momento de enfrentarla, y viajar en taxi o en ómnibus, en cierto modo, ya significaba acercarse a otro ser humano. Sentía que no tendría fuerza para afrontar otra persona además de su madre, y aún en ese caso dudaba de su propia entereza.

La visita al caserón de su infancia había provocado en él el efecto de otra vida vivida, como si alguien hubiera cambiado el álbum con las fotos de su infancia, y lo hubiera reemplazado por otro, con otras imágenes, y le hubiera dicho: “éste fuiste vos, las fotos no mienten”. Así había sentido que le sucedía al entrar en la habitación con la ventana que daba al patio de ladrillos, esa ventana que era el marco en donde estaba colgada la Luna, la Luna que era la casa del conejo, y que era la meta hacia donde se dirigía la nave espacial con el hermoso Pedro. Pero no era el Pedro de su padre, era el Pedro de él, el que lo había acompañado en la fantasía infantil y después en la adolescencia, y más tarde aun en la primera juventud. Pedro el amigo ideal, el primer amor.

Caminó por las polvorientas calles de ese barrio vetusto y aplastado que llamaban San José, y que aparte de la vejez no tenía otro atractivo que su capacidad de permanecer casi incólume al paso del tiempo, que algunas cosas embellece y otras destruye. En esas veredas desiguales y esas casas bajas y descoloridas, el tiempo había rebotado, logrando sólo dejar pegado su cartel de vejez, como en la vieja que habitaba el caserón, encerrada en la soledad de su rutina llena de muertos y de dulce de nísperos.

Atravesó varias calles y llegó hasta una avenida de enormes plátanos de troncos taraceados y copas abovedadas, y siguió en línea recta hasta llegar a una plazoleta con un monolito y tres enormes estatuas de piedra. El sol restallaba sobre la piedra trabajada en una batalla que sería una de las innumerables batallas que desde su emplazamiento en ese cruce de calles entablaban los elementos más sólidos de la naturaleza, esculpidos por la mano de un artista ignoto, contra la luz

implacable e inacabable del sol. Las estatuas representaban a los que debieron ser los indígenas originarios de esa zona, y Osvaldo pensó que la costumbre colonialista de matar a los habitantes de un lugar y después hacerles monumentos era un clásico en la historia de la conquista española. Si los originarios dueños de esas tierras habían sido tan hermosos e imponentes, ¿por qué había sido necesario masacrarlos de manera tan salvaje e inhumana?

Cruzó con paso decidido la pequeña plazoleta, que también tenía un espejo de agua, ciego bajo el sol blanco, y llegó hasta una Terminal de ómnibus, también ésta muy grande y plana. Qué costumbre de hacer todo grande y feo tienen en estos países, se dijo.

Entró en las galerías de la Terminal, y se puso a buscar un baño público. El café que le diera Juana Occhipinto le había provocado un irresistible deseo de orinar y no había querido visitar el baño del caserón, porque allí había muerto su padre. Encontró la entrada a los baños y como le había pasado siempre, tuvo que practicar la no respiración para poder estar el tiempo necesario en ese ambiente en el que la atmósfera parecía hecha de algún ácido urticante. Pero peor que eso era ver la suciedad alrededor, por lo que además de no respirar tenía que intentar mirar lo menos posible. Para llevar a cabo las proezas de su ejercicio se concentró en la misión intelectual de leer algunos de los carteles con los que los usuarios ocasionales de los baños solían decorar las paredes y puertas. Uno de ellos decía “caguen felices, caguen contentos, pero hijos de puta, caguen adentro”. La rima no era malvada, y el contenido muy didáctico. Otro en cambio filosofaba acerca del acto masculino de orinar: “lo dijo Aristóteles, lo afirmó Platón, la última gota se queda en el pantalón”. Aquí la métrica era irremediabilmente defectuosa, pero el dejo de amargura irónica de la sentencia le arrancó una sonrisa.

Además había cantidades de números telefónicos para proponer todo tipo de servicios sexuales, algunos gratuitos y otros en los que se describían incluso las virtudes anatómicas de los oferentes. Osvaldo se preguntó si en los baños de mujeres se repetirían estos ritos de las escritas y las ofertas sexuales, y qué tipo de ofertas se harían las mujeres entre ellas. Los hombres, por lo visto, tenían una amplia gama de fantasías entre ellos mismos, prescindiendo de la necesidad del otro sexo.



Salió del baño y de sus olores ácidos que pugnaban también por contaminar el mundo exterior, y dejó una moneda en el platito del cuidador, encargado de mantener la pulcritud del lugar, y a su parecer más bien de salvaguardar ese santuario de las meadas, ese templo del mal olor y la procacidad, en donde se mezclaban a su libre albedrío las necesidades biológicas con los deseos sexuales confinados a una sola casta de seres humanos.

Siguió caminando rumbo a la salida que estaba en el otro extremo de ese edificio que más parecía el andamio olvidado de un edificio que nunca se había construido, a un edificio propiamente dicho. La fauna humana que lo transitaba o que temporariamente lo habitaba, en busca de una salida, como él, o en espera de un transporte hacia quién sabe qué otro lugar del mundo surreal, variaba del negro más tinta al blanco casi transparente. Oscuros bolivianos cargaban sus inefables bultos sobre las espaldas recias, mirando desde su baja altura con sus ojos negros de obsidiana, las mujeres con múltiples faldas de colores y trenzas que parecían hechas de alguna seda brillante y suavísima, rematadas en borlas de lanas que repetían los colores de las mantas con que sujetaban sus enormes bultos y sus hijos sobre la espalda.

Había rubios altos y espigados, vestidos con pantalones cortos o con pantalones largos increíblemente arrugados, como si hubieran nacido en un mundo sin planchas. Por lo general llevaban sandalias de indescritibles materiales, y sobre las largas espaldas unas mochilas gigantescas que ningún ser humano en sus cabales hubiera montado a desmedro de su espinazo. Para colmo, semejantes casas transportables estaban rematadas por sacos de dormir enrollados y otros enseres destinados a improvisar la vida cotidiana en cualquier sitio del planeta, por agreste que éste fuera. Usaban estos hombres y mujeres llegados de nórdicas latitudes, el cabello pajizo, a veces casi blanco, increíblemente sucio, y por lo general tenían un aire entre extraviado y maravillado de encontrarse en sitios tan singulares y en condiciones tan paupérrimas, ellos que habían imaginado la pobreza del mundo subdesarrollado como una aventura digna de ser vivida antes de entrar en la definitiva maquinaria de la productividad, allá en sus países cómodos y crepusculares, adonde tendrían muchos años de poltrona y

alcohol como para contar indefinidamente a sus amigos y después a sus propios hijos las aventuras en Sudamérica.

Entre estos altos viajeros de la aventura y los achaparrados representantes del Altiplano, se veía a los criollos, los naturales del lugar, en una amplia variedad de colores, formas y alturas que los acercaban ya a una, ya a otra especie de transeúntes de la Terminal. Los criollos, como solía llamárselos en su lugar de origen, podían ser muy oscuros de piel, aunque de una oscuridad más dorada que los bolivianos, más clara en cierto sentido, más parecida a la tierra, y a veces acompañada por rasgos aindiados que los dotaban de pómulos prominentes y grandes ojos rasgados. Si bien este tipo humano tenía naturalmente el cabello negro, ya no era lacio y lustroso como en el caso de las trenzas de los altiplanenses, sino muchas veces ondulado, y a veces netamente rizado.

También había muchas personas de piel blanca, con rasgos muy regulares, típicamente descendientes de los italianos que habían invadido el país desde principios del siglo XX. Eran personas que podrían haber caminado inadvertidas por cualquier calle de Roma, Madrid o París, si no fuera porque muy a menudo se vestían de manera muy singular, en una combinación de telas y diseños a la cual no se le podía discutir la originalidad, aunque sí el sentido común. De ese modo, mujeres con unos traseros gigantescos más dignos de un elefante que de un ser humano, caminaban a duras penas enfundadas en calzas color azul brillantes, que hacían que la masa de grasa trepidase como un flan descomunal a punto de derrumbarse sobre la faz de la Tierra, y haciendo equilibrio sobre ciertos tacos de diseño indecifrabable y minúsculos en comparación con la mole que se erguía hacia arriba, en dirección contraria a la fuerza de gravedad.

Había hombres, en cambio, esmirriados a tal punto que parecían haber sido introducidos adentro de su ropa como perchas de alambre. Algunos de ellos vestían trajes de una confección tan insólita y desgraciada que acentuaban aún más la infelicidad de sus portadores. Otros llevaban pantalones de tela vaquera, botas que hubieran sido difíciles de hallar en Arizona, y camisas en las que, en comparación, los colores del arcoiris se volvían escasos y deslucidos.

Oswaldo salió de la parte techada de ese edificio en donde se había entretenido en mirar personas, y caminó hacia el

canal que se encontraba en dirección al centro de la ciudad. Atravesó el puente arqueado sobre el gran cauce de piedra y cemento, y se detuvo un instante a mirar la corriente clara y tumultuosa, que parecía destinada a alimentar y refrescar esa ciudad calcinada por un sol implacable. Prosiguió bajo unos túneles llenos de negocios de la más variada índole, en donde la música de cumbias a todo volumen hacía imposible cualquier tipo de comunicación verbal entre los seres humanos, y desembocó en una callecita curva y arbolada, en la cual lo abrazó una bocanada de olor a frito, tan densa, que por un instante creyó que el mismo olor lo llevaría en andas hasta su destino, envuelto en una nube de aceite quemado, como la Virgen debe haber ascendido al cielo en nubes de algodón.

Prosiguió adelante, siguiendo la curva de la calle y escapando de los vapores de aceites que emergían de los negocios de comidas rápidas como los humos sagrados habrán emergido de los templos de iniciación en el antiguo Egipto, y se encontró frente a la mole racionalista de un gigantesco edificio, que era un hospital público.

Más adelante llegó a una plazuela con palmeras y una pérgola, en la cual había mesitas cubiertas con manteles blancos, y pobladas de toda clase de objetos de anticuariado, o al menos lo que en Latinoamérica llamarían anticuariado, y que en Europa podía ser considerado algo como una transición entre lo verdaderamente antiguo y el modernariado, y que las más de las veces no pasaba de ser lo que cualquier persona con sentido común hubiese calificado como cachivaches.

Se detuvo a mirar la increíble variedad de cosas que compartían en feliz promiscuidad la blanca superficie de los manteles. Había allí lo que la imaginación pudiera buscar, desde monedas viejísimas de las más estafalarias procedencias, a lámparas con tulipas de vitraux y pies de bronce, a perfumeros de porcelana, broches de peltre y fuentes de loza inglesa. Esto sí es democracia, pensó, y reflexionó que lo único que acomunaba tan dispar cantidad de objetos era una pátina de vejez innegable, como si el tiempo, en un gesto igualador, hubiera pasado su mano enguantada por sobre todas esas cosas, tiñéndolas de añil.

Pensó que a su tía Loreto le hubieran gustado mucho esas cosas, y sin duda allí en donde él no veía nada que tuviera valor, ella hubiese encontrado verdaderos tesoros que una vez pulidos y lustrados y colocados sobre los muebles que vestían el

departamento de Via Magenta, se hubieran lucido como verdaderas piezas únicas.

Sintió un ramalazo de nostalgia. Nostalgia de su vida doméstica con la tía Loreto, madre y padre de la mayor parte de su infancia, de su adolescencia y de su juventud. Y esa casa anticuada a propósito, en la cual Loreto había creado un homenaje al pasado, pero no a un pasado individual, sino al pasado en sí, inaferrable y sin embargo visible en tantos y tantos objetos que poblaban y adornaban los rincones y los muebles. Durante toda su adolescencia y aún mucho después, Osvaldo había ignorado silenciosamente esa decoración literaria, que consideraba decadente y pasada de moda, además de antifuncional y excesivamente femenina. Sin embargo ahora recordarla le producía una triste melancolía, como si supiera que nunca iba a volver a sentarse en esos sillones oscuros ni a contemplar las porcelanas y los cristales tallados que su tía mantenía celosamente brillantes, en un orden que era una concepción del mundo, y tal vez un humano intento de perpetuar la belleza a despecho de los estragos del tiempo y del cambio de las modas.

Comprendió que ya nunca se repetiría lo que durante tantos años se repitió con la despreocupada liviandad que tienen todos los gestos humanos, convencidos de su inacabable poder de reproducirse a sí mismos de manera indefinida. Los días en el departamento de Via Magenta habían terminado, y Osvaldo supo fehacientemente que no volvería a trasponer ese umbral para encontrar a la tía Loreto esperándolo con un libro en la poltrona de terciopelo, o cuidando las macetas de la terraza.

Abandonó el mercadito de las antigüedades y prosiguió su camino hacia la avenida principal de esa ciudad montañesa que nada tenía de montañesa en su configuración y diseño, y que solamente recordaba su índole cuando se levantaba la mirada y se encontraba con la imponente pared de la cordillera andina, único oeste en su brújula geográfica.

Llegó a la avenida y se detuvo a mirar el papel con la dirección que le había dado Juana Occhipinto en la casa del barrio de San José. Leyó el nombre de la calle y miró a su alrededor. Podría haber sido cualquier nombre, para él extranjero en su ciudad. Se acercó a un quiosco de revistas y le pidió información al vendedor, un hombre con cara de topo y gorra calada hasta los ojos. El hombre era sorprendentemente

amable, y salió del quiosco para señalarle la calle, que se encontraba a pocas cuadras de ese lugar.

Caminó hacia el norte, pasó muchas vidrieras y galerías de negocios. Se detuvo unos minutos a leer las noticias en las carteleras digitales de un periódico en un edificio antiguo, y los libros en la vidriera de una gran librería, y mientras leía los numerosos títulos, la mayoría de los cuales le eran totalmente desconocidos, sintió una gran necesidad de Pietro. Quiso que su amigo estuviera a su lado para acompañarlo, y que lo llevara del brazo al encuentro con su madre, que él mismo estaba retrasando con esa caminata fútil y esa observación obsesiva de todo lo que lo rodeaba. Sabía que era algo que debía hacer personalmente, solo y consigo mismo centrado en sí mismo. Pero igualmente hubiera querido a Pietro, sus ojos azules y luminosos, su sonrisa amiga y su cuerpo blanco a su lado, dándole el coraje para proseguir. Pietro, el heredero de los relatos de su padre. Del amor con que su padre hablaba de aquel otro muchacho de la guerra, como nunca lo había escuchado hablar de nada ni de nadie. Aquél era el Pedro que se había quedado en su mente y que con el tiempo había crecido, como él, en la soledad y en el deseo. Pedro camino a la Luna en un cohete, cada vez más hermoso y más perfecto, el único, el elegido, el compañero ideal, el amigo y el amante. Pedro imposible.

Llegó a la esquina de la calle indicada en el papel, cruzó la avenida y prosiguió por esa calle lateral, también repleta de vidrieras y cafés con mesitas y sillas sobre la vereda. Los árboles y sus copas gentiles sombreaban el piso de cemento y las veredas de baldosas de colores. Llegó al número del edificio que buscaba. Miró en el portero eléctrico el piso y el departamento de su madre. Apretó el timbre. Esperó.

## **El origen de la tragedia**

### *La Virgen de Covadonga*

El exilio de Loreto se convirtió en una segunda vida, en una vida inesperada que la llevó al conocimiento de otra vida, una existencia en la cual terminó de comprender que el pasado no era sino un cementerio de verdades, y que a pesar de que estas antiguas convicciones ya no sirvieran para su vida presente ni para su futuro, en el fondo no había nada que no valiese la pena. Pensaba que toda creación del espíritu humano tenía algo de positivo porque había existido, y que tenía tanto valor como las mismas creaciones de la naturaleza: las flores, los animales, todo lo que demuestra de qué es capaz.

Pero a su vez dudaba de toda verdad demasiado general, y de todas las verdades intemporales. Pensaba que esas verdades no existían como imperativos universales, sino como singularidades que tenían un tiempo y un contexto. Y que como ella misma y su vida anterior, perdían vigencia y quedaban colgadas del pasado como aquel cartel que había visto surgir entre los bosques espinosos a su llegada a los valles Calchaquíes, y que indicaba el fin del mundo. Si todo había terminado para ella, era porque había terminado un mundo, y seguía otro.

En ese mundo nuevo en que se movía, cada vez más acompañada por su vientre que crecía como la niebla en los amaneceres sobre los valles tucumanos, densa y blanca, semejando una marea que el Sol iba a disolver sin crueldad y con firmeza, Eloísa se había vuelto su sombra.

Para esa jovencita que nunca había ido a la capital de su propia provincia, Loreto se había convertido en su objeto de amor. La escuchaba con una atención enamorada, y la seguía para acudirle en todo momento, atenta a sus mínimas necesidades, adelantándose a cualquier deseo de esa mujer que representaba algo que ella misma no hubiera podido definir en su pequeño gran mundo de montañas y valles. Algo que se parecía a la perfección, y que, en el fondo, simbolizaba la existencia misma en lo que tiene de belleza y sabiduría, si es que la existencia en sí guarda alguna sabiduría.

Loreto se dejaba amar con la reserva de quien nunca fue amada y para quien el amor de otro es una manifestación tan

extraña e innecesaria como un regalo con el cual no sabemos muy bien qué hacer, aunque nos vemos en el compromiso de agradecerlo.

De este modo Eloísa había encontrado en la presencia de Loreto algo muy parecido a la felicidad, y ya ese fenómeno casi inexplicable para la misma Loreto justificaba su presencia en ese sitio que tal vez era el fin del mundo, o el fin de un mundo, uno de los tantos mundos posibles. Sin duda el fin del mundo de San José. Tal vez, pensaba Loreto, la existencia misma tuviera algún sentido en relación con la existencia de otros, como la suya propia lo había tenido en las lecturas compartidas con Tadeo. Observando a Eloísa y su veneración callada y gentil, Loreto pensó que también ella, probablemente, había dado sentido a la existencia de Tadeo, porque con Tadeo se había sentido feliz.

En el hogar de los Rizzo no había cosas superfluas ni solapadas, todo era mucho más llano y esencial que en su casa de Mendoza, adonde los prejuicios eran el vestido para colocarse antes de abrir la puerta de calle, y también servían como ropa de entrecasa. Nicolasa y Eloísa eran dos mujeres netas, tan definidas como ese paisaje de valles verdes, sin piedad ni metáforas. Pero Eloísa era capaz de una dulzura tan diferente a la que había conocido en su propia familia, que no podía dejar de admirarla. La jovencita la escuchaba con arrobos, y en los ratos de ocio, que no existían para esa familia que siempre estaba trabajando, tejía con destreza y una dedicación enamorada lo que constituiría el único ajuar del bebé de Loreto.

-Eloísa se le ha encariñado mucho –le dijo un día Nicolasa, mientras machacaba ajos en un mortero de piedra, y su propia hija estaba en los corrales dando afrecho a los pollos. -Es de buen corazón y aquí no ha conocido a nadie para querer. Su padre y yo nos ponemos viejos y se va a quedar solita. La va a echar mucho de menos cuando usted se vaya. Los libros son muy bonitos, pero es necesario escuchar una voz humana en estas soledades.

Nicolasa hablaba sin dejar de mirar a los ajos, que se iban convirtiendo en finísimas hojas de papel natural, tan perfumadas y transparentes como si estuvieran hechas de manteca. Loreto comprendió entonces que todo se acomodaba en algún orden cósmico que tal vez nunca había dejado de funcionar perfectamente sincronizado con su propia pulsación,

ese latido que mueve el universo desde el origen del tiempo. Supo lo que debía hacer y supo también que era lo único que podía hacer, como si todo hubiera estado determinado y ella hubiese sido la única que no lo hubiera sabido hasta entonces.

Desde ese día esperó tranquilamente el crecimiento de su hijo, sin recordar nada que no fuera necesario recordar, pero dándole a cada recuerdo la importancia y el significado que ahora adquiriría, a la luz verde de esos valles milenarios y silenciosos.

Cuando se acercó el momento del parto, los valles se habían amarilleado y el cielo se había vuelto transparente con el aire invernal. Julio soplaba un viento frío y cortante, y la estufa a leña siempre encendida en la casa de los Rizzo crepitaba junto a la ansiedad de Eloísa, que parecía ser la verdadera protagonista de este advenimiento, mientras que Nicolasa y Loreto se mostraban tan serenas como las espectadoras de lo que debía suceder.

Ya se habían hecho hervir los trapos blancos y había agua en la jarra y la jofaina, además de una palangana pulida hasta el brillo, y una olla de hierro que hervía constantemente, colgada de un trípode sobre el fuego. Loreto estaba en la cama, más blanca que las sábanas de cañamazo, con la frente sudorosa y el cabello expandido como la noche del valle, haciendo de sombra sobre la almohada. Pero no se quejaba. Nicolasa controlaba los dolores y Eloísa corría de un lado al otro sin hacer nada en especial, sólo por la ansiedad.

-Niña, quedate un poco quietecita que lo vas a asustar al venidero –le dijo la madre a Eloísa, que de ese modo tuvo que permanecer de pie junto a la cama de la parturienta, tan enfebrecida como ella pero mucho más temerosa.

Nicolasa apoyó la palma de la mano desteñida de tantas lejías sobre el vientre hinchado de Loreto y sintió las contracciones con que el hijo pujaba para provocar la dilatación que le permitiera salir al mundo. La mujer recordó cómo su madre había hecho lo mismo cuando en esa misma casa ella había parido a su única hija. Su madre que no había estado contenta de que Nicolasa se casara con un gringo, aunque siempre era mejor que un español, por los cuales su antiguo pueblo había conservado un silencioso rencor de medio millar de años, que no se borraba ni se iba a borrar nunca.



Con la misma mano con que amasaba el pan, y murmurando oraciones en una lengua que Loreto jamás había escuchado, Nicolasa empezó a presionar suavemente con movimientos descendentes, como una caricia fuerte, y Loreto sintió que poco a poco empezaba a salir de ella eso que había crecido en su interior desde aquel estertor de Tadeo, en la tarde de la casa sola allá en Mendoza. Y poco después empezó a sentir su propio estertor, una mezcla de dolor y placer tan inmensa como no hubiera podido describir ni con todas las palabras leídas en sus libros. El estertor con el cual ahora ella, nueve meses después, respondía a Tadeo y lo abrazaba en una misma ausencia.

Duró sólo algunos afiebrados minutos, y las manos capaces de Nicolasa tiraron hacia fuera el cuerpo mojado de un niño, mientras Eloísa miraba como hipnotizada, no a su madre ni a Loreto, sino a ese niño hacia el cual se sentía destinada, como si fuera el regalo que la existencia misma estaba pariendo para ella.

-Pasame las tijeras –fue la orden de Nicolasa que la sacó de su ensimismamiento, y Eloísa vio cómo su madre cortaba ese cordón que era el único vínculo verdadero entre Loreto y su hijo, que ahora había pasado directamente a los brazos de la jovencita tucumana, apurada por bañarlo en el agua tibia de la palangana, perfumada con hierbas que ella misma había recogido de los montes para la ocasión.

-Pero si es un angelito- mire mamá, mire qué rubio que es, colorado de tan blanco- decía Eloísa mientras lavaba a ese bebé que tenía de Tadeo todo lo que Tadeo había perdido en esa tarde de noviembre: la boca, la piel luminosa, los ojos azules y el cabello rubio y dorado del Sol.

Loreto se sumió en un sopor dulce, como si el estertor que la había llevado a los límites del dolor y el placer extremos la hubiese agotado a tal punto que ni siquiera el llanto de su hijo lograra alcanzarla. Para ella, exiliada de todo y de todos excepto de sí misma, ese sopor podía ser la muerte.

En los días que siguieron y con la ayuda de Nicolasa, Loreto aprendió a dar de mamar al pequeño, que era un varón, y comprobó que Eloísa no sólo había tejido todo lo necesario para abrigarlo, sino que también había recortado todas las sábanas viejas, las había hervido y las había convertido en pañales. En

pocas horas, el amor de Eloísa, que no había disminuido, se derramaba ahora sobre ese niño cada vez más rubio, que abría al mundo dos ojos tan iguales a los de su padre que se hubiera dicho que éste renacía en esos valles tucumanos, ajeno a la historia del mismo Tadeo y a los libros de quien lo había traído al mundo, lejano de los prejuicios de su abuela y de los fanatismos religiosos de los inmigrantes polacos que eran sus abuelos paternos; dispuesto a empezar a vivir de otra manera, nuevo, renacido, libre.

Cuando se cumplió el mes del nacimiento, Nicolasa le dijo a Loreto:

-Hay que cristianar a este niño. Y si a usted le parece bien, ya que nació en el día de San Pedro y mi padre se llamaba Pedro, me gustaría hacerlo bautizar con ese nombre si no le desagrada.

A Loreto le pareció que Pedro era tan adecuado como cualquier otro nombre que hubiese elegido Nicolasa, cuyas manos lo habían traído al mundo, y de ese modo al domingo siguiente se encaminaron las tres mujeres hasta la capilla de la Virgen de Covadonga, una imagen que había sido traída de España recientemente y que era muy venerada en los valles.

-Nos quitaron todo y nos trajeron a la Virgen- murmuró Nicolasa entrando a la capilla.

Allí el cura párroco, un hombre tan aindiado como la misma Nicolasa, de modales dulces y sonrisa generosa, preguntó quién era la madre del niño, y quién iba a ser la madrina, y adelantándose a responder, Nicolasa dijo:

-Qué importa eso padrecito, querido es por igual por todas nosotras, que con el mismo amor lo vamos a cuidar.

El cura miró a Nicolasa sintiéndose arrasado por esas palabras que no admitían réplica, y después dirigió los ojos a Loreto y Eloísa, y de verdad creyó que el hijo era de Eloísa, tanto fervor ponía la jovencita en acunar al bebé. Quizás el cura pensó que Nicolasa no quería más palabras sobre ese nacimiento que no parecía tener padre, y que hacía de su hija una madre soltera.

-Este niño es hermoso como un querubín- dijo el cura olvidando la innecesaria indagación sobre la madre del pequeño, y observándolo que asomaba entre las puntillas tejidas por Eloísa-. Hacen bien en llamarlo Pedro, porque Pedro es el elegido de Jesús y el custodio de las llaves del paraíso.

Pasó el invierno transparente, y las lloviznas fertilizaron los montes y humedecieron los valles, para que el Sol de la primavera hiciera reverdecer las laderas con sus plantas achaparradas y sus flores amarillas.

Pedro también florecía con los extremos cuidados de Eloísa, y mostraba una belleza poco común que sin duda lo distinguía en esa casa pobre en la cual la verdadera belleza había sido la generosidad con que había sido recibido. Loreto lo miraba con un desapego no falto de ternura, pero absolutamente distante. No veía en ese niño a Tadeo, ni a sí misma. Lo que había sido Tadeo seguía adentro de ella, y ese pequeño llamado Pedro no era las innumerables tardes de lectura ni aquella tarde en que el muchachito de veinte años la había llenado de toda su vida, predestinada a terminar brutalmente arrojada adentro de una acequia de cemento.

Por eso cuando llegó el momento de despedirse, Loreto le tendió el niño a Eloísa y ésta lo recibió como si fuera lo que había estado esperando para ser definitivamente feliz. El amor que sentía por Loreto y la herida que abría en su joven corazón campesino el alejamiento de esa mujer que le había enseñado a leer libros y le había llegado al alma con sus ojos oscuros y su silencio, sólo podrían tener un sentido con la presencia del pequeño Pedro.

Porque Loreto tenía los ojos oscuros, pero no eran como los de su madre Nicolasa, y tenía el pelo negro, pero tampoco era como el de su madre ni como el suyo propio, lacio y profundo como una cascada de alquitrán. Para Eloísa, Loreto era hermosa como una aparición, y ese año en que había dormido a su lado y esas noches en que esa visita del cielo le había leído los libros, eran más de lo que había tenido en veinte años de existencia, entre faenas domésticas, misas y caminatas por los cerros en busca de yuyos curativos. Porque sin dudas eso era el amor, una persona de quien aprender, beber palabras y silencios y compartir esa materia breve, rara y voluble que llaman tiempo. Por eso Eloísa, desde ese día, se convertía en una mujer abandonada. Y por eso Pedro iba a ser la razón de su existencia hasta que el destino decidiera mandarlo a la guerra y después a la enajenación y después a una muerte que no era muerte ni era vida.

Pero Eloísa sentía, desde el nacimiento del hijo de Loreto, que era capaz de afrontarlo todo.

Loreto se marchó de El Mollar, y por más que escrutó los linderos del camino durante horas hasta llegar a la capital de la provincia, no volvió a encontrar el cartel que decía Fin del mundo.

El fin del mundo ya había tenido lugar. Ahora empezaba otro mundo, otra era en las galaxias que conformaban su alma, un alma en la cual no sentía absolutamente nada, y para la cual sus padres sólo eran dos personas de las cuales despedirse, y esta vez para siempre.

## Más allá del umbral

### *Segunda puerta: Las magdalenas de Carla*

La voz de una mujer respondió a través de los orificios del aparato de bronce: -¿Quién es?

Oswaldo sintió un escalofrío que bajaba por su espina dorsal y aterrizaba en la planta de sus pies, no sin antes estremecer su pecho. -Oswaldo- respondió.

Se escuchó un zumbido y un clack en la puerta de vidrio. Oswaldo empujó la hoja y entró en un hall no demasiado grande pero arreglado con cuidado, una de cuyas paredes estaba totalmente cubierta con un espejo, y junto a la otra había un gran macetero con plantas verdes de interior, lustradas como si hubieran sido muebles. Caminó hasta el pasillo que proseguía más adelante y apretó el botón de los ascensores. Una de las dos cabinas de metal descendió con un ruido sordo y Oswaldo vio por la mirilla de la puerta de madera que el ascensor había llegado a la planta baja. Entró en la caja cuadrada y pequeña, que también tenía la pared posterior tapizada de espejo. Pero le dio la espalda y subió los siete pisos mirando hacia la puerta de reja, viendo cómo pasaban las plataformas de cemento con números pintados, seguidas de las puertas. Las contó como si fuera necesario este trabajo mecánico y obsoleto, hasta que el cajón ascendente se detuvo con un temblor de su esqueleto ferruginoso.

Llegó a un pasillo fresco y en penumbras, y tocó el timbre en el departamento 53. Escuchó pasos detrás de la puerta, y cuando ésta se abrió, vio ante sí a una mujer no demasiado alta, madura, muy bien arreglada, con el cabello rubio peinado en grandes ondas sobre una cabeza regular y enmarcando un rostro apenas maquillado, de ojos grandes y marrones como los suyos. Era su madre.

Carla sonrió con una sonrisa breve, que conservaba algo de la dureza que debía haber albergado su carácter, pero parecía sincera, y sólo dijo "Oswaldo", mientras daba dos pasos hacia atrás para dejarlo pasar adentro del departamento.

Oswaldo entró a un living comedor de medidas regulares, iluminado por una pared enteramente de vidrio que daba a un balcón lleno de plantas. Los muebles eran de madera maciza y

anticuados, lustrados hasta el brillo, y adornados con innumerables objetos de porcelana, bronce o cristal. En las paredes había varios cuadros al óleo, todos originales, que representaban esos paisajes imposibles de los cuadros inspirados solamente por la imaginación. El ambiente en su conjunto era muy agradable, denotaba una delicadeza y serenidad de ánimo que quizás había sido lo último que Osvaldo esperaba encontrar.

Carla cerró la puerta y se le acercó. Lo miró de cerca y de cerca Osvaldo pudo ver su piel fina surcada por innumerables arrugas, blanca y blanda, pero aún con cierta belleza. Tras un minuto de duda de parte de ambos, Carla lo tomó de los brazos y lo acercó a ella, y le dio un abrazo que no duró mucho, pero fue cálido.

-Vení, sentate. Justo había calentado el agua para tomar unos matecitos, ¿querés? A lo mejor en Italia ya te has olvidado de las costumbres de acá, Loreto nunca fue muy matera, y yo tampoco a decir verdad, porque en nuestra familia eran todos italianos, pero con los años me he hecho aficionada.

-Bueno- dijo Osvaldo y se sentó en una de las poltronas que estaban junto a los ventanales del fondo. Ponerse a tomar mate con su madre no era lo que se había imaginado que sucedería en ese encuentro, y mucho menos después de las conversaciones con Elena y de todo lo que su hermana había expresado, de esa imagen de su madre que Elena había pintado como una suerte de monstruo sin sentimientos de la cual sólo había que vengarse.

Carla desapareció por una puerta cercana a la entrada del departamento, en el principio de un corredor que se adentraba hacia una zona tan llena de silencio como el resto de ese sitio inusualmente acogedor, y reapareció pocos minutos después con una bandeja en la que había un termo, un mate, una yerbera y un plato con magdalenas.

-Mirá, esta mañana temprano hice magdalenas. Eran tus bizcochos preferidos cuando eras chiquito. -¿Te acordás? – preguntó sentándose en la poltrona frente a Osvaldo, y acomodó la bandeja en la mesita ratona que los separaba.

-No sabía que me gustaban las magdalenas.

-No te gustaban todas, tenían que ser las que hacía yo, que son de zapallo. Las compradas no las quisiste comer nunca. Probalas, te van a traer a la memoria muchos recuerdos.

Osvaldo tomó una de las magdalenas y la miró en su forma redonda, regular, en su color que se parecía a la piel de las

naranjas, y su textura blanda bajo la presión de sus dedos. Mientras se la llevaba a la boca alcanzó a pensar que tal vez esa magdalena fuera, en efecto, una máquina del tiempo que lo retrotrajese a su primera infancia, pero no a la infancia pesadillesca que le había descrito Elena cuando se encontraron en la habitación del hotel abandonado, sino a otra, a una infancia feliz, algo que se imaginaba muy parecido a una película norteamericana de los años cincuenta, con una bella madre que hacía bizcochos para sus hijos mientras esperaba que su marido regresase del trabajo.

La magdalena era suave y su sabor tremendamente agradable, con un dejo de sabor a zapallo dulce en sus entrañas de esponja anaranjada. Deshaciéndose en el paladar, la masa desprendió para su memoria colores que Osvaldo no recordaba, y las escasas y borrosas imágenes que conservaba de su infancia en el caserón de San José se tiñeron de inesperados matices, como por ejemplo la cocina, con sus paredes de verde agua y el mantel de hule floreado, azul y naranja. El piso de la galería recuperó su espléndido amarillo, y las paredes encaladas sus variaciones de tizas y rosas pálidas. También la cortina del baño se volvió acuática en su celeste verdoso, y los peces espadas que la adornaban retomaron sus rumbos zigzagueantes. Pero esta última imagen le devolvió el rostro descarnado de Elena, aferrada al borde del colchón sucio y roto de la cama de hierro en esa habitación fantasmagórica del hotel Viena, con sus pasillos de basura y sus espejos de tinieblas. La voz de Elena volviendo de la locura rompió el hechizo y Osvaldo dirigió los ojos bien abiertos hacia Carla, sentada frente a él, ella con los ojos semejantes a los suyos, abiertos también, mirándolo con una expresión mansa pero firme.

-Cuánto has tardado en venir a verme –fueron las palabras de su madre mientras tomaba el mate, que era de madera gruesa y tallada.

Osvaldo pensó que eran las mismas palabras con que lo había saludado Elena. Parecía una conspiración para reprocharle la tardanza a una cita que él mismo no sabía que hubiera tenido, él que había vivido un cuarto de siglo allá lejos, en un país hermoso dorado por el sol del arte y besado por el Mediterráneo, adonde nunca se había planteado qué harían su madre y su hermana en este otro país, una tierra lejana a la cual el Atlántico furibundo azotaba de viento y mareas, y en donde la miseria extrema y la extrema riqueza apretaban sin piedad las vidas de

quienes no eran ni ricos ni miserables, y que luchaban día y noche para seguir viviendo decorosamente en ciudades que ya denunciaban la monstruosa acromegalia de la globalización.

-No es un reproche –prosiguió Carla tras una pausa-. Vos estuviste tan poco tiempo conmigo. Loreto te llevó a Italia cuando tenías apenas cuatro años. Has crecido lejos. Pero yo sé todo de vos. Sé que Loreto te ha leído muchos libros; esta hermana mía, nunca perdió esa costumbre. Desde que éramos chicas se la pasaba leyendo, no se la podía separar de sus libros. Yo en cambio siempre tuve pereza para ponerme a leer. En los últimos años me hice una amiga a la que le gusta el teatro, y como vamos juntas a ver las obras, ella me pasa algunos libros, y por eso es que he leído algo. Pero lo que es antes, lo que más llegaba a leer era el diario y alguna que otra revista de tejido o manualidades.

Oswaldo la escuchaba mientras masticaba la magdalena y recibió el mate de las manos de Carla como quien recibe un objeto extraño pero a la vez prometido. Succionó el líquido caliente a través de la bombilla de plata, y sintió el sabor amarguísimo de esa bebida que no tenía parangón con ninguna otra en el mundo.

-¿Está muy amargo?– preguntó Carla mirando su expresión mientras bebía el mate-. Yo no puedo tomar mucha azúcar, además el mate dulce no me gusta.

-Está bien. Es que no estoy acostumbrado.

-No claro. Loreto no tomaba mate, y me imagino que en Italia no se conseguirá ni la yerba. Para nosotros acá es casi como un vicio, ¿sabés? Pero te hace mucha compañía, es muy diferente tomar mate sola que estar sola ante una taza de té o café. Las tazas no te hacen compañía, el mate sí. Carla hizo una pausa y poco después agregó:

-Me imagino que querrás que te cuente algo. No sé, algo de tu vida antes de irte, de tu familia. Para eso viniste, ¿no?

-No sé muy bien. Pero sí, vine para eso. Quiero reconstruir mi propia vida, porque he vivido en el silencio. La única voz que escuché ha sido la de la tía Loreto leyéndome sus libros. Ella ha pasado años leyéndome.

Al decir estas últimas palabras, Oswaldo se dio cuenta de que había otra voz en su recuerdo, y era la voz límpida de Pietro trayendo la compra al departamento de Via Magenta, y hablando con su tía, y saludándolo con una sonrisa y una palmada en las cuales Oswaldo dejaba la vida.



-No sé. Sé que necesito hablar con vos, como necesitaba hablar con Elena. Quiero saber las cosas antes... -y aquí algo parecido a un olvido le apagó la voz-. Tal vez todos necesitemos reconstruir nuestra historia, o hacer una historia nuestra. En mi vida no he podido comprender muchas cosas, y he conocido todo a través de un mar de silencio.

Carla volvió a dibujar para el aire una sonrisa blanda, a la cual la mirada baja dio un toque de amarga melancolía.

-Yo tampoco sé mucho, mi querido Osvaldo -dijo entonces-. No creas que hablando y viviendo se sabe más que callando y escuchando. Las cosas nunca son como parecen, son mucho más que eso, y sin embargo... Son solamente tiempo y espacio. Cada uno de nosotros podría contarlas de manera diferente, y cada uno diría la verdad. Porque la verdad no existe en sí misma. Tal vez existen nuestras convicciones, pero éstas también cambian. Todo lo cambia el tiempo, sin piedad, sin más regla que ésa, la de cambiar todo permanentemente. Vivimos convencidos de que nuestros pasos quedarán impresos en quién sabe qué cemento duradero y no sabemos que cada uno de nuestros gestos, cada palabra y cada decisión tan pronto se realizan como desaparecen en la arena del tiempo. Y sólo los grandes errores modifican nuestra existencia, pero eso también es materia del tiempo. Queremos saber, como vos querés saber ahora. Y podemos saber una parte, una versión que tan pronto es dicha como tan pronto ha cambiado y ya es otra, y un día después será otra, hasta que el mismo tiempo la aplaste en su rueda para dejar un polvillo que el viento se llevará hacia la nada. Qué han sido nuestras vidas, Osvaldo, no te sabría decir.

Carla hizo una pausa y miró el mate como si allí, en ese ínfimo redondel de yerba verde atravesado por la bombilla de plata, estuviese inscripto el jeroglífico con la clave de la existencia.

-Puedo hablarte de muchas cosas. Preguntame lo que quieras.

## **El origen de la tragedia**

### *La enfermera de los recuerdos y el fin de los recuerdos*

La noche se extendía con su sombra muda por los pasillos del hospital y en la ciudad de Roma, y la habitación en la que Loreto velaba por Osvaldo tenía una luz que a duras penas podía combatir con la penumbra que se encarnizaba en devorar los rincones y esconderse debajo de la cama, asustando los pies de la mujer que no se había movido de su posición en días.

Loreto miró a Osvaldo y pensó que era hermoso, en su palidez blanca y su cabello de suaves ondas, como las había tenido su hermana Carla, la bella, cuando era muchacha. Osvaldo había heredado esos ojos muy grandes, ahora cerrados, y esas pestañas tupidas que cuando se movían parecían barrer el aire con una ingenuidad muy difícil de resistir. Pero en Osvaldo Loreto había visto crecer una suerte de pureza que nunca había visto en su hermana Carla, y ella misma había defendido esa pureza a ultranza, porque el mundo le parecía un triángulo peligroso formado por tres ángulos opuestos y conectados entre sí: el viejo barrio de San José en Mendoza, el pueblo de El Mollar en Tafí del Valle, en la verde Tucumán, y Roma, ciudad natal y después exilio voluntario de su existencia. Osvaldo era un habitante diferente de ese espacio que no había sido creado para él, porque ése era el mundo que se movía en una dimensión que respondía a otra mecánica, una mecánica que -Loreto lo sabía- aún era la que había puesto en marcha su madre, o su padre mismo, un mundo que pegaba muy duro sobre la cabeza de personas como Osvaldo.

Mirándolo así en la cama del hospital, Loreto se preguntó por enésima vez en los últimos veinticinco años, como se preguntaba siempre, si la vida no le había vuelto a dar la posibilidad de criar un hijo en ese sobrino hacia el cual había volcado su severa personalidad de lectora obsesiva, y su escasez de palabras para esta dimensión, su dimensión personal en la cual Osvaldo agonizaba, que era la misma, tal vez, que tantos años atrás había recibido a su propio hijo, el hijo de Tadeo, allá lejos en Tucumán.

En el silencio quejumbroso de la noche hospitalaria, Loreto pensó que no había sido necesario pedirle a la vida que la resarciera por aquella elección tan lejana y tan ajena que la había

hecho dejar a su hijo recién nacido en los brazos de una muchacha campesina en un pueblo extraviado en los valles calchaquíes. La existencia misma se había encargado de volver a ponerla frente la responsabilidad de velar por otra persona. Osvaldo había llegado a ella de manera tan inesperada como un día había llegado Tadeo. La vida también se había encargado de arrebatarse a cada uno, llegado el día.

Había educado a Osvaldo en el amor por los libros, con su silencio de mujer sola, porque en el fondo siempre había estado sola, en su juventud quizás acompañada por Tadeo en las charlas sobre novelas y cuentos, o amada desesperadamente en esa tarde de calor en su habitación del barrio de San José, si ese estertor con el cual su joven compañero de lecturas había descargado en ella el río espeso y caliente en que se había gestado Pedro podía llamarse amor. Todo lo demás había sido un largo caminar por el pasillo de la soledad. Y Osvaldo había sido la expiación, la posibilidad de restañar en algo la profunda grieta que ella había infligido al orden universal al abandonar a su propio hijo. Otra cosa no había sabido hacer.

Durante esos años en el exilio romano, había tratado de que Osvaldo se fortaleciera para vivir en un mundo ajeno. Como ajeno había sido para ella siempre el mundo, ajeno lo era para aquel muchacho sensible que estaba dispuesto a enamorarse, a cometer ese error que lo dejaría aún más expuesto ante el viento tajante de la existencia. Desde esa misma existencia que compartía con su sobrino, que era más su hijo que su sobrino, Loreto veía los años de Mendoza como el verdadero exilio, un exilio en el cual había creído encontrar alguna razón para existir, hasta que se había dado cuenta de que era inútil buscarla. La existencia, había comprendido, tenía sentido sólo en su propio sinsentido, y para ella lo único verdadero era que no existía la verdad.

Sabía que Osvaldo nunca estaría lo suficientemente preparado para soportar durante mucho tiempo el peso la vida, y había tratado de protegerlo hasta donde había podido. La vida misma, en su momento, se había encargado de aplastarlo, como había hecho.

Cuando la noche maduraba en el rumor sordo de los hospitales, la puerta de la habitación se abrió y entró la enfermera rellena, la del cabello bien negro acomodado en

anillos que surgían desde debajo de la cofia impoluta y rígida como el tocado de una estatua neoclásica.

Loreto la miró como se debe mirar la imagen de la Virgen cuando no se cree en nada, y la enfermera se acercó a ella y a la cama de Osvaldo.

-Me llamo Alicia- dijo.

-Mucho gusto, yo soy Loreto.

-¿Es su hijo?

Loreto miró a Osvaldo, tan bello en su palidez, con los tubos transparentes que le entraban en la nariz como si fueran los pecíolos de flores que se abrían allá en la invisibilidad de su cerebro. Tenía los generosos labios reseco, y aún así casi dibujaban una sonrisa.

-Sí.

Alicia suspiró y acercó una silla a la de Loreto. Acomodó su humanidad compacta y abundante y se puso las manos sobre las rodillas.

-Usted habló con los doctores, ¿no es cierto? –preguntó con la mirada de ojos pardos y cansados dirigida a la cara de Loreto.

-Sí, claro.

-Su hijo tiene un daño cerebral grave. El electroencefalograma muestra actividad, es cierto, pero está ubicada en una zona del cerebro que no corresponde a los centros motores, sino a la parte en donde se originan los sueños.

-¿Por eso mueve los ojos?

-Sí. Es como si estuviera soñando. Por eso usted tiene que estar tranquila, él no siente ningún dolor, y muy probablemente esté viviendo en un mundo que nosotros no conocemos.

Un silencio grave recayó sobre ambas mujeres, tan severo y concreto como la sombra que entraba desde todas partes a la habitación en que las dos velaban a Osvaldo. En ese silencio casi material, Alicia movió levemente su silla y el crujido del metal bajo su cuerpo provocó una trizadura en el aire como la que debe haber causado el primer sonido que se escuchó en el universo, en el instante en que la oscuridad se separó de la luz.

-Yo tenía un hijo, ¿sabe?- dijo Alicia tras ese intervalo muy largo, como si estuviera revelando el por qué de las cosas. –Lo había adoptado de acá, del hospital, porque nació y lo abandonaron. Así que yo hice los trámites y los doctores me

ayudaron para que me lo llevara. No es muy fácil, usted sabrá, pero de otra manera el chiquito iba a tener que pasar no sé cuánto tiempo de un lado a otro hasta que alguien lo adoptara. Y bueno, me lo quedé yo.

Loreto miraba a esa mujer rolliza que antes había aparecido en la habitación y se mostró tan antipática, y que ahora se ponía a contarle una historia que a ella le resultaba ajena, pero que en esa noche tan despojada era como un libro que abriera sus páginas para hacer lo que siempre habían hecho con ella los libros: arrancarla de la soledad.

-Me acompañó muchos años. Nunca me arrepentí de habérmelo quedado. Y eso que tuve que hacer muchos sacrificios, porque yo me la paso acá adentro, tantas y tantas noches. Las cosas que veo. Me salió de bueno, usted no se imagina. Compañero. Eso sí, no le gustaba estudiar, para eso no tenía la cabeza. Pero buen chico, decente y con un corazón de oro.

La enfermera hizo una pausa en la cual Loreto consideró que la pregunta que estaba esperando era ¿qué le pasó? Ya que el relato estaba en pretérito, y era lógico esperar que hubiera tenido un desenlace trágico.

-¿Qué le pasó?- preguntó Loreto.

-Se mató en una moto. Ya hace de esto cinco años.

-Lo siento.

-Yo también. Pero agradezco los años que estuvo conmigo. Ahora que estoy sola de nuevo no tengo apuro por volver a casa, así que me dan todos los turnos de noche y yo los prefiero, porque acá se me hace más corto el tiempo.

-Me imagino que debe ser así.

-Pero lo que le quería contar es que Lucio, que así se llamaba mi hijo, estuvo en coma muchos meses.

Aquí la enfermera hizo otra pausa y miró a Loreto para comprobar el efecto de sus palabras. Loreto sostuvo su mirada y luego dirigió la suya propia a Osvaldo, porque la mujer tenía un modo de mirar tan directo y tan contundente que la apabullaba.

-Yo estaba como usted, día y noche al lado de su cama – prosiguió entonces Alicia-. Ah sí, no había nadie que me moviera de ahí. Me habían dicho que le leyera libros, pero ni Lucio ni yo habíamos sido nunca buenos lectores, así que le ponía la música que a él le gustaba, Matia Bazar, Giuni Russo, Gianna Nannini, y esas cosas, sabe. Yo en cambio siempre

preferí a Fabrizio De André, me gustan las canciones con una letra que diga cosas, ¿a usted no?

Alicia no esperó respuesta a su pregunta retórica, suspiró y por un instante su humanidad compacta y bien plantada en el planeta Tierra pareció zozobrar levemente.

-Pero nada, no había caso. Claro, ya los doctores me habían dicho que no había nada que hacer. Era yo que no lo quería aceptar. Y no sabía si el chico sufría o no, aunque me aseguraban que no sentía nada. Estaba como el suyo, así como dormido, y hasta movía los párpados de vez en cuando.

Otro silencio se deslizó como la pausa voluntaria entre las palabras, y Alicia miraba el piso de granito junto a la cama. Dos mujeres, dos hijos, dos vidas y dos muertes.

-Una noche, cuando estábamos solos los dos, le puse una inyección en el suero, y se fue así, tranquilito como estaba.

Loreto siguió mirándola, tal vez con mayor intensidad después de esta confesión de asesinato que un tribunal del mundo hubiera castigado. Pero ese mundo era el mundo que Loreto conocía demasiado bien, el mundo de su madre, de su padre, de la casa de San José, el mundo del que había intentado resguardar a Osvaldo. En otro mundo diferente, tal vez el suyo, ese acto de extrema piedad no hubiera sido un crimen.

Hizo silencio y Alicia también hacía silencio. La enfermera sacó un pañuelo floreado del bolsillo del delantal, tan ajustado a su cuerpo macizo que ese simple gesto se convertía en una tarea de verdadera tenacidad, porque el bolsillo se pegaba a la tela del delantal como un líquen a la piedra que no permite resquicios, y el pañuelito floreado se negaba a salir a la superficie. Al fin la mano dura de la enfermera logró arrancarlo de su madriguera, y el pañuelo fue a dar en las comisuras de sus ojos bordeados de azul, llevándose consigo entre sus pliegues floreados un poco de delineador y un poco de agua de lágrima, tan salada e imperceptible como el silencio que tejía las sombras entre las dos mujeres.

-Una no sabe –dijo Alicia levantándose de su silla y al mismo tiempo guardando el pañuelito en el bolsillo, ahora más accesible a la mano con el cese de la presión en el delantal-. Pero lo que sí sabe es que no se van a despertar más.

## Más allá del umbral

### *Segunda puerta: El asesinato de una madre*

-Sí, para eso vine. Me gustaría que me cuentes. –Dijo Osvaldo a su madre-. Pero no sé muy bien lo que me podés contar. Me parece que conozco todo lo que se refiere a mi familia, y además, he vivido tan apartado de todo esto, que para mí casi es como si visitara la familia de un extraño.

Carla recibió el mate que le tendía Osvaldo, y con la mirada vagamente distraída sobre el aire, dijo como para sí:

-El tiempo es la línea más larga entre dos puntos.

-¿Cómo decís?

-Disculpame, estaba recordando una obra de Tennessee Williams. ¿Te gusta el teatro?

-No.

Carla limpió la boca de la bombilla con una servilletita bordada que llevaba en la misma bandeja, y se cebó un mate.

-Qué lástima. Uno pensaría que en Italia, y más en Roma, hay tanto y tan buen teatro.

Osvaldo se sintió molesto y no supo por qué. Respondió cortante: -No creo que en el siglo XXI tenga algún sentido que unas personas se suban arriba de un escenario a decir algo, y para colmo a actuar.

-¿No? Para mí en cambio tiene mucho sentido. En fin, es mi punto de vista. Hoy en día todo es tan mecánico, tan artificial. El teatro no es artificial. Creo que es lo único no artificial en un mundo artificial. El teatro sigue exigiendo humanidad en una sociedad deshumanizada en la cual podés vivir y morir sin haber hablado cara a cara con otro ser humano.

Carla hizo una pausa, pareció casi arrepentida de sus palabras, y agregó con un tono mucho más suave. –Pero estoy hablando nada más que yo. Contame de vos, ¿a quién has visitado además de a mí?

-¿Me querés preguntar si estuve con Elena?

-Bueno, es tu hermana. Me parece lógico que si decidiste visitarme a mí, la visites también a ella.

-Sí, estuve con Elena. Y no puedo decir que viva tan tranquila como vos.

-Elena nunca vivió tranquila. Siempre fue un alma torturada, y de nada valieron los tratamientos, las medicinas, las terapias. Tiene esquizofrenia, y en un grado tal que ya es

imposible que haga una vida normal. Pero sin duda ha sido siempre muy inteligente. Desde que Loreto te llevó con ella a Italia, Elena se dedicó a reprocharme todo, en especial la muerte de tu padre. Día y noche, durante veinte años. Sufría ataques espantosos, y cada vez era necesario llamar a la ambulancia para que los médicos la tranquilizaran. A veces la dejaban internada, y pocos días después regresaba y todo empezaba de nuevo. Fueron veinte años de cuidarla y de esperar que mejorase. Pero no, se le había puesto que yo había matado a mi marido.

Carla hizo un silencio, y su mirada se perdió en el aire transparente de ese encuentro con los recuerdos.

-La locura y todas las cosas humanas no tienen más elección que ser singularidades.

Oswaldo se quedó mirándola y tras unos segundos que podrían haber durado mucho tiempo, preguntó:

-¿Qué había de cierto en las acusaciones de Elena?

Carla miró a Oswaldo a los ojos, y Oswaldo vio los ojos de una mujer que había vivido cien vidas.

-¿Vos me lo preguntás? Hay muchos modos de matar a una persona, y hacerlo caer en una bañera no es el más original. También se mata con el silencio, con la indiferencia, con el odio. Con la locura. Tu padre y yo teníamos un acuerdo, y nunca nos hubiéramos hecho daño voluntariamente. Lo demás, son inventos.

-Contame algo de papá. ¿Qué significa eso de que tenían un “acuerdo”?

Ella se arrellanó en la poltrona y cruzó las piernas que aún eran bellas. Llevaba unos zapatos de taco, aunque no muy altos, de color marrón oscuro. Con la mano derecha sostenía el mate de madera con su bombilla de plata, y en su actitud ese mate podría haber sido un objeto precioso, tanta era su elegancia natural para cada gesto.

-Agostino, tu papá, y yo, nos conocimos en circunstancias muy especiales. Él tenía veinticuatro años, y yo veinticinco. Yo estaba de novia, es más, estaba comprometida, que en ese tiempo se usaba, con un muchacho que se llamaba Tadeo.

-¿Cómo era? ¿Cómo era Tadeo?- interrumpió bruscamente Oswaldo, como si su curiosidad de pronto se hubiera desplazado de la historia de su padre y su madre a la de ese desconocido que nunca tuvo la oportunidad de dejar de ser un desconocido.



Carla cerró un instante los ojos, y Osvaldo pudo ver no sin un cierto asombro que cambiaba levemente el color de sus mejillas, como si un soplo inusitado pasara por sobre su rostro y le encendiera instantáneamente la piel para escapar un segundo después sin dejar rastros.

-Tadeo era hermoso. Nos conocíamos desde muy chicos, éramos del mismo barrio, es más, vivía en la casa pegada a la nuestra, y jugábamos juntos, con mi hermana Loreto. Su familia no simpatizaba mucho con la mía, porque mi padre era anarquista, lo cual en esa época era casi un estigma, además de una verdadera excentricidad en este pueblo, y en cambio la familia de Tadeo era ultra católica. Imaginate, sus padres eran emigrados polacos. Él era hijo único. Tenía el pelo dorado, no dorado amarillo, sino dorado como el oro, y se le hacían bucles alrededor de la cara. Tenía los ojos azules y una sonrisa que lo hacía parecer un ángel. Nos íbamos a casar antes de esa Navidad.

Osvaldo permaneció unos minutos en silencio, o más bien respetó el silencio de Carla, que suspiró muy levemente y se inclinó sobre la mesita para limpiar la boca de la bombilla y cebar un mate.

-¿Qué fue lo que pasó?

Carla esbozó una sonrisa que no era irónica, sino la sonrisa que puede hacer una mujer que ha vivido y mira a su propia vida con una cierta familiaridad que le permite la licencia de sonreír.

-Tu padre venía disparado con la bicicleta, y no nos había visto. Nosotros tres estábamos caminando por la calle, y tampoco lo habíamos visto, estábamos enfrascados en una conversación muy importante. Sé que era importante, pero ahora no puedo acordarme de qué estábamos hablando. Los años se llevan más cosas de las que traen. En fin, él venía directo frente a nosotros, y ninguno se había visto. Parece una estupidez ser atropellados por una bicicleta, pero una bicicleta se ve menos que un automóvil, y Agostino venía a una velocidad increíble. Cuando nos vio ya estaba encima de nosotros, y se fue directamente contra Tadeo, que se quedó ahí como si lo hubiera estado esperando. Loreto y yo saltamos cada una hacia un costado, y él no. Tuvo un traumatismo cerebral grave y no recuperó la conciencia. Menos de un día después ya estaba muerto.

-¿Y qué pasó después?

-Lo que le podía pasar a una chica de esa época a la que se le había muerto el novio de toda la vida. Nada. Agustino empezó a visitarme y a conversar conmigo. Se quedaba las tardes en mi casa charlando, me llevaba regalos. Primero pensé que tenía sentimientos de culpa, hasta que me acostumbré a sus visitas, y un día me pidió que nos casáramos. Yo le dije que mi único amor había sido Tadeo, y que no iba a amar a nadie más. Pero él insistió. Dijo que era inútil quedarme soltera, que él me iba a cuidar y que si yo lo quería se haría cargo incluso de mi hermana Loreto. Por supuesto, Loreto se negó rotundamente a ser la tía mantenida; ella siempre fue independiente. Yo no sabía qué hacer. La vida sin Tadeo me era desconocida, y no me interesaba en lo más mínimo. Cuando uno es joven, el amor parece serlo todo. Y tal vez lo sea. Yo había tenido esa oportunidad, y se había terminado. Para mí no había otra felicidad a la espera.

-¿Y por eso se casaron?

-Por eso, y porque Agustino me ofrecía sacarme de mi casa, de mis padres y de ese ambiente en el cual no tenía lugar. Yo sabía que no iba a volver a amar a nadie como había amado a Tadeo, y tu padre era la mejor opción de compañía para mi vida, porque en ese momento sentía que no iba a tener más vida.

Oswaldo miró la mesita ratona con la bandeja del mate y el plato de magdalenas.

-Es triste.

-No, no es triste. Es así no más. El amor tiene muchas manifestaciones, y el desamor también. Hicimos un acuerdo con Agustino, y en cierto modo funcionó mucho tiempo. Él me respetaba y yo a él, nos cuidábamos mutuamente. Él también necesitaba casarse para liberarse de la madre y de la familia de la madre, que no era poca cosa.

-¿Entonces por qué se fue a la guerra?

-Porque seguía escapándose de algo.

-¿Y mi hermana Irene?

-¿Te acordás de ella?

-No, mentiría si dijera que me acuerdo algo.

-Irene era una chica enfermiza, desde que nació parecía que su vida pendía de un hilo. Y un día ese hilo se cortó.

-¿La partida de papá fue la causa?

-¿Acaso Elena te ha dicho que yo acuso a tu padre de la muerte de Irene? Es su obsesión.

-No. No me ha dicho eso. Quiero saber vos qué pensás de la muerte de Irene.

-La partida de tu padre fue un detonante que podría haberse puesto en marcha con cualquier otro suceso de la casa. Irene estaba esperando la ocasión para dejarse morir. Yo la amaba mucho, pero no más que a ustedes, a Elena y a vos. Sólo que me ocupaba más de ella porque sabía que era la más débil. Era apegada al padre, es cierto, pero si Agostino no se hubiera ido a la guerra, antes o después ella habría encontrado otro pretexto para enfermarse y morir. Y no lo digo desapasionadamente. Yo era su madre, y ella mi primera hija. Pero no sé, hay algo que nos comunica de manera especial con los seres que hemos gestado, una intuición. Y yo con Irene la tenía; sabía que se iba a morir pronto, porque amaba la muerte más que a la vida. Para ella la vida era una extraña, y la muerte era su meta.

-Además –agregó Carla sin dejar de tener el mate entre las manos- tu padre buscaba al hijo de Loreto.

-¿Cómo?

-Loreto había tenido un hijo de soltera. Pero nuestros padres no quisieron que se supiera nada, y la enviaron a Tucumán. Allí se quedó un año. En esos tiempos, que una hija soltera se quedara embarazada era una vergüenza para una familia con las ideas que tenía la nuestra.

-¿Y lo encontró? Digo, mi papá, ¿encontró al hijo de Loreto?

-Lo encontró. El muchacho había sido criado por unos amigos de mi padre en el campo, allá en Tucumán. Supimos que estaba haciendo el servicio militar cuando estalló la guerra de las Malvinas, y que lo habían enviado al frente. Tu padre se sentía responsable de esa historia, porque el chico era hijo de Tadeo.

-¿Hijo de Tadeo, de tu novio que papá mató con la bicicleta?

-Así es. Tadeo y Loreto habían sido siempre muy unidos, incluso antes de que yo me comprometiera con él. Bueno, pasó. Cuando fue el accidente de la bicicleta, Loreto estaba embarazada.

-La tía Loreto nunca habló de que tenía un hijo.

-Qué querés que dijera la pobre. Nuestra madre era tremenda, y papá también, a decir verdad. La obligaron a dejarlo y a hacer de cuenta que no había pasado nada. Cuando ella

regresó de Tucumán yo ya estaba casada con tu padre. Por eso al tiempo Loreto se fue a vivir a Italia. Porque después de lo que la obligaron a hacer no pudo soportar la presencia de nuestros padres, y una vez que se fue no quiso volver a vivir aquí nunca más. La comprendo perfectamente.

Osvaldo permaneció en silencio con la mirada distraída entre los cuadros que adornaban la pared sobre la cabeza de Carla, y luego en la vidriera que daba al balcón, a través de cuya cortina semitransparente se desdibujaban las macetas con geranios y azaleas.

-Es bastante tremendo- murmuró casi para sí, cuando en realidad hubiera querido decir otra cosa, pero no sabía cómo expresarla con ese idioma que inesperadamente le quedaba chico. Porque lo tremendo tal vez no era sólo la historia de Loreto, sino la de su padre, la de su madre, la suya propia, y quizás en el fondo la misma historia de la humanidad.

Carla le cebó un mate y mientras se lo alcanzaba dijo: - Así son las cosas. Antes todo se escondía. Nuestros padres eran unos italianos bastante ignorantes, y Mendoza era un pueblo recalcitrante y prejuicioso. Más o menos como ahora –sonrió como para sí- pero peor.

Un nuevo silencio se instaló entre los dos, que por un momento volvían a ser madre e hijo. El departamento los abrazaba como un amigo que cuida la conversación de dos seres unidos más por la sangre que por la vida, y que sin embargo sienten la necesidad de darse explicaciones.

Tras algunos minutos, Carla se puso de pie y dijo:

-Voy a calentar el agua. Comé otra magdalena, vaya a saber cuándo las volvé a probar- y se dirigió con su paso medido y no exento de elegancia hacia la puerta que daba a la cocina.

Osvaldo también se puso de pie y se dedicó a mirar los cuadros, la mayor parte de los cuales representaba paisajes. No eran verdaderas obras de arte, pero sí excelentes muestras de una artesanía técnica e inspirada. Había uno que no era un paisaje, sino una maceta con una planta con una vara de flores rojas, como trompetas erguidas, y hojas como espadas quebradas. La maceta se apoyaba sobre una suerte de repisa o mesa alargada, y detrás se veía una ventana. La composición tenía un equilibrio tan agradable y una atmósfera tan parecida a una tarde doméstica, que Osvaldo se sintió casi conmovido por su belleza.

El cuadro, en su escena inmóvil y sin embargo efímera, representaba eso que él mismo estaba percibiendo, la inaferrabilidad del tiempo, su aparente estar en un lugar, apoyado sobre las cosas, como esa luz sobre los pétalos de óleo rojo, filtrada por la vidriera color añil, esa pereza de las cosas que engaña a los sentidos y hace creer que todo seguirá igual, cuando lo verdadero es que nada es igual jamás, porque el tiempo no se repite nunca a sí mismo. Por eso una obra de arte es lo que no es, que es la vida, y no es lo que es, que es la muerte con la cual el artista se ilusiona de que ha atrapado a la vida.

Cuando Carla regresó con el termo en la mano, Osvaldo aún contemplaba el cuadro.

-¿Te gustan? Los he hecho yo. Estudié pintura. No como profesional, claro, pero era algo que siempre me había gustado, y recién de muy grande pude dedicarme a estudiar. Fue un viejo sueño que tuvimos con Tadeo. Cuando estábamos de novios hablábamos de vivir en una bohardilla con techo de vidrio, adonde yo pudiera tener siempre la luz necesaria para pintar. Creo que habíamos visto demasiadas películas francesas. Él quería que nos fuéramos a vivir a un lugar en donde lloviera mucho, decía que extrañaba la lluvia, y que sólo en un paisaje lluvioso nace la inspiración. En el fondo, era un chico muy romántico. Pero es que éramos jóvenes, y él era mucho más joven aún, porque hay corazones que llevan la juventud enraizada adentro, y no la pierden nunca. Muchas veces me he preguntado cómo hubiera sido Tadeo cuando tuviera cuarenta años, cincuenta, sesenta; cuando los bucles dorados se hubieran puesto grises, o ya no existieran. Me he preguntado si alguna vez se habrían apagado sus ojos tan azules. Cómo hubiera sido después del tiempo su piel tan blanca. Pero son pensamientos absurdos. No hay nada que no sea, y lo que no es no existe. Lo que no existe y existe para nosotros únicamente, existe en nuestra mente, nada más.

-¿Entonces qué ha existido de toda esta historia mamá?

Carla levantó la mirada, o la arrancó del aire invisible, y la dirigió a Osvaldo, acompañada por una sonrisa dulce. Pareció que toda su persona perdiera la severidad que la mantenía erecta como un tótem de rara belleza y dura madera, y una blandura humana la ganase desde adentro, volviéndola más dúctil y mucho más inocua, pero a la vez más susceptible.

-Todo existió, mi querido Osvaldo. Pero el pasado tiene la cualidad de volver intangible lo que pudo haber sido concreto. Lo que existió y lo que no existió se mezclan y confunden en el pasado, y para los recuerdos todo tiene la misma consistencia, que es la inconsistencia de lo que ya es definitivamente irrepetible, y por lo tanto inaferrable. El límite entre lo sucedido y lo imaginado se diluye con el tiempo, y lo que reconstruye nuestra mente es tan incierto como lo que soñamos. Es como si un escultor reemplazara las partes faltantes de una escultura, poniendo su imaginación en el lugar de todo aquello que el tiempo deshizo. De este modo, el tiempo recupera su naturaleza proteica y maleable. El tiempo no es concreto, hijo mío –y al decir esto, Carla miró directamente a Osvaldo a los ojos, con dulzura, sí, pero con mucha firmeza-. El tiempo es una materia invisible que se manifiesta en las cosas, pero en nuestra mente es diferente. Nuestra mente cree verlo en la materia cambiante, en lo que será el argumento de nuestros recuerdos. Pero eso no es el tiempo. Eso es nuestra biología mental. Somos una acumulación de imágenes, y no sabemos con total certeza cuáles son verdaderas y cuáles inventadas. Pero ¿acaso tiene importancia? ¿Hay algo más verdadero para nosotros que nosotros mismos? Y siendo así, el mundo que vemos es el mundo que inventamos. Y el mundo que recordamos es el mundo que hemos inventado y seguimos inventando. El límite entre lo consciente y lo inconsciente no existe, porque todo está en nuestra mente.

-Por eso, mi querido, mi querido pequeño Osvaldo, creé en tu mente los recuerdos que necesites para ser feliz. Y en esos recuerdos, no será mi muerte la que te dé paz, sino mi amor.

Carla hizo silencio y Osvaldo siguió a su silencio como sólo el silencio se sigue a sí mismo. El living y sus adornos de porcelana, los muebles lustrados y el jardín en macetas detrás de los vidrios transparentes, y tal vez la calle allá abajo, todo onduló serenamente como las profundidades de un océano en donde se cumple el gesto eterno de recibir los milenios y sus manifestaciones en la vida que fluye, cambia, muere y vuelve a nacer constantemente.

Osvaldo sintió entonces que la vida y la muerte estaban en su mente, y que su imaginación podía crear el alimento que necesitase para reordenar el mundo. La realidad fue entonces un apacible tablero de dibujo en el cual la mano de su voluntad trazaba las líneas que podían corregirse infinitas veces hasta

lograr el diseño perfecto. Sintió que cumplía el asesinato que requería el reordenamiento de sus recuerdos, y que no era necesario empuñar un arma, sino reconstruir de otro modo diferente los hechos, o mirarlos de otra manera. Era su propia mirada la que veía, y no la de los demás.

    Sin homicidio no habría diosas de la venganza agazapadas en el umbral de su vigilia.

## **El origen de la tragedia**

### *Genealogía de la moral*

Loreto volvió a quedarse sola con Osvaldo, más sola ahora después de la confesión de la enfermera asesina, o de la madre piadosa, según como se lo viera. Se preguntó cuál sería el sentido de ese juego absurdo de la existencia, que daba y quitaba continuamente, como una sucesión de estaciones que ya impulsaban a la floración como ya barrían todo follaje con el viento, para helarlo después, y después aún regresar con sus brotes renovados.

La noche carreteaba por la calle deshabitada, y la pieza del hospital parecía suspendida en el espacio inconmensurable del universo, única ventana a la vida, o a la muerte, que en la nada podían ser la misma cosa.

Hacía muchos años que Loreto había dejado de leer novelas de ciencia ficción, desde las lejanas tardes en el barrio de San José. Después había pasado a los clásicos, y después a la narración moderna. Ahora leía las novelas del japonés Haruki Murakami, aunque nunca dejaba de conmoverla la poesía de su antecesor Kawabata. Pensó que en una novela de ciencia ficción hubiera habido caminos inesperados para escapar de esa habitación de hospital hacia una dimensión más humana, pero su escepticismo frente a la dimensión de lo que se denomina como real, la hizo desbaratar en su mente esa quimera, como si diera vuelta sobre la mesa un complicado rompecabezas. Hacía decenios que saboreaba la vida a través de las páginas de los libros, los mismos decenios en que no encontraba ningún sabor en la existencia llamada real.

No lo pensaba de manera habitual, era algo que sabía, y no necesitaba decírselo a sí misma con palabras. La muerte de Tadeo había sido su muerte en cierto modo. Todo lo que había concebido como vida se había ido con él, y ella ni siquiera había podido culpar a Agostino por esa muerte, ni a sus padres, ni a nadie. Lo invisible, si lo invisible existía, era mucho más difícil de odiar que las personas.

Su embarazo, su parto y el abandono de su pequeño hijo en Tucumán habían transcurrido en la droga de ese dolor incomprensible, y cuando había entendido que su propio hijo



hubiera podido ser el ancla que la devolviera al puerto de la vida, ya era demasiado tarde. Por eso había empezado a odiar a sus padres, que le habían quitado la única posibilidad de recuperar su oportunidad de vivir.

Llevarse consigo a Osvaldo había sido sólo una manera de reclamar un fragmento de la felicidad que a ella también le hubiera correspondido. No odiaba a su hermana, aunque Carla había tenido todo lo que a ella le había sido arrebatado. Que su hermana hubiese amado a Tadeo no era motivo de celos para Loreto, pero que hubiera podido conservar a sus hijos era diferente. Irene había muerto, sí, pero quedaban Elena y Osvaldo. Elena era fuerte y sabría cuidar a su madre. Osvaldo no podría ni siquiera vivir solo. Y Loreto necesitaba alguien que la necesitara, porque era el único modo de tener una razón para vivir.

Cuando Osvaldo se había revelado en todo su autismo, Loreto había comprendido el sentido de la presencia de ese niño en su vida. Osvaldo era el libro que ella no podía terminar de leer. En más de veinte años de cuidados y paciencia había aprendido que las palabras no lo son todo, y que la realidad creada por las palabras es una construcción de la realidad. Sabía que si existía un núcleo anterior a las palabras, era Osvaldo quien mejor lo conocía, y ella tenía que superar el discurso para lograr acceder a su sentido. El significado, al suprimirse las palabras, dejaba de ser un significado en el sentido convencional, y pasaba a ser una teoría de elementos de innumerables combinaciones, que podían modificar la realidad cómo y cuando quisieran. Por eso Osvaldo había sido el libro más importante de su vida, un libro sin interpretación posible, y por lo tanto un libro infinito.

Los especialistas habían dicho que la medicina química no podía penetrar la mente de Osvaldo, que su autismo era muy difícil de diagnosticar, pues se trataba de una persona de gran inteligencia. Hablaron del lóbulo frontal y de la necesidad de tratamiento neuropsicológico permanente para intentar vislumbrar los meandros de su mente. Loreto había logrado acercarse al umbral de muchos de esos laberintos cuyos resplandores solían iluminar los ojos grandes de su sobrino, que para ella era también su hijo. En pacientes días y noches de lectura, había capturado su atención y había podido comprobar cómo el niño, y luego el adolescente, y ya el joven Osvaldo, viajaba con ella, o más justo sería decir viajaba solo, por todos

esos mundos que ella desplegaba a través de las páginas de sus lecturas. Osvaldo no hablaba, pero sus ojos hablaban entonces, y Loreto comprendía que detrás de ellos la palabra se había liberado de sí misma para dejar de designar, y convertirse en el sonido necesario que abre puertas y descubre los mundos incógnitos de la mente.

Le había leído los mismos libros que ella leía, y de ese modo las tardes y las noches de dos decenios y medio habían tenido el sonido de su voz, y el brillo de los ojos de Osvaldo. Loreto comprendía que ese autismo era un mundo interior, y que este otro mundo, el de afuera, era demasiado agresivo para él, un ser que apenas se había asomado al exterior había elegido quedarse adentro de sí, adonde no llegara el rumor ensordecedor de esa calle atiborrada a la que se denomina existencia.

Que Osvaldo pudiera enamorarse, Loreto lo había comprendido con las visitas de Pietro, un adolescente rubio y luminoso como un querubín que traía al departamento del quinto piso el pedido de almacén. Loreto solía encargarle al joven algunos trabajos en el mismo departamento, como cambiar la tierra de los macetones de la terracita, o revisar el desagüe de la cocina. Eran estas esporádicas visitas las que despertaban en Osvaldo un interés extraordinario. Se quedaba de pie junto a Pietro durante todo el tiempo que el jovencito estuviera en el departamento, y no lo perdía de vista, siguiendo con sus grandes ojos marrones cada movimiento de los ojos azules de Pietro.

Cuando terminaba sus pequeñas tareas, Loreto ofrecía a Pietro chocolate caliente con masitas, si era invierno, o jugo de naranja con galletitas, si era verano. El jovencito era tan locuaz como silencioso era Osvaldo, y Loreto se daba cuenta de la felicidad que su sobrino dejaba traslucir en el rostro habitualmente serio y sin sonrisa. Por esa razón siempre buscaba una excusa para que Pietro entrase en casa y se demorase en alguna tarea, cosas que ella misma hubiera podido realizar, si no se hubiera dado cuenta de que desde la aparición de Pietro, su sola compañía era insuficiente para Osvaldo.

Pietro, por su parte, había demostrado una felicidad casi sobrenatural cuando se había enterado de que Loreto venía de la Argentina, y que el mismo Osvaldo había nacido en aquel país lejano. Entonces los pequeños trabajos domésticos que Loreto le encargaba se matizaban de preguntas interminables sobre Buenos Aires, sobre la pampa y la cordillera de Los Andes y las

ciudades que vivían pegadas a sus faldas. La conversación proseguía durante el chocolate o el refresco, y Loreto, que nunca había sido propensa a la conversación, a no ser que se tratara de libros, ni tampoco tenía interés en recordar su país adoptivo, se explayaba en largas descripciones matizadas de anécdotas, porque mantenían a Pietro hipnotizado con sus relatos, y a Osvaldo hipnotizado con el ensimismamiento de Pietro.

Nunca se detuvo a pensar que su hijo, allá en Tucumán, se llamaría Pedro, y que tal vez se había parecido a ese jovencito algunos años atrás. Ésas eran hipótesis que se había negado siempre. Pedro había dejado de ser su hijo aún antes de nacer, y Osvaldo había empezado a serlo tal vez poco después de haber nacido.

Pietro, en cambio, era hijo de una familia singular. Concebido a través de inseminación artificial, había sido criado por su madre, una joven de serena belleza, con el cabello claro rizado y abundante que siempre llevaba atado sobre la nuca, y los ojos grandes y de color miel, llamada Viola Morelli, y su pareja, una mujer fortachona y decidida llamada Sabrina, que usaba el pelo corto y espinoso como un cardo, y se delineaba de negro los ojos castaños para hacerlos más fieros si era posible, pero que a pesar de su aspecto de conductora de camiones era una persona generosa y de buenos sentimientos. Viola era restauradora de obras de arte, y cuando había decidido junto a Sabrina que quería tener un hijo para completar su felicidad, inmediatamente había pensado en Marco Scacchi, un ex compañero de cursos de arte tan apuesto como un modelo y tan seductor como un ángel de estampita. Naturalmente Marco era gay, y a Viola y Sabrina les pareció el candidato ideal para la inseminación y la consiguiente construcción del sueño de las jóvenes lesbianas.

El atractivo Marco Scacchi había concentrado sus ambiciones artísticas en la escritura de novelas, que a su parecer eran su verdadera vocación, y el camino seguro para volverse famoso y también para vivir holgadamente y sin otra preocupación que la de dedicarse a inventar personajes y sus historias. Basaba esta convicción, además de en su natural inclinación a imaginar historias y escribirlas, en el sueño recurrente de un inmenso ángel junto a su cama, que le sonreía lleno de gracia aérea. Marco interpretaba que ese ángel era la

bienaventuranza de un éxito seguro en lo que se había propuesto, y que por lo tanto su obra estaba signada por una suerte de bendición ultraterrena. A veces el ángel, de extraordinario tamaño y conmovedora luminosidad, le extendía una mano brillante que Marco no alcanzaba a asir, y se despertaba lleno de ansia y con el pecho agitado, sintiendo que la gloria estaba a pocos centímetros de sus propios dedos. Entonces reanudaba con más ahínco sus escrituras, y pasaba días inclinado sobre los cuadernos. Esta ocupación le llevaba la mayor parte del día, y lo dejaba tan sin fuerzas ni deseos el resto del tiempo, que debía contentarse con ser mantenido por sus ocasionales amantes para subsistir. Esta actitud no le costaba mucho, dada su natural belleza, y Marco había suplantado el verdadero amor por el amor de conveniencia, quedándose a menudo junto a hombres que lo doblaban en edad y no tenían otro atractivo que pagar sus cuentas y proporcionarle el dinero suficiente para vivir.

Marco Scacchi no poseía ningún bien de familia ni lo heredaría, ya que era hijo de una empleada del registro civil que tras haberlo concebido con un periodista volante holandés de paso por Roma, lo había criado ella sola sin pedir ayuda a nadie, ni siquiera al mismo padre de su hijo, que nunca llegó a enterarse de esta paternidad italiana, porque su eventual compañera era una feminista convencida de que una mujer era tan libre y tan dueña de hacer de su vida lo que quisiera, igual que un hombre. El resultado fue una vida de estrecheces en la cual el feminismo de Clara Scacchi, la madre soltera, se fue marchitando poco a poco en la rutina oficinesca, cementerio de todos y cada uno de los sueños que pueda concebir un ser humano medianamente sensible. Clara llegó a la madurez tan sola como cuando había concebido a su hijo con el periodista holandés, pero ya sin la fuerza ni el empuje que la habían llevado a creer que lo mejor era seguir siendo siempre libre de ataduras sentimentales o económicas. Criar a un hijo con un sueldo de empleada había sido tan duro como soportar durante treinta años la mediocridad de un trabajo en el que había dejado juventud e ideales.

El hijo de Clara había crecido en un ambiente de paulatina desilusión, aunando en su rostro y en su cuerpo la claridad y la altura de su padre holandés, y la neta tragicidad de su madre italiana, en una combinación que le había conferido una gran belleza y un inefable encanto que seducía rápidamente

a quienes lo trataban. Cuando en la adolescencia tomó conciencia del poder de esta belleza, pensó que sería un buen instrumento para conseguir lo que deseaba, o sea un medio de sustento en tanto se hacía famoso con sus novelas.

Los años habían transcurrido enmascarados en la insensatez de este propósito, mientras las novelas de Marco Scacchi, publicadas en ediciones financiadas por sus amantes y protectores de turno, pasaban menos que inadvertidas en el mundo literario y cultural de esa Roma que se volvía cada vez más superficial y materialista a medida que se acercaba a su modelo norteamericano y vendía paulatinamente sus tradiciones a la industria sin alma del turismo. Las novelas de Marco eran, sin duda, obras de una complicación bizantina, pretenciosas en una buena medida, y frágilmente filosóficas, que tal vez en una sociedad menos envenenada por el consumismo y el bienestar hubiesen podido alcanzar un cierto grado de popularidad, que si no la riqueza, hubiesen permitido a su autor liberarse de esa dependencia sentimental y sexual con la cual pagaba las ediciones.

Pero Marco Scacchi no poseía ni la inteligencia suficiente para cambiar de vida, ni el talento necesario para que sus novelas superasen su génesis editorial de productos de un cierto tipo de prostitución, y así fue que cuando Pietro llegó a la adolescencia, su padre biológico se ajaba inevitablemente, sin haber logrado ser conocido más que por su encanto en los círculos gays en los cuales siempre se había movido, y en los que su proverbial belleza ya era un recuerdo del pasado, y había sido desplazada por los nuevos efebos que eran capaces de gozar del dinero que la juventud les procuraba con mayor despreocupación, escasos prejuicios y muchísimas menos pretensiones intelectuales y artísticas de las que había tenido Marco Scacchi.

Pietro Scacchi Morelli, su hijo, no veía a Marco sino ocasionalmente, ya que el novelista mantenido nunca había podido ofrecerle más que regalos cuyo costo variaba según sus propios ingresos, que no dependían de la venta de sus novelas, sino de la generosidad de sus amantes. Compartían a veces alguna salida al cine o alguna comida en un restaurante, ocasiones en las que tanto el jovencito cuanto su padre, no sabían qué decirse.

Eran éstas oportunidades en que Marco contemplaba a su hijo con veneración y envidia, sintiendo la fuerza irrefrenable

que tiene el empuje de la juventud, y la pendiente inapelable de la vejez, en la cual él se deslizaba irremediabilmente a pesar de sus esfuerzos sobrehumanos por aferrarse a un retazo de belleza. En Pietro estaba el Marco de tantos años atrás, pero en su mezcla de sentimientos encontrados, Marco deseaba de corazón que a su hijo le fuese mejor que a él, y secretamente se alegraba de que no fuera gay, porque endilgaba la suma de sus desventuras a su propia tendencia sexual. En esta personal consideración, Marco no contaba con la prosperidad y la armonía de que gozaban las dos mujeres que habían constituido la verdadera familia de Pietro, sino que su juicio abarcaba solamente al mundo masculino, para él una maraña de personajes mentirosos y vacuos cuya única finalidad en la existencia era el placer, la apariencia, y en algunos casos el interés. En esta última categoría, curiosamente, no se incluía a sí mismo.

Viola y Sabrina habían criado a Pietro en un ambiente de libertad y confort, ambos logrados por las dos mujeres, trabajadoras incansables y estrictas cuidadoras de ese hijo que siempre habían considerado el fruto de su unión lesbiana. A Pietro no le había faltado nada en absoluto, sólo quizás un poco más de flexibilidad y dulzura, ya que si bien su madre biológica lo quería de manera obsesiva, la caracterizaba una frialdad casi antinatural que interponía entre ella y su hijo un muro de aire impenetrable. Sabrina, en cambio, y a pesar de su apariencia de luchadora de fango, había sabido dar al niño y después al joven hijo de su compañera, momentos de grandísimo afecto, noches enteras de dormir abrazados y las caricias de las cuales Viola era incapaz. El mundo afectivo de Pietro había sido construido por Sabrina, y su genética, por Viola y Marco.

Cuando Pietro empezó a trabajar como mandadero en el almacén de la Via Magenta, tenía apenas diecisiete años. Había terminado la escuela secundaria con las mejores calificaciones, y quería ahorrar dinero para hacer un viaje a Sudamérica antes de emprender los estudios universitarios, que según todos los tests vocacionales a que lo había sometido Sabrina, sería Arquitectura. En los libros que poblaban los numerosos estantes de la casa en la que vivía con sus dos madres, Pietro había visto fotografías de Buenos Aires y del Aconcagua, y había nacido en él el ansia por conocer esos parajes tan lejanos y tan extrañamente misteriosos que se erguían más allá de la mansa

cuenca del Mediterráneo. Con su dulzura adolescente, que sabía manejar inteligentemente, había convencido a sus madres de que quería ahorrar su propio dinero, y de este modo, recorriendo cientos de almacenes y negocios, había conseguido ese puesto de mandadero en la vetusta despensa bajo la casa de Loreto, en donde repartía mercaderías a domicilio, acomodaba las provisiones en el depósito, y si era necesario lavaba los pisos y el baño.

En ese lugar atiborrado de latas de conserva, paquetes de arroz y de fideos, sobrecitos de jugos en polvo y otros mil artículos diferentes, Pietro había conocido a Shana, una joven negra como el lomo de un caballo, y como sus ancas tan tersa y reluciente, hija de emigrados africanos y que hablaba una lengua más romana que los viejos descendientes de los tribunos del Capitolio. Shana, tres años mayor que él, le había abierto las piernas y con ellas el camino al conocimiento de la vida, y Pietro sentía que nunca podría conocer ni amar a otra mujer que no fuera ella. La joven diosa de alquitrán veía en ese adolescente rubio como un sol y tan suave, la esencia de la raza blanca, frágil y bastante estúpida, y gozaba de sus encuentros fugaces en la trastienda del almacén, cuando el dueño iba a los bancos, y más largos y productivos en su misma habitación en el barrio de San Lorenzo, con la voracidad de una tigresa salida de las selvas de Cabo Verde, de donde eran sus padres. Shana era hermosa, pero más que hermosa era tan sensual que Pietro se deshacía entre sus senos oscuros y sus piernas lustrosas como si fuera un dédalo de crema batida que al calor de la piel quemante de la africana se diluía en regueros blancos, velozmente transparentados por la epidermis aceitada de su amante. Para ella, quizás Pietro no sería el hombre definitivo, pero antes de que la vida decidiera tan importante cuestión, no perdía el tiempo y lo iniciaba en todo lo que un hombre puede llegar a saber de una mujer, sin dejar un solo resquicio de su lustrado y vertiginoso cuerpo a escondidas del efebo rubio, quien se zambullía en él como en un mar nocturno de onduladas corrientes, llenas de secretos deliciosos y de néctares que no podía dejar de libar.

Cuando un día Sabrina fue a visitar a Pietro al almacén de Via Magenta y vio a Shana que acomodaba latas de arvejas de pie sobre una escalerilla de madera, se dio cuenta inmediatamente de que ese trasero más redondo que un mapamundi de Amerigo Vespucci, sostenido por dos piernas de

ébanos torneadas como columnas del Bernini, eran la fiebre y meta de las miradas de Pietro, y no tuvo dudas de que su hijo adoptivo era el asiduo visitante de aquellos parajes. Pietro se puso como un tomate al notar la mirada divertida de Sabrina, y no supo qué decirle a su madre-padre cuando salieron juntos a la calle, y Sabrina, en un gesto de infinita dulzura y complicidad, le dio una pequeña bofetada en la mejilla blanca que la vergüenza había teñido de durazno.

Con Viola, mientras Sabrina le contaba de su descubrimiento en el almacén, se rieron juntas con el orgullo de las madres que saben que su hijo ha tenido la primera polución nocturna. Pero cuando Marco Scacchi se enteró de que Pietro tenía relaciones con una mujer negra tres años mayor que él, una suerte de desazón rayana en la angustia lo invadió. Se vio a él mismo a los diecisiete años, perdiendo inocencia y virginidad en los brazos de su primer amante, y creyendo que era sólo el comienzo de una vida de placer y provecho. Ahora, cuando hacía varios años que había sobrepasado los cuarenta y ya no era buscado ni se sentía deseado como en su juventud, y cuando sus quimeras de escritor se revelaban en su tremenda magnitud de irrealizables, Marco Scacchi se sentía invadido por la nostalgia. Era una nostalgia venenosa e irreversible que pocos años después lo iba a llevar al suicidio, el día en que finalmente comprendiera que ese ángel que desde su infancia le tendía la mano, no era sino el emisario de la muerte.

La mañana en que Osvaldo tuvo el ataque cerebral, prácticamente se había escapado del departamento en el quinto piso de Via Magenta, para ir a buscar a Pietro. Conocía de memoria el sencillo camino que bajaba del piso de la tía Loreto hasta la puerta del edificio, y desde allí girando a la izquierda, la otra puerta, que era la del almacén. No necesitaba hablar para que el dueño, un viejo romano achacoso y de pocas palabras también él, comprendiera que buscaba a Pietro porque algo necesitaba la señorita del quinto piso. Así era en efecto, y como sucede con la regularidad de los azares, el desagüe del lavadero se había obturado, y Loreto, casi sin darse cuenta, había comentado a Osvaldo que sería necesario llamar a Pietro para destaparlo. Ninguna noticia hubiera sido tan feliz para Osvaldo, que antes de que su tía saliera del baño, ya había atravesado la



puerta del departamento y tomaba el ascensor para dirigirse al almacén.

Los médicos habían hablado de accidente cerebro vascular, y Osvaldo había sido descubierto por la señora Romana, la vecina de la puerta de enfrente, que al abrir la puerta del ascensor en la planta baja se había encontrado al joven autista derramado en el suelo contra las rejas romboidales, tan desmadejado como si el titiritero que hasta esa mañana había conducido sus movimientos, hubiese apoyado la cruceta para ir a ocuparse de otras cosas, y hubiese dejado a su muñeco privado de una vida que en el fondo no tenía para él la menor importancia.

Por escrúpulo, la señora Romana, que era tan práctica como fea, con su cara basta y su pelo tan abigarrado e hirsuto como la crin de un casco antiguo, se había agachado junto a Osvaldo, apoyando las bolsas de su compra un instante en el suelo, y le había palmeado las mejillas. Ante la falta de respuesta, se había precipitado los cinco pisos por la escalera hasta la puerta de Loreto, porque subir en el ascensor junto a ese joven que ahora parecía una marioneta abandonada le daba más impresión que piedad, y de ninguna manera querría empeorar la situación que intuitivamente ya le parecía muy grave.

Cuando Loreto se lanzó de carrera escaleras abajo, Osvaldo seguía en la misma posición, y hubiera seguido así para siempre si por él hubiera sido, porque había empezado a habitar un mundo mental que era la fantástica intersección entre el mundo que siempre le había sido ajeno, y el que hubiera vivido si la existencia se lo hubiese permitido.

La rubicunda enfermera volvió acompañada por el médico a la habitación en la cual Loreto cuidaba a Osvaldo.

Alicia le hizo ver las planillas con los datos del enfermo, y el médico mismo le tomó las pulsaciones y le miró las pupilas. Loreto se preguntó qué sentido tendría esa puesta en escena que realizaban los médicos de manera mecánica ante el misterio de las enfermedades de los seres humanos, como si no supieran que no tenían ningún poder sobre la vida y la muerte.

Cuando terminó la revisión, el médico, que parecía más cansado que la misma Loreto, lanzó un suspiro y se acercó a ella para hablarle. Loreto pensó cuántas veces por día ese

hombre de delantal blanco debería repetir los mismos gestos y las mismas palabras; todo ello inútil, como inútil era el alba detrás de la ventana para ella, que no tenía ningún interés en el día, ni en ése ni en ninguno de los que quedaran por venir.

-Señora, es mejor que descanse. Esto va para largo- dijo el médico, y Loreto lo miraba sintiendo la mirada de Alicia detrás de sí.

-¿Qué quiere decir doctor? ¿Se va a morir o va a vivir?

El médico quiso suspirar de nuevo pero tal vez le pareció inadecuado, y esta vez reprimió su suspiro, que quedó encerrado en su pecho debajo del delantal blanco.

-No se va a morir, tal vez. El daño cerebral es muy grande, no creo que se despierte. Podría permanecer así. Hay un coágulo que ha estallado y ha comprometido una importante zona del cerebro. Todas las funciones motoras están afectadas.

-¿Y las mentales? ¿Puede pensar?

-Según tengo entendido, este chico es autista.

-Sí.

-Los autistas ya tienen características especiales. Su mecánica del pensamiento no es igual a la de las demás personas. Es probable que este ataque ya se estuviera anunciando desde hacía tiempo, y usted no hubiese notado nada, a causa de la poca comunicación que los autistas tienen con el mundo exterior. ¿Usted notó una disminución de la atención, o movimientos inusuales en los ojos en las últimas semanas?

Loreto pensó que en los últimos tiempos, cuando le leía las novelas de Murakami, Osvaldo estaba distraído, y a veces parecía más ausente. Ella había creído que tal vez en esos momentos su sobrino estuviera recordando a Pietro.

-Sí, estaba muy distraído.

Esta vez el médico se permitió dejar escapar un breve suspiro, como de alivio.

-Entonces ya se estaba desprendiendo el coágulo –dijo. Es muy difícil hacer un diagnóstico precoz en personas con estas características –dijo el médico, y agregó, con tono consolatorio: - Pero igualmente, lo más probable es que no se hubiera podido hacer nada, ha sido un ataque muy masivo. Ya es un milagro que esté vivo.

-¿Qué sigue ahora?

-Esperaremos todavía un poco. Pero se lo repito, lo más probable es que siga en este estado de manera indefinida, a no ser que se precipite el derrame y fallen las funciones vitales. Si

la situación se estabiliza en las próximas semanas habrá que pasarlo a otra sala

Cuando Loreto miró más allá del médico vio los ojos de Alicia, sombreados de azul, que la miraban pardos y fijos.

-Ahora lo vamos a lavar y cambiamos la cama –dijo la enfermera cuando el médico se hubo marchado-. Yo diría que te vayas a descansar un poquito y vuelvas esta noche. Acá va a estar muy bien cuidado, y vos tenés que dormir, querida.

El tono afectuoso y el tuteo inesperado que usó la enfermera llamada Alicia, empujaron a Loreto a tomar sus cosas, que en realidad consistían solamente en un pequeño bolso de tela marrón, y a marcharse a su casa de Via Magenta. Detrás de ella quedaba la enfermera, cuidando al que durante casi tres décadas había sido su hijo, y que ahora escapaba hacia un sitio al que ella no podía perseguirlo, tal vez finalmente llegado a su madurez.

El departamento de Via Magenta le reveló lo que puede ser la soledad. Loreto se dio cuenta de que la soledad es un sentimiento que sólo se puede comprender en un período de la vida en el cual se han perdido las esperanzas. Se recordó a sí misma en El Mollar, en casa de Nicolasa y Eloísa, dejando a ese hijo de Tadeo que había pasado a ser el hijo de Eloísa. Recordó la sensación de muerte que la ganaba mientras se alejaba del pueblo, ya libre del semen de Tadeo, camino de regreso al barrio de San José.

Sin embargo, ahora se trataba de otra cosa. Ya no había en ella juventud que la consolara ni le diera fuerzas. La vejez es cansancio, y ella sentía que el cansancio se abalanzaba sobre su cuerpo, derrumbando también el alma que en toda su existencia había construido con palabras, las palabras de los libros.

Pensó entonces que se había engañado. O mejor dicho, que la vida la había engañado, y ahora lo comprendía. Bebía la magnitud de ese inmenso engaño en toda su terrible trágica dimensión. Durante muchos años, todos los que había pasado cuidando a Osvaldo, había tenido la certidumbre de que cumplía la misión que le asignaba la existencia por haber abandonado a su propio hijo. Había estado convencida de que así la vida equilibraba su acto de extremado egoísmo, y la obligaba a restañar lo que, de alguna manera, tal vez podría llamarse destino. Había tenido un hijo, lo había regalado, por lo tanto debía ocuparse del hijo de otra persona, aunque esta persona

fuera su propia hermana, y dedicarle la vida. Porque eso había sido criar a Osvaldo, dedicarle la vida. Tratar de comprender y hacer comprender a ese niño autista le había llevado la juventud y la madurez, pero las había donado sinceramente, convencida en la equidad de este mecanismo del equilibrio que consideraba justo e inapelable.

Ahora, sola en el departamento, se daba cuenta de que había vivido equivocada. No era la vida de Osvaldo la compensación que la existencia le exigía por haber abandonado a su propio hijo. Era la muerte de Osvaldo el precio que tenía que pagar. Porque Osvaldo estaba muerto, muerto para el mundo en que ella misma transitaba, para los días de lecturas y compañía, para todo lo que ella había considerado siempre tan ajeno y se daba cuenta en esa mañana anodina que era la verdadera existencia, la del mundo del cuerpo, adonde el alma se alojaba para transitar el breve lapso que llaman vida.

Recorrió el departamento casi arrastrando los pies, sin saber hacia dónde iba y qué haría. Caminaba como sonámbula hasta que llegó a la cama de Osvaldo y se sentó en el borde. Como su propia habitación, la de Osvaldo tenía una ventana que daba sobre la terracita. A través del vidrio se dibujaban los macetones de barro cocido con rododendros y azaleas. Bajó la cabeza como si se tuviera que mirar las manos, una acompañando a la otra, juntas sobre su falda. Se quedó así no supo cuánto tiempo. Pensó que debería cambiar esas sábanas que habían quedado arrugadas desde la mañana en que Osvaldo había escapado del departamento a buscar a Pietro, y no había regresado. Pensó esto y no reparó en la inutilidad de su pensamiento, porque mecánicamente sus manos se dirigieron al tirador del cajón de la mesita de luz que estaba junto a la cama, y lo abrieron. Con la mirada fija y mecánica puesta en sus propias manos, Loreto extrajo del cajón un fajo de cartas. Eran sobre cerrados, todos estaban dirigidos a Osvaldo, y venían de la Argentina. Loreto los miró con una cierta curiosidad. Los había atado con una cinta azul y los dejaba en la mesa de luz de Osvaldo, porque eran cartas de su hermana Elena. No las había abierto, sino que cada vez que llegaba una, ella misma había inventado el juego de leerla sin abrirla. Se sentaban con Osvaldo a la mesa de la cocina, y Loreto apoyaba las palmas de las manos sobre la carta cerrada. Cerraba también sus ojos y empezaba a leerle a Osvaldo la carta imaginaria, en donde Elena le contaba cómo eran los paisajes de Mendoza, cómo era la casa

de San José en donde Osvaldo había nacido, qué hacían su madre y su hermana. Después de este juego al que Osvaldo prestaba mucha atención, la carta iba a engrosar el fajo que estaba destinado al cajón de la mesa de luz. Loreto sabía que nada de lo que dijeran esas cartas podía ser mejor para Osvaldo que lo que ella misma inventase. Mantener a Osvaldo en un mundo ideal había sido su objetivo, y no permitiría que ningún resquicio del otro mundo, ése que estaba fuera de los libros y de la imaginación, se acercara a dañarlo.

Porque en su propia incapacidad de relacionarse con los demás y en su obstinada búsqueda en las páginas de los libros, Loreto había encontrado en Osvaldo el compañero ideal. Osvaldo no podría defraudarla. Ahora sentía que la existencia no era otra cosa que una serie de desilusiones, la caída sistemática e inevitable de cada una de las ilusiones con que una persona se construye su idea de la vida cuando empieza a transitar por el mundo. Loreto había comprendido muy pronto esta mecánica, y para evitarla, había buscado en los libros una existencia diferente. La había hallado, pero esa vida de silencio significaba un desapego extremo con la otra vida, la de afuera de los libros. Ni siquiera Tadeo, o tal vez Tadeo sí, en un período, había compartido con Loreto esa vida. Sin embargo, y ella lo sabía, si Tadeo hubiera seguido viviendo, la habría desilusionado. Antes o después la vida misma lo habría arrastrado en su torrente de fallos y equivocaciones. Y ella habría sufrido el mayor desencanto. La muerte se había encargado de evitárselo. Y así Loreto había podido regresar sin remordimientos a los libros.

Pero con Osvaldo había sido diferente. Porque Osvaldo se deslizaba por la vida con el mismo silencio de los libros. Sus días eran páginas que había que leer en la intimidad, sin la destructora necesidad de confrontarse con ese mundo agresivo de allá afuera. Osvaldo había sido el verdadero compañero, el hijo pero a la vez el hermano, el que escuchaba absorto y era capaz de estar con ella allá adentro, en un universo en donde no existía la grieta adolorida de la existencia concreta.

Con amarga conciencia se dio cuenta de que había sido feliz con Osvaldo.

Había seguido leyendo en voz alta durante muchos años, y ese mundo al que siempre había despreciado había sido un mundo en el que eso era posible. Ahora que todo había

terminado, comprendía que empezaba verdaderamente a pagar el precio de la existencia.

Durante un mes aún le leyó a Osvaldo los libros que ella prefería y que había creído que él también prefería. Eran aquellas historias en las que había creído ver que su sobrino se interesaba más, durante las luminosas jornadas de Via Magenta. Incluso llevó a Pietro al hospital, y el adolescente se quedó un rato al lado de Osvaldo, le tomó la mano y lo miró con sus bellísimos ojos que no podían comprender, como la muerte ningún ojo adolescente comprendería. Pero Osvaldo seguía en su mundo, tal vez en el mundo en el que siempre había estado, o en otro, un mundo aún más lejano, más escondido e inaccesible a los demás. Un mundo del que no querría volver.

Loreto le pidió entonces a Pietro que leyera a Osvaldo un poema. Sabía que con esas palabras su sobrino no se iba a despertar, pero quién sabe, tal vez en ese otro mundo en el que estaba habitando las escucharía.

Con su voz aún no teñida de tristeza, Pietro leyó sentado junto a la cama de Osvaldo:

*“¿A un día de verano compararte?  
Más hermosura y suavidad posees,  
Tiembla el brote de mayo bajo el viento  
Y el estío no dura casi nada”.*

Cuando el médico le anunció que iban a trasladar a Osvaldo a una sala común pues necesitarían la habitación para otros pacientes, Loreto supo que había llegado el momento de hablar con la enfermera Alicia.

Todo fue tan rápido y trascendente como el parto en la pobre casita de Eloísa, allá en Tucumán, tantos años atrás. En mitad de la noche murmurante del hospital, cuando sólo se escuchaban los dolorosos silencios de los pasillos, Alicia entró en la habitación y se sentó junto a Loreto en silencio. Después de un rato, se puso de pie, sacó una pequeña ampolla de vidrio que traía en el bolsillo del delantal, el mismo en que guardaba su pañuelito floreado, y con ella preparó una inyección. La colocó en la botella de suero de Osvaldo, y se volvió a sentar junto a Loreto, no sin antes envolver cuidadosamente la ampolla vacía

en un papel y regresarla al bolsillo en donde se guardaban rimel, lágrimas, y ahora también la clave de la vida y la muerte.

Ambas mujeres permanecieron en silencio, mirando cómo la noche descendía lentamente sobre ese joven que ya había empezado a sufrir en su cuerpo las consecuencias del interminable coma, y cuyo rostro pálido estaba perdiendo la poca expresión que había tenido en vida, o en la apariencia de vida que le había tocado en la existencia.

Mucho antes de que llegara el alba, Osvaldo se durmió pacíficamente, cesó de respirar como si hubiera dejado el aire para un mundo en el que en definitiva no había sido más que un huésped ausente. Su rostro adquirió nuevamente el levísimo rubor del descanso, y los grandes ojos relajaron sus párpados. Por primera vez en su vida, Loreto sintió que una marea contenida por quién sabe qué dique de cemento construido no sabía cuándo, se precipitaba ahora, subiendo por su estómago y arrasando el pecho hasta agolparse en la garganta tensa y estallar en un estertor que le llenó la cabeza y le rompió los ojos, con un gemido tan lastimero que ella misma inclinó la cara descompuesta como si hubiera recibido una bofetada brutal.

-Llorá querida, te va a hacer bien- le dijo la enfermera Alicia sentada a su lado, mientras le pasaba el brazo por los hombros y la acercaba a sí misma, y Loreto lloraba por primera vez en su vida. Lloraba y todo lo vivido se derramaba sin piedad en ese llanto que por fin desprendía el dolor de su alma.

## Más allá del umbral

### *El conejo a través del espejo*

El departamento de Miranda traslucía con una guirnalda dorada la llegada del crepúsculo en su antiguo mutismo crujiente. La luz dorada de Roma lamía las altas ventanas y se derramaba como un elixir dulce y silencioso por los pisos de madera y las paredes y sus cuadros, concediendo una vida efímera y fantástica a los personajes y paisajes inmovilizados en los marcos. El largo pasillo de baldosas decoradas dejaba entrar el verdor adamascado de los últimos resplandores de la tarde, filtrados por el jardín colgante, y los distribuía con mórbida pereza por la atmósfera, como un canto sin palabras. Todo parecía esperar, o haber estado siempre a la espera.

Oswaldo miró a Pietro con miedo y certidumbre, caminaron juntos otra vez por ese pasillo largo que llevaba desde el balcón terraza hasta la puerta de entrada, y se detuvieron frente al espejo en donde habían visto por última vez a Miranda. Oswaldo alargó una mano y tocó la blanda superficie del cristal, que esta vez onduló muy suavemente, como si el azogue de plata fuera el agua amigable de un lago. Sintió la mano de Pietro sobre el hombro, se giró y lo estrechó en un abrazo. Pietro le devolvió el calor que él mismo le pasaba desde su cuerpo al suyo, y alejándolo un poco de su mismo cuerpo, le tomó la cara entre las manos, lo miró a los ojos con sus ojos tremendamente azules, y lo besó con tanta fuerza que Oswaldo sintió en su boca toda la vida.

-Me tengo que ir- le dijo cuando Pietro separó rostro del suyo, y lo seguía mirando a los ojos.

Pietro sonrió levemente, como se sonríe cuando sucede lo que ya se sabe que tenía que suceder y ante lo cual de nada vale un acto de desesperada voluntad humana. Sonrió así un instante y lo volvió a abrazar con fuerza, mientras le murmuraba al oído frases que Oswaldo no podía distinguir, porque se alejaban veloces y transparentes, diluidas por un aire inaferrable y sin embargo poderoso. Sentía apenas un murmullo muy lejano, en el que percibía restos de palabras como *hermosura* y *suavidad*, *brote de mayo*. Pero sentía que algo, otra voz, o una fuerza irresistible, lo llamaba desde el otro lado del espejo.



Liberándose de a poco del abrazo de Pietro, pero teniéndolo aún por la mano, Osvaldo miró el espejo y vio que desde el pasillo reflejado en la superficie idéntica se acercaba una figura familiar, amigable. Era Miranda, pero a su vez no era ella. Era Miranda y Miranda empezaba a ser un inmenso conejo amarronado, un conejo de ojos redondos y sonrientes. Osvaldo se sintió tan fuertemente atraído hacia ese animal que paulatinamente empezó a soltar la mano de Pietro, y a medida que la soltaba iba penetrando a través del espejo hacia ese otro pasillo, el del otro lado, un lugar idéntico y diferente, otro mundo. El conejo se ponía de pie y le tendía una pata suave y mullida como son las patas de los conejos, los conejos de piel como la seda.

Poco a poco Osvaldo pasaba a través del espejo y cuando se dio vuelta para mirar por última vez a Pietro, vio sus increíbles ojos azules y su boca apenas besada que murmuraba aún, murmuraba versos que él ya no podía distinguir.

Pero algo más fuerte que todo lo atraía hacia ese otro mundo, y cuando ya fue parte de él, cuando la pata del conejo lo dirigía de manera firme y serena hacia ese otro pasillo, que se iba transformando paulatinamente en otro lugar, en un sitio conocido y a su vez incógnito, adonde brillaban muchas estrellas y el horizonte era un mar de arena blanca, Osvaldo se dio cuenta de que estaba en la superficie de la Luna.

El conejo gigante, con una fuerza descomunal, le dio un tirón de la mano y lo montó sobre su lomo. Osvaldo sintió entre sus piernas el cuerpo fuerte y caliente del animal, y apenas tuvo tiempo de aferrarse con las dos manos a la nuca mullida del conejo, cuando éste empezó una carrera alocada hacia delante, hacia un mar de cráteres blancos, una carrera hacia donde no había nada.

## **Epílogo**

### *Los mundos vuelven a coincidir*

Al mismo tiempo, si es posible decir que el tiempo es, en algún lugar, el mismo, un hombre despertaba de un largo coma en un viejo hospital de Tucumán. Hacía casi treinta años que vegetaba en una cama. El cabello grisáceo, largo en partes, ralo en otras, se quebraba sobre la almohada. La barba inculta e hispida intentaba trepar por una cara cadavérica que debía haber sido hermosa, y que tanto tiempo en la penumbra le había permitido conservar la blanca transparencia de la piel de los niños.

El hombre abrió los ojos azules, de un azul tan resplandeciente como sólo podían serlo dos ojos lavados por decenios de sueño. Parpadeó enceguecido por la miserable luz de neón de la pieza de hospital, y con una voz guardada que sin embargo ya no era la suya, preguntó:

-¿Agostino?

La mujer que estaba sentada a su lado, una mujer pequeña y envejecida, de cabello lacio y canoso atado sobre la nuca, la piel blanca maculada por el tiempo y los ojos de negra obsidiana, lo miró con dulzura y sonrió.

-Hijo mío- alcanzó a decir antes de que se le fracturase la voz, y llevándose a la boca la mano de ese hombre que no había vivido pero había vivido más que muchos hombres que nunca habían estado en un hospital, la besó repetidas veces.

-Ahora podemos volver a la casa- murmuró la mujer, y dejó caer la cabeza extenuada sobre la misma palma de la mano de Pedro, abierta y sin recuerdos.

**Daniel Fermani**